

EDITORIAL  EMISION

Un Cuarto de Siglo con **ALLENDE**



Recuerdos de su Secretario Privado
Oswaldo Puccio

EDITORIAL  EMISION

Juan Torres
Aereo '86.

**Un cuarto de siglo
con
ALLENDE**

**Recuerdos de su secretario privado
OSVALDO PUCCIO**

BIBLIOTECA
CLODOMIRO ALMEYDA

5805

PRESENTACION

La historia contemporánea de Chile es una preocupación especial para EMISION. Durante este siglo se ha ido configurando la situación presente: frente al desarrollo democrático y la incorporación de las mayorías a los beneficios económicos y sociales del progreso, los sectores más reaccionarios respondieron con su proyecto dictatorial, sustentado en las visiones más conservadoras del mundo y la tenebrosa "doctrina de la seguridad nacional".

Estamos convencidos que sólo el conocimiento de los hechos y los hombres de este pasado reciente, permitirá construir el mundo de paz, de justicia, de libertad, de democracia, al que aspiramos. Así, es indispensable aprender de las experiencias de estos tiempos tan convulsionados como han sido los últimos cuarenta años, veinticinco de los cuales se relatan en este libro.

Presentamos ahora un libro sobre Salvador Allende, último presidente democrático de Chile, depuesto en 1973. Más allá de las discrepancias o coincidencias con su pensamiento y su obra, podemos afirmar categóricamente que ha sido uno de los hombres más determinantes en el acontecer político de este siglo. Junto a figuras como Arturo Alessandri, Eduardo Frei y Pedro Aguirre Cerda, aparece como un gran conductor político, que en su caso lleva a la izquierda desde su condición de perseguida a la de victoriosa en 1970.

La figura de Allende es inseparable de la Izquierda y el movimiento popular que él condujo por casi veinticinco años. Controvertido, multifacético, exigente y exigido, Allende va siendo revelado en estas páginas en toda su enorme dimensión humana y política.

Oswaldo Puccio escribió sobre Allende. Y como nos lo decía su hijo Osvaldo —también preso, perseguido y exiliado como él— era también un libro "para" Allende. El autor no intenta posar de objetivo, sino que da curso a su visión del hombre que ha conocido de cerca, del político honesto y generoso en su legítima ambición,

© Myriam Huidobro de Puccio

Un cuarto de siglo con Allende
Recuerdos de su secretario privado
Osvaldo Puccio G.

Registro de Propiedad Intelectual N° 63781.

Editado por Editorial EMISION, Manuel Montt 425. Providencia

Director Editorial: Jaime Hales D.

Edición al cuidado de Juan Alvarez de Araya M.

Portada: Rodrigo Squella C.

Primera edición, diciembre 1985, 7.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de Editorial Antártica S.A. que sólo actúa
como impresora.

PALABRAS PREVIAS

que se entrega a la causa en forma total. Puccio admiró a Allende, lo que no le impide mostrar sus discrepancias con este hombre excepcional.

Puccio escribió en el exilio cuando estaba enfermo y sabía que moriría muy pronto. En su apuro no tuvo tiempo de revisar ni corregir. El libro fue publicado originalmente en la República Democrática Alemana y en idioma alemán. Esta edición es una traducción que ha sido preparada por la familia y los colaboradores de EMISION, trabajada con cuidado, con respeto por Puccio y por Allende, con cariño casi.

Es la narración de un cuarto de siglo de la historia política de Chile, centrada en Allende y la izquierda. Se inicia en tiempos de la persecución, cuando la izquierda es marginada del gobierno que contribuyó a elegir. Termina cuando la izquierda chilena es derribada por el golpe militar.

Aunque el libro fue escrito para alemanes, creemos con la familia del autor, que Osvaldo Puccio habría sido feliz al saber que la juventud chilena—ésta que hoy se rebela ante la injusticia— tendrá la oportunidad de conocer por estas páginas al hombre que más admiró: Salvador Allende.

EMISION entrega al público esta segunda obra sobre Allende, convencidos como estamos que es indispensable mostrar a las actuales generaciones los líderes y las costumbres del modo de vida democrático que ellos no han conocido. Es un esfuerzo por anticipar la democracia.

Noviembre 1985.

Jaime Hales Dib
Director Editorial

Se narra en este libro el cuarto de siglo más intenso de la historia política contemporánea chilena, cinco lustros caracterizados por un ascenso progresivo y una profundización creciente de la democracia, ascenso y profundización en la que el movimiento popular fue actor y arquitecto, sembrador y constructor.

Nada en Chile es comprensible sin la presencia activa del pueblo, de los trabajadores y de sus expresiones políticas y orgánicas y todo se comprende en esta última década al observar que fue justamente ese movimiento popular el que fue perseguido, encarcelado, exiliado, relegado, debilitado y desorganizado.

Es el movimiento popular, sus organizaciones sindicales y sus partidos políticos los que han otorgado el contenido y la perspectiva a la democracia chilena y las debilidades de aquél han sido las debilidades de ésta.

La figura de Salvador Allende es consustancial e inseparable de ese movimiento popular y como el mismo controvertida y multifacética.

Este libro sobre Allende está escrito al mismo tiempo para Allende. Se trata de una visión muy personal a veces, casi íntima otras, no pocas apasionada y a pesar de todo esto no menos objetiva y cierta en todo lo que de objetividad y certidumbre pueda tener una perspectiva personal y cercana de una gran figura histórica.

Se trata de un testimonio urgente porque el autor veía que su enfermedad era más veloz que su capacidad de concluir la tarea autoasignada con la cabalidad que hubiese querido.

Se trata al mismo tiempo de un testimonio desde el exilio, esa pena atroz (como estado del alma y como castigo) a la que han sido sometidos miles y miles de chilenos. El exilio, tras haber estado junto a su amigo en la Moneda aquel 11 de Septiembre y luego dos años en prisión, significó para el autor no sólo la lejanía física de muchos actores de tantas jornadas relatadas en el libro y la imposibilidad de acceso a fuentes bibliográficas y pe-

riodísticas que sin duda lo habrían complementado, sino una muerte injusta, temprana y cruelmente lejana de la patria en que habría querido vivir y dar sus últimos esfuerzos.

Este libro fue originalmente publicado en la República Democrática Alemana, tierra generosa y solidaria y por tanto orientado a ese público lector. A partir de borradores y apuntes mucho más amplios, mi padre se apresuró a darle forma a esta obra. Su vida no alcanzó para revisar la totalidad de sus propios borradores; ellos pertenecen como documentos al pueblo de Chile, ese mismo que gritara pletórico de esperanza: ¡Allende, sólo Allende! y ¡Ahora le toca al Pueblo!

Difícil es para un hijo dar testimonio de su padre y más aún prologar el testimonio vital de éste. Puedo en todo caso decir que estas páginas trasuntan de una u otra manera lo que fue su conducta pública y privada; una gran decencia, una conducta invariablemente consecuente con su compromiso y una gran generosidad política que lo llevó a renunciar en forma consciente y querida a parte importante de su propio y legítimo desarrollo individual en aras de aquél que encarnaba lo más caro para el pueblo de Chile: su organización y unidad para acceder a una sociedad más justa y humana.

Mi padre fue antes que nada un luchador que hizo de la política un gran acto de generosidad y consecuencia, eligió muy joven su camino y se entregó a él completamente, lo que le permitió vivir en plenitud todas las dimensiones de la persona humana. Nada le fue extraño y en cada manifestación humana buscó con amor y tolerancia lo que en ella era indicativo de una convivencia superior y susceptible de ser mejorada.

Esta actividad vital en la política se tradujo en un padre que nos insinuó el camino sin indicación imperativa de ningún tipo, llevándonos a todos sus hijos al más íntimo compromiso con nuestro propio pueblo y con su único futuro de realización. El Socialismo.

Las grandes y pequeñas jornadas que aquí se narran son antecedente necesario de la gran victoria de nuestro

pueblo y una última y muy cara contribución a ella es este testimonio.

Oswaldo Puccio Huidobro

Santiago, Noviembre 1985

**Para Myriam, la mejor esposa,
amiga y compañera que un revolucionario
podía desear.**

*Tengan la certeza
que la semilla que entregáramos a la conciencia digna
de miles y miles de chilenos
no podrá ser segada definitivamente.*

*Tienen la fuerza,
podrán avasallarnos,
pero no se detienen los procesos sociales
ni con el crimen, ni con la fuerza.*

*La historia es nuestra
y la hacen los pueblos.*

PROLOGO

Creo que es importante hablar de las razones que me impulsaron a realizar este trabajo. No es una idea nueva. Cuando conocí a Allende me impresionó su personalidad, su lógica, su fuerza ideológica y moral. Yo, en ese entonces, era aún muy joven y todo eso me atrajo mucho. Con el transcurso del tiempo empecé a entender qué importancia tuvo el encuentro con Allende para mi vida. Y que de éste resultara una posibilidad de luchar a su lado. Ya poco después de nuestro primer encuentro, tomé la decisión de trabajar con Allende por la revolución en Chile. No quise ser un mero apéndice. Hubiera podido tratar de hacer una propia carrera política. Pero mi decisión, ante todo, estuvo motivada políticamente: quise entregar toda mi fuerza para la revolución, apoyando a Allende. Esta decisión no la tomé emocionalmente, sino después de haber reflexionado mucho; fue resultado de un proceso de transformación en mi pensamiento y en mi conciencia.

Hace tiempo, surgió la idea de acumular los recuerdos, de sentarme a escribir lo que viví al lado de Allende. Había entendido que el privilegio de estar tan cerca de Allende implicaba el compromiso de transmitir estas vivencias a otras personas y, en especial, a la juventud. Transmitirles cómo un hombre trabajó plenamente consciente de su tarea histórica. Por eso junté en el transcurso de los años documentos, diarios, sin haberlos ordenado o archivado nunca. Desgraciadamente, todos estos documentos quedaron en Chile. Se produjo el golpe, vino el período de mi encarcelamiento y después tuve que salir al exilio con una sola maleta de 20 kilos de peso. Pero llevé conmigo otro bagaje importante; los recuerdos. Estos recuerdos los estampé en este libro. Son memorias, en el sentido real de la palabra. Por eso, hay miles de acontecimientos, encuentros, episodios de los que me acordé en el transcurso del tiempo. Y parece que así será para siempre, que me acuerde de nuevas cosas. Seguramente, la mitad "quedó en el tintero", como decimos los chilenos. Quiero expresar claramente que tampoco ésta debe perderse. La voy a agregar más tarde. Por esta razón, para mí, el trabajo aún no está terminado. Sólo con los suplementos se finalizará el relato.

Aunque se cuenta todo lo que está dicho en este libro en forma muy espontánea, lo relato con toda franqueza, como se hace frente a un hermano, a un compañero, a un camarada de lucha. Estas notas, mis vivencias al lado de Allende, pertenecen a la revolución chilena. Son patrimonio de la historia del movimiento popular chileno. Pôiblemente, mis

recuerdos son, en algunos casos, incompletos. Quizás me equivoqué respecto a algunos datos, o cuento algunos acontecimientos hasta el final y empiezo sólo después con el relato de asuntos que se desarrollaron previamente. Por otra parte, no quiero proceder a un análisis político. Lo que cuento son acontecimientos, hechos, que yo he vivido, visto y sentido personalmente.

Mi tarea es describir en qué consistía el trabajo de Salvador Allende; cuál era su obra: una permanente y firme lucha por la unidad de las fuerzas populares; primero por la unidad del Partido Socialista, después por la unidad de la clase obrera y de sus partidos. Siempre creyó en ella, porque vio su necesidad. Allende no apareció sólo poco antes de la creación de la Unidad Popular; tampoco era un hombre que tenía que buscar el Frente Amplio en 1958 y 1964 para representarlo. Allende era más bien aquel político que ascendió con su increíblemente firme confianza en la fuerza del pueblo, acompañado de la confianza del pueblo, realizando con abnegado esfuerzo, un duro trabajo minucioso. Quiero demostrar que para Allende, hasta su muerte, la unidad del pueblo era el corazón de la revolución. Desde el principio fue un leal adicto de la revolución. Por eso, no salió de La Moneda, sino cayó luchando. Pero sigue vivo en el corazón del pueblo chileno, y mis recuerdos están destinados a mantener viva su memoria.

¿Quién soy yo? Un chileno corriente de la clase media. Desciendo, por línea paterna, de italianos que a mitad del siglo pasado debieron emigrar a Chile. Mi bisabuelo fue compañero de lucha de Garibaldi. Aún en Italia era masón y como tal tenía una posición progresista. Fue cofundador de la masonería en Chile y fundó la logia "L'étoile de Pacifique" en Valparaíso. Logró hacer su fortuna en Chile. Mi abuelo era miembro del Partido Radical y balmacedista. Mi padre es militar, un hombre progresista, que intuitivamente tiende a los socialistas. Cuando joven, fue ayudante de Marmaduke Grove, cofundador del Partido Socialista. En el período del primer gobierno del Frente Popular, trabajó como dirigente en el movimiento deportivo. El Presidente Pedro Aguirre Cerda lo envió durante la segunda guerra mundial como adicto aéreo a Alemania. En 1941, a los 14 años, llegué por primera vez, a Berlín.

La Alemania nazi se encontraba en la cúspide de sus aparentes éxitos y ganaba todavía en todos los frentes. Me hallé en todas partes con la *Hitlerjunge*. Yo estaba rodeado, fuera de mi casa paterna, de un ambiente pro-nazi. Por lo tanto, hubiera sido muy fácil impresionar a un muchacho de mi edad con las fanfarrias, los hermosos uniformes, los

grandes desfiles. De esto me salvó, más que nadie, mi padre. Me habló de la tradición familiar progresista y revolucionaria, me hizo claridad acerca del fascismo y habló mucho del gobierno del Frente Popular en Chile. Un día me hizo leer "El Capital" de Marx. Lo había encontrado en un cajón en la Embajada. Era una edición en alemán, factor que, sumado a mi escasa edad, dificultó enormemente la casi insoluble tarea de entender esta obra. A pesar de esto, era una ocupación que debía contradecir el fragor del fascismo y dirigir mi pensamiento en otras cosas. Así es que leí trozos del libro. Pero debo señalar que casi no entendí nada. No obstante, y aunque parezca absurdo, me comprometió, me dió firmeza en la vida: era una edición que llevaba al comienzo el "Manifiesto Comunista". Y éste, lo entendí. Si no, no me encontraría hoy en el exilio.

Volví a Chile y terminé mis estudios secundarios. Antes de la estada en Alemania ya había frecuentado una escuela que hubo de tener gran influencia en mi actuación futura y que, seguramente, me ayudó a entender el "Manifiesto Comunista". Vivíamos en La Cisterna, entonces un pequeño pueblito en los alrededores de Santiago. Allí había un colegio particular, católico, y una escuela pública. La diferencia entre la escuela pública y el colegio particular era muy grande. Mi padre me mandó a la escuela pública, lo que aún hoy le agradezco. De esta manera tuve importantes experiencias para toda mi vida. Conocí un poco la fuerza moral del proletariado, el carácter limpio de su gente. En la escuela, con sus 300 alumnos, era yo casi el único que iba con zapatos. Todos mis compañeros de curso, hijos de campesinos de los alrededores, iban descalzos. Tuve en ellos buenos camaradas. Con algunos me ligaron, durante todos estos años, lazos de amistad. A varios encontré después del golpe del 11 de septiembre en la cárcel o en el campo de concentración.

Recuerdo un hecho de aquella época en la escuela pública. El padre de uno de mis compañeros era conductor de tranvía. Toda la familia vivía en una sola pieza que servía de dormitorio, sala de estar, cocina y comedor. La habitación medía sólo unos cuatro metros por cuatro. La madre trabajaba como lavandera en las casas de los burgueses ricos. Aún la veo salir de la casucha balanceando los pesados paquetes de ropa en la cabeza. Mi compañero cuidaba a sus dos hermanos menores. Me impresionó mucho el hecho de que debía preocuparse de tantas cosas, que estaban tan lejos de mi vida cotidiana, pues yo nunca tuve que trabajar en la cocina. Además, el muchacho era muy buen alumno y me ayudaba a hacer las tareas. Por eso, admiraba sinceramente a mi amigo, por su fuerza humana y su inteligencia.

CAPITULO I

"Necesito jóvenes para la vieja lucha de los explotados contra los explotadores".

Llegó la noche de Pascua. En Chile no se ponen los regalos al pie del árbol de pascua, sino en la noche del 24 al 25 de diciembre se dejan al pie de la cama. Yo recibí esa mañana una gran cantidad de lindos juguetes y salí a mostrarle mis regalos a mi amigo, con la certeza que el Viejo Pascuero había dejado diez veces más juguetes a mi admirado amigo que a mí. Lo encontré sentado en el umbral de la casucha jugando con un indio de plomo. Una pequeña figura de plomo, igual a las que se hacen hoy día de material plástico. Quedé perplejo y le pregunté si eso era todo lo que le había traído el Viejo Pascuero. Avergonzado, profundamente amargado por esta injusticia volví a la casa, tan rápidamente como pude. Excitado, pregunté a mi padre por qué el viejo y sabio Pascuero se permitía hacer diferencias tan miserables. Mi papá me explicó que el Viejo Pascuero no existía, que eran los padres quienes compran los regalos de acuerdo con sus posibilidades.

Esta fue una de las más fuertes impresiones que formaron mi rebeldía contra la injusticia. En el transcurso de mis relatos narraré aún muchas otras experiencias que marcaron mi vida. Pero esta vivencia de mi niñez, de la que me acuerdo con todos los detalles hoy, más de 40 años después, fue una experiencia básica de mi existencia. Veo aún a este muchacho con su pelo negro, peinado hacia atrás, sus pantalones cortos y la vieja pero limpia camisa, como un símbolo de las contradicciones sociales, por la eliminación de las cuales luché 23 años al lado de Allende. Hoy continúo esta lucha. En el exilio, a miles y miles de kilómetros de mi patria, presento mis notas para contribuir a terminar para siempre con ese tipo de injusticia social.

CONOCIENDO A ALLENDE

Era el año 1945 cuando tuve que viajar a Punta Arenas, precisamente en el momento en que se realizaron las elecciones generales. Allá tuve la oportunidad de escuchar por primera vez a un joven de 37 años, que había sido diputado y después ministro y que ahora se presentaba en las elecciones senatoriales. Se llamaba Salvador Allende.

Allende era candidato por la novena circunscripción, que entonces comprendía Valdivia, Osorno, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes. Allende recorrió las tres primeras provincias, Osorno, Valdivia y Llanquihue, donde tenía pocas posibilidades de conseguir votos. Los votos de su partido, el Partido Socialista, los pudo obtener al sur de Punta Arenas, o sea en Magallanes, Tierra del Fuego, las grandes estancias y los fundos. Pero precisamente a esta zona casi no hubiera llegado. El viaje era demasiado difícil y costoso. Ante esa situación, se juntaron los obreros de las estancias con los de los frigoríficos.

Los obreros van, durante el período de matanza, a los frigoríficos, para matar a los corderos y congelar la carne. Esta carne, posteriormente, se exporta o, parte de ella, se vende en Chile. Entonces, hasta el 95 por ciento se exportaba al extranjero. Estaba recién empezando el envío de la carne frigorizada a otras partes del país, pues en el sur, había repulsión por la carne frigorizada, la gente no la compraba.

Difícil era sacar la carne de allá. En Magallanes se comía mucha carne de cordero. Antes no se compraba por kilos; se vendía por medio o un cuarto de cordero completo. El precio era muy bajo. Si en aquel tiempo uno se encontraba de viaje y le daba hambre por el camino, podía matar un cordero y comérselo. Se transformaba en delito sólo cuando uno se robaba el cuero. Si éste se colgaba en un palo, no implicaba ningún delito, pues lo que valía realmente no era la carne, era la lana.

El trabajo en las estancias es duro. En general, ellas son muy grandes. Es corriente una estancia de 25.000 hectáreas. El propietario era un señor cualquiera, que a veces vivía allí durante una temporada. Muchos estancieros pasaban su tiempo en Europa. Tenían casa en Punta Arenas y se comunicaban con Argentina más que con Chile. Salía más fácil la comunicación con Buenos Aires que con Santiago.

Las estancias no ocupan muchos hombres. Hay gente que trabaja en las casas y mantiene las herrerías. Otros, los camperos, trabajan en las cercanías de la estancia. Además, existen los puesteros. El puestero se va con un piño de ovejas, cuando empieza el otoño, y pasa el invierno viviendo en una "covacha" que él mismo construye con piedras y cueros de ovejas. Durante todo el tiempo se alimenta de carne de oveja y leche. A veces lleva harina y se prepara con ella una especie de galleta. Toma mate, esa especie de té que se encuentra en muchas partes de América

del Sur. En esas condiciones vive siete u ocho meses absolutamente apartado del mundo. En el tiempo de la esquila, en primavera, vuelve. Es también la época de la matanza. Se seleccionan los animales que van a la matanza y los animales que van a la esquila, normalmente hembras y algunos machos para que las cubran. Después, el puestero se vuelve con su piño a la soledad.

Estos hombres juntaron la plata con la que Salvador Allende pudo recorrer esa zona tan lejana y adonde era tan caro el viaje. Magallanes era un reducto de gente de izquierda, porque la explotación allí era muy grande.

En aquel tiempo, yo era un muchacho de 18 años. En la radio escuché el discurso que Allende pronunció después de su viaje a estas cuatro provincias. Habló de lo que era su política y a dónde iba a llegar. Planteó la unidad de la clase obrera y del pueblo. Explicó el horror que significaba que un hombre, para poder comer, tuviera que estar 6, 7 u 8 meses metido entre piedras, a kilómetros de distancia de lo que se llama civilización. Si se enfermaba o se moría se venía a saber, a veces, un año después. Mientras tanto, los patrones paseaban por Europa o gozaban de sus grandes mansiones en Punta Arenas y de las mejores en Buenos Aires o Santiago.

Allende dijo que había dueños de estancias que no conocían su fundo. Un administrador les depositaba el dinero, y eso era todo lo que necesitaban. ¿Para qué iban a ir a las estancias, donde todo era frío, inhóspito y feo? Feo, mirado en la dimensión del hombre para quien la tierra es únicamente fuente de ganancia, para quien no significa su patria y base de su vida y quien, por eso, no puede entender lo orgulloso que puede estar un hombre que le saca riquezas a una tierra hostil, en este clima árido y frío.

Todo esto planteó el compañero Allende en su discurso. Y dijo también que esas riquezas, por las que el hombre se esforzaba y las extraía a la tierra, eran patrimonio del que luchaba contra el viento, contra el clima, y no del que se las apropiaba. El trabajador entregaba sus huesos, su vida, para que un señor tomara champaña en París o whisky en Londres.

Ya no me acuerdo de todos los argumentos de Salvador Allende que escuché en este primer discurso. Pero me impactó mucho la profundidad del pensamiento, el razonamiento. Me hizo pensar en que un puestero daba su vida por 5 ó 6 botellas de whisky que tomaba el dueño; que estaba metido seis, siete u ocho meses en el campo, abandonado y botado, para permitirle al dueño de la estancia ir una noche al Moulin Rouge. Honestamente, nunca lo había pensado antes.

Hasta ahí, no conocía a Allende personalmente. Esa fue la primera vez que lo oí. Y me acuerdo de su llamado, como si fuera hoy: "Com-

pañeros de Laguna Blanca, ¡a las urnas!- Compañeros de Entreviento, obreros de Bahía Catalina, ¡a las urnas, trabajadores de Gente Grande, de Río Tranquilo, de Fortuna, de Río de Oro, Vicuña de Tres Cerrillos y Penitente! . . . ¡A las urnas, trabajadores de Pantano, de Punta Catalina, de Tres Pasos, de Puerto Consuelo! ¡A las urnas puesteros de Porfiada, de Bahía de Angostura y de San Gregorio!"

Recuerdo sólo algunos nombres de las estancias, pero Allende se los sabía todos. Llamó a las urnas, a votar por la libertad.

No podría decir si este discurso por la radio marcó mi vida. Pero sí, puedo contar que, transcurrido un cuarto de siglo, volví en marzo de 1971 con el doctor a Punta Arenas. En el intertanto, ya habíamos ido muchas veces, pero en esa oportunidad volvía como el compañero Presidente. Era un día de extraordinario calor en Punta Arenas. Debí haber hecho unos 25 grados, y hay allá una tradición: cuando hay temperaturas tan altas, se da feriado para que la gente aproveche el sol y el calor. Recuperan después el día, trabajando un domingo. Llegamos en la tarde para participar en una reunión en la estrecha sala de sesiones de la Municipalidad. Yo estaba con el Dr. Oscar Soto, médico de Allende y los edecanes. De repente noté que Allende se puso pálido y empezó a respirar muy fuerte. Allende comenzó su discurso: "Yo quiero agradecer a los obreros de la tierra, a los puesteros, a los obreros de los frigoríficos, quiero agradecer a los obreros de Laguna Blanca, de Entrevientos, de Bahía Felipe y de Cuatro Cerrillos. Quiero agradecer a la gente que trabaja en Bahía Catalina, en Río Cisne, en Río Tranquilo, en Fortuna, en Río de Oro, a los obreros de los mataderos de Vicuña y Tres Cerrillos. Quiero agradecer a los puesteros de Penitente y Cerro Castillo. Quiero agradecer a los obreros de Pantano, de Punta Catalina. Quiero decirles a los obreros de Tres Pasos, de Navarino y Puerto Consuelo, quiero ratificar ante los obreros y trabajadores de Porfiada, de Bahía de Angostura, que dieron su vida en San Gregorio, que gracias a que un día ellos creyeron en mí, y me posibilitaron económicamente llegar a esta provincia, ganar mi campaña, me posibilitaron ser senador y hoy Presidente . . ."

Esa tierra en el extremo sur es dura, casi hostil. Sin embargo, se les veía a la gente que escuchaban a Allende y que transpiraba de calor, se les veía correr por su mejillas, lagrimones como a mí. Y es gente que casi no sabe llorar, porque no hay angustia que no hayan sufrido, porque no hay dolor que no hayan tenido. Esa gente lloraba, porque el compañero Presidente les decía una real verdad, porque habían confiado a un hombre que entonces tenía 37 años, que apenas había entrado en la política, que exigía la unidad y planteaba que la tierra debía pasar al poder de los campesinos.

Y lo primero que hicimos nosotros después, fue que esa tierra pasara al poder de los campesinos. Grandes cooperativas se crearon. Esas

tierras, que antes eran de un solo dueño de fundo, pasaron a ser cooperativas. La estancia Laguna Blanca pasó a poder de los trabajadores. Las cochachas de los puesteros se deshicieron. Camiones les llevaron en verano material para construirles casas. También se les mandó helicópteros con alimentos. Se proveyó a los puesteros de equipos de radio. Sus ingresos se aumentaron en un 50 por ciento. Los puesteros empezaron a vivir como seres humanos.

En 1950 me encontré por primera vez con Allende. Fuimos con mi padre a Algarrobo. Compramos ranas. El saco de ranas que había adquirido lo dejé al muchacho que las vendía, mientras íbamos a hacer otras compras. Cuando volví, escuché que el muchacho le estaba diciendo al Dr. Allende que ya tenía vendidas las ranas. Ahí llegó mi padre, los dos hombres se saludaron. Le cedí las ranas a Allende y le dije:

“—Senador, quiero conversar con Ud. Yo le cedo las ranas, y Ud., me da una audiencia.—”

Se rió y le dijo a mi padre:

“—¡Cómo no le voy a dar audiencia a este cabro!—”

Quedamos en que yo lo llamaría en Santiago, al Senado. Cuando llegué, me preguntó cuál era la razón por la que yo quería hablar con él. En ese tiempo, me había dedicado al trabajo con los estudiantes, ya que era muy amigo de José Tohá. Me había ido con el sector de él en el partido. Ahora quería saber de Allende, si él iba a ser candidato el año 1952, porque yo quería jugarle en su candidatura.

Allende me escuchó atentamente y tomó una actitud muy típica de él. Se echó hacia atrás en el asiento, se apretó los anteojos con un dedo, se quedó un rato como pensando y dijo: “Querido Osvaldo, voy a ser candidato a la presidencia de este país. No quiero ser Presidente de este país, por ser Presidente. Quiero ser Presidente de este país, para cambiarlo. Yo quiero ser *el Presidente* de Chile y quiero ser el Presidente de Chile, porque quiero convertir a este país en lo que siempre debió haber sido, en un gran país”. “La verdad es”, dijo, “que Chile no es un país subdesarrollado, como a menudo se dice, sino un país sobreexplotado, un país subconsumido, un país que tiene una explotación que lo lleva a un subconsumo”.

Allende me habló de Balmaceda como el primer hombre que había visto la necesidad de liberar el país, tanto tiempo subyugado por capitalistas extranjeros. Me habló de Alessandri, de sus reformas, que habían sido positivas para el proceso. Habían sido una exigencia del proletariado. Teníamos un proletariado capaz y con fuerzas como para conducir un movimiento.

Pero Allende me dijo también que él veía venir una avalancha que se llamaba Ibáñez. Temía que Ibáñez pudiera volver a dividir al proletariado chileno. Y después dijo que él estaba dispuesto a dar la lucha con

el objeto de unir a los partidos de la clase obrera. Ahí fue cuando le escuché con más atención. Explicó que la unidad de los partidos de la clase obrera era la piedra angular de la revolución. Esto parece ahora tan obvio como que dos y dos son cuatro. Pero, a los ojos y oídos de un muchacho pequeño burgués, hace 25 años, no era tan obvio. Para mí fue como un enfrentamiento repentino con la realidad. Allende planteó la necesidad de una reforma agraria, en la cual se repartiera la tierra, que la tierra fuera sin cercos. (Sólo mucho más tarde he vivido esta experiencia. En la República Democrática Alemana, cuán impresionante es ver las tierras sin cercos. Para el que siempre ha visto alambres de púas o pircas entre los trozos de terreno, es una sensación muy grata). Una hora y media debe haber durado la conversación con Allende. Esto debe haber sido en febrero o marzo de 1950. La conversación tuvo lugar en una oficina chica, en el segundo piso del Senado. Las oficinas eran malas, y la de Allende en especial. El me tomó del brazo y me bajó a la sala de lectura. Este lugar para él siempre fue muy grato; ahí recibía también muchas visitas. Y ahí terminamos nuestra conversación. Me preguntó mucho sobre la guerra; acerca de lo que había hecho hasta entonces; me preguntó sobre la masonería y por qué yo no había sido militar.

Allende me planteó que él buscaba jóvenes para la vieja lucha de los explotados contra los explotadores, para la lucha contra aquéllos que usufructúan del trabajo de los demás, para la lucha de aquéllos que dan su vida y su trabajo para el bienestar de unos pocos. Y entonces me dijo que no había posibilidad de hacer la revolución sin el Partido Comunista. Era su firme convicción que en el mundo no hay posibilidades de llevar una revolución socialista al éxito sin el Partido Comunista. “El PC es el partido de la clase obrera. El PC es el partido de la Unión Soviética, el primer Estado socialista del mundo. Y quien quiera formar un gobierno socialista sin los comunistas, no es un marxista. Y yo soy un marxista”.

Allende era militante del Partido Socialista de Chile. El Partido Socialista de Chile es un partido que se orienta hoy por el marxismo-leninismo. Allende era un hombre que venía de la burguesía y él estaba convencido de que el Partido Socialista de Chile tenía un rol histórico que cumplir, que existía un espacio en la política chilena que llenaba el Partido Socialista de Chile. Un espacio para un segundo partido marxista-leninista. Esto es una realidad en la política nuestra, que hasta hoy se mantiene vigente. Allende era un marxista, un revolucionario y como tal, creía que había que utilizar todos los métodos posibles para llegar al triunfo de la revolución. El sostenía que el Partido Socialista tenía un espacio político y cumplía un rol histórico en la política, pero que el Partido Socialista debía luchar fuertemente ligado al Partido Comunista, pues la unidad socialista-comunista era la base de la revolución. El Partido Socialista es un partido que tiene tal composición que hay

dentro de él segmentos de la pequeña y mediana burguesía y un gran sector del proletariado. Ha tenido fuerte influencia en la política chilena. Tal como lo planteó el compañero Allende y como siempre lo sostuvo, es un partido que puede cumplir un rol importantísimo en el desarrollo de la revolución chilena. Pero ese rol importantísimo sólo lo va a cumplir en la medida que se haga en unidad, pero en una férrea unidad con el Partido Comunista y con todos los partidos que están junto a la clase trabajadora.

La unidad de los Partidos Socialista y Comunista era un camino largo. Esto me lo enseñó Allende ya en 1950. "Aún somos pocos", me dijo, "pero llegará el día en que seremos muchos".

Era una de las primeras frases de Allende que se me grabaron en la memoria. Una de las últimas frases que yo le oí a él, fue: "Se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre construyendo". Es el mismo pensamiento, sólo dicho con otras palabras: Vamos a estar siempre presentes; un día seremos muchos.

Cuando yo lo conocí, Salvador Allende había iniciado su carrera política hacía 20 años. En 1950, cuando tuve la primera entrevista con él, no llegamos a ningún acuerdo y mi participación en la campaña del 52 no fue muy grande. Allende no era hombre que llegara a acuerdos con nadie. Cuando conocía a una persona que, según su parecer, merecía confianza, le daba una misión que, por mínima, era una forma de nombrarle caballero.

Ese día, cuando terminamos nuestra conversación, me preguntó si yo le podría hacer un favor. A mí me pareció algo grandioso. Después sentí tantas veces el mismo fenómeno. Cada vez que me pidió un favor, tuve la misma sensación que cuando me entregaron el carnet del partido. (1) Esa vez me pidió que al día siguiente acompañara a un hombre al Seguro Obrero, para solucionar un problema bastante minúsculo. Allende era un hombre que sabía dar instrucciones. Jamás las daba en forma violenta, sino suavemente. Sabía mandar. Y esa primera misión que cumplí ayudándole a arreglar los problemas de jubilación a un anciano, a quien no volví a ver nunca más, la cumplí con la misma responsabilidad y dedicación como la última que me entregó.

Entre el año 1950 y la campaña de 1952, me encontré pocas veces con él. Por lo menos, no con la regularidad con que lo hice posteriormente. A veces me llamó, me encomendó algunos asuntos, o yo me presentaba en su oficina y le hacía pequeños trabajos.

LA CAMPAÑA DE 1952

En ese período se produjo un hecho bastante trascendente en la política nacional. Se levantó la candidatura presidencial de don Carlos Ibáñez del Campo. El había sido presidente en el año 1927, había tenido un período de dictador; en el año 1938, con un grupo fascista, intentó detener la candidatura de don Pedro Aguirre Cerda. Posteriormente apoyó esa candidatura. En 1941 fue candidato presidencial de la derecha y fue derrotado por el candidato del Partido Radical y del Frente Popular, Juan Antonio Ríos. En 1949 levantó su candidatura presidencial, iniciándose con una candidatura a senador por Santiago. En 1950/51 se produjo dentro del Partido Socialista una poderosa corriente de apoyo a la candidatura de Ibáñez, la que llevó a la división del Partido Socialista. El compañero Salvador Allende y otro grupo quisieron mantenerse junto al Partido Comunista, contra la posición populista que representaba Ibáñez. El compañero Allende sostenía que la candidatura de Ibáñez era muy peligrosa, por ser populista, sin base doctrinaria fuerte. Pero un sector de compañeros del Partido Socialista creyó en él; creyó que iba a cumplir lo que se llamó el "programa de septiembre", en el cual proponía la reforma agraria y algunas reformas sociales. En el fondo no era otra cosa que una campaña populista. El partido más importante que apoyaba la candidatura de Ibáñez, pues el resto eran sólo movimientos, grupos o pequeños partidos, era el Partido Socialista, que, al no aceptar el compañero Allende el apoyo a Ibáñez, se dividió en el Partido Socialista Popular y el Partido Socialista de Chile. El Partido Socialista de Chile funda, junto con el Partido Comunista, el Frente del Pueblo. El Frente del Pueblo es la respuesta del compañero Allende al Partido Socialista Popular, que apoya la candidatura de Ibáñez. El Frente del Pueblo, posteriormente, levanta la candidatura del compañero Allende. En esa escisión del Partido Socialista, la gran mayoría quedó en el sector que apoyaba a Ibáñez. El Frente del Pueblo se componía en ese momento del Partido Socialista de Chile, cuyo Secretario General era el compañero Allende, y del Partido Comunista, que estaba en la ilegalidad, ya que la Ley de Defensa de la Democracia tenía plena vigencia. En esas condiciones se inicia la campaña de 1952.

Cuando empezó la campaña electoral de 1952, Allende me comisionó concretamente a trabajar en el frente de la juventud. Recorrimos Santiago, vale decir Recoleta, parte de Barrancas y las poblaciones marginales, Conchalí, Til-Til, Batuco, todo el norte de Santiago. En esos primeros días cumplí un papel bastante secundario. Nunca estuve muy cerca de Allende, no me encontré inmediatamente a su lado. Pero me trataba con deferencia. Después me pidió que lo acompañara en una gira. Fuimos en una avioneta a La Serena, Copiapó, y de ahí, a Antofagasta,

(1) El autor es militante del Partido Socialista de Chile.

Iquique y Arica. Nos volvimos por Chuqui, Calama, las salitreras. Visitamos unas tres o cuatro partes más. Cuando llegamos a Pisagua (2), Don Elías Lafferte, entonces Presidente del Partido Comunista, dijo un discurso que fue el primer desafío violento a la llamada Ley de Defensa de la Democracia (3). Y el hecho de que el Presidente del Partido Comunista, en 1952, hablara en Pisagua, era un desafío al gobierno de Gabriel González Videla. En ese tiempo se contó una anécdota que recorrió todo el país. Don Elías fue denunciado como Presidente del Partido Comunista, que había sido declarado ilegal. Fue citado donde el Ministro del Interior:

“—Dicen que Ud. era presidente del PC—”.

A lo que don Elías contestó:

“—Es una mentira—”.

El Ministro se mostró muy contento, porque lo que realmente deseaba era que Don Elías negara el hecho, para no tener dificultades con él, pues don Elías era un hombre de gran prestigio y de mucho arraigo popular. Tomarlo preso era bastante atrevido; además, era un hombre de bastante edad. Entonces, el Ministro dijo:

“—Me alegro, señor Lafferte, que Ud. nunca haya sido presidente del Partido Comunista—”.

Don Elías le replicó:

“—El error está en decir que yo era Presidente del Partido Comunista. No ha habido congreso del Partido Comunista, por lo tanto, yo no he sido relevado del cargo y sigo siendo Presidente del PC—”.

Lafferte no sólo lo dijo ante la Corte, sino que lo contó en público, en Pisagua. En Pisagua, símbolo de la dictadura de Gabriel González Videla, donde mantuvo preso a los compañeros comunistas que estuvieron relegados por la Ley de Defensa de la Democracia.

Evidentemente, el discurso de Elías Lafferte creó problemas durante la campaña, la ilegalizaba un poco. No podía aparecer el Partido Comunista, a pesar de que el compañero Allende era su candidato, además de serlo de un pequeño sector del Partido Socialista. Lo que en ese entonces se llamaba el Frente del Pueblo estaba compuesto por una parte de los socialistas, que éramos el sector disidente del PS que apoyaba a Allende y no al central, y el Partido Comunista. Y éste era perseguido brutalmente por la Ley de Defensa de la Democracia.

Esta ley había sido dictada por el gobierno radical de González Vi-

dela. En un momento determinado González Videla creyó que se iba a producir una tercera guerra mundial, entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Retiró al Embajador de Chile en la URSS. Chile era el segundo país sudamericano que había establecido relaciones con la Unión Soviética y ahora, retiró a su embajador y rompió abruptamente con el Partido Comunista. Después se dictó la llamada Ley de Defensa de la Democracia, que el pueblo motejó después como la “Ley maldita”. Dejó a los comunistas al margen de la legislación y de la constitución. Entre otras cosas, convertía en agravante de delito común el hecho de que lo cometiera un comunista. Tener militancia comunista era un delito, pero no el tener pensamiento marxista. Lo que la ley perseguía era la militancia comunista y no el pensamiento marxista. En esta época se crearon los campos de concentración en Pisagua y otros lugares. Muchos camaradas fueron encarcelados. Se crearon problemas serios dentro del Partido y del movimiento popular, como la destrucción de algunos sindicatos. Estas condiciones llevaron, como era lógico, a una derrota electoral.

Cuatro candidatos hubo en la campaña electoral de 1952: Carlos Ibáñez del Campo, ex dictador de los años 27 al 31, que había sido primero ministro de Guerra, y luego Presidente de la República, en elecciones manipuladas en las cuales sacó más del 90 por ciento de los votos; cerró el Congreso y fue derrocado el año 1931. Salió al exilio, volvió en 1937 y recibió el apoyo de los sectores profascistas. Ibáñez era también el inspirador del intento de golpe del 5 de septiembre de 1938 del partido nazi (4). Más tarde apoyó por un tiempo a Pedro Aguirre Cerda. Después de la muerte de éste, fue candidato de la reacción, contra Juan Antonio Ríos y con el apoyo de la extrema derecha.

En las elecciones de 1952, Ibáñez era candidato independiente y contó con el apoyo del Partido Democrático, el Partido Socialista Popular, el Partido Agrario Laborista, más algunos grupúsculos que se formaban alrededor de su personalidad.

Además, estaba la candidatura de Pedro Enrique Alfonso, un hombre de la derecha del Partido Radical, el partido de gobierno, y que representaba también a otros grupos, como los Demócratacristianos, que en ese entonces se llamaban Falange. El tercer candidato era Salvador Allende,

(2) Pisagua, lugar donde se levantó durante la dictadura de González Videla un campo de concentración que usó posteriormente la junta.

(3) Ley de Defensa de la Democracia, vigente desde septiembre de 1948 hasta el año 1958; dictada para permitir la persecución del PC y de sus simpatizantes, 50.000 chilenos fueron privados de sus derechos cívicos.

(4) El intento de golpe del 5 de septiembre de 1938, lo dio el Partido Nacional Socialista chileno que encabezaba González von Marés. Un grupo de estudiantes y muchachos de la pequeña y mediana burguesía se parapetó en la casa central de la Universidad de Chile y frente a la Moneda, en el edificio del Seguro Obrero. Posteriormente fueron sacados los que estaban en la Universidad de Chile y metidos al edificio del Seguro Obrero, donde fueron masacrados por orden del gobierno de Alessandri Palma.

apoyado por el Partido Comunista y el Partido Socialista de Chile.

Finalmente, había un candidato de la derecha, la que el año 1946 quedó bastante resentida con la candidatura de Cruz Coke. En esta ocasión llevó a Arturo Matte, un cuñado de Jorge Alessandri y yerno de Arturo Alessandri Palma. Arturo Matte fue apoyado por el Partido Liberal, el Partido Conservador y un sector del Partido Radical.

La elección del 4 de septiembre de 1952, la ganó Ibáñez por cerca de 480.000 votos, contra 52.000 que sacamos nosotros. Matte, creo, pudo obtener unos 260.000 votos. El candidato radical, Alfonso, unos 200.000. En ese entonces, había cerca de un millón de votantes. En favor de Ibáñez votó casi el cincuenta y un por ciento de electores. Nosotros, con nuestros 52.000 votos, nos sentimos bastante apesadumbrados, porque habíamos pensado sacar a lo menos 100.000 votos. No creímos nunca ganar la campaña, pero habíamos esperado más éxito. (*).

¿Qué había pasado? En la campaña electoral, Ibáñez había apuntado todos sus cañones directamente hacia nosotros. Se nos inculpaba de que estábamos cometiendo un crimen de lesa patria, al no apoyar la candidatura de Ibáñez y permitir, en un momento determinado, que el señor Matte pudiera vencer. Se nos reprochó que no era sólo un crimen político, sino histórico. Esa posición de los socialistas populares se veía retratada en varios documentos, entre ellos en el diario "La Escoba". "La Escoba" era el símbolo de la campaña electoral de Ibáñez, que "iba a barrer" con todas las inmorales del gobierno de Gabriel González Videla y de los radicales en general.

El día 4 de septiembre estábamos en la Casa del Pueblo, el local central de la candidatura de Allende. Se encontraba en la calle Serrano de Santiago, que queda al lado de la calle Arturo Prat, en la parte centro sur, aún muy central, aproximadamente a dos cuadras de la Alameda. Ese local central era un viejo caserón, un poco deteriorado. Lo arrendamos para instalar nuestro comando central. Estábamos ahí, cuando alrededor de las 6 ó 7 de la tarde se hizo evidente el triunfo aplastante de Ibáñez. Por otra parte, se veía nuestra gran derrota. Estábamos en una inferioridad alarmante.

De pronto alguien dijo que los socialistas populares venían avanzando, en dirección a nuestro local. Estos compañeros venían hacia la casa en la calle Serrano, con el objeto de dar un escarmiento físico a los "traidores". A los traidores que se habían vendido a la derecha, con ellos sostenían, que se habían hecho financiar la candidatura de Allende por Matte, como pensaban, para restarle votos a Ibáñez. Cerramos las puertas para defendernos.

Allende subió a una mesa que se encontraba en el hall de este viejo caserón, y pronunció un discurso, que recuerdo aún, a pesar de que ha transcurrido más de 25 años. Empezó haciendo un planteamiento de lo

que había sido la campaña y destacó el significado del esfuerzo de todos los compañeros, que habían luchado por levantar su candidatura, que era la candidatura del pueblo. Dijo que los hombres pasaban, pero que las ideas quedaban. Agradeció al hombre humilde y a la mujer sencilla el esfuerzo y el trabajo cumplido y dijo: "Si son consecuentes los que hoy nos detractan, como lo dicen siempre, un día no lejano marcharán detrás de nosotros y juntos haremos de este país la primera nación socialista de América". Y después llamó a los compañeros a mantener la calma: "Si el mundo se construyó en siete días, el socialismo no se logra construir en tan poco tiempo; porque el mundo es la imperfección y el socialismo es la perfección".

Se veían correr lágrimas por las caras de algunos compañeros y Allende, dándose cuenta, dijo: "Camaradas, no son lágrimas de derrota, son lágrimas de impotencia. Pero un hombre que tiene confianza en el pueblo no debe llorar nunca de impotencia". Al oírlo cambió la actitud de todos los compañeros presentes. La sensación de derrota, que pesaba en todos, pasó a una sensación de superioridad. Allende era un hombre que tenía la casi milagrosa capacidad de convertir las derrotas en nuevo ánimo de lucha. Nos demostró que habíamos perdido una batalla, pero no la guerra.

Los socialistas populares no nos atacaron, se dispersaron. Sólo un par de ellos tiró piedras.

Esa noche la pasé junto con los compañeros Tohá, Juan Vargas Puebla y Reinaldo Núñez; los dos últimos, viejos cuadros del Partido Comunista, obreros. Eran de esos cuadros revolucionarios, encarcelados muchas veces, perseguidos durante mucho tiempo, para los cuales está primero el partido, después el partido, y en tercer lugar el partido. Dos hombres, que puede que no tuvieran gran preparación, pero que actuaban instintiva o emocionalmente en el interés de su clase. Ninguno de los dos cursó estudios secundarios, mucho menos universitarios. Pero hay hombres que dan la impresión de que tienen el marxismo-leninismo en las venas.

Los jóvenes pequeños burgueses, de extracción social diferente a la de ellos, estuvimos con estos hombres que podían ser nuestros padres. Cuando nosotros nacimos, ya estaban en la lucha. Los dos eran nortinos. Juan Vargas Puebla era regidor y diputado. A pesar de la amargura que compartían con nosotros, nos alentaban mucho. Hablaron de sus múltiples experiencias y derrotas al formar el primer sindicato. Contaron de sus detenciones: de cómo habían sacado pequeños diarios, que, virtualmente, eran sólo hojas impresas. Nos demostraron lo absurdo de nuestras frustraciones de pequeños burgueses. Así nos dieron una fuerza que todavía la sentí durante mi detención y aún hoy día, cuando pienso en lo que me dijeron Juan Vargas y Reinaldo Núñez: La burguesía es implacable con la gente de su clase que toma el partido de la clase obrera. Y tam-

* N. del E.: Ibáñez 466 mil; Matte 265 mil; Alfonso 190 mil y Allende 52 mil.

bién, cuán importante es para los obreros, que jóvenes fuerzas burguesas encuentren, por una concepción intelectual y con inteligencia, el camino hacia el pensamiento de la clase obrera y se pongan a su disposición. Nos dijeron que, a veces, nuestra actitud tiene más valor para ellos que el apoyo de un obrero que naturalmente está con su clase.

Yo, en ese momento, necesitaba estas palabras de estímulo, porque era mi primera experiencia de derrota. Había sido mi primera lucha dura al lado de la clase obrera. Durante toda mi vida he tenido presente lo que esos dos hombres me dijeron esa noche: cuál debía ser mi papel, cuál era mi función, qué valor tenía y por qué era recibido por la clase obrera.

Salimos del local. Ellos nos dijeron que fuéramos a tomar un trago y a comer algo. Posteriormente llegaron otros compañeros. Fuimos a un bar que había en Serrano esquina Alameda. Después del recuento de votos podían abrir los restaurantes. De ahí partimos a la casa del compañero Allende, pero ya no se conversaba nada de trascendencia. Nos citó para el día siguiente, para hacer un recuento de votos y un balance de los resultados finales.

ELECCIONES PARLAMENTARIAS Y POLITICA DE ALIANZAS

Desde 1945, Allende era senador. Se aproximó el tiempo de las elecciones y Allende se presentó como candidato por Tarapacá y Antofagasta. Hizo una gira larga al norte, a Arica. Ahí era regidor el compañero Valente Rossi. Nos vinimos por tierra hasta Antofagasta. El secretario general del Partido Socialista Popular, Raúl Ampuero, era candidato por la primera circunscripción. Su programa consistía exclusivamente en hacer oposición a Allende. Hizo una campaña electoral profundamente anticomunista y utilizó el argumento de la posibilidad de un tercer camino al socialismo.

Durante toda la campaña, las fuerzas reaccionarias en Chile trataron de aprovechar la campaña del mundo occidental para difamar la RDA y preparar el putsch del 17 de junio de 1953 en la República Alemana. La prensa burguesa internacional habló del levantamiento de los obreros berlineses que querían liberarse del comunismo. Todos los días se publicaban listas de gente que había sido encarcelada o fusilada, y que había desaparecido. La campaña contra la RDA era al mismo tiempo hábilmente aprovechada en contra de la candidatura de Allende. En ese entonces surgieron los primeros estertores de lo que después llamamos "la campaña del terror", una orquestación de la prensa burguesa para asustar a la gente respecto a lo que podría significar un triunfo de los marxistas en Chile. Para esto utilizaban hábilmente la campaña de la

prensa internacional contra los países socialistas. En cambio, se acogió con mucha satisfacción el plan Marshall y la política de los EE.UU. Sobre la reunificación de Alemania se podía leer que solamente fracasó por la testarudez de la Unión Soviética que quería mantener aislado su sector. Los otros países aparecían unificando a sus sectores, pero la reunificación de Alemania habría sido impedida solamente por la testarudez de los comunistas. Allende no se dejó desconcertar en ningún momento. Lo acompañé por primera vez a las poblaciones, a las fábricas para hacer claridad política a la gente. Atacó la política de Ibáñez, exigió que por fin se realizara la nacionalización del cobre y del salitre y criticó el mal aprovechamiento de las industrias básicas y la fuerte inflación que empezó a aparecer en Chile. Dijo que era la consecuencia de que no hubiese ninguna planificación por parte del gobierno de Ibáñez.

Los ibañistas ganaron estas elecciones con mayoría abrumadora. Consiguieron casi el 51 por ciento del parlamento. La elección fue tranquila y no muy difícil. Habíamos conseguido la plata necesaria con ayuda de los compañeros. El Partido Socialista era un partido pobre. Allende incluso se conseguía plata con algunos amigos que nos ayudaron mucho. Casi no teníamos ningún apoyo de la prensa. Los diarios burgueses ignoraron al senador Allende como si no existiera. Salí nuevamente elegido; fue el único senador del Partido Socialista de Chile.

Cuando en 1952 Ibáñez salió elegido Presidente, quedó vacante su puesto de senador por Santiago. En la elección complementaria, salió elegida María de la Cruz. Era muy populista, gran oradora. Tenía mucha influencia sobre Ibáñez. Incluso corría la voz de que tenía controles de todo tipo sobre él. Esta mujer, entonces, fue elegida senadora, la primera mujer senadora por Santiago. Pero el Senado la inhabilitó. Dijeron que había ido a Bolivia para hacer algunos negocios de contrabando. Corrían rumores de que era amante de un individuo que era Presidente de la Cámara de Comercio Minorista, al que hizo nombrar diputado por Santiago, a pesar de que era un pobre tipo.

La verdad fue que la inhabilidad de María de la Cruz fue un acto político más que un acto de saneamiento moral. El asunto era muy curioso, ya que presentaron la inhabilidad dos personas, dos mujeres que no eran parlamentarias, pues cualquiera podía presentar este tipo de solicitud. La comisión rechazó los cargos, pero la sala los aprobó.

Allende se abstuvo en la votación. Y me explicó por qué. En el fondo del asunto, para él jugó un papel la idea de que había sectores ibañistas que él quiso ganar para la causa socialista. Mirando hacia el año 1958, se abstuvo de votar contra María de la Cruz. Además le pareció mala práctica, puesto que por este juego, muy peligroso, la burguesía, con la mayoría en el Senado, en un momento determinado y por una simple mayoría, podía cambiar la voluntad del pueblo. El pueblo elige un se-

nador y el parlamento simplemente lo cambia o lo inhabilita. Producida la vacante por la inhabilidad de María de la Cruz, hubo que ir nuevamente a una complementaria. Allende planteó la unidad de todas las fuerzas de oposición a Ibáñez. Exigió la designación de un solo candidato, de un socialista de Chile. El Partido Conservador y el Partido Liberal, o sea los partidos de derecha, no crearon problemas. Tampoco el Partido Radical. Propusieron designar a un socialista que reuniera los siguientes requisitos: que fuera militante del Partido Socialista de Chile, que fuera una personalidad, católica y no marxista. Allende estaba dispuesto a librar la lucha bajo esas condiciones, para ir golpeando al gobierno de Ibáñez y llevarlo a una definición que, de acuerdo con lo que él creía sinceramente, llegaría a tomar su rumbo lógico: una dirección reaccionaria. Eso haría que se desprendieran los sectores de avanzada que le estaban sirviendo de pantalla.

El único hombre que reunía todas esas condiciones, se llamaba Luis Quinteros Tricott. Era profesor universitario de la Escuela de Derecho, tenía buen renombre, no era marxista, sino un buen católico. Reunía entonces todos los requisitos, pero esto hacía que fuera un hombre poco sólido, ideológicamente con una posición política muy débil. Pero el Partido Comunista lo apoyaba y le colocaba al lado un compañero, un cuadro valioso. Era director de la revista "Principios" y secretario de la comisión política. Quinteros Tricott entendía bastante poco de política y ese apoyo le daba un aspecto extraño. Entre la gente que lo ayudó a triunfar en las elecciones había de todo: conservadores, radicales, demócratacristianos, liberales, socialistas y comunistas, o sea desde la ultra derecha hasta lo que se llamaba la ultra izquierda (los grupos de ultra izquierda eran en ese entonces, los trotskistas, pequeños grupos sin trascendencia, sin peso político). El director de "La Nación", que en ese entonces era Darío Saint-Marie, dueño al mismo tiempo de "La Gaceta" y "Clarín", publicó en las páginas principales de "La Nación" fotos de todos los políticos de oposición, bajo el título de "Galería de contrabandistas". Entre ellas, también una foto del compañero Allende. Debe haber sido el año 1954. La foto de Allende apareció bajo el nombre de Salvador Isabelino del Corazón de Jesús Allende Gossens (nombre que se había inventado, por supuesto). Se inculpaba a estos políticos de contrabando, a raíz de que se acababa de crear el puerto libre de Arica. Se planteaba que los parlamentarios, que tenían pasajes gratis en LAN (Línea Aérea Nacional), se dedicaban a viajar continuamente a Arica, pues no eran revisados en la aduana, y que hacían contrabando con nylon. Cuento este pequeño episodio para mostrar en qué forma y medida el gobierno de Ibáñez se lanzaba en una campaña difamatoria contra la oposición.

El tiempo de la candidatura senatorial de Luis Quinteros Tricott era

de permanente entrenamiento. Teníamos que explicar a los compañeros de la base, por qué habíamos llegado a un entendimiento con la ultra derecha. Corríamos el peligro de caer inconscientemente en una posición que temíamos: convertir a la clase obrera nuestra en una clase electorera, una masa que sirviera solamente en una lucha reivindicacionista. Teníamos que prestar atención para no confundir la lucha de clase con la lucha por la realización de reivindicaciones circunstanciales. Los aumentos de salarios no pueden reemplazar la lucha por la nacionalización de las industrias. A pesar de esto, teníamos que aprovechar todas las posibilidades para nuestros fines; teníamos que utilizar el juego entre oposición y gobierno para las reivindicaciones económicas y la realización de algunas renovaciones sociales, hasta donde la democracia burguesa lo permitiera. No debíamos dar la impresión de haber ganado la gran batalla al conseguir un pequeño triunfo. Allende salió a explicarle a la clase obrera, cuáles eran las razones por las cuales nosotros estábamos en esta posición, por qué nosotros levantábamos la candidatura de Quinteros Tricott, con el apoyo de los conservadores y de los compañeros comunistas.

Entre los ibañistas se levantaron tres candidatos: Pedro Foncea, Marmerto Figueroa y María de la Cruz, que se autonominaba, contra la opinión de sus propios partidarios. Nosotros sacamos poco más de 130.000 votos, frente a 230.000 votos repartidos entre los otros tres. Nosotros, en cambio, teníamos toda la fuerza opositora tras nosotros. Es importante recordar que, en ese momento, había virtualmente un "boom" ibañista. Ibáñez estaba en pleno ascenso. Fácilmente hubiesen podido ganar, si hubiesen llevado un solo candidato.

Poco tiempo después de la elección parlamentaria se produjo una complementaria por Santiago, a raíz de la muerte de un diputado. La oposición levantó la candidatura de Rafael Agustín Gumucio. En realidad se hizo lo mismo que con Quinteros Tricott, se buscó un nombre, y en esto intervino bastante Allende, que estaba siempre con la idea de la unidad, con el objeto de ganar los sectores populares de la Democracia Cristiana que estaban en bastante buen pie, no sólo en una posición circunstancial de oposición, sino que en una posición ideológica contraria al gobierno de Ibáñez, que tenía una base ideológica muy débil. Esta fue seguramente la primera vez que se consiguió un frente amplio: Partido Comunista, Partido Socialista, Democracia Cristiana. Entonces, la Democracia Cristiana se llamaba Falange. Se levantó la candidatura con el slogan: "Proteste con Gumucio". Era un slogan que significaba protestar contra las alzas, contra los bajos salarios, la desocupación, contra el desgobierno, contra todos los vicios que tenía el gobierno de Ibáñez. Posteriormente, se acoplaron a esta candidatura los liberales, conservadores y radicales. Triunfó Gumucio por un amplio margen como diputado por

Santiago.

En estas campañas electorales yo tuve algunas dudas respecto a la política de alianza propuesta por Allende. ¿No estaríamos creando un desconcierto ideológico en la mente de los compañeros al trabajar con sectores de la reacción? Yo pensé, en ese entonces, si no era preferible que nosotros levantáramos un candidato propio, con el cual perdiéramos la elección, pero hiciéramos claridad política. Allende me escuchó y me dijo que yo no le decía nada nuevo. Realmente existía el peligro, siempre y cuando las razones por las cuales se estaba haciendo esta alianza con los sectores de la burguesía no fueran razones de raíces políticas más profundas, y me explicó que lo que él buscaba con esto era despegar del árbol de Ibáñez a los sectores proletarios que aún estaban con él. La única forma de hacerlo, era golpeándolos. Me dijo: nosotros tenemos que recuperar de ahí sectores como los socialistas populares, los sectores obreros, que tiene muchos; Ibáñez tiene una gran masa obrera que está engañada. Y nosotros, con una alianza como la que hacemos, le demostramos a esa masa obrera que triunfos electorales se pueden conseguir con la derecha, pero que no se pueden conseguir conquistas políticas. Lo que tenemos que hacer es unirnos, unir el proletariado, unir a los partidos de la clase obrera y así vamos a obtener grandes triunfos políticos y no sólo triunfos electorales.

Las contradicciones empiezan a surgir cuando la base exige a su directiva la realización de las reivindicaciones políticas que durante la campaña electoral proclamó el candidato. Entonces, los diferentes grupitos reunidos en el gobierno se enfrentan con los partidos, hay contradicciones en las esferas de gobierno, el partido completo entra en una contradicción con el gobierno y termina retirándose de él. Precisamente esto le ocurrió al Partido Socialista Popular, que rápidamente pasó a la oposición, e ingresó finalmente al Frente del Pueblo. Por primera vez, el mundo observó este desarrollo con extraordinario interés. La opinión pública hizo una comparación con Italia: los demócratacristianos recibirían el apoyo de socialistas y comunistas. Analizándolo bien, se puede comprobar fácilmente que este paralelo era falso. A pesar de esto, los diarios internacionales escribían mucho sobre una unidad del partido de la clase obrera con un partido cristiano de la burguesía, planteando que el Partido Socialista era un partido marxista-leninista. Sin duda no se dió a todo este asunto la misma importancia con que se publicitó posteriormente el triunfo de Allende, pero aparecíamos por primera vez en los diarios sin que hubiera un terremoto con 20.000 u 80.000 muertos. Hasta ese entonces, Chile salía en la prensa europea cuando había un terremoto o reventaba un volcán.

NACE EL FRAP

Poco tiempo después del ingreso de los socialistas populares al Frente del Pueblo, se creó el FRAP (Frente de Acción Popular). Allende fue su primer Presidente, su ideador, su creador. Incluso propuso el nombre. El FRAP se convirtió en una herramienta política que duró desde 1955/56 hasta después de la campaña electoral del año 1964. Después siguió subsistiendo todavía algún tiempo hasta que murió, un poco de inacción. Posteriormente nació la Unidad Popular. Pero el FRAP era la plataforma de lucha más importante que nosotros habíamos conseguido hasta ese entonces en el desarrollo político de la izquierda chilena.

Inmediatamente después del mes de julio de 1955, empezamos a preparar la campaña parlamentaria. Implicaba varias giras. La más importante, en la que acompañé a Allende, nos llevó por toda la provincia de Santiago. Mientras él hacía otros viajes, me encargó el trabajo en la candidatura de los parlamentarios por Santiago. Trabajé ahí por dos compañeros: José Tohá, candidato a diputado de los socialistas de Chile, por el primer distrito, y José Cueto, diputado del Partido Comunista por la provincia de Antofagasta, quien también se presentaba por el primer distrito.

Esta candidatura tenía sus características especiales. En primer lugar, se crearon con ella las bases para la unidad del Partido Socialista. Por otra parte, era la última elección bajo la amenaza de la Ley de Defensa de la Democracia. Un método complicado, el sistema de multiplicación, dificultó la elección.

En la muy larga lista de candidatos por Santiago se encontraba en primer lugar José Cademátori, último iba José Oyarce, del que todo el mundo sabía que era comunista. Fue anulado aplicándosele la Ley de Defensa de la Democracia. Con manipulaciones siempre se daba la posibilidad de incluir a otros candidatos en la lista de elecciones, utilizando todas las artimañas.

EL 2 DE ABRIL DE 1957

En el otoño de 1957, ardía todo el país, sobre todo Santiago. Hubo huelgas en algunas empresas. El descontento con el gobierno de Ibáñez produjo, el 2 de abril, en Santiago, la salida de trabajadores y estudiantes a las calles. En la calle Miraflores, la policía mató a un estudiante. La noticia de su muerte se divulgó con increíble rapidez. Se desbordaba la gente en la calle. Cuando las fuerzas policiales ya no sabían cómo sacar las masas de la calle, el gobierno mandó fuerzas militares y abrió las cárceles. El lumpen se mezcló con los obreros y estudiantes y empezó a saquear. La situación parecía un levantamiento sin dirección. Los partidos

y sindicatos trataron de impulsar a sus militantes a crear ciertas organicidad en el movimiento de las masas. Las tropas de gobierno cerraron todo el centro y con esto cercaron al lumpen y a los obreros y estudiantes. En la tarde se dictó una ley de estado de sitio y empezó a regir, desde las 23.00 horas, el toque de queda.

Yo estaba con Allende en el recinto del Senado. El era en ese entonces vicepresidente del Senado y yo, Secretario General del Partido del Trabajo (5). El doctor me mandó a averiguar qué novedades había. Fui al local del Partido del Trabajo, en la calle Catedral, donde estaban también las oficinas de "El Siglo", el diario del PC, y las del propio Partido Comunista. En el centro vi dos baleos, uno en Ahumada esquina Huérfanos y otro, en la Plaza de Armas. Los militares estaban disparando con sus ametralladoras, pero sólo balas de fogeo. Me dio cierta tranquilidad, pues significaba que se podía seguir circulando por el centro sin peligro de muerte. Pero, al intentar atravesar nuevamente la calle Ahumada, vi que los militares había retirado los recuperadores de sus ametralladoras y estaban disparando con balas de guerra. Esto cambiaba bastante la situación. Con dificultad atravesé la calle, corrí hasta el Senado y le comuniqué a Allende lo que estaba ocurriendo. El se fue inmediatamente a la Intendencia de Santiago a exigir informes sobre estos acontecimientos y que de inmediato se dejara de disparar. A mí me encargó que tratara de ver lo que estaba ocurriendo afuera. En esto quedé un poco aislado. Durante varias horas no tuvimos contacto. En la calle Estado vi un tanque que abrió la cortina de un negocio de modas, para que entrara el lumpen a robar. La gente saqueó supermercados y también una tienda de géneros. Cuando habían dejado que el lumpen se extasiara, llegaron los militares. Tiraron bombas lagrimógenas por todos lados y rodearon a la gente en el centro de la ciudad. Entre la multitud casi fue imposible diferenciar entre estudiantes, obreros y criminales. Muchos destrozaban, saqueaban y robaban cuanto cosa había.

Después de muchos esfuerzos logré llegar al Senado. Nuevamente Allende me mandó al Partido del Trabajo. Era tarde ya, cerca de las 19:30 horas. En el local del partido no había novedades. Volví al Senado a buscar mi abrigo. De ahí llamé a Allende. Me pidió volver al partido y mantenerlo informado. Además me solicitó que llamara a alguna gente y le diera las mismas instrucciones. Quería que estuviera constantemente ubicable.

Caminando por la calle Catedral desde el Senado en dirección al lo-

cal del partido, vi un camión del cual se bajaban militares. Me detuve un poco y vi que irrumpían en el local del Partido del Trabajo. Inmediatamente me devolví, corriendo, al Senado, pero no pude entrar, no me contestó el portero. Entonces, seguí corriendo hasta "El Mercurio" y llamé desde ahí a Allende. Le conté que en ese momento estaban asaltando el local del partido. Allende dijo que iba inmediatamente para allá y que lo esperara en la esquina de Bandera con Catedral.

Salí corriendo. Era una situación en la que uno no hace pensadamente las cosas. El lugar quedaba a dos cuadras y Allende debía recorrer, desde Guardia Vieja (6) hasta el lugar de encuentro, un tramo de 10 o 12 minutos en auto. Muy preocupado esperé unos 10 minutos. Pasaban tropas militares; regresé otra vez al "Mercurio" y llamé a la casa del doctor. Me dijeron que ya había salido. Entonces, quise ir rápidamente hasta el lugar de encuentro que habíamos acordado. En la mitad del camino me paró una patrulla. Explicué a los carabineros que me venían a buscar. "¿Quién?" me preguntaron.

"El senador Allende—" les contesté.

Me gritaron que eso significaba que yo estaba haciendo alguna gestión política prohibida. En ese momento vi el coche de Allende y lo llamé a gritos, sin pensar que él no me podía oír. Finalmente, los carabineros me dejaron ir. Salí corriendo detrás del coche. Tenía un sólo propósito: llegar al local del partido. En la esquina de Santo Domingo con Bandera se detuvo el coche, porque Allende había visto a una persona que podía ser yo. Lo alcancé. Rápidamente le expliqué lo que había pasado.

Nos fuimos al local del Partido del Trabajo, que ya había sido allanado y estaba completamente destrozado. Habían roto todas las banderas; los escritorios y las mesas las habían despedazado con hacha; las sillas una por una. Entramos en las oficinas del Partido Comunista, donde nos encontramos con más policías. Los funcionarios fueron detenidos y llevados. Un policía nos dijo que la destrucción no era obra de las tropas militares, sino de un grupo de pobladores. Muy bien sabía yo que eso era mentira: había visto a los destructores con mis ojos.

Se nos dijo que lo mismo había ocurrido en la imprenta "Horizonte". lo que vimos, fue aún peor. Nos informaron también cómo se había producido el destrozo. Mientras los militares quedaron afuera, entraron funcionarios de investigaciones a las oficinas, dirigidos por el prefecto Estibil, el mismo Estibil que posteriormente fue guardaespalda de Alessandri. Más tarde estuvo preso, porque encontraron en su casa unas máquinas de escribir de la imprenta "Horizonte". Se armó un gran es-

(5) El autor era militante del Partido Socialista. Se fundó el Partido del Trabajo, que se componía fundamentalmente de comunistas y socialistas, para darle al PC, que estaba ilegal, una posibilidad de actuar. Además, sirvió para ampliar la base del Frente Popular, ya que oficialmente no tenía carácter marxista.

(6) Guardia Vieja —así se llamaba la calle donde estaba ubicada la casa particular de Allende.

CAPITULO II

“Si el mundo se construyó en siete días, el socialismo no se logra construir en tan poco tiempo, porque el mundo es la imperfección y el socialismo es la perfección”.

cándalo, Allende hizo una intervención en el Senado sobre el caso, e insertó en su discurso fotos de las destrucciones de la imprenta “Horizonte”.

Allende logró que “El Mercurio” publicara su discurso y algunas fotos en su primera página, lo que desconcertó seguramente a los lectores de este periódico (7). Pero un grupo de compañeros fue relegado, algunos a Pisagua y otros a pequeños pueblos del altiplano chileno.

El propio gobierno de Ibáñez había puesto en escena este “putsch” para encubrir sus dificultades. Pero para la formación del Partido Socialista fue importante ese imprevisto levantamiento. Después del 2 de abril, se produjo la unificación del Partido.

(7) De acuerdo con la Constitución chilena, las sesiones del Senado deben ser publicadas en un diario, donde se incluían todos los discursos de los senadores. El Mercurio recibía de todos los gobiernos este contrato. De esta forma, el diario se vio obligado a poner en sus páginas no sólo el discurso de denuncia de Allende sino que también las fotos de la destrucción.

LA CONVENCION DEL PUEBLO

Un día de mayo de 1957 acompañé en la mañana al doctor a su oficina, en el Senado. Ahí lo esperaba Salomón Corbalán. Era un hombre extraordinario, de estatura mediana, moreno y representaba por lo menos, 10 años más de los que tenía. A primera vista me pareció poco simpático, a pesar de tener un timbre de voz agradable. Salomón era una personalidad muy fuerte, de gran capacidad de trabajo, con buena formación, muy culto, un marxista real. Una de esas personas que viven tan intensamente que mueren muy jóvenes. Y era uno de los pocos jóvenes que tuteaban a Allende: "Mira Salvador", dijo, "el partido del cual soy Secretario General, decidió que tú fueras candidato presidencial".

Allende, con esa rapidez e ironía que tenía para contestar este tipo de cosas, replicó que con eso no le contaba ninguna novedad. Que esto lo venía escuchando desde que ingresó al partido. Que no encontraban en Chile ni en el mundo otro mejor que él.

Salomón dijo que no había sido tan fácil el asunto de la designación. Allende agregó que la única forma de designar un candidato presidencial sería una convención de los más amplios sectores populares. Para esto debería convocarse una asamblea. Salomón asintió expresando que también él la consideraba la mejor forma. Allende explicó que deberían estar representados en la convención presidencial los partidos populares, los sindicatos, las organizaciones culturales y deportivas, todas las organizaciones de masas. Allende buscaba formas para atraer más gente a los partidos.

Salomón opinaba que la convención tenía que hacerse un año antes de la elección. Allende estuvo de acuerdo, pero no quería que fuese el 4 de septiembre, puesto que era el aniversario del gobierno de Ibáñez. En los días alrededor del 4 de septiembre, el gobierno hacía celebraciones, la prensa estaba preocupada del discurso del Presidente, mientras que la prensa de la oposición publicaba los discursos de los opositores. En el fondo, Allende quería que se hiciera la convención en septiembre, pero que su fecha no coincidiera con aquella. Podría disminuir la resonancia. Le preguntó a Salomón qué sectores y partidos deberían participar y qué candidatos se llevarían, según su opinión. Salomón le dijo que no lo tenía muy claro, pero que haría un programa y un estudio que le prometía presentar en corto plazo. Me pidió que le ayudara a confeccionarlo.

Junto con Salomón salí de la oficina de Allende. En la puerta del Senado me dijo un portero que tenía un llamado telefónico urgente en la oficina de Allende. Entonces quedé de juntarme con Salomón al otro día, entre las 9 y las 10 de la mañana en mi oficina. Salomón no tenía

oficina propia, trabajaba en las oficinas del partido, pero allá no quería dedicarse a esta tarea. Cuando el portero me avisó lo del llamado telefónico, Salomón me miró y se rió. En realidad, Allende quería conversar conmigo. Me invitó a comer juntos esa noche y nos fuimos a mi casa. Esa noche, Allende planteó cómo él se imaginaba la convención presidencial del pueblo. Quería integrar a profesionales y técnicos independientes. Esto iba un poco más allá de lo que se había planteado en la conversación con Salomón, donde se había pensado solamente en los partidos y las organizaciones de masas, es decir, obreros y campesinos. Ahora quería integrar también a sectores de la clase media y de la intelectualidad. Allende aspiraba a una participación muy amplia. En esa convención no había que llegar a elegir hombres, que presentaran después su programa: había que llegar con un programa, para elegir después a un hombre que lo realizara.

Al día siguiente, nos reunimos Salomón y yo. El entendió de inmediato lo que el doctor había planteado: la incorporación de los sectores medios a la campaña, la presencia de la intelectualidad. Empezamos a crear el esquema de la convención presidencial. Después conversamos con Max Nollf y le planteamos este esquema. Max ya había hablado con el doctor y estaba elaborando el esqueleto del programa. Max Nollf, a quien llamamos *El Alemán*, era economista. Hoy tendría unos 55 años. Entonces trabajaba en la CEPAL. Dirigía un grupo de economistas, sociólogos y otros especialistas. Durante nuestro gobierno, cuando se nacionalizó el cobre, Max Nollf fue Vicepresidente de CODELCO.

Las cuatro bases sobre las cuales se fundamentó el programa de 1958 eran la reforma agraria, la nacionalización del cobre, salitre, hierro y yodo, el control de los bancos y la creación del área social de la economía. El programa preveía la redistribución de la renta nacional y facilidades para el ingreso a la educación superior. En el fondo, nos llevaba rápidamente a un camino socialista y conducía más allá de las necesidades del momento.

Este programa era mucho más radical que el de 1970. Era una propuesta de gente joven, que no busca el triunfo electoral. No pretendíamos ganar los votos de la clase obrera, buscábamos hacer conciencia en las masas. No se trataba de un programa para vender una candidatura, sino para crear una amplia base de sustentación. Era un programa de principios ideológicos. En él trabajaron Salvador Allende, Max Nollf, Salomón Corbalán y un grupo de comunistas, entre ellos Jaime Barrios, Orlando Millas y Volodia Teitelboim. No se lo elaboró hasta los últimos detalles. El compañero Allende quería que se manifestaran ideas generales, y que la convención entregara después la redacción definitiva. Esta actitud política la mantuvo Allende también posteriormente: que fuera la base, ante todo el proletariado, el que le diera estructura y forma a las

ideas y fijara los detalles.

Al planificar la convención presidencial debía pensarse en integrar tanto a los partidos y sindicatos como a clubes deportivos, agrupaciones de socorro mutuo y otras organizaciones de masas. Se trataba de dar una imagen a todo el país, de que el candidato presidencial de la izquierda chilena contaba con el apoyo de los más amplios sectores.

Se nominaron como precandidatos los siguientes seis políticos: Don Guillermo del Pedregal, un economista independiente, hombre de gran figuración dentro de la política y de la economía chilena, ex ministro de Ibáñez; no era marxista, pero sí un hombre progresista (fue embajador en Moscú durante el gobierno nuestro).

Don Humberto Mewes, quien era Presidente del Partido del Trabajo. Durante el gobierno de Gabriel González Videla había sido contralor general de la República. Pero se distanció de González Videla cuando éste empezó a aplicar la 'ley maldita'. Entretanto, había envejecido bastante, políticamente era un poco desubicado. Emocionalmente estaba al lado de la izquierda; mantuvo su constitucionalismo y legalismo hasta el final.

El tercer candidato se llamaba Mamerto Figueroa Parot. Fue intendente-alcalde de Santiago en el gobierno de Ibáñez. Figueroa Parot, un hombre muy rico, de familia burguesa, dijo ser socialista. Hacían muchas bromas sobre este hombre de alcances intelectuales no muy grandes, que tenía una gran virtud: su enorme consecuencia, que mantuvo virtualmente durante toda su vida. Trabajé muchos años junto a él, en la Vanguardia del Pueblo, y luego en la Alianza de Trabajadores. Tenía una concepción cristiana y anhelaba el mejoramiento de la situación de los pobres. El daba mucho, pero sin claridad política, sin saber que había que cambiar el orden social antes de que se pudiera cambiar a fondo la situación de los pobres. El quería ayudarlos dentro del orden social burgués.

Rudecindo Ortega Masson era senador radical. Cuando se votó la Ley de Defensa de la Democracia, él votó en contra, junto con el senador Dr. Arturo Jirón Latapiat, decano de la Facultad de Medicina.

Francisco Cuevas Mackenna, un personaje bastante controvertido, era presidente de la Sociedad Nacional de Minería; vale decir, presidente de unas de las sociedades más reaccionarias, porque los "mineros" no eran los obreros de la minería, sino los dueños de mina. Levantó su candidatura con el único interés de ser Presidente de Chile, y creyó que podría ganar el apoyo de los sectores a los cuales la izquierda no llegaba.

Y por último, estaba el compañero Allende, como candidato del Partido Socialista.

Estos candidatos no eran del FRAP, sino que los candidatos que iban a la convención presidencial del pueblo. Nosotros procuramos hacerla aparecer como una convención que fuera más allá de los límites del

FRAP. Aspirábamos a una base de masas para la convención. Como primer paso efectivo, se creó una comisión de poderes, integrada por cuatro compañeros. De buena gana me acuerdo de la "creación" de diferentes organismos. Mandé a hacer unos 8 o 10 timbres distintos, de diferentes clubes deportivos. Cada partido tenía una cuota de representantes, que no iban a llegar como representantes de partidos sino de organizaciones de masas. Aquello lo pudieron hacer los demás partidos, pero no el Partido del Trabajo. Y así, inventé clubes de fútbol, grupos folklóricos, grupos de canto. Se confeccionaron carnets que confirmaban que tal y tal persona era representante ante la convención del pueblo. Y firmaba por el club deportivo tal y tal, con un timbre, el presidente o el vicepresidente. Con este sistema juntamos a 1.500 o 1.600 delegados, de diferentes regiones y de todos los partidos.

Mientras tanto, nos habíamos puesto de acuerdo con Salomón respecto a cómo se iba a efectuar la convención. En la votación debían irse eliminando aquellos precandidatos que recibieran el menor número de votos. Nuestro plan era que en la primera votación saliera primero Del Pedregal; segundo Mewes y tercero Allende. Queríamos conseguir que se eliminara primero a Mamerto Figueroa; segundo a Rudecindo Ortega y en la siguiente votación a Francisco Cuevas Mackenna, seguido de Mewes. Quedaría, en la votación última, Guillermo del Pedregal.

Se formaron comisiones de programa. Para nosotros era muy importante la participación de los delegados, ante todo, de los partidos chicos, que debían intervenir en la discusión del programa.

La convención duró 3 días, del 15 al 17 de septiembre de 1957. Casi llegó a tener la magnitud de un congreso. Aparte de la comisión programática, había una comisión de plataforma, otra de reforma agraria, nacionalización y área social, control de la banca, reestructuración del gobierno, participación de los partidos en el aparato de gobierno. En total eran como 10 comisiones.

Las sesiones plenarias iban a desarrollarse en el recinto del Congreso Nacional; las sesiones de las comisiones iban a realizarse en diferentes locales de partido y en algunos locales universitarios.

De pronto nos vimos abocados a un problema serio: no teníamos suficiente dinero para financiar un acto como ése. Si bien era cierto que todas estas personas venían teóricamente por su cuenta, la verdad era que los traían los partidos o nosotros. Había que darles alojamiento, preocuparse de que estuvieran bien, y en fin, que llegaran. Y todo esto alrededor del 18 de septiembre, fecha políticamente tan buena. Fuera de las fiestas patrias no eran de esperar hechos políticos de importancia. Había, por lo tanto, suficiente tiempo para leer las noticias sobre la convención, de modo que era segura una buena resonancia.

Y entonces vino a verme Salomón y me dijo que se había acabado

nuestra plata. "Osvaldo, tú tienes que ingeniártela. ¡Necesitamos un millón de pesos!" Eso equivale a un peso de hoy, pero en ese tiempo era una suma considerable. Yo quería hablar con el doctor, pero Salomón estaba en contra. Dijo que Allende no tenía ni un centavo. En el mejor de los casos, iba a molestarse por escuchar cosas que ya sabía.

Cuando iba saliendo, me encontré con Max Noff. Le conté nuestro problema, y Max encontró una solución: debíamos ir a ver a Pancho Cuevas. Si lo acompañaba, me garantizaría un millón de pesos.

Entonces, nos fuimos a hablar con Pancho Cuevas, mejor dicho, Max habló. Yo era mero espectador.

"—Mira Pancho, Osvaldo y yo hemos venido a plantearte un problema, que no te atañe tanto a tí, sino que le atañe más bien al país. Tú tienes que ser Presidente de Chile. Los intelectuales, los ingenieros y técnicos de izquierda y del FRAP han decidido que tú tienes que ser el Presidente de Chile. Y tú bien sabes, lo que decidamos se va a tener que realizar. Tenemos que cumplir con nuestro programa. Hemos decidido que tú seas nuestro candidato, pero esto no será posible—".

Después del primer impacto grato, volvió a oscurecerse la cara de Pancho Cuevas. Max Noff le dijo por qué no podría ser presidente y por qué no iba a haber convención presidencial. Porque faltaba un millón de pesos. Pancho Cuevas se echó para atrás, sospechando lo que venía. Pero, gracias a la elocuencia de Max Noff, la tentación fue demasiado grande para él. Sacó la chequera del bolsillo y nos dió un cheque por un millón de pesos. Preguntó a nombre de quién debía hacerse el cheque. Max lo dijo tranquilamente que lo hiciera a mi nombre. Ahí dudó Pancho un poco. Se dió cuenta de que mi posición era un poco rara. Me sabía un hombre de Allende por completo. Por lo tanto, me preguntó directamente, si estaba con él o con Allende. Yo lo quedé mirando y repliqué: "Como tú ves, estoy en este momento contigo, y no con Allende". Era verdad, él no me había preguntado por mi convicción política. Años después tuve que explicárselo. Le pedí excusas por la broma, que, de todos modos, nos dió un millón de pesos.

Empezó la convención con gran énfasis popular. Los hombres llevaban puestas las tarjetas de delegado en la solapa de la chaqueta; las mujeres, en las blusas. Cuando salíamos a la calle para ir a las sesiones nos aplaudían mucho. De las tarjetas se desprendía quiénes de los delegados tenían derecho a voz y voto, ya que había también algunos que no tenían derecho a voto. Eran sólo invitados. De los 1.800 delegados, había 1.600 con derecho a voz y voto. Habíamos invitado a mucha gente por darle amplitud a la convención. Al inaugurarse, la gente en la calle nos gritaba: "¡El compañero Allende es nuestro hombre!".

Se leyó la plataforma programática, empezaron a trabajar las comisiones. Lentamente se le dió forma a nuestros planes. Se creó el programa

con el que enfrentaríamos la campaña electoral de 1958. Tenía 520 páginas, estaba bien hecho, contenía muchas ideas de los delegados: una de ellas era OCEPLAN (Oficina Central de Planificación). Esta idea la usaron el año 1964 los demócratacristianos, como ODEPLAN. A raíz de la campaña y la derrota de 1958, Max Nolff, Pedro Vuskovic y otros compañeros se fueron a Venezuela y crearon bajo la dirección de Héctor Hurtado, CORDIPLAN, organismos que aún existe en Venezuela. Es la Corporación de Planificación.

Terminado el estudio del programa por los delegados se empezó con la votación. Se montaron 20 o 30 mesas, pues cada uno de los convencionales debía votar en una mesa determinada, de acuerdo con su tarjeta de delegado. Teníamos todo preparado y habíamos dado las instrucciones correspondientes a los partidos.

Resultó una elección muy curiosa. En la mesa donde yo debía votar y de la cual era al mismo tiempo presidente, de acuerdo con los cálculos que habíamos hecho antes, tenía que ganar Francisco Cuevas Mackenna. Era una mesa con 100 votantes. Según los cálculos nuestros, Allende iba a recibir no más de unos 15 votos. Debía salir primero Francisco Cuevas, después del Pedregal y al último, Allende. Cuando empecé a hacer el recuento, me preocupé al instante. Fui a hablar con Salomón y le dije que la cosa andaba mal, porque en mi mesa ya había más de 50 votos para Allende. Eso pasó, seguramente, porque tanto la juventud como muchos obreros independientes no entendieron que se trataba de una medida política y que no buscábamos que Del Pedregal fuera el candidato, sino que queríamos un amplio apoyo para la candidatura de Allende.

Esto lo habían entendido sólo los militantes. Era más fácil hablar con ellos. Uno podía decirles: Querido compañero, en la primera votación, vas a votar por el candidato fulano de tal; en la segunda, por zutano y en la tercera, por perengano. Y los compañeros disciplinados cumplían las instrucciones. Los indisciplinados, naturalmente no. Votaron por el candidato que ellos querían, de todos modos. Y tampoco se podía mover con facilidad la gran masa de los independientes.

En la primera votación Allende ganó con 530 votos, contra 400 del siguiente. Con esto arrasó la convención. Se acabó. Todo nuestro esquema se rompió. Guillermo Del Pedregal, que debía ganar la primera votación, salió último. Se produjo una reunión en la sala de la Vicepresidencia del Senado. Después se reunieron las diferentes comisiones, donde los precandidatos defendieron con energía sus posiciones. Se sentían estafados. Por otra parte, también Allende estaba molesto. El resultado le quitaba el respaldo requerido.

Allende pidió la palabra: "Yo soy el primer sorprendido con esta votación. Mi objetivo es la unidad. Vine a esta convención buscando la unidad de las fuerzas populares. En esa circunstancia, estoy dispuesto a

llegar hasta las últimas consecuencias. Siendo o no candidato, yo no me voy a prestar a este tipo de juego. Antes de que se produzca un quiebre dentro de las fuerzas de izquierda, renuncio a mi candidatura".

No había terminado aún, cuando Salomón Corbalán, que estaba frente a él, le pegó una patada en las canillas. Salomón estaba absolutamente en contra de que Allende renunciara a la candidatura en forma indeclinable. Que dijera que estaba dispuesto a renunciar, quizás. Pero no, que renunciara ahora y dejara circunscrita la cosa a los otros cinco.

Durante el largo debate, los delegados en la sala esperaban la resolución que se produciría arriba. Salomón me llamó y me dijo: "¡Baja y entretén a la gente"! A la salida me encontré, por suerte, con un compañero socialista de La Serena. Flores se llamaba, y era poeta. Era conocido como el Negro Flores. Le dije que tenía que ayudarme y le pedí que recitara su larguísimo "Poema del dinero".

Cuando entramos en la sala, algunos compañeros ya habían puesto remedio. Estaban presentando a viejos cuadros del Movimiento popular que contaron sus experiencias. Había transcurrido ya una media hora desde que anuncié a Flores. Después volví y me encontré con una situación divertida. Los cinco candidatos derrotados trataban de convencer a Allende de que mantuviera su candidatura. Yo no tenía idea de por qué había cambiado tanto la situación. Tampoco después nadie me lo pudo explicar con claridad.

Habló cada uno de los cinco candidatos, pero fue Salomón quien convenció a Allende: "Compañero Allende, ésta no es una solicitud, es una orden del Partido. Como Secretario General del Partido, yo le ordeno que Ud. acepte la candidatura".

Que Allende vacilara no tenía nada que ver con coquetería. Temía perder el apoyo de los otros cinco. Además, no quería presentarse como candidato por arriba, quería ser elegido por la base. Entonces exigió de Salomón que planteara a la asamblea que él, Allende, quería renunciar. Salomón debía plantear la posición de Allende y pedir a la asamblea que diera su apoyo al doctor o no.

Volvimos a la sala y Salomón se acercó al micrófono. Era buen orador, sabía hablar muy claro y profundo. Empezó su discurso haciendo una apología de cada uno de los precandidatos, caracterizando a cada uno.

Después, Salomón planteó que a raíz del resultado de la votación, Salvador Allende retiraba su postulación. Pero que los otros cinco candidatos dejaban al buen criterio de los delegados si querían o no apoyar a Allende. Pidió que cada convencional manifestara su acuerdo levantando su tarjeta de delegado.

Los delegados mostraron un bosque de tarjetas. Se hizo la prueba opuesta. Dicen que dos delegados votaron en contra.

Cuando Allende volvió a la sala, venía con el abrigo puesto. Se sentó, pero poco después se levantó de nuevo, se sacó el abrigo y lo tiró enojado contra una silla. Me acerqué a Pontigo y le conté que Allende estaba muy molesto. Aparentemente, porque creía que toda la convención se convirtió en lo contrario de lo que buscaba. Y añadí que era una torpeza de Allende, que debía haber visto que toda la sala estaba con él. Allende lo oyó, me tomó de un brazo y me sacó para afuera. Ahí me dijo: "Osvaldo, lo respeto a Ud., pero exijo también de usted el mismo trato. No tiene derecho de decir que una actitud mía es una torpeza. Sé bastante más de política que usted".

Traté de explicarle lo que había querido decir con "torpeza", porque yo había conversado con la gente en la sala. El repuso que nunca se debe creer en lo que se dice al pasar. Una cosa es lo que se dice al pasar, y otra, lo que se hace después de meditar. Me defendí diciendo que no lo había oído al pasar, que había conversado con la gente, que había escuchado sus planteamientos. Yo veía la cosa bastante positiva. Allende dijo que podía ser que yo tuviera razón.

Volvimos a la sala. Hablaba Salomón todavía. Se produjo una ovación cuando entró Allende. Me acerqué nuevamente a Pontigo y le pregunté cuál era su opinión. Me dijo que, según la opinión del Partido Comunista, era inatajable la candidatura de Allende. No se podía atajarla en este momento. Salomón terminó su discurso, y hablaron los otros candidatos para apoyarlo. Después, Allende pidió la palabra.

Allende dijo que no era un hombre mesiánico. No podía ser candidato, no podía gobernar ni presentarse ante el pueblo sin el respaldo del pueblo. Debía tener un programa muy definido, y tenía que haber meridiana claridad al respecto. Para él era muy importante que su posición ideológica fuese absolutamente coincidente con el programa. Sería imposible para él, en un momento determinado, cumplir un programa que estuviera fuera de lo que él planteaba. Después habló de la unidad entre el Partido Socialista y el Comunista, de la alianza de la clase obrera con todos los trabajadores, los intelectuales, los estudiantes, los profesionales y técnicos. Allende dijo que la responsabilidad no la quería tomar como una responsabilidad personal, sino como una responsabilidad del conjunto. Llamó a los delegados a levantar la mano, si estaban dispuestos a tomar la responsabilidad junto con él.

Con este discurso terminó la convención presidencial del pueblo en ese año 1957.

Al salir del edificio ya estaba en venta "La Gaceta". El diario había sido preparado antes, salvo la primera página. Y en ella se había puesto, al pie de una foto de Allende, a dos planos, el título: "Allende candidato". Si otro candidato hubiera ganado en la convención, éste habría aparecido en la primera página. Habían transcurrido aproximadamente

45 minutos desde que hablaron Salomón, los cinco candidatos y Allende. Desde la designación de Allende, había pasado no más de una hora y media. Yo venía caminando junto a Del Pedregal. Este sabía de mi cercanía a Allende. Le pasaron un diario, lo pagó y me lo dio diciendo: "Lléveselo a Salvador, como recuerdo mío".

Ahí entendí que Allende había tenido razón. Se mostraba el orgullo herido de Del Pedregal.

LA CAMPAÑA DE 1958

Terminada la convención presidencial del pueblo, teníamos que prepararnos para las elecciones presidenciales. Se encargó al compañero Salomón Corbalán, Secretario General del Partido Socialista, la dirección de la campaña. Subsecretario General se designó a Cipriano Pontigo, militante del Partido Comunista. Creamos comisiones: de finanzas, electoral, de transporte, de giras, de propaganda, juvenil, femenina . . . El secretariado se componía del secretario general, del subsecretario general y del tesorero.

En el comando nacional de la campaña — el equipo de dirección de las campañas electorales — estaban representados todos los partidos del FRAP, más sectores independientes. Lo integraban los mencionados precandidatos, más algunas otras personalidades y representantes de los partidos del FRAP. El comando nacional lo presidía Guillermo Del Pedregal. Todo el aparato de la campaña con sus diversas comisiones era bastante grande. Cada comisión tenía su propio presidente. En el caso de la comisión de propaganda era, por ejemplo, Pablo Neruda. La comisión de finanzas la presidía el compañero Manuel Matus Benavente. A mí se me encargó la presidencia de la comisión de giras y además era secretario de la comisión de finanzas.

La primera plata con que pudimos iniciar la campaña, fue un crédito por cuatro millones de pesos de entonces, que el Banco de Chile había dado a nombre del presidente de la comisión de finanzas. Manuel había llegado a ser profesor universitario muy joven; su status económico eran tan bueno que nunca en su vida había firmado un documento de cambio. Este socialista de buena situación económica pidió entonces un préstamo, y traspasó los cuatro millones de pesos a la cuenta de Salomón. Con ese crédito arrendamos inmediatamente una casa, donde instalamos el comando de la campaña. Era un edificio de dos pisos con 40 ó 45 piezas. La vieja mansión burguesa tenía un salón grande, donde cabían 100 a 150 personas y se prestaba bastante para nuestros fines. Junto con Salomón y Miguel Teitelboim empezamos a amoblarla. Trajimos muebles de los locales partidarios e hicimos una verdadera campaña de aporte de sillas, escritorios y todo lo necesario para formar un buen local de

trabajo.

En la pequeña fiesta de inauguración hablaron el candidato y Salomón. Se bautizó la casa con el nombre de "Casa del Pueblo". En el primer piso quedó ubicado el comando provincial, y en el segundo piso, el comando nacional. En la primera reunión en la Casa del Pueblo, se acordó iniciar la campaña con una gira por la provincia de Valparaíso. Aparte de que era la provincia nativa de Allende, pareció importante ir primero a las partes más difíciles y medir ahí nuestras fuerzas. En esa misma reunión se me designó coordinador entre el compañero Allende y el comando de la campaña. Yo era el más cercano a Allende; era además presidente de la comisión de giras, secretario de la comisión de finanzas, miembros del comando y del comité ejecutivo del FRAP.

En la gira a Valparaíso viajaron con el compañero Allende, Juan Vargas Puebla por el Partido Comunista, por los independientes, el compañero Max Nolff, y yo, por el comando de la campaña. También, Carlos Alberto Martínez, que era senador de la zona. Los primeros cuatro nos fuimos de Santiago en el Chevrolet de Allende, que era un auto con ocho años de uso. Manejé yo hasta Viña del Mar, donde alojamos en la casa de Inés Allende, una hermana del doctor. La elegante dama era viuda de un médico de mucho prestigio, que había sido al mismo tiempo alcalde de Viña. Mientras el compañero Allende descansaba un rato, fui a hablar con el comando local y a preparar en profundidad y en detalle el programa de la gira. La misma tarea cumplí también posteriormente durante todos esos años, hasta el asesinato de Allende. Durante este viaje lo hice por primera vez. Hablamos de la magnitud del programa de visitas, la duración, la cantidad de encuentros. Como los candidatos permanecieron poco tiempo en las provincias, los comandos electorales trataron de sacarle el mayor provecho a la permanencia de esos días. Y para la provincia, a veces son importantes otras cosas que aquellos asuntos de importancia nacional. Por eso, cuando hay que sumar votos, debe dedicarse mucha atención a los problemas locales. A primera vista, a uno le parece absurdo ocupar media hora con un solo compañero, ir a saludarlo y escuchar sus problemas. Pero con el tiempo se aprende la importancia de este tipo de encuentros. Ese hombre nos trae posiblemente muchos votos, porque tiene gran influencia en su zona. Había encuentros en industrias, en las cuales teníamos, hasta ese entonces, mala votación. Para allá se intentaba llevar a Allende. Yo, en cambio, era de opinión que sería más útil trabajar en los lugares donde uno tiene mayor votación. Pues es más fácil captar votos en un lugar donde ya el 50 por ciento de los electores está en favor de uno. Allende compartió esta opinión y la llamó la "teoría del terreno más fértil", donde la tierra produce más.

El programa dispuesto allá para Allende era para reventar. Partía todas las mañanas a las siete y terminaba en la noche, a las 23 ó 24 horas,

Parecía imposible cumplirlo. Por ejemplo, en algunas fábricas se habían previsto visitas de sólo 15 minutos. Es imposible hablar en un cuarto de hora con el presidente del sindicato y conversar con los obreros. Entonces, había que anular algunas visitas. Una vez que arreglamos el programa después de grandes discusiones y yo lo consideraba bastante real, lo presenté al doctor. El borró, por su parte, más o menos el 40 por ciento de lo que habíamos dejado. Tuve que volver a discutir con los funcionarios del comando local.

Una de las visitas más importantes era al puerto. Las obras del puerto tienen una extensión de unos 4 a 5 kilómetros. Nos fuimos caminando. El compañero Allende saludaba de un lado hacia otro. Ahí habló con un grupo de obreros del puerto; allá subió a una grúa; bajó a un foso; subió a un barco para hablar con los marineros.

Al comienzo, Juan Vargas Puebla caminaba derecho. Yo conocía algo al compañero Allende, pues ya había hecho algunas giras con él. Sabía que era muy difícil seguirle el tren. Por supuesto que entonces yo gozaba de buena salud y siempre había sido capaz de seguirle. Me quedé conversando con Juan Vargas, mientras Allende seguía zigzagueando de un lado para otro, subió a otro barco a hablar con la gente. Nos quedamos abajo. Pero Max Nolff lo siguió fielmente. A mitad de camino yo le advertí que debía tener cuidado, que no iba a aguantarlo por mucho tiempo. Max era 15 años menor que Allende, hombre de 1,80 m y de gran fortaleza física. Había sido futbolista y había jugado en el equipo profesional de la Universidad de Chile. Por esto contestó ofendido, que tenía suficiente capacidad física para continuar. Nos miramos Juan y yo, y sonreímos.

"—Max—", le dije, "sé que tú no puedes hacer todo lo que hace él. No eres capaz de seguir a Allende. Este hombre tiene una capacidad física extraordinaria". No habíamos andado más de media hora, cuando vimos sentado a Max en un fardo de algodón. Se había sacado los zapatos y estaba sobándose los pies. Al final de la visita al puerto, nosotros estábamos agotados. Pero Allende parecía que empezaba recién.

Al día siguiente, visitamos la industria Hucke, la mayor industria de chocolates y dulces de Chile. Pertenecía a una familia alemana que había hecho gran fortuna en Chile. Sobre todo reemplazando las máquinas por mano de obra. Entonces tenían ahí cerca de 800 a 1.000 obreros. Cuando nosotros entramos en la fábrica, los dueños se encerraron en sus oficinas y mandaron a un gerente a atender a Allende. Allende le agradeció y le dijo que se podía ir, que él había venido a visitar a los obreros. Dio la espalda al gerente y se fue al local sindical. Muchos salieron detrás nuestro. Ahí empezamos a notar, por primera vez, la diferencia entre la campaña de 1952 y la de 1958, la diferencia de las campañas parlamentarias. Viendo la euforia de los obreros en esta empresa, se pudo comprobar, por

primera vez, el respaldo popular masivo.

Entonces era regidor por Valparaíso el compañero Luis Vega, abogado y militante del Partido Comunista. El y Sergio Teitelboim, el hermano menor de Volodia, nos acompañaron en la gira. Eran conocedores de la zona y fueron de gran ayuda para nosotros. Luis Vega organizó una visita al matadero. Llegamos alrededor de las siete de la mañana y un oficial de carabineros nos impidió la entrada. Dijo que se necesitaba una autorización del alcalde. El oficial, parece, tenía instrucciones muy precisas de no dejarnos pasar. Allende le preguntó si sabía quien era él. El oficial contestó:

“—El senador Salvador Allende—”.

“—¿Y Ud. se atreve a parar a un senador de la República?—”, preguntó Allende. El oficial se desconcertó un poco, pero de todas maneras no lo hizo pasar. Allende le contestó:

“—Entonces, quiere decir que si yo no puedo pasar, Ud. está interviniendo electoralmente, porque Ud. me está impidiendo cumplir mi función que la Constitución me garantiza. Es mi función ser candidato—”.

En esto llegó un coronel y preguntó qué pasaba. Pero con un tono, como quien llega a una pelea de borrachos.

Allende se dio vuelta y le dijo:

“—¿Qué se imagina Ud.? ¡Preguntarme a mí qué pasa! ¡Primero, cuádrese y salude correctamente! Está frente a un senador de la República, que va a ser Presidente de Chile. ¡Retírese, junto a su gente y ábrame camino!”

El tono enérgico desconcertó al coronel en tal forma que no tomó en cuenta las señas desesperadas que le hacía el teniente, y nos dejó pasar. Entramos entre una selva de aplausos de los compañeros matarifes.

Los obreros había preparado una ceremonia. Nos llevaron a un recinto de matanza, donde tenían un buey listo para ser carneado. Todavía hoy se hace en Chile de la misma manera: le pegan al animal en la cabeza o lo matan degollándolo. Nos pararon a unos diez metros frente a ese animal. Luego se acercó el jefe de los matarifes con un ayudante que llevaba un gran jarro de lata. Le clavó un puñal en la aorta al animal y salió el chorro de sangre. La recibieron en un jarro y lo prepararon de inmediato con ají, cebolla, ajo, sal y otros aliños. Esta mezcla, los matarifes la llaman ñachi. Después de revolver la sangre caliente con un palo, entregaron el pocillo, que tenía forma de jarro cervecero, a Allende. Allende hizo como un saludo a todos y tomó un trago largo. Después me pasó el jarro a mí y me dijo que tomara. Le habían quedado los bigotes llenos de espuma, y se limpió como lo hacen los matarifes, con la mano.

Yo cerré la boca e hice como si hubiera tomado. Pero los obreros no se dejaron engañar. Confieso que nunca en mi vida he bebido algo más desagradable: En la noche todavía tenía el gusto malo en la boca. Pero

fuera de eso, el brebaje debe tener algo que los matarifes saben apreciar, porque yo andaba cansado y agotado: andábamos ya varios días viajando. Pero esa noche quedamos tan bien que nos fuimos con Max Nolff, Sergio Teitelboim y su esposa, Luis Vega con su esposa y yo, al casino de Viña.

A la mañana siguiente nos tocó justamente una visita con Allende al casino de Viña, donde habíamos estado la noche anterior. Hablamos con el personal. Nos contaron con qué diversas martingalas trabajan los jugadores. Muchos propietarios cambian constantemente a sus “croupiers” para que éstos no entren en componendas con el público. El croupier es el hombre que dirige el juego, que recibe la plata y paga lo que se gana. El concesionario del casino era un tal Escudero, un personaje mafioso y hasta mitológico. Unos decían que era delincuente profesional, otros lo glorificaban como a un santo.

Cuando veníamos saliendo del casino con Allende, nos encontramos con un grupo de burgueses viñamarinos, todos entre 20 y 30 años, dueños de fundo, gente de mucho dinero. Uno de ellos dijo al pasar que Allende había venido a pedir limosna a Escudero. Allende se dio vuelta, tomó al joven del pecho y le exigió que repitiera lo que había dicho. El muchacho era de buena figura y bastante fuerte, pero no logró hacer un movimiento en contra de Allende. Este lo tomó por los dos brazos en tal forma que tuvo que agacharse. Fue la única vez que lo ví hacer eso. Después lo empujó y el muchacho quedó en el jardín encima de unas plantas.

Los otros empezaron a insultar a Allende. Dijeron que los matones de Allende le había pegado a ese hombre. Los matones de que ellos hablaban éramos nosotros, los 4 ó 5 que acompañábamos a Allende. Un transeúnte se acercó a Allende y quiso saber qué pasaba. Allende le preguntó si quería que le pasara lo mismo que su amiguito.

“—Senador”, dijo el hombre, “si yo pregunto qué pasa, es que quiero saberlo para poder dar una explicación—”.

Nos dimos vuelta y Allende salió caminando con el ceño fruncido. Cuando habíamos andado unos 20 metros, silbó alguien. Allende se dio vuelta y se produjo de inmediato un silencio. El doctor los miró solamente y se quedaron callados. Cuando nos habíamos subido al auto, Allende nos dijo que nos fijáramos bien cómo reaccionaba la burguesía chilena. Uno debe enfrentarla siempre directamente.

El día viernes llegó “Tencha”, como se llamaba a Hortensia Bussi de Allende. Se fue a alojar a casa de unas amigas. En esa época ella no participaba en el trabajo político. El doctor no lo quería. Ese día pasó a buscar a Tencha a esa casa y se fueron juntos a la concentración programada en el teatro Victoria. Nos pareció que aún no habían abierto el teatro, la gente estaba en la calle. Allende me encargó retroceder y parar el

coche, y que fuera a ver qué pasaba. Salí caminando y me encontré con un hombre que gritaba como un loco. Era el administrador del teatro. El teatro estaba abierto y el hombre gritaba que se hundiría si entraba una persona más. Nosotros creíamos que todos los que habían venido eran los que se encontraban en la calle. Pero en realidad, el teatro estaba repleto: la platea, el balcón, la galería y los pasillos; ya no cabía nadie más. El administrador me preguntó si era uno de los responsables. Me pidió que atajara a la gente, para que no ingresara nadie más.

Rápido volví hacia el auto. Fue la primera vez que me tocó abrirle camino al doctor. Después debí hacerlo muchas veces. Max se puso adelante; yo, a las espaldas del doctor: temí que entre esa multitud alguien pudiera matarlo con un estoque. Después hubiera sido muy difícil encontrar al culpable. Con el discurso de Allende en el teatro Victoria empezó realmente la campaña de 1958. Ese acto fue el último de esta gira.

Desde el teatro nos fuimos al hotel Victoria de Valparaíso. Allende quería refrescarse, teníamos un almuerzo con dirigentes de Viña del Mar en la casa de su hermana Inés. Cuando salimos del hotel, Allende nos pegó a Max y a mí una leve patada y dijo alegremente:

“—¡Jóvenes, esta pelea la vamos a ganar!—”

Veníamos bastante contentos, los tres. Subimos al auto y cuando pasamos por debajo de Cerro Castillo me dijo: “Osvaldo, pase despacio. cuando yo sea Presidente, pertenecerá a los niños de los obreros”.

Max era de la opinión que debería invitar, primero, a él y a mí a tomar un trago, y que posteriormente botaríamos las copas desde arriba. Allende contestó que nos invitaría, tal vez, a tomar un trago; pero que iba a ser un Presidente del pueblo y no un oficial del zar. Por lo menos, él no iba a desperdiciar las copas del Estado.

En la tarde volvimos a Santiago. Allende, Tencha y yo nos fuimos juntos. El indicador de bencina del auto no funcionaba. Al llegar a Curacaví, pasado Casablanca, en la mitad de la subida del túnel, empezó a faltar la bencina. Arriba, en la cumbre, corté el motor, de modo que nos vini-mos con el vuelo de la bajada. Ahí volví a echarlo a andar. Pero después, nos quedamos definitivamente sin bencina. Tratamos de llegar a una bomba de bencina que quedaba a unos 500 metros, pero el auto ya no se movió ni un paso. Entonces, nos bajamos y los empujamos. Allende me preguntó burlonamente si me daba cuenta de lo que se exigía a un futuro Presidente de Chile. Cuando llegamos a la bomba de bencina, resultó que estaba cerrada.

Ahora la cosa era mucho más seria. Había que ir a Curacaví. En esto paró un auto a nuestro lado. El chofer nos quedó mirando y le dijo a Allende: “Compañero Allende, le voy a convidar un poco de bencina, para que pueda ir hasta la Moneda”.

Era uno de esos choferes de camión que, al mismo tiempo son propietarios del vehículo. Lo cuento porque fue uno de los primeros que nos ayudó. Posteriormente fueron justamente los camioneros los que nos crearon muchos problemas.

Terminada la gira por Valparaíso, visitamos Santiago. Organizamos actos en San Miguel, las empresas Mademsa y Madeco. Dos de las visitas me quedarán grabadas para siempre. Una nos llevó a la población Zanjón de la Aguada y la otra, a la población Colo-Colo. La Zanjón de la Aguada era una población que estaba en el límite de Santiago con San Miguel. En las condiciones más infrahumanas que uno se puede imaginar, vivían ahí seres humanos. Entre ellos había muchos delincuentes. En esas poblaciones callampas vivían sobre todo aquéllos que en el campo habían perdido su trabajo, desplazados por la mecanización agraria, y se vinieron buscando un mejor destino en Santiago.

Mientras visitábamos estas poblaciones, alguien nos mostró unas estadísticas, de acuerdo con las que, sólo el año anterior, se habían ahogado 17 niños. El Zanjón de la Aguada es una especie de desagüe a tajo abierto, de unos 4 metros de ancho por unos 2 metros de profundidad. En él se descargan no sólo las aguas de riego que se traían antiguamente para los viñedos, sino que se descarga también gran parte del alcantarillado del matadero y del barrio San Miguel. El agua está completamente contaminada. Se compone en un 80 por ciento de aguas residuales. Es imposible que llegue a ser potable.

Las casuchas están hechas directamente en las riberas del zanjón. Son casuchas miserables de cartón y chapa ondulada, sin luz, sin alcantarillado, sin agua potable. Los niños jugaban en el patio, que era el pequeño hueco entre las casuchas y el Zanjón. Si uno de ellos se resbalaba en el barro, se caía en el Zanjón de la Aguada y se ahogaba. Cada dos meses, morían tres niños de esta manera. Otros dos morían a la semana de infecciones, producto de subnutrición y las miserables condiciones higiénicas. Se ahogaban unos ocho o diez adultos al año, la mayoría al llegar borrachos en la noche. Algunos niños se caían, y nunca nadie llegaba a saberlo porque los padres suponían que se había ido para otra parte.

A la población Colo-Colo nos acompañó el Dr. Víctor Barberis, que era entonces de la Juventud Radical. Habló ahí ante la gente y les aconsejó lavar sus utensilios de cocina con agua hervida. Una gran cantidad de niños había muerto a causa de diarreas, producto del mal lavado de los utensilios de cocina. Si no había bastante agua caliente, la gente debería dejar caer gran cantidad de agua fría sobre la vajilla. Terminado su discurso, dijo que podían hacerle preguntas.

Se levantó una mujer y dijo:

“—Doctor, Ud. nos dice que lavemos con gran cantidad de agua. Te-

nemos que ir a buscar el agua bastante lejos. A cuatro o cinco cuadras, en los recipientes de que disponemos. La necesitamos para tomar y para cocinar. Si una mujer está embarazada o débil y hambreada, y tiene que recorrer 500 metros para llenar sus tiestos con agua y volver cargada, entonces 500 metros son un camino largo. ¿Y esta agua debe desperdiciarse para lavar útiles de cocina?—”

Ahí el compañero Allende intervino. Explicó que el mundo se separaba en dos tipos de seres, en los que tienen agua potable y en los que no la tienen. Esta metáfora se la oí por primera vez en esa oportunidad.

En la zona del Llano Subercaseaux, entre el canal Ochagavía y la línea del tren, había unos terrenos baldíos, que pertenecían a uno de los grandes estancieros que no cultivaban la tierra. Allende me citó a Marruecos, pueblo que actualmente se llama Padre Hurtado. En la madrugada fuimos allí con un compañero, en auto. Yo esperé ahí y me trasladé al coche de Allende. Era una noche nebulosa. Hacia un frío extraordinario. los potreros tenían un pasto alto.

Luego llegaron los compañeros con sus enseres, las pocas cosas que tenían. Iban diciéndose mutuamente dónde poner los palos. Un grupo familiar ya había montado los primeros pedazos de su choza con la esperanza de un futuro mejor. Con la fe de que ellos serían ahora liberados de la pobreza y de la humillación, se puso una bandera chilena. Siempre que los compañeros se tomaban un terreno y armaban sus miserables chozas, enbanderaban con orgullo cada “vivienda”. A pesar de la pobreza era una tradición, aunque la bandera fuera a veces sólo de papel.

Esta población recibió el nombre de “La Victoria”, como un homenaje anticipado a lo que nosotros esperábamos fuera la victoria del movimiento popular en 1958, con el compañero Allende a la cabeza. La población La Victoria fue una de las primeras tomas de terrenos por los compañeros que no tenían techo. Mantuvo su nombre y ha sido hasta hoy uno de los lugares más combativos de Santiago. Siempre quedará como un símbolo de combate y de la capacidad de lucha del pueblo, un recuerdo de aquellos hombres que, encabezados por Salvador Allende, vieron bajo difíciles condiciones una forma de ayudar al pueblo.

Esta tomas siempre eran peligrosas. Muchas veces los propietarios de los terrenos lanzaban a carabineros en contra de los pobres. Muchos de ellos fueron asesinados por el solo hecho de buscar dónde tener un techo seguro. Estuvimos con Allende hasta bastante avanzada la mañana ayudando a la gente y conversando con ella. El doctor ayudó a poner palos y tablonés y estimulaba a la gente:

“—¡Compañero, algún día esto va a ser su casa!—”

Entonces, estas tomas de terreno eran absolutamente espontáneas. Nuestra participación fortaleció la combatividad y la organicidad de los compañeros. Marcó un hito en una situación nueva. Hasta ahora nadie ha-

bía tocado jamás la sacrosanta propiedad privada de la burguesía. Y ahí fue declarada propiedad del pueblo. Como siempre, las autoridades quisieron desalojar a los tomadores del terreno, y nosotros los defendimos. Y como era periodo electoral, los partidos de la derecha no se atrevieron a proceder contra la gente. Ibáñez, cuyo período estaba por terminar, ya no quiso enfrentarse a esta altura con las masas pobres.

En estos meses se formó, gracias al activo trabajo de Allende, la unidad de los radicales, demócratacristianos y el FRAP, lo que se llamó el frente de “saneamiento democrático”. Tuvo que enfrentar tres tareas fundamentales: debía dictarse una nueva ley de probidad administrativa, que daba inamovilidad a los funcionarios públicos; se hizo necesaria una reforma a la ley electoral, que creó la cédula única, con la cual se evitaba el cohecho, en gran parte. La tercera y más importante tarea, fue la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia. Se reemplazó por una ley de seguridad interior del Estado, que le dio legalidad al Partido Comunista.

Al mismo tiempo, para justificar la Ley de Defensa de la Democracia, se inició la campaña del terror, que en 1964 y 1970 iba a ser mucho más fuerte.

Doña Laura, la madre del Dr. Allende, era muy católica; una señora de bastante edad que acostumbraba a confesarse e ir a misa con regularidad. Un día el sacerdote, desde el confesionario, le preguntó por quién iba a votar. Doña Laura le contestó que iba a dar su apoyo a Salvador Allende. El cura le dijo indignado, que cómo se le ocurría decidirse en favor de un hombre tan malo. Si no sabía que Allende era comunista, que iba a destruir las iglesias, a encarcelar a los sacerdotes, a hacer que se violara a las monjas, que le iba a quitar los niños a las madres para que los educara el Estado. Doña Laura le contestó que éste no iba a ser el caso. Salvador era un buen hijo, no podía hacer cosas tan malas. El cura le preguntó cómo sabía que era tan buen hijo. Doña Laura le contestó:

“—Muy sencillo, soy su madre—”.

El doctor pidió una entrevista con el cardenal. El cargo lo desempeñaba don José María Caro Rodríguez, un hombre de una extracción social bastante modesta. Fue el primer cardenal chileno. Cuando Allende concurrió a hablar con él, yo lo acompañé, pero me quedé conversando en la antesala con el secretario del cardenal, que había sido mi profesor de religión. Monseñor Fuenzalida era un hombre muy inteligente. Cuando niño le tenía gran respeto. Más tarde le planteaba discusiones, pues yo estaba en la edad en que se supone que mientras más ateo y más iconoclasta, uno tiene una posición de izquierda más revolucionaria. Ahora él era secretario del cardenal y me preguntó por qué había venido el doctor Allende. No era ninguna indiscreción contarle que se iba a publicar una declaración después de esta entrevista. Monseñor Fuenzalida dijo:

“—¡Qué lástima que haya sacerdotes que no entienden que la historia camina inexorablemente hacia la posición de Salvador Allende!—”

De ninguna manera era socialista, quiso ayudar al pueblo desde su posición cristiana, quitándole algo a los ricos, y dándole más a los pobres.

Después de la conversación con el cardenal, Allende me dijo que le prometió que la Iglesia no intervendría en la campaña electoral. Pero a su vez, pidió garantías para la Iglesia. Allende le había dicho que él no iba a dar garantías, que él era una garantía. Y textualmente:

“—Respeto todas las ideas y respeto todas las creencias—”.

Esta promesa la cumplió el doctor durante su gobierno.

Los cuatro millones de pesos que habíamos conseguido del Banco de Chile, se acabaron muy luego. Por lo tanto, teníamos que encontrar nuevas fuentes de financiamiento de la campaña. A Miguel Teitelboim se le ocurrió hacer cócteles de finanzas. Este sistema había sido utilizado exitosamente por el Partido Comunista. Lo que necesitábamos nosotros no eran centavos, sino sumas grandes; Alessandri tenía detrás suyo toda la plata de la burguesía; también Frei nos superaba económicamente en mucho, y Bossay recibió el apoyo de la clase media. Fuimos nosotros los únicos sin ninguna posibilidad de ayuda extranjera. Nos quedaba recurrir a los intelectuales, a la clase media, a unas pocas personas de la burguesía progresista y al proletariado.

Había que buscar un camino para llegar a algunos independientes que estaban dispuestos a comprometerse con nosotros, y a darnos plata. Entonces se idearon los cócteles de finanzas: Miguel Teitelboim, Salomón Corbalán, Manuel Matus y yo nos reunimos un día a planificar el primer encuentro de este tipo. Nos pusimos de acuerdo para enviar una invitación formal con el siguiente texto: Salvador Allende, senador y candidato a la presidencia de la República tiene el agrado de invitar a su estimado amigo Don fulano de tal y señora, a un cóctel. Dirección. Día.

Naturalmente, no se decía nada de finanzas, pero se invitaba con señora. Esta idea no muy común resultó correcta. Tampoco se mandaba la invitación a la oficina de la persona respectiva, sino que a su casa; en tarjetas del Senado con el escudo chileno. Las mandábamos a gente que nosotros sabíamos simpatizantes de nuestra causa, aunque no perteneciera a ningún partido de izquierda. En su gran mayoría eran amigos de Allende que confiaban que él iba a ser un buen Presidente.

Como lugar para el acto elegimos siempre un buen restaurante o una casa particular. El primer cóctel tuvo lugar en casa de Manuel Matus, que vivía en Providencia, en un sector muy bonito. La mayoría de los invitados estaba acostumbrada a pagar un tipo de entrada para estos actos políticos. Esto, por de pronto, no fue necesario.

Myriam, mi esposa, nos había preparado los canapés. Ella sabe preparar cosas buenas y finas con poca plata. El doctor Allende había llama-

do a Manuel Cabezón Bergasa, que era un distribuidor de licores españoles, puros cubanos y licores chilenos. Queríamos que nos regalara pisco. Cabezón dijo no tenerlo, pero nos mandó vodka chileno, e hicimos con él un trago que llamamos “Chicho sour”. El trago que más se toma en Chile es Pisco sour. “Chicho sour” es mucho más alcohólico, pues este vodka tenía 40 grados. Con esto atendíamos a los invitados de lo mejor. Mozos del senado y nuestras señoras servían,

Cuando el acto estaba en su culminación sacamos a don Humberto Martones. Un antiguo senador del viejo Partido Democrático, que ingresó el año 1957 al Partido Socialista. Un viejo luchador de la clase obrera, obrero herrero, muy cazarro y macuco. Además, muy buen orador. Se levantó y dijo que quería hacer un brindis; “Todos Uds. saben que el compañero Allende es candidato a la Presidencia. Tenemos una candidatura que es muy pobre de plata, puesto que sólo nos apoya el pueblo. El pueblo apenas tiene para comer. Por esto pedimos la ayuda de Uds. Por esta razón hemos preparado lo siguiente”.

Abrió una cortina, donde teníamos un escritorio con letras de cambio, un tintero, un secante y lapiceros. Martones dijo que todos los que querían ayudarnos podían pasar. Y empezó a pasar la gente. Las mujeres empujaban a su maridos. Y la vanidad de las mujeres era favorable para nuestros fines. Ninguna quería que otra, que llevaba un vestido más lujoso que ella, diera más dinero. No querían verse en una situación que posiblemente hubiera permitido conclusiones respecto a su fortuna.

El resultado económico de este acto fue provechoso.

El segundo cóctel se hizo en casa de Santiago Aguirre. Santiago tenía un bonito departamento en la Avenida Santa María. Ahora invitamos más gente, pues el departamento era más grande. Después del discurso de don Humberto Martones, que esta vez tuvo que subirse a una silla, porque la terraza estaba repleta de gente, se acercó Sergio Rubilar. Tenía una imprenta junto con un socio que se llamaba Sergio León.

Entonces los candidatos aún tenían que aportar los boletos de votación, lo que era un gasto muy grande (*). Si se había inscrito más o menos un millón y medio de personas, uno tenía que disponer de unos cuatro millones de votos, o más. Mucha gente los perdía o se los robaban. En la votación se ponía en cada mesa los votos de los diferentes candidatos, la gente iba a votar y robaba los votos de los candidatos contrarios, de

* N. del E.: La reforma a la Ley Electoral que estableció la Cédula Unica y que se aplicó por primera vez en la elección de 1958, hizo innecesario el uso de estos votos aportados por la candidatura de los que se habla en esta anécdota.

modo que siempre había que reponerlos. Sergio Rubilar y Sergio León nos regalaron los votos para la campaña, y esto ocurrió así:

Allende lo desafió:

“—Ud. tiene imprenta, me dicen, y yo tengo necesidad de su trabajo. Quiero ver si Ud. es capaz de imprimir los votos para mi campaña”.

Sergio León le contestó:

“—¡Por supuesto, señor senador! Yo soy capaz de imprimirle sin ninguna dificultad los votos—”.

Allende siguió provocándolo:

“—¿Sin ninguna dificultad?—”

“—Ninguna—”, dijo León.

“—¿Ni económica?—”

Recién entonces, él se dió cuenta de que ya estaba metido en el asunto.

Allende le dijo:

“—Muy bien, su socio quiere aportar el 50 por ciento de los votos—”.

Y Sergio contestó que él iba a hacerse cargo del otro 50 por ciento.

Otro invitado de este cóctel era un amigo mío, de la Federación de Ciclistas, Humberto Martínez. El fue presidente y yo vicepresidente de la Federación. Ahora me pidió que le presentara a Allende. Humberto se dirigió a él: “Senador, yo he tenido ganas de hablar con Ud., porque quiero hacer un aporte a su campaña. Pero le advierto desde un principio que yo he ayudado a muchos candidatos presidenciales, y después que son Presidentes se olvidan de uno. Yo quiero ayudarle a Ud., pero Ud. debe comprometerse que va a cumplir lo que yo le voy a pedir”.

Yo me puse helado. Allende siguió escuchándolo atentamente.

El hombre continuó diciendo:

“—Mire, senador, yo le voy a dar toda la plata que necesite. Pero Ud. me promete que si sale elegido, me nombra gobernador de Peumo—”.

Peumo es un pueblito pequeño en las cercanías de Santiago. Allende pensó que tenía que ser una broma. Este no era un hombre que se interesara por ser gobernador de Peumo. Explicó que había heredado un fundo de su padres y que cuando niño, había pasado mucho tiempo en Peumo. Y entonces había pasado muchas veces por la Gobernación. Ahí había un palto con paltas como melones y tiernas como mantequilla. Añadió que ya desde muchacho quería comerse esas paltas. Pero la única posibilidad de obtenerlas era siendo gobernador de Peumo.

Allende lo quedó mirando:

“—Ud. me pone condiciones. Yo también le voy a poner una: Ud. se come la mitad de las paltas y me manda la otra mitad a mí—”.

Yo respiré con alivio, porque cuando Humberto dijo que iba a poner condiciones, temí que Allende lo iba a sacar a patadas. El doctor detesta-

ba la gente que le proponía negocios con condiciones.

En cócteles de finanzas realizados después, rematamos cuadros con un poema que se había hecho especialmente para nuestro acto. La importante acción política de este tipo, fue una comida en el “Pollo Dorado”, el 26 de junio de 1958, cuando Allende cumplió 50 años.

El “Pollo Dorado” es un restaurante muy elegante, frecuentado en especial por turistas. Esta vez vendimos entradas: a 50.000 pesos por persona. Se pagó con giros. Salomón y yo nos fuimos al restaurante para hablar con el dueño. Era un árabe, de apellido Salomón. Corbalán logró que el hombre nos diera la comida gratis, como aporte a la campaña. Este día no tuvimos gastos. Por primera vez, la izquierda había organizado este tipo de acto de finanzas con entradas tan caras. Fuera de eso, en un restaurante céntrico con clientela de las capas medias, de la burguesía y turistas ricos. Naturalmente fue un hecho bastante comentado por la prensa de oposición. Al fin, Allende se vio en la necesidad de responder en público.

Rechazó todos los ataques que nos hicieron por este acto lujoso exigiendo que los otros partidos exhibieran, también en público, de dónde obtenían sus dineros.

“—Nuestra gente—”, dijo él, “—va a un restaurante y entrega su aporte—”.

Quería saber si otros donantes estaban dispuestos a una actitud tan abierta.

La prensa de oposición había criticado que la comida costara 50.000 pesos y dijo que era, aparentemente, en homenaje a los cincuenta años de Allende. Allende replicó que él sentía no haber cumplido cien, porque su campaña necesitaba la lucha abierta y honesta y un gran aporte económico de todos los amigos.

Una campaña electoral cuesta mucho: Hay que pagar los avisos de las radios, la impresión de afiches, y también el colocarlos en las calles; los volantes, los avisos en los diarios, los comandos y las giras. Para todo esto se necesita plata. También deben tener de qué vivir los funcionarios. Durante una campaña llegamos a tener más de 500 funcionarios.

Terminada la campaña del año 1958, tuvimos una reunión con compañeros de Centroamérica y de Venezuela. Allende les contó:

“—Yo les debo decir, compañeros, que no perdí por 30.000 votos. Perdí por 30 millones de pesos. Si hubiera tenido la cantidad suficiente de dinero, sería hoy día Presidente de Chile—”.

Se tomaron la cabeza a dos manos y preguntaron cómo era posible.

“—¡Si Ud. nos hubiera dicho algo!—”.

Los compañeros se extrañaron, porque en dólares, era una cantidad que parecía bastante insignificante.

Frente a nuestras dificultades económicas, y también para hacer par-

ticipar a la mayor cantidad de gente en la solución de nuestro problema, se inició la campaña "Un día de salario para la victoria". Se me encargó a mí la presidencia de esta campaña y yo tuve que organizar la cooperación de los partidos, las organizaciones de masas, de todo el movimiento popular. El aporte económico no fue muy grande, pero la participación de las masas fue de extraordinaria importancia política. Una vez fui a una obra de construcción para recibir el dinero. Se hacían mitines, parecidos a los actos de solidaridad que conocemos hoy día aquí, en Europa; venían los trabajadores, hacían entrega del dinero y firmaban. En ese lugar, había unos viejos obreros de la construcción, que eran anarcosindicalistas. Uno de ellos se me acercó y me dijo que quería pedirme un favor. Quería entregar su aporte, pero que no pusiera su nombre, pues no deseaba que los otros anarquistas se enojaran con él. A mi pregunta acerca de cuántos eran, me dijo: "Tres".

Uno a uno, los tres vinieron a entregar su día de salario, con la misma observación.

Otro episodio me tocó vivir en un fundo. Ahí, en la pequeña viña, trabajaban obreros de temporada. Me consultaron si yo podía ir a verlos personalmente. Dijeron que eran ocho personas. En realidad era extraño que ocho hombres pidieran al presidente de la campaña fuera personalmente a recibir la plata. Mi sorpresa fue muy grande cuando me encontré con sesenta hombres. Me dirigí a uno de los campesinos y le pregunté cómo lo explicaba. Me contó que eran ocho los peones estables ahí, los otros eran trabajadores de temporada que el patrón contrataba sólo para la vendimia. Todos habían pedido al patrón un anticipo de sueldo, y éste dinero querían entregármelo. Vale decir que eran compañeros que no tenían trabajo, que vendían su trabajo a plazo para dar un día de salario.

Un día llegó un hombre muy anciano y pobre. Las pensiones obreras en Chile son muy bajas. Esperé sentado en un rincón hasta que yo me dirigí a él. Entonces, me dijo que debía hablar conmigo. Le pregunté por qué no me lo había dicho. Me replicó que me había visto muy ocupado y agregó que lo único que a él le quedaba era tiempo. Le pregunté en qué podía servirle. Respondió que quería entregar su aporte. A la pregunta de si tenía trabajo, me dijo: "No, pero tengo una pensión que, es verdad, no me alcanza para comer, pero dividí el pedazo que corresponde al día de hoy y ése lo vengo a entregar". Cuando quise saber por qué hacía este sacrificio, repuso: "Ud. es muy joven todavía, seguramente no sabe lo que significa trabajar en las minas". Y me contó que había sido salitrero en Caliche. Después había trabajado como pirquinero (es un minero que tiene arrendada una pequeña mina, que explota). Durante la gran cesantía del año 1930 había perdido su trabajo, se había ido a Santiago a trabajar en la construcción. De ahí se

había trasladado al mineral de "El Teniente". Pero también lo echaron. Al fin logró ganarse su vida en Valparaíso como pescador y marinero. Tenía dos hijos y algunos nietos. A uno de los nietos lo quería especialmente. Y entonces me explicó que daba el dinero porque no quería que este nieto tuviera tanto que sufrir como él había sufrido. Quería que el niño tuviera un día de trabajo, que no trabajara de sol a sol y llegara a viejo muriéndose de hambre.

A finales de la campaña "un día de salario para la victoria" llegaron dos niños a mi oficina. No eran hijos de proletarios, sino muchachos bien vestidos, de clase media. Llegaron con su alcancía de greda y la rompieron en mi oficina. Les pregunté por qué razón no la habían roto en su casa. Uno de ellos me dijo: "Mire compañero, queremos ayudar a la campaña del compañero Allende. Nosotros somos hijos de militantes del FRAP. Si nos hubiéramos venido con la plata ahorrada desde nuestra casa, es posible que no llegáramos con toda la suma. Preferimos romper la alcancía sólo en su oficina, para evitar las tentaciones".

En Santiago había dos o tres teatros de variedades, en los que representaban bailes, pero también números de striptease. El de más jerarquía se llamaba Bim-Bam-Bum. Trabajaba ahí como cómico, el compañero Gabriel Araya. Era presidente del sindicato de actores, y militante del Partido Comunista. La gente de teatro, en su mayoría, es de izquierda, por la misma razón que los intelectuales o los poetas. Pero los actores tenían un estatus social muy bajo. En la última categoría de la reputación se encontraban los que trabajaban en esos teatros de variedades. Según rumores, las mujeres de estos teatros son pseudo-prostitutas. Y en cierta medida no se dice sin razón. En su mayoría son muchachas muy bonitas, que son explotadas y mal pagadas. Proviene de las clases más pobres de la población y, de repente, se ven en el centro del interés, en las candilejas. Si un playboy quiere una aventura barata, la encuentra más fácil en uno de estos establecimientos.

Eso no ocurre con todas las muchachas. Pitica era la mayor de las tres hijas de un militante socialista que trabajaba en el matadero. Las tres muchachas pertenecían a las estrellas del teatro bodevil. Pitica Ubilla aún no había llegado a la cumbre de su carrera, cuando vino un día con Gabriel Araya a hablar conmigo. Gabriel la presentó: "Osvaldo, nosotros hemos juntado a todos los cómicos (ellos se llaman cómicos a sí mismos, porque son del teatro de la comedia y, según ellos, la base del teatro), y hemos sacado un día de salario. Pero queremos entregarte el dinero en una pequeña comedia. Para esto te rogaría fueras esta noche después de la función al Bim-Bam-Bum".

Esta noche vi la función y después pasé a los camarines. Ellos se habían conseguido el teatro. Empezó a llegar gente de otros teatros, coristas, cómicos, artistas bohemios, que viven en la esfera del teatro. Era lo

que ellos llamaban la "bohemia blanca", trasnochar sin alcohol. No se emborrachan, se juntan y conversan toda la noche.

Era un mundo diferente al que yo, hasta ese entonces, nunca había tenido acceso. Me di cuenta de que en ese mundo, al parecer frívolo, en ese mundo aparentemente intrascendente, lleno de plumas, de gritos, de balles, de mujeres semidesnudas, de chistes de doble sentido, había necesidad de una nueva vida. Muchos tenían ambiciones políticas y una idea vaga de la lucha de clase, todos tenían primeras esperanzas de que terminara un día su explotación. Querían vender su arte, su trabajo. Pero querían hacerlo honesta y honorablemente y no venderse a sí mismos. Ahí supe que las pseudo prostitutas habían llegado a esa humillación por faltaries de qué vivir. Los dueños de los teatros los explotaban, igual los empresarios, y toda esa gente por cuyas manos pasaba su sueldo.

Y entre ellos, los más pobres de los artistas, nació la idea de arrendar el teatro Caupolicán, para organizar un festival de todos los artistas en favor de la candidatura de Allende, con entradas pagadas, para la campaña de "un día de salario para la victoria". A mí, esta idea me pareció irrealizable. Habíamos tratado de llenar el teatro Caupolicán y siempre habíamos tenido bastantes dificultades. Pero la gente del teatro de variedades no pensaron en una reunión política: querían hacer una hora y media de espectáculo.

Y tuvo lugar. Empezó a las 21 horas y terminó a las 3 de la mañana. Nos sobraron artistas como para estar otras seis horas más. Participaron todos: de circo, de teatro, de orquesta, de los conjuntos de canto. La orquesta que se formó para acompañar la función esa noche se componía de puros músicos de la sinfónica. El teatro Caupolicán estaba lleno como nunca. Efectivamente se juntó mucho dinero. Ese fue el aporte de los "cómicos" a la campaña de 1958.

Un día llegaron a mi oficina dos mujeres, muy pintarrajeada una, la otra más sencilla. Hablaron con franqueza:

"Compañero, nosotras somos prostitutas y queremos dar nuestro día de salario—".

Insistieron en entregar el dinero en un acto al cual querían fuera el compañero Allende personalmente. Expliqué que era muy difícil. En secreto, temí una provocación. Pero volvieron las mujeres a hablar de nuevo conmigo, sólo dos o tres días después. En la segunda conversación me di cuenta de que eran honestas. Pero a pesar de esto, tenía mis dudas al respecto. Lo conversé con Salomón. Pensamos si era contraproducente para nuestra campaña visitarlas o si, por el contrario, teníamos que respetar la actitud de estas mujeres frente a nosotros. Finalmente aceptamos. Me citaron a un prostíbulo. A las 4 de la tarde me fui a la calle San Martín, a este lugar sombrío, donde se sentía el olor a alcohol, humo y perfumes baratos. Las ventanas estaban cerradas, entraba sólo muy poca

luz del día. Fui yo solo al acto, sin Allende. Así lo habíamos acordado antes, pues a Allende lo seguían estas semanas los periodistas permanentemente. Fui acompañado por el compañero José Tohá. Era un hombre muy gentil. Las mujeres que venían a recibirnos, nos pasaron por un largo corredor y yo me di cuenta que la que nos había invitado llevaba en la cara una mirada diferente. En ese momento no se sentía prostituta, sino se sentía, después de mucho tiempo, por primera vez respetada.

Entramos en un gran salón, típico salón de prostíbulo, con espejos, un plano y sillas que habitualmente debían encontrarse a las orillas, dispuestas juntas en el medio de la pista de baile. Unas 200 mujeres se habían reunido ahí. Bien mirado, muchachas. Era difícil definir si tenían 15 o 20 años. Algunas eran bonitas, otras menos. En general, modestamente vestidas, a la moda, pero modestas. Ninguna de ellas estaba pintada, muchas tenían el pelo amarrado con un pañuelo. Una o dos pretendieron fumar, pero otras lo impidieron. Temían molestarnos. Junto con la dueña nos sentamos en una mesa que nos tenían preparada. Frente a mí, la muchacha que había ido a hablar conmigo. Era la presidenta del comando allendista de las prostitutas. Delante nuestro, un jarro con agua y un vaso. Habían tratado de darle a este acto la imagen de una conferencia común y corriente.

Habló primero la dueña del prostíbulo. Dijo que ella se consideraba obrera, que las mujeres reunidas aquí no habían encontrado otro trabajo que el de vender su cuerpo. Y que habían acordado entregarnos un día de su salario. Después, una muchacha hizo uso de la palabra y habló con extraordinaria claridad, con esa extraordinaria calidad intuitiva que se encuentra muchas veces en la clase trabajadora. Nos hizo una narración del destino de todas estas mujeres. En su mayoría, eran hijas de campesinos y consideraron la suya, la más antigua de las profesiones (cosa que debe haber dicho en una noche algún intelectual). Nos habló de las cosas que le habían pasado en el transcurso de su vida de prostituta. Nos contó de las escalas dentro de las prostitutas, de las que viven en los prostibulos y de las que se llaman cuando hay mucha clientela. Viven cerca del prostíbulo. Y a veces son mujeres casadas. La categoría más baja son las prostitutas callejeras. También entre ellas hay diferentes categorías: las patinadoras del centro, de los barrios, para auto y para la calle.

La muchacha dijo que eran casi todas analfabetas. Las hijas de campesinos son recogidas en el campo, compradas por algunos hombres como mercadería. Nunca habían tenido posibilidad de estudiar. A los 14 ó 15 años entraron a ejercer la prostitución en cualquiera de sus formas. Los ingresos eran bajos en comparación al sacrificio que significaba este trabajo. Sorprendente era la conciencia de las mujeres de que ellas cumplían un rol social en el mundo capitalista.

No nos hablaron de un gobierno socialista, sino de un gobierno de

izquierda. La muchacha dijo que ellas sabían que eran irrecuperables, que no podían salir de su profesión. Pero no querían que otras muchachas cayeran en la prostitución. La única forma de lograrlo sería que los padres ganaran más plata para que tuvieran mejores posibilidades de alimentar a sus hijos, para que también las muchachas tuvieran la posibilidad de estudiar y con esto un mejor futuro. Esto sólo se podría realizar cuando llegara la izquierda al gobierno. Dijo casi textualmente:

“—Para la derecha, nosotras somos un buen negocio, el día de mañana vamos a ser mano de obra barata, porque viejas o enfermas tenemos que vendernos a cualquier precio. Ninguna de nosotras gana lo suficiente para poder economizar y vivir más adelante de este dinero. La única esperanza nuestra es casarnos un día. . .—”

Todas buscaban una oportunidad de una vida mejor en la posibilidad de una futura presidencia de Allende.

Esa tarde nos entregaron una gran cantidad de dinero, lo que habían juntado todas esas prostitutas que estaban allí, más otras que no podían estar presentes. Una mujer leyó una lista con el nombre y la cantidad entregada. En las caras de las muchachas se reflejaba el orgullo al oírse nombrar con la cantidad de su donación.

EL TREN DE LA VICTORIA

Una noche, cuando yo estaba terminando de cenar, llegaron Salomón y el doctor a mi casa. “Nosotros queremos pedirle una cosa que, creemos, es muy importante”, dijo Allende. “Se trata de una gira en tren, que queremos llamar ‘El Tren de la Victoria’, como parte de la campaña para la candidatura presidencial, en agosto de 1958”.

Salomón explicó el proyecto en pocas palabras: “Queremos hacer una gira de Santiago a Puerto Montt, ida y vuelta. Antes de conversar con Salvador, hablé ya con ferrocarriles y tengo, en principio, un tren reservado”.

La gira debería partir en cinco días más y tendría una duración de 20 días. A mí se me encargó contratar el tren, organizar las concentraciones, ponerme en contacto con los comandos locales, movilizar la gente. En buenas cuentas, preparar toda la acción. Les pregunté si no podríamos programar que la gira fuera en 20 días más y por cinco días. Empezamos a discutir y concluimos que Allende no podía darse el lujo de gastar tanto tiempo, estando tan cerca de la elección. Por eso la redujimos a 10 días.

A la mañana siguiente, me fui muy temprano a Ferrocarriles. Ahí me encontré con un compañero que, en el gobierno nuestro, sería subdirector de ese servicio. Entonces, era presidente de la Confederación ferroviaria, militante del Partido Socialista, un buen compañero, como hecho pa-

ra este proyecto. Entendía mucho de los difíciles problemas de la coordinación de ferrocarriles.

Elaborar el programa fue un trabajo duro. El hombre de ferrocarriles ponía toda la parte práctica y técnica; yo me hice cargo de la parte política. Primero vimos la importancia de los pueblos y su ubicación respecto a la red ferroviaria de Chile. Teníamos que entrar en varios ramales y líneas principales. En total, nos resultaron 136 lugares donde queríamos parar el tren. Desde el punto de vista político, esta gira tenía una importancia muy grande. Era la primera en que participaba el compañero Luis Corvalán, como secretario general del Partido Comunista en la legalidad. El PC acababa de entrar nuevamente a la legalidad.

Los ferroviarios aman mucho su trabajo y le dan un sabor especial a ciertas cosas. Por entonces, ya estaba electrificado un tramo de la línea del tren y, además de locomotoras eléctricas, había locomotoras Diesel. Pero los ferroviarios insistieron en que teníamos que ir con una locomotora a carbón, porque sólo esas eran realmente el “tren”. Buscaron una locomotora vieja muy hermosa, la pintaron de negro y la dejaron como nueva. Pusieron adelante un escudo de Chile, y a un lado, un letrero que decía “Tren de la Victoria”, y al otro lado, uno con la consigna “A todo vapor con Salvador”.

El día de la salida, nos embarcamos en el tren alrededor de las 9 horas. En la estación se veía un acostumbrado ambiente de viaje. Fui a ver al conductor y me di cuenta de que no era el mismo con el que yo había acordado todo. La noche antes, por disposición de la dirección de ferrocarriles, habían cambiado al conductor, igual que al jefe del coche comedor. Los dos hombres que inicialmente debían viajar con nosotros, eran militantes de nuestro Frente de Acción Popular. Ahora habían puesto dos personas que eran contrarias a la campaña nuestra. El conductor me dijo hoscamente que había recibido la misión de conducir el “Tren de la Victoria”, que tenía el horario que nosotros habíamos fijado y que iba a ser estricto en hacerlo cumplir y en hacer cumplir los reglamentos de la dirección de ferrocarriles. Entre las disposiciones estaba también que no se podían hacer mitines en las estaciones. Iba con una serie de instrucciones de este tipo. Si el hombre quería hacerlas cumplir todas, nos podía crear serios problemas. Preferí no enfrentarlo y ganarlo durante el desarrollo de la gira.

Después me fui a hablar con el jefe del coche comedor. Era un socialdemócrata de derecha. De partida declaró que no estaba con la candidatura de Allende. Con mucha prepotencia me dio a entender que sólo él iba a mandar en el coche comedor y que no iba a aceptar a ningún otro. Además había cambiado todo el personal del carro. Dijo que todos eran de su absoluta confianza.

Esto creó nuevos problemas. Yo tenía una limitada cantidad de dine-

ro a disposición y por eso había llegado antes a un acuerdo con el personal de cocina que eran, casi todos, compañeros nuestros. Queríamos hacer sólo algunas compras extras, mientras que ellos cocinaban como voluntarios para abaratar toda la gira. Incluso, hacerla posible siquiera, pues en total era sumamente cara. Salomón sólo me pudo decir que, a pesar de las dificultades imprevistas, debía arreglarme con los 150.000 pesos (aproximadamente 150 dólares) que él me había entregado.

San Bernardo iba a ser la primera estación de parada. Queríamos detener el tren frente a la Maestranza, que es la más grande de Chile. Pero no habíamos salido de la estación virtualmente, estábamos todavía dentro del ámbito ferroviario que rodea la estación central de Santiago, cuando llegaron obreros corriendo. Tenían sus herramientas en las manos y las agitaban. El tren iba muy lento, tocando la sirena de la locomotora. Los obreros gritaron: ¡Allende, Allende, Allende! El doctor les tomó las manos a los obreros. Seguíamos viajando, a través de la ciudad, pasando detrás del matadero Lo Valledor. En todas partes saludaba la gente y gritaba ensordecedoramente: ¡Allende! Y en todas partes se acercaban también los niños al tren. Nosotros empezamos a preocuparnos porque podría producirse un accidente, pues se perdía la noción del peligro. Iban corriendo junto al tren, saltaban con el afán de tomar la mano al compañero Allende. Y todo esto entre un sonar de pitos de la locomotora. Por los parlantes íbamos tocando la canción de nuestra compañía, la 'marcha del río Kwai', pero con el texto: "Pronto la reacción sabrá, cuándo termina su reinar, cuando el Dr. Allende a la Moneda llegue a gobernar. . ." El compañero Allende iba de ventana en ventana saludando.

Frente a la maestranza de San Bernardo hablo por primera vez. Antes que él, Luis Corvalán hizo uso de la palabra. Lo anuncié diciendo: "Y ahora compañeros, va a quedar con Uds., después de 10 años de lucha en la clandestinidad, de prisión y de lucha abnegada por la revolución, el secretario general del Partido Comunista..." Se produjo gran júbilo. Creo que ya nadie me escuchó cuando dije "Luis Corvalán".

Salimos de la maestranza de San Bernardo y entramos al campo. Los labradores paraban un momento su trabajo para hacernos señas. Cuando llegamos a Rancagua salimos desfilando a una concentración en la plaza central de la ciudad. Ahí, Allende dirigió la palabra a los mineros del cobre de El Teniente. Les prometió que el cobre iba a ser chileno, que él iba a ir a Rancagua a firmar el decreto de nacionalización del cobre. Y 12 años más tarde, así lo hizo. Siendo Presidente firmó en la plaza de Rancagua el decreto de nacionalización del cobre. Después de la concentración volvimos desfilando hacia la estación y parecía que arrastrábamos al pueblo.

Fue tan grande la multitud que el tren no podía partir. Enorme fue mi sorpresa cuando vi entre la gente entusiasmada, al jefe del coche co-

medor y al conductor. Este último me dijo que, en adelante, el tren partiría cuando yo lo ordenara. Bastaron 80 kilómetros para ganarnos a estos dos hombres que habían llegado como nuestros contrincantes. De ahí, yo fui para ellos el compañero Puccio y el hombre del coche comedor me confesó:

"—Vinimos a crear problemas. Pero he visto que Uds. tienen al pueblo. Yo soy hijo de campesinos y lo que le dije de los rotos, lo siento. Perdone por favor. Desde este momento el que manda en el coche es Ud.—".

La zona de Rancagua es la despensa de Santiago, una zona muy hermosa, donde los pueblos están muy seguidos uno de otro. Salimos de ahí con la impresión de que el éxito del "Tren de la Victoria" iba a ser más grande de lo que nosotros habíamos imaginado. De Rancagua fuimos pasando por diferentes pueblitos, Requínoa, Rosario, Rengo. En Rengo hay una fábrica de fósforos. Por este hecho viven ahí no solamente campesinos. Cuando llegamos, tenían como señal un enorme fósforo que al final terminaba en una hoguera. Salvador Allende habló desde el tren.

Habíamos acordado con los otros compañeros hacer turnos para hablar y fijamos los tiempos para los discursos. Yo tenía el encargo de tirarles la chaqueta a los oradores o de golpearles con el pie, cuando se acababa su tiempo. Un golpe significaba: falta medio minuto para terminar el discurso.

De Rengo pasamos a Pelequén, un pueblito de unos 500 habitantes. Ahí habló también el presidente del comando local, un campesino modesto con una educación seguramente autodidacta. Su discurso, dicho con un enorme esfuerzo, lo terminó con la siguiente frase: "No descansaremos hasta que el compañero Allende esté en el tálamo de los Presidentes de la República". Nos tentamos de risa, pero al compañero Allende no se le movió un músculo de la cara. Se acercó respetuosamente al orador y le agradeció con mucha emoción sus palabras. Le habló de tal manera que el compañero tenía que darse cuenta de su confusión y sentía, a pesar de esto, el respeto que Allende le tenía.

Luego fuimos pasando por diferentes poblados, donde queríamos detener el tren al retornar. La primera ciudad grande que visitamos después de Rancagua fue Curicó. Ahí empieza la zona vinera, y los habitantes nos prepararon una recepción realmente extraordinaria. Mientras hablaba Allende, me di cuenta de que se acercó una mujer. Era una campesina. No puedo decir qué edad tenía porque es muy difícil saber la edad de las mujeres campesinas. Su vida es tan dura y amarga, que casi ya maduran en la pubertad. Cuando el compañero Allende terminó de hablar, se le acercó y le besó la bastilla del pantalón. Allende, al darse cuenta, reaccionó violentamente y le dijo que no debía hacerlo. Mirado con ojos de político, aquello le parecía increíble.

De vuelta en el tren, Allende se sentó, se tomó la cara con las dos manos y nos dijo:

“—Compañeros, yo no soy un Mesías, ni quiero serlo. Yo quiero aparecer ante mi pueblo, ante mi gente como una posibilidad política. Quiero aparecer como un puente hacia el socialismo. Tenemos la responsabilidad de que eso no vuelva a ocurrir. Hay que golpear políticamente. Allende es un hombre militante de la revolución. Tenemos que hacer claridad política. No podemos llegar al gobierno, no podemos llegar a la Moneda con un pueblo que espera milagros. Tenemos que llegar a la Moneda con un pueblo que tenga conciencia. Tenemos que luchar hasta conseguirlo. Van a venir años duros, pues la construcción del socialismo no es una cosa fácil. Cambiar este país no es un asunto de horas. Y una mujer que besa los pantalones o intenta besarle los pies a uno, espera milagros que yo no puedo hacer, porque el milagro tendrá que hacerlo el pueblo y no yo—”.

Salvador Allende siempre se dirigió a la gente en forma individual y lo discursos de sus campañas electorales, analizándolos bien, más que discursos de agitación, son discursos didácticos. Siempre dijo:

“—Escuche compañero, entienda compañero, piense compañero, razone—”.

Iba enseñando su política e iba enseñando las bases del marxismo y del socialismo. Sus discursos eran extensos. Duraban una hora o más.

Cerca de Concepción pasamos también por Lota y Coronel, los centros de minería del carbón en Chile. Creo que son las ciudades más horribles del país. Es una zona donde la miseria no se ve, se respira. No se ve el hambre, está en uno. Está ahí presente. Se siente, se palpa la miseria. La zona parece un cementerio. Los mineros visten de negro. Ahí hay el más alto índice de alcoholismo en Chile. El año 1970, el 67 por ciento de los muertos fue por causa del alcoholismo. Era tan inicua la explotación, el año 1958, que se hacía trabajar a los obreros muchas horas adicionales. Las jornadas eran de 10 a 12 horas. Les contaban el tiempo laboral solamente desde el momento que llegaban al lugar de la faena y no desde el momento en que entraban al mineral. En el interior de la mina tenían que caminar a veces una hora y media hasta llegar a su lugar de trabajo. El carbón está ahí aproximadamente a 500 metros bajo el mar, y los túneles tienen muchas veces una extensión de 3 ó 4 kilómetros. Después del trabajo vuelven estos mineros a las chozas más miserables. Probablemente, para muchos, la única forma de soportar su vida triste es estar borrachos.

Cuando llegamos con el “Tren de la Victoria”, nos esperaban los mineros. Fue al atardecer. Formaron una larga fila con sus cascos y sus lámparas en la mano. Los hombres hicieron traslucir su combatividad. Desde niños habían luchado por su vida. Durante años, aun en las épocas

de regímenes reaccionarios, muchos mineros de esta zona votaron por nosotros. Al compañero Allende le colocaron ahora un casco de minero y marchamos hacia los minerales. La concentración se hizo a la entrada de uno de los piques. Prometió a los obreros que el carbón iba a ser de ellos, que había que convertirlo en una parte importante dentro de la economía nacional. Y cumplió su promesa.

Seguimos viajando hacia el sur y llegamos a Valdivia. Hacía bastante tiempo que yo no iba a Valdivia a pesar de que estaba ahí de jefe de investigaciones un pariente mío. Recorrí Valdivia en su coche de servicio. Por intermedio de la radio del auto íbamos escuchando en qué momento iba a hablar Allende para volvernos puntualmente al teatro, el lugar de la manifestación. Cuando llegué, Allende me preguntó qué había hecho tanto rato, Dijo:

“— ¡Ud. andaba en un auto de investigaciones y no sabe qué pasó!—”.

En Osorno habían cometido un atentado contra Alessandri. Me dijo que tratara de reunir tan pronto como fuera posible todos los antecedentes al respecto. El comando de Alessandri declaró que fuerzas extremistas del FRAP habían echado ácido a la cara del candidato con el objeto de dejarlo ciego; que sólo habían herido la cara de Alessandri; y que este ácido había caído en el rostro de un muchacho. La prensa y la radio de la burguesía informaron con gran fanfarria sobre este hecho. El día siguiente teníamos programado viajar con nuestro tren a Osorno. Allende insistió en no cambiar la ruta de ningún modo.

Llegamos a Osorno y vimos la estación vacía. Inmediatamente apareció una nube de carabineros. Se me acercó un coronel y me dijo que venía con orden de darle custodia policial al candidato. Yo se lo comuniqué al doctor.

El contestó que no iba a bajarse del tren con custodia policial:

“— ¡Si yo me tengo que cuidar del pueblo, no merezco ser Presidente de Chile!—”

Exigió que el coronel retirara la tropa. Transmití esta respuesta. Pero el carabinero dijo que no podía retirar su tropa, salvo que el senador Allende le diera un documento de su puño y letra declarando que se responsabilizaba plenamente de todo lo que pudiera pasar. Allende me dictó el documento respectivo, que entregué al oficial, y éste desapareció con los carabineros. Hasta la policía del tránsito se retiró.

Desde la estación marchamos al centro de la ciudad. De ahí queríamos seguir hasta el estadio, donde iba a hablar Allende. El doctor y los compañeros dirigentes marcharon a la cabeza del grupo. Yo venía inmediatamente detrás de Allende. Poco antes de llegar a la gobernación me dijo que quería ver pasar el desfile. Nos paramos frente a una escalinata y el compañero subió con su comitiva. Luego pasó la gente. Había pasado el desfile una cuadra más o menos, cuando el compañero Allende empezó a marchar solo, detrás. La gente a los dos lados de la calle era

bastante hostil. Nuestra gente marchaba toda en el desfile.

En una bocacalle vi unos 150 jóvenes, típicos hijos de dueño de fundo de la zona, altos, rubios, buenas figuras y caras de alemanes. Estaban parados en una actitud provocadora esperando la pasada de Allende. Cuando faltaban unos 50 metros para llegar donde estaban ellos, se separaron un poco como preparándose a agredir. Allende venía saludando a la gente que no era mucha. Esta devolvía su saludo. Después vio a los jóvenes e hizo algo muy insólito. Empezó a caminar directamente hacia ellos, haciéndome señas con la mano de que no lo siguiera. A ellos se les produjo como una paralización. Cuando Allende se había acercado a unos tres metros hubo algunos aplausos, muy suaves y con desganado. Más se golpeaban las manos que aplaudían. Totalmente solo, solamente con su personalidad y su valor, Allende los había derrotado. Nadie se atrevió a agredirlo, a pesar de que eran 100 contra uno.

En Puerto Montt se nos había invitado para después de la concentración a una comida que daban los dirigentes locales. Esa es la zona en que se producen muchas ostras. Nos recibieron con esta golosina que en Santiago y en el mundo entero es muy cara. El compañero Allende bromeaba con el dueño del vivero acerca de que su único compromiso iba a ser mandar, de cuando en cuando, algunas ostras al compañero Presidente. Había al lado de este señor un muchacho de unos 14 años. Allende estuvo conversando con él y el muchacho le dijo muy tranquilamente que no estaba con la candidatura de Allende, que a él le gustaba más Alessandri. El doctor lo miró y le dijo que le respetaba su opinión, pero que primero leyerá y viviera un poco más. Con el tiempo iban a conversar de nuevo.

Pasaron después de esto más de 12 años. Estábamos en la Moneda, cuando nos avisaron un día que se había recibido una encomienda para el compañero Allende. Era una caja de ostras acompañada de la siguiente carta: "Señor Presidente, mi padre murió, pero yo quiero cumplir con su compromiso. Ahí están las ostras que mi padre le ofreció cuando Ud. fuera Presidente. No soy militante del Partido Socialista, pero sí voté por Ud. porque, leyendo y estudiando, me convencí de que Ud. tenía la razón".

Salimos de Puerto Montt, después de haber recorrido ya 1.000 kilómetros. De vuelta hacia Santiago, nos quedaba aproximadamente otro tanto. Según nuestro horario, ya llevábamos 10 horas de retraso. Por lo tanto, Allende me ordenó reestudiar la ruta de vuelta y alargar la gira por un día. En muchas partes, el tren tenía que pararse en forma imprevista, porque la gente se tendía en la línea. El compañero Allende tenía que bajarse, saludarlos y hablarles. La gente venía de los cerros y esperaba a lo largo de la línea del tren. En la noche hacían grandes hogueras.

La vuelta se hizo con el mismo entusiasmo que la ida. En los 11 días, Allende había dicho 147 discursos. Si calculamos solamente media hora por discurso —en la mayoría de los casos era más— había hablado más de tres días y noches. Para eso se necesita tener gran capacidad física e intelectual. Yo llegué muerto de cansancio a Santiago. El doctor, en cambio, venía absolutamente fresco.

Me bajé del tren con el megáfono y dije a la gente que abriera camino, porque iba a bajar el compañero Allende. No se movía nadie, en absoluto, de su lugar. De repente, apareció Allende. Yo traté de avanzar para abrir camino, cuando me pescó una avalancha, apretándose contra el tren. En esto me quedó puesto en la boca el micrófono y no me lo pude sacar, pues la presión de la multitud me inmovilizó. Al final nadie supo cómo el compañero Allende llegó a la cabeza del desfile. Con otros políticos empezó a marchar. Yo me fui, agotado, a casa. El doctor marchó desde Estación Central hasta la Plaza Bulnes, una distancia de más o menos 25 cuadras. Ahí pronunció un discurso —el 148º— y después se fue con sus acompañantes a una comida.

A la mañana siguiente, alguien me despertó cerca de las 7.00 horas. Era Allende. Me venía a buscar para que fuéramos a un acto en Talca.

No fui capaz de levantarme. Entonces partió él solo, participó en la concentración y pasó en la noche de nuevo a verme, según dijo, esta vez en calidad de médico. La vitalidad de Allende me parecía casi anormal. Tenía 50 años. Según decía él, el cuerpo obedece a las instrucciones del cerebro; uno puede ordenarle a su cuerpo lo que el cerebro quiere. Es cuestión de tener la voluntad de hacerlo.

Con todo ese entusiasmo hay que preguntarse hoy día por qué no ganamos esa elección de 1958.

Nos dimos cuenta de qué iba a pasar, cuando en una concentración, Allende hizo una curiosa encuesta. Pidió a los compañeros que levantaran la mano los que tenían derecho a voto. Fue alarmante ver que era sólo cerca del 30 por ciento. En algunos poblados, cuatro personas de cinco no podían votar por el hecho de no saber leer ni escribir. No tenían derecho a voto.

En algunas provincias pasaba lo siguiente: cuando iban los compañeros a inscribirse al registro electoral, funcionarios públicos les pasaban a los campesinos un ejemplar de la ley electoral y les decían que leyeran en voz alta. Si el hombre tenía cualquier problema al leer, le decía el funcionario: "Pero hombre, Ud. no sabe leer. Mire, escriba ahí: Yo me llamo fulano de tal y soy trabajador de tal parte". Le dictaba rápidamente. El campesino empezaba a dibujar lo que escribía. De inmediato el funcionario, en forma humillante, le decía que no sabía escribir, que era un ignorante y que se fuera. Por no pasar por este bochorno, mucha gente sencillamente no iba a inscribirse en el registro electoral. Hasta una década

antes de nuestro viaje con el "Tren de la Victoria", sólo votaban los hombres, las mujeres no tenían derecho a voto. Era indispensable modificar nuevamente la ley, lo que se hizo durante el régimen nuestro. Sólo entonces se les dio derecho a voto a todos los que habían cumplido 18 años y a los analfabetos. Alessandri ganó la elección, porque tuvimos que enfrentarla bajo las condiciones de la ley anterior.

EPISODIOS DE LA CAMPAÑA

La Intransigencia Radical Antimperialista, IRA, me hizo adquirir una de las experiencias más curiosas que me ha tocado vivir en política. Yo era aún bastante joven, miembro del Comité Ejecutivo del FRAP, cuando se habló de que se había agrupado gente retirada o expulsada del Partido Radical por tener una postura de izquierda y por pedir el apoyo para Allende. Crearon la Intransigencia Radical Antimperialista como partido. A mí, en mi calidad, tal vez, de uno de los más jóvenes miembros del Comité Ejecutivo del FRAP, se me encomendó la tarea de contactarme con este grupo.

Me invitaron a una sesión comida. Una actividad política seria, pues era muy importante conseguir la incorporación de un nuevo partido. Entonces, me vestí cuidadosamente para la comida. Cuando llegué al lugar indicado, me hicieron pasar a una pieza donde no había luz eléctrica sino velas. Dos sillas quedaban en la sala; no había más muebles. Era invierno y hacía bastante frío. Me hicieron pasar a un dormitorio iluminado con varias velas. En dos camas, unas seis personas se habían tapado con frazadas y me pidieron acomodarme en cualquier parte. Al medio, tenían una olla con tallarines. . .

La gente estaba en mala situación económica. Les habían cortado la luz y la calefacción, y no tenían qué comer. Todos eran profesionales, pero por razones políticas estaban mal económicamente, ya que se habían dedicado al nuevo partido. En esta pobre sesión comida acordamos que ellos ingresen al Frente de Acción Popular. Me dijeron que se iban a denominar Intransigencia Radical Antimperialista y me pidieron que llevara su solicitud de ingreso. Fueron aceptados como miembros del FRAP.

Superada esta etapa de los radicales, había un quinto candidato durante la campaña del 58; el General Abdón Parra Cifuentes. Don Abdón Parra había sido ministro del Interior y hombre fuerte del gobierno de Ibáñez. En la Escuela Militar había sido compañero de curso de mi padre. Le gustaba decir que su candidatura era de izquierda independiente y afirmaba que él iba a continuar con el ibañismo. Sus partidarios eran sub-oficiales y oficiales en retiro y algunos grupos evangélicos.

El General Parra primero fue Ministro de Defensa y posteriormente Ministro del Interior de Ibáñez. Más tarde fue Embajador en Francia, has-

ta que levantó su candidatura presidencial. Las circunstancias demostraron que, en realidad, no tenía el pleno apoyo de Ibáñez, sino que éste lo utilizó.

Un día llamó a mi padre. Le manifestó que sabía que él tenía vinculaciones con Allende, con el cual quería llegar a un acuerdo. Quería retirar su candidatura y apoyar a Allende. Mi padre me informó y le aconsejé contárselo al Dr. Allende.

El doctor estuvo de acuerdo, y estimuló a mi padre:

"—General, siga Ud. adelante con esto. Es muy útil, significa la acumulación de fuerzas alrededor de la clase obrera—".

Allende siempre sostuvo la tesis que la clase obrera necesita aliados y tiene que buscarlos en los sectores progresistas de la pequeña y mediana burguesía. Esta tesis estaba entonces de gran actualidad. Y yo creo que todavía en los países capitalistas puede estar vigente. En el afán de buscar fuerzas afines, el compañero Allende le pidió a mi padre que siguiera las conversaciones.

Llegaron entonces hasta el punto en el que Abdón Parra mencionó lo que pedía a cambio de su apoyo; algo bastante ridículo: una casa para casino de los sub-oficiales. Luego solicitó un lugar de veraneo o un campamento de veraneo para sub-oficiales y tropas en retiro. Además, pedía libertad de culto y ayuda a la Iglesia Evangélica. Esto se lo transmitió a mi padre.

Hablé sobre esto con una persona que era muy amigo de Allende, con Manuel Mandujano, un hombre de mucho humor, muy culto y habilidoso. Cuando le planteé este asunto, recitó un verso que canta el Ejército de Salvación en las calles: "Sin vacilar marchad, soldados de Jesús". Con eso quería decir que las peticiones de Abdón Parra no nos causaban ningún problema.

Organizamos un almuerzo en casa de Allende. Participaron Parra, Allende y algunos dirigentes del FRAP. Desgraciadamente mi padre se enfermó y no pudo asistir. Con eso Parra se vio un poco liberado de los compromisos que había tomado con mi padre y no se llegó a ningún acuerdo.

Poco después, Abdón Parra retiró su candidatura y apoyó a Frei. Mientras tanto, se conocía su postura. Habíamos tenido suficiente cuidado, porque ya durante las conversaciones con nosotros se podía prever que iba a pasarse al otro lado. El hecho de que hubiera tenido reuniones con Allende y apoyara después a Frei, le hizo perder mucho prestigio.

Durante la campaña se realizaron algunas manifestaciones impresionantes, por ejemplo las marchas. La primera, en diciembre de 1957. En ese tiempo estábamos económicamente muy débiles. Se había anunciado la acción y no teníamos plata. Ahí recordé que el tesorero de la campaña, el compañero Manuel Matus Benavente, tenía un millón de los cuatro mil-

liones que nos había prestado el Banco de Chile: sólo en enero de 1958 se venció la primera cuota de pago que era por un millón. Usamos esta reserva, ya que organizar una concentración de ese tipo es sumamente caro. Había que financiar afiches, carteles, avisos en las radios, todo lo que los compañeros necesitaban.

En esta marcha aprendí lo que es la impresión de las multitudes. Partió desde la Plaza Italia y llegó hasta la Plaza Bulnes. En la mitad del recorrido, donde estaba situado entonces el Club de la República (sede de la masonería), frente a la Biblioteca Nacional, se había instalado mi padre junto con un oficial en retiro, tres o cuatro compañeros más y con aparatos contadores. Nosotros habíamos arreglado muchos coches, los vehículos de trabajo de varios compañeros, con flores y cintas de colores, imitando de esa manera carros alegóricos.

Fue una concentración con bastante brillo. La marcha duró más o menos dos horas en pasar. Una multitud de gente. Las banderas y los carteles le daban mucho colorido. Palpitaba el entusiasmo y la alegría en la gente. Nuestros compañeros cantaban y gritaban consignas. Era un torrente de optimismo. Los diarios reaccionarios no pudieron negar este hecho en sus páginas. Informaron que había ido una multitud de gente y que habían participado unas 60.000 personas. Con eso habían ahicado bastante la marcha, pues según nuestras primeras cuentas, habían asistido más o menos 160.000 personas, cifra que se publicó también en nuestros diarios.

En medio de este entusiasmo, Manuel Matus se enteró de que habíamos gastado el millón de pesos en organizar esta marcha. Estaba desesperado porque ya se vencía el crédito del Banco. Durante la marcha se había organizado una colecta que era ahora toda su esperanza. Ya no lo recuerdo bien, pero creo que se juntaron en la colecta como 110.000 pesos. Pasaron los compañeros de la comisión de finanzas la noche entera en la casa de Manuel contando dinero. Cuando Manuel vio el resultado, se tranquilizó. Mientras tanto, Salomón Corbalán preguntó a Allende qué se podía hacer. Allende le contestó que había que celebrar el gran éxito de la marcha. Se invitó a todos los dirigentes de la campaña. En esa época estaba de moda comer en un restaurant chino, el "Danubio Azul". En cuanto al millón que había que pagar, se pidió una prórroga al Banco. Poco después, juntando plata por aquí y por allá, reunimos el dinero, de modo que se pagó puntualmente la suma en cuestión.

Al día siguiente de la marcha, mi padre nos dio el número exacto de los que habían desfilado: 170.500 personas. Estas acciones siempre se hacían a costa de sacrificios, pero la gente iba espontáneamente. Compañeros que tenían un auto, lo ofrecían para traer participantes que vivían lejos y que deseaban ver al compañero Allende.

También la derecha organizó marchas, a costo muy alto. Podían pa-

gar avisos para su candidato en "El Mercurio" y demás diarios de la burguesía. Y pagaban sumas considerables para acarrear gente en auto, para traer masas, hasta de provincia, a sus desfiles. Se hicieron confeccionar carteles y carros alegóricos a todo costo. Pagaron un tanto a jóvenes universitarios para que participaran. Nada era auténtico, todo pagado. ¡Qué poder tenían con su dinero!

La última gran marcha que organizamos en esta campaña tuvo lugar el 31 de agosto. Se dividió en cuatro columnas. Nuestros partidarios se juntaron en cuatro puntos diferentes de la ciudad. Una columna se llamó "O'Higgins", otra "Balmaceda", la tercera "Aguirre Cerda" y la cuarta "Salvador Allende". En la Plaza Bulnes se pusieron retratos de los cuatro líderes para documentar la continuidad de O'Higgins, Balmaceda, Aguirre Cerda y Allende. Esta misma secuencia mantuvo Allende durante su presidencia. Era un gran admirador de Don Pedro Aguirre Cerda, de Balmaceda y de O'Higgins, el padre de la Patria.

Algunas cosas al margen son dignas de narrar: se montó un escenario. En la segunda fila estaban Tencha —Hortensia Bussi de Allende—, Laura, la hermana de Allende, que más tarde fue diputada del Partido Socialista, y los demás dirigentes políticos, en primera fila todos los presidentes de los partidos que estaban con Allende, y los de otros organismos. Se les fue nombrando uno a uno. Cada uno se paró y saludó. Los compañeros de la IRA, entre ellos Iván Araneda, el secretario general, se atrasaron. Yo vi que Iván Araneda estaba todavía a unos 50 o 60 metros del escenario. Era imposible que llegara al proscenio pasando por la multitud. Por eso, yo me senté en su asiento. Cuando lo nombraron, me paré yo, pues no podía faltar el dirigente de ese partido. Poco después logró llegar Araneda y le devolví su silla.

Allende había pedido que le escribieran el discurso en una máquina eléctrica. Recién habían llegado esas máquinas al mercado en Chile. Ocurrió lo mismo que pasó con todos los discursos de toda su vida: llegó en el último momento. Tenía que empezar a hablar el compañero Allende, mientras una secretaria estaba terminando de pasar el resto a máquina. El discurso tendría unas cuarenta páginas; aproximadamente 25 estaban listas. Allende empezó y poco rato después llegaron las páginas restantes. Se las puse debajo de las demás. El pupitre donde estaba hablando Allende, era muy alto. De repente sopló el viento y la voló los papeles. Rápidamente los sostuvo, pero pudo alcanzar sólo una parte de ellos. Entonces, los hizo caer todos al suelo. Yo me agaché y empecé a ordenar el texto. De pronto, mientras la gente aplaudía, Allende se agachó y me susurró: "— ¡Página 28! "

No sólo tenía en la memoria en qué parte iba, sino incluso en qué página. Le puse la página 28, y Allende siguió leyendo. Hizo coincidir con exactitud lo que estaba diciendo con lo que siguió leyendo. Nadie se

había dado cuenta de que él había interrumpido su lectura.

Y otro detalle más de esta campaña. Se nombraron las más diversas comisiones y sus presidentes. Como presidente de la comisión de propaganda se designó al compañero Pablo Neruda y como vicepresidente se eligió a Walter Duhalde. Un día me llamó Pablo Neruda y me contó que quería regalar una cosa muy especial para la campaña. Era una cinta con la voz de Paul Robeson. Por un lado estaba cantando Paul Robeson el Canto a la Pampa, posiblemente la primera canción de protesta chilena. Canta a la matanza de la Escuela Santa María. Por el otro lado había un poema de Pablo Neruda a Paul Robeson, recitado por el propio poeta. Cogí esa cinta y creí que iba a ser recibida con los brazos abiertos en cualquier estudio de grabación. Recorrí absolutamente todas las empresas grabadoras. En todas escucharon la cinta y quedaron de contestarme. Los jefes artísticos se mostraron impresionados, pero al otro día fatalmente me contestaron que no tenían tiempo, que no lo podían grabar. Algunos me dijeron honestamente que no podían imprimir discos con canciones de Paul Robeson, porque estaba en la "Lista Negra" de los EE.UU., por ser comunista. Y por el hecho de que Pablo Neruda estaba también en la lista negra de los Estados Unidos, también por comunista. En ese tiempo, todos trabajaban con capitales norteamericanos o con influencias americanas. Devolví la cinta.

Pasó un tiempo bastante largo. Un día me llamó Pablo Neruda y me preguntó:

"... Osvaldo, ¿recuerdas la cinta que te di en una oportunidad? ¿Pudiste sacar copia? —"

"... No —" le dije yo, "—sin tu autorización no quería hacerlo—".

"—Fíjate, por tu honradez hemos perdido un valioso documento, ¡para siempre!—".

La cinta había desaparecido. Había sido robada y nunca llegó a saberse por quién.

El trabajo con Neruda era muy grato. Esta opinión la compartía también el compañero Walter Duhalde que era su reemplazante. Allende siguió el trabajo de la comisión de propaganda con interés y espíritu crítico. Una vez, veníamos de Valparaíso. De repente, Allende me hizo parar el coche. Se bajó y miró el más reciente diario mural de la campaña nuestra. Se hacía en él una alusión encubierta a la homosexualidad que se le colgaba a Alessandri. Pocas veces he visto a Allende más enojado. Le dijo a Duhalde que debía advertirle algunas cosas:

"Yo voy a ser Presidente de Chile. Ser Presidente de Chile significa jugar limpio. Yo no voy a insultar a nadie, ni a mis detractores, aunque ellos me insulten y me calumnien. Que ellos usen todos los métodos que quieran, aunque sean los más bajos, yo no voy a caer nunca a ese nivel—".

Mientras tanto, la gente de Alessandri iniciaba una cosa sucia, que se

empeoró en los años 1964 y 1970: la campaña del terror. Desprestigiaban la calidad política, moral y humana del compañero Allende, y da su posible gobierno.

En la elección del año 1958 hubo una complementaria en el Tercer Distrito. En esta complementaria llevamos nosotros como candidato a un compañero socialista. Era regidor, de apellido Aravena. Los demócratacristianos designaron a Simián, un ex-arquero de fútbol de mucho prestigio en Chile, sobre todo, por haber sido el ingeniero que encontró el petróleo. La derecha se decidió por un joven de apellido Edwards. Fue una elección bastante combativa que ganó el candidato de la derecha, seguido de Aravena. Tercero llegó Simián. El compañero Allende estaba inscrito entonces en el tercer distrito, concretamente en la comuna de Providencia. El tercer distrito es muy amplio, comprende La Cisterna, La Granja, San Miguel, Nuñoa, Providencia, Las Condes y también La Florida, y otras más.

Fuimos esa mañana a votar. Cuando llegamos, estacionamos el coche frente a las oficinas de la secretaría nuestra, y vimos muy cerca un señor que desde un auto estaba sacando cajas con bebidas al hombro para bajarlas. Grande fue nuestra sorpresa cuando nos dimos cuenta de que era nada menos que el profesor Valladares, famoso neurocirujano. Seguramente el segundo neurocirujano de Chile, de fama internacional. Este hombre iba humildemente cooperando, llevando bebidas a los compañeros que estaban en las mesas cuidando la votación.

Fuimos a votar juntos, el compañero Allende, el profesor Valladares y yo.

El local de votación se encontraba en el liceo "J. Victorino Lastarria", un liceo muy grande en Providencia. A mí algo me pareció raro. Allende me dijo que fuera a ver si a la mesa suya ya se había constituido. Pues si no se encuentra la gente designada para esta tarea, los primeros cinco electores que lleguen deben constituir la mesa. Como aún no había pasado mucho tiempo después de la apertura de los locales de votación, existía el peligro que Allende eventualmente hubiera tenido que quedarse en la mesa. Yo fui a ver. En realidad, no se había constituido. Dimos primero unas vueltas por las otras mesas y después votó Allende. Cuando íbamos saliendo del liceo, había ahí un grupo de unos cinco o seis jóvenes de la burguesía, bastante macizos y prepotentes, como todos los de la burguesía chilena. Al pasar el compañero Allende, uno de ellos dijo 'pije'. 'Pije' es una forma despectiva en Chile de tratar a la gente que anda elegante. Allende se dio vuelta, enfrentó al muchacho y le exigió repetir lo que acababa de decir. Yo me puse al lado de Allende, por si acaso los tipos llegaran a agredirlo. Pero no pasó nada, porque el doctor los aplastó con su valor.

El día de la elección presidencial llegué muy temprano a buscar al

compañero Allende. Posteriormente llegaron Salomón Corbalán, Luis Corvalán, don Humberto Figueroa, Pedro Foncea y el compañero Aniceto Rodríguez, que era el jefe de la campaña en Santiago. Nos fuimos a almorzar a la casa de Allende en Guardia Vieja, Foncea, don Mamerto, Luis Corvalán y yo. Allende dijo que él creía que nosotros estábamos en condiciones de ganar la elección. Luis Corvalán le replicó en ese momento, lo recuerdo muy bien:

“—Compañero Allende, es difícil ganarle a la burguesía. Las condiciones están buenas, pero no vamos a ganar esta elección. Nosotros tenemos la opinión de que Ud. tiene razón cuando dice que podemos ganar la elección. Pero pensamos que la derecha nos va a engañar—”.

Allende le contestó:

“—Lucho, yo creo que Uds. tienen toda la razón. A pesar de los mecanismos de la nueva ley electoral, la manipulación de los votos nos puede llevar a un desastre. Estamos muy cerca de ganar, y yo creo muy sinceramente que vamos a ganar. Es posible, como Ud. dice, que la derecha nos robe el triunfo. Pero eso no significa que nosotros hayamos perdido. Eso no significa que nosotros no hayamos avanzado mucho. En las próximas horas tenemos que tener mucho cuidado. No solo son decisivas para el resultado de esta elección, sino que también para el movimiento popular chileno, para el proceso del camino hacia el socialismo. Si los dirigentes no reaccionan bien en estas horas que se nos acercan, podemos desencadenar algo de lo que posteriormente nos vamos a arrepentir mucho—”.

Los compañeros Corvalán, Foncea y Allende acordaron irse al comando. En el camino fuimos a dar una vuelta a algunos lugares de votación. Eran aproximadamente las 3 ó 4 de la tarde. La gente aún acudía en masa a votar. Después fuimos a mi casa a buscar a Myriam y luego al comando, que estaba en un viejo caserón en la calle Compañía. Salomón Corbalán tenía su oficina en el segundo piso. Cuando entramos ya se había reunido ahí una gran masa de gente. Empezamos a escuchar los primeros resultados electorales. Fueron bastante halagüeños. Era una pelea voto a voto con Alessandri. Se empezaba a notar que la diferencia podía ser muy poca, que realmente podíamos ganar. En una votación como ésta en que iban cinco candidatos, perfectamente podía resultar decisiva el final una diferencia de sólo 30.000 votos. Después de los primeros cómputos era difícil sacar una proyección absoluta. Empezó a producirse entre nosotros cierta expectativa de triunfo.

De repente empezó un temblor, bastante fuerte, que derivó en un terremoto en Las Melosas, un lugar cercano a Santiago, en la cordillera. El epicentro del terremoto fue a 50 kilómetros de Santiago. Se produjo pánico entre la gente que arrancó de los lugares de votación. Estos eran normalmente escuelas o municipalidades, o sea, por lo general, edificios

viejos. Algunos, en realidad, se derrumbaron.

Yo pasé en ese momento bastante susto. Temimos que también nuestro edificio, que era de adobe y en el que se había reunido mucha gente, pudiera hundirse. Allende siempre le tuvo cierto miedo a los temblores. Pero ahora llamó a todos a mantener la tranquilidad. Porque si nos parábamos todos violentamente para salir, era mucho más fácil que la casa se hundiera.

El temblor creó problemas en el recuento de los votos, sobre todo en la zona central. Ocurrió más o menos entre las 5 a 6 de la tarde, y las mesas estaban en pleno escrutinio. Nosotros teníamos insuficientes posibilidades de control, teníamos muy pocos apoderados en todas las mesas. El registro electoral determinaba a gente cualquiera, y éste se iba quedando eternamente ahí. De esta manera, la derecha controlaba la composición de las mesas electorales. Eso le permitía también ocultar el cohecho y los votos nulos. Quizás nos robó tres votos por mesa. Si se calcula que en cada mesa había aproximadamente entre 100 y 200 inscritos y que había once mil mesas, entonces se llega a una suma total de 33.000 votos. Ahí se puede manipular algo; por ejemplo, anular votos nuestros, validar votos de ellos que estaban nulos, hacer votar personas que no existen, los muertos o gente que no fue a votar. Estos eran los métodos usuales.

Esa elección la perdimos por estrecho margen. Fue un golpe duro para nosotros. Se convocó una reunión del consejo ejecutivo del FRAP. Algunos compañeros plantearon desconocer simplemente que se había producido el triunfo de Alessandri por un escaso margen. El compañero Allende estuvo en contra de esto. Sostuvo que había que reconocer el triunfo aunque éste fuera adverso a nosotros. Lo otro era provocar acontecimientos y lanzar el pueblo a una aventura, para lo cual no estaba preparado. Su actitud fue respaldada por el Partido Comunista y otros sectores.

Pero hubo varios que querían sacar a la gente a las calles y crear una explosión popular. Algunos partidos y movimientos, entre ellos el Partido Socialista, habían llamado a sus militantes a la calle. En esas condiciones, el compañero Allende quería hablarle al pueblo. Me pidió que buscara un lugar apropiado. Nos reunimos con Salomón Corbalán y otros dirigentes y llegamos a la conclusión de que el mejor era el departamento de Pedro Foncea. Quedaba en la Plaza Bulnes, frente al Ministerio de Defensa. El permiso fue rápidamente concedido.

Allende estaba extraordinariamente tranquilo cuando íbamos hacia la Plaza Bulnes. Dijo que él tenía conciencia de que nos habían robado el triunfo. Que el cohecho y la presión habían sido muy fuertes, pero que él no estaba dispuesto a lanzar al pueblo a una aventura. Que no le costaría nada hacerlo en ese instante, pero que él no podía cometer esa irrespon-

sabilidad. Así, desde los balcones de la casa de Pedro Foncea llamó a la gente a que tuviera confianza en él y que se fuera tranquila a su casa, que no se dejara provocar y que no provocara. Que el pueblo demostrara que tenía la madurez y la solvencia suficiente como para llegar al poder.

Esa misma noche hubo una reunión bastante dura. Muchos dirigentes de partido seguían sosteniendo que había que lanzar a la gente a la calle. Pero Allende se había impuesto y había hecho volver a los compañeros a sus casas.

Quedamos citados para el día siguiente en la mañana. Llegué bastante temprano al comando. Me encontré ahí con algunos dirigentes del mineral de "El Teniente". No estaban ni Salomón Corbalán ni Salvador Allende. Posteriormente supe que Allende se encontraba en una reunión con las comisiones políticas de los Partidos Comunista y Socialista. En el comando, el compañero Cipriano Pontigo y yo analizamos la situación para concluir algo. Pontigo era subsecretario general de la campaña, un viejo dirigente del Partido Comunista. Escuchamos a los líderes de "El Teniente". Nos dijeron rotundamente que tenían en el local de la campaña unas 50 cajas de dinamita y que estaban dispuestos a sacar a los mineros a la calle, con nuestro consentimiento. "Y con dinamita nos tomamos el pueblo!", dijeron.

Era una espontaneidad bastante lógica, porque en muchas regiones como en Concepción y El Teniente habíamos ganado la elección. En las mesas de hombres ganamos a los otros candidatos por 20.000 votos, mientras que perdimos por 50.000 votos en las mesas de mujeres. De ahí la diferencia de los 30.000 votos. Después de la elección fue bien corriente ver en las poblaciones a mujeres golpeadas por sus maridos, con un ojo negro y cara hinchada, porque se perdió la elección por ellas.

El compañero Cipriano Pontigo llamó al jefe del grupo de dirigentes del mineral de "El Teniente", un compañero comunista. Lo llevó para un lado. No sé qué le dijo, pero me lo supongo. El compañero volvió y le comunicó a los demás: "Retirémonos y esperemos lo que resuelve la dirección". Estas cosas se repitieron durante todo el día. La gente empujaba a la acción. Había que frenarla.

En la reunión del consejo ejecutivo, Allende planteó que lanzar la gente a la calle significaba una guerra civil, lo que era una irresponsabilidad política e histórica. Destacó que nosotros habíamos planteado la vía no armada. Como habíamos elegido el camino democrático burgués teníamos que ser consecuentes ahora y aceptar la derrota sin resignación. Agregó que él tenía claro que nos habían robado la elección. Pero así eran los riesgos de la lucha dentro del esquema de la democracia burguesa.

Con esto, Allende consiguió parar esta avalancha, en gran medida incitada, más que venida de las bases. Algunos de los dirigentes seguían

sosteniendo su punto de vista y querían aprovechar la oportunidad para poner en escena una insurrección popular. Pero Allende replicó que no se podía mirar la insurrección popular con el esquema de la Revolución Francesa y que ahora como antes no era cosa de tirar la gente a la calle con palos y piedras a tomarse la Bastilla. Que era eso lo que esperaba la burguesía. Que las Fuerzas Armadas tenían métodos represivos suficientes para parar cualquier insurrección popular que no fuera bien preparada y organizada.

Lo único que se hizo en esa oportunidad fue una concentración en el teatro Caupolicán. Ahí habló Allende. Como forma de expresar su repudio a la actitud de las fuerzas de derecha, los parlamentarios del Frente de Acción Popular no asistieron a la sesión del Congreso Pleno, en la cual había que elegir al nuevo presidente. Hay que saber que cuando el candidato no era elegido con la mayoría absoluta en la votación popular debía ser designado por el congreso pleno para poder hacerse cargo de la presidencia. Nosotros sabíamos positivamente que tanto los radicales como los demócratacristianos iban a votar por Alessandri. Por eso, los parlamentarios del FRAP se retiraron en el momento de votar. Así fue la elección presidencial de 1958.

CAPITULO III

“Tenemos que hacer claridad política. Tenemos que llegar a la Moneda con un pueblo que tenga conciencia. Para esto, tenemos que luchar”.

Allendismo significaba que Allende representaba para el pueblo, para los proletarios, el socialismo. Su nombre era sinónimo de lucha. El estaba siempre al lado de ellos. Y mucha gente que no era militante de ningún partido, ya fuera por falta de educación política, ya fuera por razones de su extracción social, entraba a lo que llamaba "el partido del Dr. Allende". Eran los que Salvador Allende fue lentamente ganando para nosotros. No sabría decir yo si constituían un 20 por ciento o más tal vez de nuestros lectores, pero había que mantenerlos de todas maneras, había que mantener su vinculación con el movimiento popular. Por esta razón formamos un grupo de trabajo con dos compañeros comunistas y dos socialistas, personas que estaban muy cerca de Allende: el grupo de los llamados Focas. Este derivaba del sobrenombre de Cristián Casanova, a quien le decían el Foca. Buscamos una oficina y encontramos finalmente una en la calle Valentín Letelier, a escasos metros de la Moneda. La montamos con algunos muebles traídos de nuestras casas, con utensilios de trabajo de la sede del comando, o sea con cosas ratoneadas por aquí y por allá. Eran una oficinista bastante buena.

Allí trabajaba junto a nosotros un compañero que era bastante joven, de nombre Osren Agnic, que después durante varios años fue secretario de Allende en el Senado. Osren era estudiante de primer año de economía y militante del Partido Socialista. Era el único funcionario rentado del grupo. Empezamos el trabajo con las listas de los comandos del país; les mandamos a cada uno de los miembros del comando una carta de agradecimiento del compañero Allende. Posteriormente empezamos a buscar las listas de los funcionarios de todas las provincias y también les escribimos. Esto nos trajo un amplio flujo de correspondencia. Contestábamos cada una de las cartas.

La oficina debía también servir de asesoría de los parlamentarios del Frente de Acción Popular. Pues Allende no quería que la institución sirviera sólo para mantener el Allendismo. Para el trabajo, confeccionamos un "¿Quién es quién?", que completé posteriormente. Por desgracia, quedó en la Moneda.

Luego, Allende hizo integrar a este grupo de trabajo a otros compañeros, entre ellos Max Noff, Jaime Barrios, José Cademártori, Pedro Vuskovic y Sergio Aranda. Eran en su gran mayoría economistas. Con ellos, Allende inició el estudio de un proyecto de ley al que la reacción dió muy poca importancia. Tan poca, que nunca se discutió en la Cámara. Era una ley sobre el nuevo trato de los trabajadores; una réplica a un proyecto de ley de la derecha respecto al cobre, que era aparentemente beneficiosa para Chile. En verdad, le daba mayores garantías a las compañías o empresas americanas y les permitía sacar de Chile más plata aún. Como réplica a esta ley, Allende promovió la nueva ley sobre el trato a los trabajadores. Era un voluminoso proyecto, en el cual se res-

Cipriano se acercó y llamó a Cristián porque quería conversar con él. En forma desatenta, éste no se movió ni un centímetro de su asiento. Pasado algún tiempo, me encontré con Cipriano:

“—Cuando estuve al otro día en su oficina— me dijo, —vi a Cristián sentado en una silla de nosotros. ¿Habrá posibilidad de recuperarla?—”.

Allende tenía una reunión con un senador demócratacristiano, a puertas cerradas. A pesar de eso, al día siguiente se publicó la noticia de que Allende se había reunido con un cristianodemócrata. Pero se nombró a otro senador, bastante parecido a aquél con el que había estado realmente. Allende se molestó mucho, porque pensó que el indiscreto había sido yo. Me llamó:

“— ¡Osvaldo, este tipo de cosas no se puede hacer! Y menos puede hacerlo gente que está a mi alrededor. El que reveló imprudentemente el asunto fue el mismo que abrió ayer la puerta y me anunció el senador. Y cuando lo hizo lo confundió. ¡Y ése fue Ud., Osvaldo! Esa confusión es la misma que sale hoy en el diario—”.

Yo me reí, porque sabía que los dos hombres se parecían uno al otro hasta lo ridículo. Y sabía positivamente que no había sido yo el que lanzó la noticia. Pero Allende estaba convencido que sólo yo había podido darla. Le propuse ir a hablar con Augusto Olivares, para preguntarle quién se la dio a él.

Augusto trabajaba en el diario “Ultima Hora” (8). Dijo que era un secreto profesional y que no podía delatar a sus informantes. Finalmente quedamos en que no me diera el nombre a mí y que él fuera a aclarárselo a Allende. Mientras tanto, yo tenía claro lo que había pasado. Esto, por lo menos, había deducido de la conversación: el hermano de Gonzalo Piwonka, Víctor Piwonka, era muy amigo de Olivares. Víctor estaba en nuestra oficina con su hermano Gonzalo cuando llegó el senador. El había confundido a los dos senadores y dijo después que el visitante había sido el otro. Fue Víctor y no yo. Y el doctor no se había dado cuenta.

Con esto, aprendí una cosa; a pesar de los años que llevábamos trabajando juntos, el doctor era duro e implacable con la gente que se mostraba indiscreta, que no era ciento por ciento leal. En ese momento había pensado que yo había tenido una debilidad y había contado algo que no debía contar. En el fondo, un hecho intrascendente, pero marcó para mí las “reglas del juego” del compañero Allende. Este principio lo mantuvimos hasta el día 11 de septiembre de 1973.

Durante el período que trabajamos en esa oficina, unos 6 ó 7 meses, nuestra situación económica se fue empeorando mucho. Llegó un momento en que ya no teníamos nada. A mí se me habían terminado todos

estructuraba toda la política económica y social, en forma audaz y moderna. Más adelante, esto nos sirvió mucho: para los trabajadores, la ley se transformó en una especie de manual de consulta. Desgraciadamente, me temo, ya no existe ningún ejemplar del proyecto. El que yo tenía se quedó en la Moneda y no conozco a nadie que haya podido salvarlo.

En nuestra oficina ocurrieron a veces situaciones curiosas. Un viejo periodista, Fernando Murillo, disponía de un famoso archivo de recortes de diarios de los últimos veinte años de lucha de la izquierda. ¡Una joya! Un día fue a hablar con Allende. Durante la campaña le había pedido plata prestada al doctor. Fue a explicarle que por el momento no sólo no podía devolverla, sino que incluso necesitaba un poco más. Por lo tanto quería venderle el archivo. Allende se entusiasmó con la idea. A pesar de que no estábamos económicamente muy bien, exigió hacer cualquier sacrificio para comprar el archivo de Murillo. Nos mandó a verlo.

En realidad, era impresionante, muy amplio y sistemáticamente ordenado. Tomamos las medidas para proceder al traslado del archivo. Primero, teníamos que conseguir estanterías. Con la ayuda de un carpintero empezamos a colocar tablas en las murallas. En eso llegó Carlos Jorquera y nos preguntó qué estábamos haciendo. Cuando supo que queríamos instalar ahí el archivo de Murillo, se sonrió. Esto no se lo aceptaba al viejo Murillo, dijo, que vendiera ahora su archivo. Que ya se lo había vendido por lo menos a cinco personas diferentes. Me sugirió que yo aclarara el asunto de inmediato. Y en verdad, nunca recibimos el archivo.

Otro episodio de aquel tiempo. Apoyaba la candidatura de 1958 una dama, Matilde Guevara Calderón, poetisa y escritora. Había sido una mujer muy hermosa de joven y todavía lo era bastante. Ella sostuvo una posición de izquierda y quería vincularse con Allende. Entre otras cosas escribió un libro que se llamaba “Y mi patria fue su música”. Nos regaló un cajón de libros para que nosotros lo vendiéramos y sacáramos así plata para la campaña. Pero la gente prefería regalarnos el dinero.

Cuando desmantelamos el Comando, entre las cosas que llegaron a la calle Valentín Letelier estaba este cajón de libros de doña Matilde Guevara. Teníamos nosotros un sofá, al que en el traslado se le quebró una pata. Rápidamente pusimos los libros de doña Matilde debajo. Un día llegó la escritora de visita a la oficina de Allende. Dos de nosotros tuvimos que permanecer parados frente al sillón, para que doña Matilde no se diera cuenta de que su obra de arte estaba sirviendo de pata al sofá. Dicho sea de paso, ella viajó posteriormente a Cuba donde escribió un libro que se llamaba “Adiós al Cañaveral”.

Nos habíamos traído una silla escalera del comando, que pertenecía al Partido Comunista. Nosotros teníamos conciencia de esto, pero no queríamos que Cipriano Pontigo, que vino a vernos, la advirtiera. Entonces, Cristián Casanova se sentó en la silla y la tapó con el abrigo abierto.

(8) Periódico de la tarde, de la izquierda.

fiero Corvalán tenía la carta en su poder y pidió que se suspendiera la sesión por algunos minutos, para que los partidos tuvieran tiempo para sostener conversaciones bilaterales. Se quería llegar a un acuerdo. Este consistió finalmente en que la gran mayoría apoyó la candidatura de don Humberto por Santiago.

Esta candidatura fue bastante difícil. Nos enfrentamos con una derecha triunfante, con una derecha poderosa económica y políticamente, mientras que nosotros nos encontrábamos todavía en la situación de los derrotados de la elección. Si bien don Humberto era un candidato bueno, bueno desde el punto de vista de la clase media y de la personalidad que irradiaba, no era un líder de masas. No era un hombre que tuviera una tradición de lucha revolucionaria. El pueblo nuestro y en especial, la clase obrera nuestra, poseen mucha consistencia, son de gran disciplina partidaria. Los obreros tomaron la candidatura de Humberto Mewes con alta responsabilidad, pero sin entusiasmo. Se designó secretario general de la campaña de don Humberto en Santiago a Salomón Corbalán, quien había sido secretario general de la campaña de Allende y era secretario general del Partido Socialista. A mí se me encomendó el cargo de coordinador general de la campaña. Don Humberto era militante del Partido del Trabajo, del cual yo era delegado general ante el FRAP y miembro de la comisión política. Trabajamos muy intensamente, a pesar de tener pocos medios económicos y pocas posibilidades.

Salvador Allende hizo un trabajo gigantesco. El 80 por ciento de la campaña descansó sobre él. Recorrimos todo Santiago, palmo a palmo, comuna por comuna. Tenía real interés en que la votación se mantuviera y se superara, en lo posible.

El día de la elección salimos juntos a votar, don Humberto, el doctor Allende y yo. Recorrimos diferentes lugares de votación. En cada lugar al que llegábamos, los aplausos eran para Allende. Don Humberto pasaba bastante inadvertido, porque en una campaña con poca plata y que además debía realizarse muy rápido, fue muy difícil publicitar la cara de él, hacerlo conocido en la población. De modo que al lado de Allende pasaba inadvertido. La gente gritaba: "¡Viva el compañero Allende! ¡Viva el senador Allende!".

Naturalmente, don Humberto empezó a sentirse en un segundo plano. El iba adelante, Allende y yo atrás. De repente se fue autopresentando. Levantaba las manos hacia los lados, con alguna dificultad, porque no tenía experiencia en el trato con las masas: "El candidato Mewes los saluda", decía.

Era bien poca la gente que lo escuchaba, y estos pocos, incluso se refan. Allende se dio vuelta y me susurró que hiciera callar a don Humberto porque si no, íbamos a perder los pocos votos que podíamos sacar. Por eso le propuse que mejor yo lo iba a presentar.

los recursos. Me había dedicado mucho a la oficina. Me apasionaba mucho la cosa. Pero Allende no nos podía pagar. Teníamos que ganarnos la vida por nuestra cuenta. La campaña electoral había terminado con un déficit enorme. Era un déficit que no era mío, sino de la campaña de 1958. Pero yo sabía que no siempre los compañeros tenían el dinero para ir pagando las deudas que yo había adquirido en nombre de la campaña. Ahora tuve que pagarlas, liquidando algunos bienes personales, dedicándome más a mi profesión que a las tareas políticas.

En esas condiciones se acercó la fecha para la complementaria. Alessandri era senador por la provincia de Santiago, cuando resultó elegido presidente. Había que convocar a una complementaria para reemplazarlo. Dentro del FRAP se produjo una fuerte discusión. Un sector propiciaba la candidatura de Guillermo del Pedregal: un político de bastante renombre en ese momento, pero un típico burgués. Un intelectual burgués de clase alta, hombre muy rico, con una postura de izquierda. El y Humberto Mewes, se vislumbraban como aspirantes a senador por Santiago. Mewes ya había sido una vez candidato.

Nosotros apoyamos la candidatura de Mewes y quedamos en una situación bastante discrepante. Pues Del Pedregal, en vez de perder adeptos, ganó adeptos. El doctor nos llamó a Max Nollf y a mí. Nos dijo que debíamos hacer una jugada de último minuto. En una carta a los profesionales del FRAP, firmada por Max Nollf, debíamos sugerir que, si Del Pedregal era el candidato, los profesionales se retirarían del FRAP. Se hizo la carta con el consenso de esta gente. En una reunión con el compañero Allende, éste les planteó cuál era su propósito, y salió el escrito. Con ese As de bastos en la manga, fui yo a la reunión.

El voto decisivo era el de la Intransigencia Radical Antiimperialista. La IRA se había convertido en el fiel de la balanza. Cuando llamé a los compañeros de la IRA y les mostré la carta de los profesionales, no se impactaron mucho. Hablé después con el delegado del Partido Socialista. Era en ese entonces un compañero que posteriormente se fue con el Partido Socialista Popular. Le informé de lo que tenía preparado. La misma información la di a los compañeros del Partido Democrático. Ellos tomaron la cosa tan en serio, que me plantearon que no presentara la carta en público. Querían hacer algunas gestiones para ver la posibilidad de retirar la candidatura de Del Pedregal. Del Pedregal supo de la gestión mía, pero no me dijo nada. Acudió presuroso al teléfono para hablar con el doctor.

El Partido Comunista estaba representado por Luis Corvalán. Me consultó qué era lo que estaba pasando: le mostré la carta. Como tampoco su partido apoyaba la candidatura de Del Pedregal, Corvalán se rió un poco; después me pidió prestada la carta, para realizar algunas conversaciones al respecto. En esto se había iniciado ya la reunión. El compa-

LA REVOLUCION CUBANA

Los primeros días de enero del año 1959 se produjo un hecho de enorme trascendencia política. En Cuba triunfó la revolución. Durante la campaña del 58 todavía no teníamos muy claro qué estaba ocurriendo en Cuba. No sabíamos más de lo que había difundido la revista "Life". Esta revista norteamericana había publicado una entrevista con Fidel Castro, quien planteaba que estaba buscando la restitución de los valores democráticos y cristianos.

En Chile, la lucha de Fidel fue ignorada por una parte, y por otra —por los demócratacristianos— fue capitalizada. Pro Fidel era un movimiento que se llamaba Consejo Estudiantil. Habían en él unos compañeros, ex dirigentes estudiantiles de la Universidad de La Habana, que habían encontrado asilo en Chile. Con su tendencia pro demócratacristiana causaron, después, bastantes problemas en Cuba.

Durante la campaña, tampoco nosotros nos habíamos dado cuenta de lo que estaba ocurriendo en Cuba. Terminada la campaña, Allende viajó a La Habana. Cuando regresó, lo fuimos a esperar al aeropuerto de Los Cerrillos de Santiago. Comimos en casa de Cristián Casanova. Después —lo recuerdo exactamente— Allende se sentó en un sofá y nosotros, como los niños, en la alfombra alrededor de él en espera de su relato. Allende venía realmente maravillado y nos contó lo que había visto en Cuba. Nos dijo que era un error que no nos hubiéramos dado cuenta de los acontecimientos en la isla. Que fue un error no haberlos sabido aprovechar en la campaña electoral; pero, sobre todo, que no hubiéramos ayudado a los compañeros cubanos.

Allende se había entrevistado con Ernesto Che Guevara. Este estimuló a Allende con palabras fuertes:

“—Es una gran satisfacción, agrado y honor conocerlo, porque yo siempre lo he mirado a Ud. como uno de los líderes más importantes de Latinoamérica. Con esa impresión, cuando pasé por Chile, traté de hablar con Ud. A pesar de que estuve muchas horas esperándolo, no tuve la oportunidad y el honor de conocerlo personalmente...—”.

Allende nos contó esto con insistencia. Yo aún hoy lo miro como uno de los políticos más hábiles. Podía equivocarse, ciertamente. Pero en un momento determinado, no recibir a alguien, no darle importancia a una cosa, de verdad, era algo muy extraño en él. Normalmente recibía a todos los que querían hablar con él. Las palabras del Che Guevara las tomó como una crítica. No obstante, me dio la impresión de que lo dijo también un poco como crítica para nosotros. ¡Había estado golpeando a su puerta un hombre que posteriormente iba a pasar a la historia como uno de los revolucionarios más consecuentes del siglo 20, y él no le había tendido la mano!

Estábamos en La Florida, muy cerca del centro de Santiago. Ahí, el Partido Comunista tiene renombre y peso político. Desde hace muchos años había en esa comuna un alcalde comunista. Cuando se inició el recuento de votos, don Humberto se quedó mirando en una mesa. Yo seguía tras el doctor. A pesar de eso, nos dimos cuenta que don Humberto estaba discutiendo en ese momento un voto que le estaban tratando de anular. Si uno quería ser senador por Santiago, debía ganar miles de votos. Allende no quería presenciarlo. Se apartó. Me pidió que sacara al candidato de alguna forma de ahí. Pasamos a comprar al "Oriente" unos pollos, y nos fuimos después a almorzar a la casa de Allende.

El doctor acostumbraba a dormir siesta. Se excusó ante don Humberto. Conectamos la radio y empezamos a escuchar informes del recuento de los votos. Los primeros cómputos anunciaron una clara victoria para la derecha, que contó con el apoyo de los radicales y de los demócratacristianos. Las diferencias con el FRAP eran marcadísimas. Don Humberto iba como hundiéndose más y más en su sillón, se puso pálido y empezó a respirar con cierta dificultad. Cada vez que daban un nuevo resultado se ponía más pálido.

Desperté a Allende y le dije que temía que don Humberto sufriera un colapso. El doctor saltó de la cama. Cuando bajamos, mi temor no pareció tan absurdo. El doctor le habló con mucha entereza: “—Humberto, no se aflija. A mí ya me derrotaron dos veces y míreme como estoy de entero! ¡Las peleas, hay que darlas! No siempre se puede ganar. ¡Si nos derrotan, nos derrotan! ¡Tómelo con fortaleza!—”.

Me pidió traerle a don Humberto un trago de whisky.

En el comando ya se sabía desde hace mucho de la derrota. Allende me encargó que le dijera a Salomón que citara al comité ejecutivo del FRAP para el día siguiente. El quería explicar a los compañeros las razones de la derrota.

Terminada la elección, Allende me llamó un día. Planteó que había que buscar una fórmula para reducir el número de los partidos en el FRAP. En ese entonces pertenecían al FRAP los Partidos Comunista y Socialista, el Partido Radical Doctrinario, la Intransigencia Radical Antiimperialista, el Partido del Trabajo, la Alianza Nacional de Trabajadores, y otros grupos. Me pidió que buscara la forma de inducir a los partidos chicos a una fusión, para convertir el FRAP en una alianza de partidos más grandes y con más poder.

Por lo tanto, sostuve una conversación con Víctor Barberis, de la Intransigencia Radical Antiimperialista, y con el Dr. Enrique Sepúlveda, de la Alianza Nacional de Trabajadores, los secretarios generales de estos partidos. Después de largas conversaciones formamos —de acuerdo con la inspiración dada por Allende— una alianza de partidos.

sión hacia Allende, que creció paulatinamente, no era el resultado del odio de clase, de intereses económicos y políticos. Mientras que Allende mantuvo su compromiso con el pueblo, Frei se fue comprometiendo cada vez más con el imperialismo, se fue vinculando más y más con los Estados Unidos y con la gran burguesía chilena. El nacimiento y el desarrollo de esta enemistad se expresó a lo largo de la campaña del 64 y durante la presidencia de Frei de 1964 a 1970.

EL INSTITUTO POPULAR

Entre las muchas cosas que hicimos el año 1959, es digna de mencionar la creación del Instituto Popular. Un día, el doctor nos llamó a Max Nolf, a David Baytelman, a Jaime Faivovich, a Sergio Aranda, a Pedro Vuskovic y a mí y nos planteó una nueva idea. (¡Se podría llamar realmente a Allende, "máquina de producir ideas"!.) Quería crear un instituto o una agrupación que reuniera a todos los técnicos profesionales e intelectuales de izquierda, comunistas, socialistas e independientes. Primero había que formar un núcleo creador de ideas para un futuro gobierno popular; en segundo lugar, debía montarse un grupo asesor de los parlamentarios y tercero, una escuela de cuadros medianos y de mayor jerarquía.

La idea era buena, si bien bastante audaz. El Instituto Popular se instaló en una vieja casona en la calle Compañía. Recién lo habíamos amoblado cuando tuvo lugar la primera reunión plenaria. Fue elegido presidente Max Nolf; se designó vicepresidentes a Clodomiro Almeyda y a mí. La tarea del secretario general se encomendó a la compañera Chela Alvarez. Quedaron elegidos directores los compañeros Aranda, Baytelman, Cademártori, Barberis y algunos otros. El Instituto Popular empezó a trabajar como grupo asesor de los parlamentarios.

Casi simultáneamente se inició lo que posteriormente se ha dado en llamar "la nueva era de la canción popular". El movimiento popular y sus artistas salieron a rescatar el folklore. Salieron a difundir la canción popular chilena y a estimular a las masas, porque el folklore se había convertido en patrimonio de la burguesía, que lo había ido desarrollando a su gusto. Por ejemplo, se formó en los años 30 el conjunto "Los cuatro huasos", que eran cuatro jóvenes de la burguesía. Famoso se hizo también el grupo "Los huasos quincheros", también jóvenes de la burguesía. Todos ellos cantaron canciones del patrón y a veces un poco del folklore del campesino que dependía del patrón. Veían en sus canciones al campesino en la forma en que el patrón del fundo veía a los peones.

Nosotros cultivamos ahora canciones de protesta que entonaba el pueblo oprimido. Cantaban al dolor, al hambre, a la muerte, a la miseria, a la explotación, a todo lo que los intérpretes de la burguesía habían sepultado.

La visita de Allende a Fidel y al Che, el conocimiento del proceso revolucionario cubano, fue para nosotros una experiencia positiva que nos dio una luz de esperanza. El propio Allende volvió profundamente impresionado, y más convencido que antes, de que no era posible repetir un proceso como aquél en Chile. Había visto a un pueblo que se había liberado por la vía armada. Pero esto lo reafirmaba más en su tesis de que la acumulación de las masas alrededor del proletariado, era cada día más importante en Chile, si se quería buscar un camino pacífico hacia el socialismo. Allende subrayó que los compañeros cubanos le habían "metido el dedo en la boca" al imperialismo. Con eso, sería imposible que ese proceso se repitiera otra vez en América Latina. Dijo, con la conciencia de su responsabilidad, que nosotros teníamos que redoblar nuestro esfuerzo para buscar la salida por la vía electoral, porque la revolución cubana nos cerraba el camino de la insurrección armada. Allende nunca había negado la posibilidad de una resistencia armada en un momento determinado. Pero sostuvo hasta el día de su muerte que la violencia no era inherente a la clase obrera sino a la burguesía: la violencia reaccionaria desata la violencia revolucionaria. Con la diferencia de que la reacción violenta de la clase obrera era un medio legítimo de autodefensa contra la violencia reaccionaria. Esta teoría la defendió Allende más firme aun después de su viaje a Cuba.

Al despedirse, en el momento de subir el doctor al avión, Fidel le había regalado a Allende su boina verde oliva. Es uno de los recuerdos queridos que quedaron en Chile.

Dicho sea de paso, el viaje a Cuba fue a través de Venezuela, adonde Allende había sido invitado por Rómulo Betancourt a la toma del poder. Betancourt había estado en Chile en el exilio y había vivido también en casa de Allende. Cuando salió elegido Presidente invitó a sus amigos chilenos, Salvador Allende y Eduardo Frei. Viajaron juntos, Allende con Tencha y Frei con doña Maruja. Yo había arreglado los pasajes en Los Cerrillos y les había tomado asientos numerados, a Tencha con doña Maruja, y al doctor con Frei. Frei en esa época era amigo de Allende, un hombre agradable y gracioso. Cuando yo les pasé los pasajes, me dijo Frei:

"—Osvaldo, Ud. aquí acaba de cometer una imprudencia. Salvador pesa mucho más que yo. ¡Yo solamente conseguí 200.000 votos, mientras que él tenía 330.000 votos! ¡El avión podría perder el equilibrio y caerse!—"

Allende, rápido, se dio vuelta hacia donde yo estaba, y me dijo que sacara 65.000 votos de su maletín y los echara en el bolsillo de Eduardo Frei para equipararlos.

Cuento esta anécdota para demostrar la amistad que en otros tiempos hubo entre los dos políticos. Los intereses económicos de la burguesía fueron separando a Frei más y más de Allende. Su animadver-

HUELGA EN EL CARBÓN

En 1960 hubo una huelga del carbón, que duró 96 días. Los mineros pedían mejores salarios y menos explotación. Sus condiciones de vida eran infrahumanas. Ya conté que tenían que bajar a unos 500 ó 600 metros de profundidad para caminar ahí a pie, a veces 7 kilómetros, hasta llegar a los piques. Pero sólo desde este momento les pagaban su tiempo de trabajo. Así, los compañeros pasaban entre 11 y 12 horas en las galerías y tenían después, en la mayoría de los casos, aún un largo camino hasta su casa, entre una o dos horas. Los mineros exigían que se les pagara su tiempo de trabajo desde el momento de entrar a la mina. Ganaban los peores salarios que había en Chile por un trabajo tan duro.

Debe sumarse a esto el hecho de que no conocían atención médica. Su promedio de vida no pasaba de los 40 a 42 años. Si uno entra a los 18 años a trabajar al mineral, después de 10 o 15 años, bajo las condiciones señaladas, en general sufre de silicosis o de otro tipo de enfermedades broncopulmonares. Quien lo ve, tiene la impresión de hablar con un hombre de 60 años, porque ha pasado la mitad de su vida respirando polvillo de carbón, viviendo en tinieblas y caminando por las galerías.

En esas condiciones se produjo la huelga. El gobierno de Alessandri y los dueños de los minerales pensaron que esto no traería ningún problema: tenían en cancha suficiente carbón como para resistir el paro. Querían matar la huelga por hambre. Allende viajó a la zona del carbón y organizó como primera medida las "ollas comunes". Y después, planteó junto con el FRAP algo que en ese momento pareció casi utópico: la traida a Santiago, Concepción, Temuco, Osorno, pero sobre todo a Santiago y Concepción de niños, hijos de obreros del carbón en huelga, a las casas de los compañeros de esas ciudades. Se contrataron microbuses para esta acción. En total alojamos a 2.000 niños en diferentes casas. A Santiago llegaron los niños al local del Partido Comunista en cuatro o cinco buses. Ahí esperábamos una cantidad grande de compañeros que nos habíamos inscrito en las listas para recibir transitoriamente a los niños.

También yo me había inscrito con uno. Pero llegaron más de los que nosotros pensábamos. Encontré un muchacho muy pobremente vestido, con un paquete hecho de un saco harinero debajo del brazo. En él traía sus pocas pertenencias. Myriam tomó al niño y lo acarició. Salimos los tres. En ese momento, se acercó otro muchacho, que tendría unos 8 ó 9 años; nuestro huésped tendría unos 6 años. El le advirtió al chico: "Choli, no te olvides lo que nos recomendó la mamá. Pórtate bien, límpiate y ayuda a los compañeros". Al momento Myriam invitó al mayor a vivir también con nosotros.

Los niños venían increíblemente pobres y muy limpios. Myriam los acostó, teníamos preparada una cama, la otra se hizo rápido. Venían muy

En nuestra campaña, específicamente el FRAP, la juventud comunista y el Instituto Popular difundieron el folklore. No sólo la música, también la pintura, la escultura y el arte popular. Todos los compañeros que daban cursos en el instituto lo hacían voluntariamente, como trabajo político, en sus horas de descanso. El Instituto tenía un solo funcionario rentado, el conserje. Se le pagaba con una pieza donde él vivía. El hacía unos trabajos extras, fuera del Instituto y en las tardes hacía el aseo del edificio, que debe haber tenido unas 20 piezas, entre ellas diferentes talleres de los artistas plásticos, de tejedores y artesanos.

En el Instituto se realizaron también los seminarios para parlamentarios y dirigentes medios. Con el Instituto, Allende quería crear una reserva de cuadros para la futura militancia del FRAP. Quiso crear al militante del FRAP, que no pertenecía a ningún partido. El FRAP habría podido convertirse en un gran partido. (El doctor, evidentemente, había pensado en una unificación de los Partidos Socialista y Comunista).

Durante ese tiempo, Salomón Corbalán manifestó ciertos complejos frente a los comunistas. Se oponía a la militancia FRAP y planteó que significaba que antes de tres meses iba a controlarla el Partido Comunista. Yo se lo había contado a Allende. El doctor me expresó:

"—Si él, Secretario General del Partido Socialista, piensa que la militancia FRAP, a la postre, favorece a los comunistas por su mejor organización, entonces lo que tiene que hacer él, es renunciar a su cargo directivo en el Partido Socialista. Un hombre que reconoce que su propio partido está mal organizado, tiene que tener los cojones suficientes como para darse cuenta de que no sirve para el cargo. Y no es el caso de Salomón, Salomón es uno de los mejores que hay dentro del partido. Todo esto es más bien una demostración de los complejos que tienen los socialistas frente al Partido Comunista —".

Allende era un disciplinado militante socialista. Pero era también un gran militante de la revolución, un líder de la clase obrera. Salvador Allende tenía el mismo alto prestigio dentro del Partido Socialista como dentro del Partido Comunista. Un cronista reaccionario dijo una vez de Allende que era como un pino plantado en un macetero. Y en realidad. Hubo momentos en que le quedó chico el Partido Socialista a Allende, y hubo momentos en que le quedó estrecho el movimiento popular. Se demostraba entonces, fehacientemente, que tanto el Partido Socialista como el movimiento popular estaban por debajo de la dimensión de Allende como político: por ejemplo, el Instituto Popular. Existió hasta el año 1963 ó 1964. El Instituto debía morir a raíz de que se quiso fomentar la militancia FRAP. Los compañeros socialistas se opusieron y en esas condiciones, el Partido Socialista le quitó su apoyo al Instituto Popular.

sa—”. Y me abrazó. “—La vida nuestra es muy dura y la de ustedes es muy hermosa—”.

Estaba en ese momento junto a mí Alfonso Reyes Meza, un periodista que en el gobierno de Alessandri fue jefe de relaciones públicas del triministro Vergara, ministro de Hacienda, Economía y Minería, quien tuvo toda el área económica en sus manos. No diría que fuese un reaccionario, pero era un hombre que estaba con el gobierno que oprimía a estos niños. Ahora, él se paró, dio vuelta la espalda y yo noté que sacó el pañuelo y se secó los ojos.

Pocos días después me encontré de nuevo con él. Le había contado esta anécdota al ministro. Y a pesar de ser él un verdadero reaccionario le había choqueado enormemente el hecho de saber que con su acción, por permitirle a la burguesía ganarse unos pocos pesos más, había conseguido que niños como éstos, sufrieran tanto. Alfonso Reyes Meza vivía directamente al lado de mi casa y fue testigo de que habíamos ofrecido a los niños un par de meses alegres, en los que hicieron vida de verdaderos niños.

Muchos años después, en la campaña de 1970, fue Alessandri a Lota y Coronel. Los mineros lo expulsaron. Estos mineros, en su gran mayoría, eran aquellos niños que 10 años antes habían vivido nuestra solidaridad. Entretanto, habían adquirido la edad y la conciencia como para saber de qué mano venía la explotación.

Mientras nosotros teníamos a los niños en nuestras casas, el desenvolvimiento de la huelga fue radicalizándose. Los compañeros resistieron con estoica entereza. Resistieron no sólo la presión económica del gobierno, sino que también la presión política y la represión. Llegó el momento en que los compañeros organizaron la marcha sobre Concepción. Caminaron a pie, desde Lota a Concepción, 40 kilómetros. Y Allende, junto con los mineros. Fue una demostración de disciplina revolucionaria. No sabría decir exactamente cuántos eran, pero la marcha era larga por lo menos de un kilómetro. Venían mineros, mujeres, niños. La mayoría de los mineros venían con su traje de trabajo. Así marcharon a Concepción. Frente a Concepción el río Bio-Bio es muy ancho. Entonces estaba sólo el viejo puente carretero, bastante angosto. Cuando lo atravesaron, se veía como una enorme serpiente. Cuando entramos, se hizo una concentración. Los hombres venían con sus cascos. Al atardecer, los compañeros prendieron los focos.

EL TERREMOTO DEL 60

Pocos días después, se produjo el gran terremoto en el sur, que sorprendió a la gente en plena huelga. Primero, la tierra tembló en Concep-

cansados y se quedaron inmediatamente dormidos. El viaje de 8 a 10 horas, de Lota a Santiago, les había producido gran cansancio. Además los niños salían por primera vez de su casa, era la primera vez que llegaban a una ciudad como Santiago. Y pronto nos dimos cuenta de que había muchas cosas nuevas para ellos, como por ejemplo, dormir en camas con sábanas. Myriam les llevó de comer. Se lo comieron todo. Myriam les dio más. Otra vez se lo comieron todo. Entonces les preguntó si todavía tenían hambre. El muchacho mayor le dijo que sí, pero que era suficiente.

“—¿Por qué?—”, quería saber yo.

“—Porque ya hemos comido lo suficiente—”, contestó él.

“—Pero, ¿tienes hambre?—”.

“—Sí—, repitió, —pero hemos comido lo suficiente—”.

Eran niños que siempre quedaron con hambre, que comían lo suficiente para vivir, pero no para saciar el hambre. Estos jóvenes tienen un físico inferior, incluso algunos tienen una capacidad intelectual inferior. Yo hablé con los muchachos ese día:

“—Vamos a conversar como compañeros. Yo no quiero que Uds. piensen que nosotros los hemos recibido por caridad. Hoy, su padre está en huelga y no los puede alimentar a Uds. Mañana puedo estar yo en huelga. Entonces, voy a mandar yo a mis hijos a la casa de Uds.—”.

Esto lo dije para que los muchachos no se sintieran humillados. Los dos no habían probado nunca en su vida las cecinas. Tampoco sabían que se comía cuatro veces en el día. Yo les pregunté de qué habían vivido durante la huelga. Contaron que comieron de la olla común. Se componía de un plato de sopa, de almuerzo, y lo mismo en la noche, si llegaba a sobrar. Además recibían una taza de agua caliente, a veces con azúcar.

El mayor empezó a contar de la vida de ellos. Su padre ganaba muy poco. Más o menos lo mismo que ganaba una empleada doméstica en Santiago, la que además tenía garantizada casa, comida y ropa de cama. Con ese salario, el padre tenía que alimentar a su mujer y a cuatro hijos. Los otros dos habían sido enviados a Concepción.

Los muchachos estuvieron unos tres meses en nuestra casa, el tiempo que duró la huelga. En ese lapso, los mandamos a los dos al colegio, hicieron la misma vida que nuestros hijos, tenían la misma ropa y se hicieron grandes amigos de ellos. Fueron dos hijos más en nuestra casa.

Cuando se fueron, no pude ir a dejarlos a la estación. Habíamos contratado un tren para despachar a todos los niños de vuelta a sus hogares. Al despedirse se me acercó el mayor y me dijo:

“—Gracias, don Osvaldo, gracias por todo lo que nos ha dado, gracias porque sentimos en usted y en su señora, a nuestros padres—”.

Me pasó la mano, me quedó mirando y añadió:

“—Quiero pedirle una cosa, no mande nunca a sus hijos a nuestra ca-

cubierto la tierra más o menos con medio metro de espesor. La ceniza no era muy firme, pero tenía una gran cantidad de azufre, de modo que mató mucha vegetación y casi toda otra forma de vida. El ganado se asfixió, se murió de hambre o se arrancó. Tanto los campesinos pequeños como los grandes ganaderos quedaban en una situación desesperada.

Allende volvió a Santiago con el objeto de presentar proyectos de ley que permitieran no sólo solucionar los problemas económicos momentáneos de la gente afectada, sino sus problemas vitales en general. El cataclismo fue un golpe duro para nuestra lucha política, porque le permitió al gobierno de Alessandri un respiro político. Pues en una situación como ésta, era imposible luchar contra el gobierno reaccionario, un gobierno que había creado el problema del carbón y que le había creado problemas a los campesinos. Un gobierno que había devaluado una moneda fuerte y así robado al pueblo una gran parte de su capital. Se había producido una devaluación de la moneda en casi un 40 por ciento. Al mismo tiempo, hubo un cambio de la moneda: se introdujo el escudo, que se igualó al dólar. Se abrieron las compuertas a la exportación y a la importación. Sin limitaciones, se pudo importar y exportar lo que se quisiera. Esto produjo rápidamente cesantía en el país, porque las industrias chilenas no podían competir con las industrias norteamericanas. La gente rica podía enriquecerse más, y se empobrecía más el proletariado.

Todo esto ocurrió en un momento en que nosotros estábamos en una fuerte campaña contra este gobierno reaccionario. Y ahora hubo que pararla, porque tuvimos que salir primero a proteger a nuestros compañeros, a nuestro pueblo de las secuelas de las catástrofes naturales.

Siempre los que más sufren son aquéllos cuya situación económica es más desmedrada. Si la naturaleza desata su furia, golpea a los pobres. Sus casas son las más débiles. El compañero Allende consiguió en el Senado una ley que les permitió a los damnificados recibir préstamos a largo plazo, a fin de que reconstruyeran sus casas. Consiguió también préstamos para industrias de la zona con el objeto de dar trabajo a la gente, para que el proletariado no sufriera, además, cesantía y hambre. Propuso también algunas leyes para crear obras fiscales y obtener nuevos lugares de trabajo. Esas fueron algunas medidas que el compañero Allende impulsó, junto con el resto de los senadores y diputados del FRAP, para combatir las consecuencias del terremoto del año 1960.

LAS PARLAMENTARIAS DE 1961

Antes de las elecciones generales en el año 1961, Salomón Corbalán y Raúl Ampuero fueron a ver a Allende en el senado. Ampuero era senador desde 1953 por la primera circunscripción electoral, por la misma

ción y al día siguiente, en Valdivia. El terremoto destruyó toda la zona. Fue uno de los más fuertes de los últimos años. Nos pareció que la naturaleza conspiraba contra nuestros compañeros. La destrucción del Sur empeoró la posición de los compañeros en huelga. Por lo tanto, hubo que llegar rápido a un arreglo. Este arreglo se produjo y no era malo, si bien no tan favorable como lo habían esperado los mineros. Se alcanzó un aumento de un 18 por ciento en salario, bonificaciones en dinero para los que trabajaban con polvo, con agua y en la chicura. Se consiguió también un aumento de la cuota de carbón para cada trabajador y un aumento de la asignación familiar. Esta huelga tuvo mejores resultados de lo que habitualmente este tipo de huelgas conseguían.

Junto con Allende, fuimos a la zona que había sido devastada por el terremoto del 21 y 22 de mayo. Salimos de Santiago el día 23 de mayo, de madrugada. Llegamos hasta Chillán. De ahí seguimos en jeep. Así llegamos a Concepción. Había pasado sólo un día desde el terremoto. La tierra estuvo temblando durante mucho tiempo. Cada una hora o dos horas había nuevos temblores. Recorrimos Concepción, Lota, Coronel y volvimos a Chillán. De Chillán pasamos a Bulnes y a Los Angeles. De Los Angeles entramos a Angol y seguimos a Mulchén y a Collipulli. Pasamos a Traiguén, a Victoria y a Temuco. Y finalmente, entramos a Puerto Saavedra.

En Puerto Saavedra había ocurrido una cosa muy grave. El terremoto fue seguido por un maremoto y éste fue más intenso que el terremoto en Valdivia. Se salió el mar. Después se recogió, y volvió, al poco tiempo, una ola mucho más fuerte. Se produjo una marea terrible. La gente se arrancó hacia los cerros. Cuando se recogió el mar se llevó una gran parte de la ciudad. Daba la impresión que era un pan al que le habían dado un gran mordisco. Se veía desde los cerros una ciudad casi entera: le faltaba un trozo redondo en una parte. Ahí no había calles ni casas. Se notaban apenas las cunetas de las calles. Pero encima no había nada, sino arena y escombros. Innumerables personas murieron. Los sobrevivientes tenían nada más que lo que llevaban puesto.

De Puerto Saavedra volvimos a Temuco, pasamos por Loncoche y llegamos a Valdivia. Toda la zona de San José de la Mariquina, entre Loncoche y Valdivia, de Huelletué, Perchuquín y La Mariquina, estaba tremendamente destrozada, como también Valdivia. Ahí se destruyó gran parte de los barrios más pobres. Además, se produjo otra desgracia. El terremoto había creado un taco en la desembocadura del río San Pedro al lago Riñihue. Si se rompía, iba a producir el vaciamiento del lago sobre la ciudad. Para evitarlo, se trabajó día y noche, a fin de eliminar el taco.

Seguimos a La Unión, Río Bueno, Osorno, Puerto Varas, Puerto Montt, que era la zona más afectada por el terremoto, pasamos por la zona del Lago Ranco, una región de ganadería. La ceniza volcánica había

lo necesita a Ud.! Por lo tanto, yo no voy a ir por la primera circunscripción, sino por la tercera, vale decir, por Valparaíso y Aconcagua—”.

Cuando Allende dijo esto, Salomón Corbalán abrió desmesuradamente los ojos. Yo sentí que me ponía helado. Salomón le dijo al doctor que era una locura, que iba a perder.

A esto le contestó Allende:

“—Si yo voy por la primera circunscripción, se pierde Raúl Ampuero. Si yo voy por la quinta, te vas a perder tú. Por la séptima no puedo ir porque tenemos un compromiso con el FRAP en el sentido de apoyar a Rafael Tarud. Si yo voy por la novena, se va a perder Aniceto Rodríguez, que es un muy buen senador socialista. Vale decir, queda solamente la tercera circunscripción: Valparaíso. ¡Y esto no lo pido, sino que lo exijo! ¡Creo tener pleno derecho para hacerlo!—”.

Cuando Allende y yo abandonamos el senado, nos subimos inmediatamente al auto:

“—Doctor, ahora no sé si el que está loco soy yo o Ud. A mi juicio Ud. no tiene ninguna posibilidad de salir por Valparaíso y Aconcagua. ¡Y podría ser senador en cualquiera de las otras circunscripciones!—”.

Allende me golpeó en el hombro y dijo sonriéndose:

“—Osvaldo, ya le he dicho tantas veces a Ud., que no entiende nada de política. En el fondo, Ud. tiene toda la razón. No tengo virtualmente posibilidades de ser senador. Pero piense las cosas con calma. Si yo me pierdo, nadie va a poder enrostrármelo. Lo lógico y natural es que me pierda. Pero si gano, nadie me puede discutir el derecho de ser el candidato presidencial del año 1964. O sea, ¡a apretarnos los pantalones y a bajar como enanos por la candidatura por Valparaíso!—”.

Yo quedé bastante impactado, no sólo por el valor político que representaba su actitud, sino que por la audacia de lanzarse en una campaña en la que él mismo no veía ninguna posibilidad; en que, para poder igualar a su contendor. . . ¡le faltaban de 11 a 12 mil votos! Como iban en una misma lista socialistas y comunistas, se sumaban los votos: se suponía que habían seguros unos 21 mil. Suficiente para que el senador comunista saliera. Pero como iban dos en esa lista, se necesitaban 40 mil votos. Allende tendría que cuadruplicar su votación. Además, nunca hubo dos senadores de izquierda en esa circunscripción.

A los pocos días Allende fue designado candidato por Valparaíso. Muy poca gente lo entendió. La gran mayoría pensó que ésta había sido una mala jugada del Partido Socialista para quemar a Allende. Allende tuvo la honestidad política, la grandeza humana de desmentir todo esto. Explicó que él había pedido ser candidato por esa circunscripción.

que Allende. En las provincias de Tarapacá y Antofagasta, Ampuero había sido elegido senador ibañista. Allende tuvo el apoyo de los comunistas. En 1961, el Partido Comunista estaba en la legalidad, y por lo tanto llevó un candidato propio por el norte. Así ocurría, por lógica, que los dos senadores del FRAP —el compañero Ampuero con el apoyo de los socialistas populares y de Ibañez y el compañero Allende con la ayuda de los Partidos Socialistas y Comunista— iban a convertirse en un senador comunista y un senador socialista.

El año 1961 se elegían los senadores de las circunscripciones impares. La primera era Tarapacá y Antofagasta, la tercera Valparaíso y Aconcagua, la quinta O'Higgins y Colchagua, la séptima Linares, Talca y Maule, la novena Valdivia, Osorno, Llanquihue, Aysén, Chiloé y Magallanes. El Partido Socialista tenía buenas perspectivas de sacar un senador en la primera circunscripción, en la quinta y también en la séptima. En esa última teníamos el acuerdo de apoyar a Rafael Tarud, que era de la zona y había sido precandidato presidencial el año 1958. En la novena circunscripción podíamos ganar fácilmente, con posibilidades incluso de sacar un segundo senador.

La única circunscripción en la cual no teníamos ninguna posibilidad era la tercera, Valparaíso y Aconcagua. Era senador entonces, ahí, Carlos Alberto Martínez, uno de los fundadores del Partido Socialista, un hombre que estaba ya bastante viejo, que había salido con la ola del ibañismo como representante del Partido Socialista Popular, pero que no tenía ninguna posibilidad de repetir este éxito. La correlación de fuerzas en esa zona era claramente negativa: para sacar un senador, el partido necesitaba entre 17 y 20 mil votos. El Partido Socialista podía contar con 5 mil votos, el Partido Comunista con 16 mil. Además, el Partido Comunista presentaba a un muy buen candidato: el compañero Jaime Barros Pérez-Cotapos. Durante el período de la Ley de Defensa de la Democracia había sido candidato a diputado, pero el tribunal calificador le había anulado su enorme cantidad de votos por ser militante del Partido Comunista. Jaime Barros tenía mucha calidad como político, como militante del partido. Tenía un gran prestigio como médico de los pobres, era un hombre muy querido dentro de todas las capas sociales de Valparaíso. Por lo tanto, se le consideraba candidato seguro.

Cuando Salvador Allende, Salomón Corbalán y Raúl Ampuero tuvieron una reunión antes de las elecciones, Allende le señaló a Ampuero:

“—Mucho se ha dicho que los dos no cabemos dentro del Partido Socialista. Eso es absurdo. Pero donde no cabemos los dos, es en la primera circunscripción, porque podría perderse uno de nosotros. El que se va a perder es Ud., porque yo voy a salir. ¡Pero Ud. no puede perderse, porque Ud. es un buen senador socialista! ¡El Partido Socialista

po "Avance", una de las primeras agrupaciones universitarias. En él participaron personas que después fueron grandes figuras de la política chilena. Era una asociación de tendencia marxista, precursora del Partido Socialista. Muchos de sus miembros ingresaron posteriormente también al Partido Comunista. Los estudiantes pertenecían a diferentes facultades. Allende era, en esa época, presidente de la agrupación de estudiantes de la facultad de medicina y, al mismo tiempo, miembro de la Federación de Estudiantes. Se produjo la revuelta, la sublevación contra la dictadura de Ibáñez. Allende cayó preso.

Posteriormente, recibido de médico, se trasladó a Valparaíso y trató de conseguir trabajo. Se presentó a un concurso en el hospital "Van Buren", en el que participaron 10 médicos, y lo ganó. Pero la dirección del hospital lo declaró nulo y volvió a llamar a concurso. Esta vez se presentaron 4 médicos. Allende volvió a ganar y la dirección lo declaró de nuevo nulo. La tercera vez hubo solamente dos postulantes. Allende ganó nuevamente, y la dirección nuevamente declaró nulo el resultado. La próxima vez, Allende fue el único postulante. Entonces, la dirección declaró vacante el cargo.

La única posibilidad que le quedó fue laborar como anatomopatólogo. Empezó a trabajar en condiciones casi subhumanas. En poco menos de un año hizo cerca de 1.000 autopsias solo, porque los dos médicos que había para esta tarea fueron retirados de sus cargos. De los cuatro ayudantes dejaron a uno. Entonces, Allende tenía que ir a buscar los cadáveres solo. Cuando había un muerto en el hospital, se le dejaba en una camilla y él tenía que bajarlo al departamento de patología, ponerlo en el refrigerador, anotar los datos, hacer la autopsia y todos los trabajos finales. Se veía obligado a trabajar de las 6 de la mañana hasta las 10 a 11 de la noche.

Lo que realmente quería hacer era dedicarse a la cirugía, pero sólo le permitían hacer turnos de cirujano cuando algún médico faltaba. Y no se lo pagaban. Todo esto por el solo hecho de haber sido dirigente estudiantil socialista, por haber mantenido su posición socialista. En esta situación, el Partido Socialista lo designó candidato a diputado por Valparaíso. Fue elegido.

Esto ocurrió el año 1937. Allende fundó en Valparaíso el Frente Popular. Mientras era diputado, Pedro Aguirre Cerda fue elegido Presidente de Chile. El nombró a Allende ministro de Salud de su gobierno. Poco antes, el joven médico había escrito un libro: "La realidad médico-social de Chile". Durante su período de ministro organizó en Santiago la exposición de la vivienda, en que demostró al pueblo chileno las razones de la miseria en el sector de la vivienda. Por otra parte creó los llamados bares lácteos, una institución fiscal. Fueron instalados en diferentes puntos de la capital y se convirtieron en la única posibilidad para el proleta-

POR LOS CERROS DE VALPARAISO

Iniciamos la campaña. Primero viajó el doctor por unos 15 días a Valparaíso. A los cuatro o cinco días me mandó llamar. Cuando llegué, él tenía instalado el comando en Valparaíso, y en Viña, en San Felipe, en Los Andes. Allende era un gran organizador y además una máquina de trabajo. Buscó personal y estimuló a los funcionarios. Recorrimos toda la provincia formando comandos comunales. Después volvimos a Santiago. Ahí tenía que resolver una serie de problemas legislativos.

En el período siguiente viajamos todos los días a Valparaíso. Partíamos de Santiago a las cinco de la tarde. El viaje duraba alrededor de dos horas y media. Por lo tanto llegábamos cerca de las siete y media a Valparaíso: trabajábamos hasta las 11 ó 12 de la noche y nos volvíamos a Santiago para llegar a la una y media, o a las dos de la mañana. Allende se levantaba muy temprano, mucho más temprano que yo. Me despertaba telefónicamente. Yo me iba a mi trabajo y a las 5 de la tarde de nuevo me pasaba a buscar. Esto lo estuvimos haciendo durante tres o cuatro meses. Cuando llegábamos a Valparaíso, yo a veces me tendía en el auto o en un sillón en la oficina del compañero Allende. Ahí me dormía una o dos horas, mientras él estaba en reuniones, en concentraciones, en discusiones con los compañeros, porque simplemente por agotamiento yo no era capaz de acompañarlo. A la vuelta manejábamos un rato él, otro rato yo. No le gustaba manejar, pero su capacidad física era superior a la mía, a pesar de los 20 años de diferencia de edad que teníamos. Muchas veces yo llegaba a la casa, me acostaba, cerraba los ojos y, medio dormido, sentía aún la sensación de estar manejando. Otras veces, empezaba a ver en la noche el camino ligeramente distorsionado o a ver sombras grandes. Entonces parábamos el auto, nos bajábamos, caminábamos un rato, conversábamos un poco y continuábamos después el viaje.

Esas horas que pasamos juntos en el auto eran duras, pero de gran provecho y muy bonitas. En ellas aprendí más de lo que se puede aprender en estudios universitarios: aprendí marxismo y aprendí a entender calidad humana. Tenía cursos de historia y de medicina, cursé las asignaturas de amistad y amor al pueblo. Comprendí por qué luchábamos.

Allende me contó mucho de su vida de joven, de muchacho, de estudiante, su trabajo como dirigente universitario, su vida de médico recién recibido, de parlamentario, su vida de ministro, su quehacer político. Ahí aprendí a valorar lo que es la consecuencia.

Cuando él era estudiante, vivía en una pensión en la calle Recoleta. Con otros jóvenes iba muchas veces al boliche de un italiano. Ahí se juntaba todas las tardes un grupo de compañeros y amigos a discutir de política, de literatura, de filosofía y de asuntos de la vida cotidiana. En esa época, Allende recibió el mote de pije. Me contaba cómo fundaron el gru-

proletarias por las que pasábamos. Normalmente había una foto en la pared en que estaban retratados el padre y la madre de los dueños de casa, ligeramente coloreadas, muchas veces ampliaciones de fotos de carnet, al medio de la pieza había una mesa de centro forrada en hule, con un mantel encima a veces. Además había una radio cuidadosamente tapada con un paño blanco, una mesita con un florero repujado en cartón, un par de sillas. El olor a comida llenaba la pieza, olor a perfume barato, olor a pobreza. Se sentaba el compañero Allende y empezaba a explicarle a este grupo familiar qué era lo que él buscaba. Les hablaba con sinceridad y con humildad, muchas veces casi con familiaridad, con la paciencia de un maestro. Explicaba lo que buscaba, lo que pedía y lo que ofrecía. Y siempre terminaba diciéndoles: “—¡Ayúdenme a que yo les ayude!—”

Era un trabajo durísimo, porque significaba horas y horas de repetir lo mismo. Y era un trabajo hermoso. ¡Nunca antes había visto rostros más dulces! La cara de cada una de esas mujeres a las que se dirigía Allende, era de una ternura infinita. En muchos ojos vi lágrimas; en todos, esperanza. A menudo, primero nos dieron con la puerta en las narices. Pero cuando la gente reconocía a Allende, volvían a abrir rápidamente la puerta y pedían excusas.

Seguro. No todo lo que se sembró en esa oportunidad, fructificó, no toda conversación se convirtió en voto para nosotros. Pero sí, Allende dejó algo que más tarde germinó. Lo hacía porque creía en el pueblo, porque tenía respeto por el pueblo. El doctor sostenía que el pueblo tenía derecho a recibir una explicación de lo que sus líderes planteaban. Eso se podía, sí, decir en manifestaciones, desde la tribuna. Pero así era más efectivo, de persona a persona.

Salvador Allende recorrió todos los cerros de Valparaíso. Yo recuerdo una viejita. El doctor le golpeó la puerta, abrió esta mujer y le dijo: “¡Pase doctor!”

Nos sentamos. La mujer nos ofreció una taza de té, después escuchó a Allende. Cuando terminó, la viejita se paró:

“— ¡Chichito, Ud, sigue igual como lo conocí! ¡Y yo lo conocí cuando era niño! También entonces era tenaz, inteligente y claro para hablar—”.

Después le dió un beso en la frente. Allende quedó muy sorprendido. La anciana le explicó que había sido empleada de su madre, doña Laura. Que había trabajado junto con Rosa, la niñera. El doctor no se podía acordar. La mujer debe haber sido empleada doméstica de la familia Allende cuando él era todavía un niño.

En otra oportunidad entramos a una casa. La mujer lo quedó mirando y se rio; lo volvió a mirar, de alto a bajo. Yo, realmente, no sabía qué pensar. Y de repente ella dijo:

riado de consumir productos de la leche y de tomar leche a costo reducido.

El joven ministro tenía más o menos 29 o 30 años. (Allende fue durante toda su vida un hombre que no representaba su edad. Cuando murió, a los 65 años, los médicos dijeron, después de haber hecho la autopsia, que tenía las características de un hombre de 45 años). Un día llegaron unos viejos políticos al ministerio a hablar con el ministro. Allende salió de su oficina a recibirlos. Uno de los señores dijo que se alegraba mucho de conocerlo, pero que quería hablar ahora con el señor ministro. Que le hiciera el favor de llamar a su padre. Allende le dijo en forma seria que su padre había fallecido.

“—¿Cómo? ¿Murió el señor ministro?—”

Allende le contestó que él era el ministro. Los señores hicieron la observación de que no era tiempo para hacer bromas torpes. Finalmente tuvieron que aceptar que el hombre con quien querían hablar estaba delante de ellos.

Otro episodio: Allende se encontró en una recepción en medio de un grupo de damas. Una de ellas le pidió:

“—Mi hijito, ¡tráigame, por favor, un trago de whisky!—”

Entonces, Allende le dijo:

“—¿Le permite Ud. a un ministro, invitarla a tomar un whisky?—”

La dama le dijo en tono burlón que si ella quería tomar whisky con un ministro, iría a buscar uno. Allende propuso ir juntos a buscar un ministro para tomar un trago con él, y cuando ella supuso que él quería conocer un ministro, le explicó a ella, muy seriamente, que no, que sólo quería invitarla a tomar un trago con el ministro.

La señora tenía bastante humor y prometió que iba a darle en el gusto.

Llegaron a la mesa con las bebidas y un mozo se le acercó a Allende diciéndole:

“— ¡Adelante, señor ministro!—”

Su acompañante le quedó mirando y reconoció que no sólo era joven sino que además muy simpático. “Los hombres de humor casi siempre llegan muy lejos. Tengo el presentimiento de que Ud, va a llegar muy lejos”.

Posteriormente, esta señora tuvo una posición reaccionaria. Pero en el fondo, a pesar de que hizo bastante oposición, mantuvo su respeto a Allende. Se trataba de doña Amanda Labarca . . . ¡Una de las muchas anécdotas contadas durante los viajes nocturnos en auto! . . .

En ese tiempo iniciamos uno de los trabajos más difíciles y más duros que haya hecho político alguno en nuestro país: Allende recorrió Valparaíso puerta por puerta. A cada uno que le salía a abrir le decía que era Salvador Allende y pedía le escuchara un rato. Eran casi todas casas

razones económicas había tenido que suspender sus estudios secundarios, que no tenía ninguna posibilidad de ingresar a la universidad. Que ahora estaba haciendo el servicio militar para ver la posibilidad de quedarse en la marina, como soldado. El Presidente le preguntó qué era lo que le hubiera gustado estudiar. El muchacho empezó a decir:

“—Excelencia . . .—”

Allende lo interrumpió y le dijo que una vez le había dicho “el Allende”, y que ahora le dijera Presidente, compañero Allende o don Salvador.

“—Don Salvador—”, empezó el soldado, “—quise estudiar medicina. Pero eso es para mí tan difícil como era para Ud., en esa oportunidad cuando andaba pidiendo votos para ser senador.—”

Allende le quedó mirando. El muchacho era lo suficientemente hábil como para decirle de esta manera, que, si el doctor consiguió ser senador y Presidente, él iba a conseguir ser médico. Estudió posteriormente medicina, en el extranjero, con una beca.

Fuera del trabajo puerta a puerta durante la campaña por Valparaíso, implantamos un sistema de mítines relámpagos. Consistía en mítines rápidos y cortos a la salida de la fábrica o a la salida de las oficinas. Para esto teníamos vehículos con parlante, como el “bus de la victoria”. Cuando recién se inició la campaña, Allende habló con un hombre que producía en su empresa, material de propaganda de cualquier tipo. Hacía trabajos para todos los partidos y también para empresas comerciales. Allende le planteó que él quería hacer una campaña en Valparaíso, para lo cual necesitaba una especie de “Tren de la victoria”. Pero como no había posibilidad de recorrer toda la zona en tren, quería que le acondicionara un bus.

A los pocos días, Allende me mandó a hablar con el dueño de esta empresa. Me encontré con un bus enormemente grande. El especialista en propaganda me mostró un proyecto para arreglar el bus. Llevé el proyecto a Allende. Le gustó mucho. El bus se convirtió en una secretaría rodante que llevaba mesas, sillas, unos anaqueles para guardar material de propaganda, una máquina proyectora de cine y un equipo amplificador. Además tenía una pieza separada, con una cama para el compañero Allende, y la posibilidad de algún servicio higiénico mínimo. Tenía el bus dos o tres camarotes donde podían dormir hasta seis personas. Al compañero Allende le gustaba mucho este juguete raro. Se le puso “Bus de la Victoria” en grandes letras.

Para el 25 de diciembre se había fijado un viaje para probar el bus. Allende me había pedido a mí que lo hiciera. Era la pascua y yo tenía tres niños chicos. Ya conté que en Chile es costumbre dejar en la noche de pascua los regalos para los niños a los pies de la cama. Osvaldo, el mayor, tenía en ese entonces 9 años; los otros, 7 y 3 años. No era fácil sa-

“—Seguramente es muy difícil que se acuerde de mí, doctor. Ud. me salvó la vida. Cuando Ud. estaba estudiando todavía, yo vivía en Santiago. Una noche me dió un dolor de estómago fuertazo. En la posta me atendió un doctorcito rubiecito, y me operó. Parece que lo veo cuando me toqueteó la guata. En ese tiempo, yo no era tan vieja, ni era tan fea. Me dijo después que iba a tener que rajarme la guata. Y yo le dije: “—¡Como sea!—”. Pero me quedé con la duda si quería operarme, porque era necesario o porque quería practicar no más. Pero después, cuando volví del cloroformo, le vi los ojos y la cara. Y me di cuenta de que había pasado muchas horas a mi lado, que yo había estado muy mal. Y Ud. me dijo que lo que yo tuve era una peritonitis. Al día siguiente, llegó un doctor viejo. Me dijo que me fijara bien en la cara de su joven colega, porque me había salvado la vida. ¡Ahora viene Ud., doctor, a pedirme que yo le ayude! ¿No le parece que tengo razones desobras para hacerlo?—”

En una de nuestras caminatas de casa en casa, nos encontramos con dos muchachos de unos 8 a 10 años. Uno le dijo al otro: “—Mira, el que va ahí es el Allende!”

“—¿Cómo dijiste? —preguntó el doctor—; ¿El Allende?. Mira, yo puedo ser bastante mayor que tu padre. Además soy senador. ¿No te parece que es un poco irrespetuoso decirme “el Allende?—”.

El chico contestó:

“—Mire señor, yo acorto-siempre las palabras. Lo que quería decir es, ¡ahí va el Allende que va a ser senador por Valparaíso!—”

El “cabro” demostró extraordinaria agilidad mental, lo que sorprendió a Allende. Le preguntó si no quería acompañarnos en el trabajo. El muchacho lo hizo casi toda esa mañana.

Cuando el año 1971, o sea 10 años después, llegamos a Valparaíso le acompañé un día a la Intendencia, que se había convertido transitoriamente en el palacio presidencial. Ahí había de guardia un infante de marina, un joven que estaba haciendo el servicio militar. Cuando iba pasando yo, me tomó del brazo. Me paró.

“—¿Por qué no le dice al Allende que yo quiero saludarlo?—”

Cuando me dijo “al Allende”, lo reconocí. Era ahora 10 años mayor y vestía uniforme, pero tenía la misma cara de muchacho. Informé a Allende que ese muchacho estaba ahí. Se acordó y me preguntó cuál era. El doctor no lo miró, sino que le dijo algo al edecán, que no yo entendí. A mí me pidió que no hiciera pasar a nadie. Esa instrucción tenía que transmitir y volver después. A la gente que estaba esperando al Presidente le dije que esperara un momentito. Poco minutos después entró el comandante Araya e informó que había cumplido la orden. Hizo pasar al joven soldado. Este venía lacre como grana y al entrar a la sala del Presidente, se puso intensamente pálido. Allende lo invitó a sentarse y le preguntó cómo le había ido, qué había estudiado. El joven le contó que por

toy muy molesta porque una persona que tiene un vocabulario tan soez, pretende llegar a ser Presidente del país. Hemos quedado espantados al ver la película del señor Allende. No nos imaginamos nunca, que una persona que es senador, que es médico, un hombre de buena familia, tenga un vocabulario de carretonero, que se exprese de sus colaboradores más cercanos en forma tan desfavorable . . .”

Firmaba la carta la profesora de un colegio de sordomudos, y los sordomudos leen, como se sabe, por el movimiento de los labios.

Esa película también la llevábamos con nosotros. Organizamos una reunión en Casablanca, en la plaza de la ciudad. Se reunió mucha gente. Volvimos muy tarde en la noche. Estimulados por el éxito habíamos efectuado otros actos en algunos pueblos.

Después de pasar unas 15 ó 16 horas arriba del bus y de haber dormido la noche anterior no más de una hora, llegó ahora el compañero Allende a mi casa, para que le contara la experiencia del viaje. Cuando le dije que había sido un éxito, me tuvo como una hora narrándole todo con lujo de detalles. Posteriormente usamos el vehículo de propaganda más que en Valparaíso, en la provincia de Aconcagua. Ahí recorrimos con mucha minuciosidad pueblo a pueblo, la zona campesina, la zona norte, la zona noreste, el nororiente. Allende encargó la planificación al compañero Osren Agnic, quien se dedicó durante la campaña casi por completo al bus de la victoria y vivía incluso en él. Primero, el color del bus era un amarillo muy fuerte. Después lo pintamos con los colores nacionales, blanco, azul y rojo. Así era bastante llamativo y atractivo. ¡Sólo que tragaba bencina como un viejo barco de guerra! Un día entramos con él en un viejo poblado campesino. Ahí nos sacaron a balazos. Tenía 4 ó 5 balas incrustadas en la carrocería, y nos salieron a perseguir a tiros. Fue un caso inaudito. Posteriormente supimos dónde había ocurrido el asalto: en el fundo de Pedro Ibáñez, que era candidato a senador por la derecha. O sea, nuestro vehículo se había metido directamente en la casa del candidato reaccionario. Por esto lo atacaron con fusiles. Esto se convirtió para nosotros en un valioso argumento para la elección. Iniciamos una demanda contra Pedro Ibáñez por el atentado. Podíamos probar que habían disparado desde su fundo. La gente de Ibáñez sostuvo, naturalmente, que desde el bus se había disparado primero. Siempre la reacción se defiende diciendo que fue atacada primero.

Las elecciones parlamentarias se realizan el primer domingo de marzo. El día de la elección nos juntamos muy temprano en casa de Allende. El se había instalado, a comienzos de enero y durante todo el mes de febrero, en Valparaíso, mientras que la mayor parte de mi trabajo estaba en Santiago. Todos los días tenía que ir al Senado a verle la correspondencia y otros asuntos. Teníamos que dedicarnos al financiamiento de la campaña, un problema muy complejo. Yo pasaba todos los días al

car a los niños de la cama. Pero tampoco los podíamos dejar en la casa. El viaje de prueba era por todo el día. Quise que fuera también Myriam, mi señora. No le gustó mucho, pero en fin, íbamos todos.

Se compensaba con que esta especie de buque con ruedas tenía comedor, cocinilla y baño. Alcanzaba una velocidad superior a los 40 kilómetros por hora. La única persona que era capaz de hacerlo andar era el dueño. Cuando partimos, pensé que si el hombre se enfermaba no habría nadie capaz de domar este monstruo. Solo él podía hacerlo andar. La parte peor del camino, había que pasarla por arriba de los cerros. En camino parejo, el bus andaba a 40 kilómetros, pero de subida no alcanzaba a más de 5 a 10 como máximo. El viaje nos pareció eterno. En Casablanca me dí cuenta de que el compañero Allende había tenido toda la razón para haberse preocupado tanto del bus. El gigante despertaba una curiosidad increíble en la gente. Tenía un aparato que tocaba música, y por el cual se podía hablar a través de un equipo de micrófonos. Después hicimos funcionar la máquina proyectora de películas. Teníamos algunas películas de Cuba y de otros países socialistas con nosotros. Finalmente teníamos algunas películas de jóvenes cineastas chilenos, que entonces recién estaban iniciando su carrera. Un compañero nos había hecho un film para la campaña del año 1958, en el que mostraba lo que sería un futuro gobierno de la Unidad Popular, o sea, en ese tiempo, todavía del Frente de Acción Popular, del FRAP. Se podía ver movimientos de masas, concentraciones. La película terminaba con una concentración en la cual hablaba Allende.

Para conseguir esta filmación tuvimos que ir con Allende a los alrededores de Santiago. Eramos cuatro compañeros y nos acompañaron además mis hijos Carlos y Osvaldo. Nos paramos en un camino apartado con buena luz. Allende se subió arriba de dos cajones manzaneros. El camarógrafo se sentó en el suelo a filmar a Allende a contra cielo, con una cámara filmadora de 16 mm sin sonido. Quería que el doctor hablara, que imitara como estar diciendo un discurso. Empezó a describir a cada uno de nosotros, como él nos veía:

“—¡Yo voy a ser Presidente de este país, y aquí tengo que estar hablando frente a estos haraganes y a dos niños. Ellos son los únicos que valen la pena . . .—”

Allende usó un vocabulario que no era muy docto, pero nos reímos bastante.

Después se hizo el montaje de la película y se le colocó una cinta de un discurso real que Allende había dicho en un acto. Aparecía Allende en manga de camisas. Movié los labios, pero las palabras que se escucharon por los parlantes no coincidían con esto.

Un día llegó al comando electoral del FRAP: “Señor Salvador Allende, señores jefes del comando electoral del FRAP: Debo decirles que es-

en los sectores industriales que en los sectores agrarios. Allende aconsejó que esperaríamos los cómputos de Aconcagua, entonces íbamos a saber más.

Nadie se atrevió a salir. Todos esperaron que llegaran los cómputos de Aconcagua. Yo conversé con los compañeros comunistas que eran muy optimistas. Allende los llamó, habló con la directiva del partido. Consintieron en que indudablemente el triunfo era suyo. Cuando llegaron los cómputos de Aconcagua, la votación de Allende superó en amplio margen la de Jaime Barros: por cada 100 votos de Allende, había 20 votos de Jaime Barros. Terminó la elección ganando Allende con casi 26 mil votos y Barros sacó 16 o 17 mil votos. ¡Con una cifra repartidora de 22 mil votos resultó que salieron elegidos los dos! Fue un impacto electoral muy trascendente. Le dio a Allende no sólo estatura nacional, sino que demostró que la derrota electoral de 1958 no había tenido mucho efecto.

El recuento de votos comprobó que los candidatos del FRAP obtuvieron en Valparaíso y en la provincia de Aconcagua más votación que la que se había conseguido en la elección presidencial. Una prueba de cómo había crecido el movimiento.

Eran las 9 o las 10 de la noche, cuando socialistas y comunistas salieron juntos a la calle. En días de elección uno pierde el sentido del tiempo. El día de la elección es eterno y a la vez tremendamente corto. Se hace corto porque son cientos de cosas las que ocurren. Se hace eterno, porque la intranquilidad y la tensión impresionan como si las cosas y los acontecimientos se estiraran infinitamente.

Habían sido electos: Tomic por los demócratacristianos, Bossay por el Partido Radical, Pedro Ibáñez por la derecha, Jaime Barros por los comunistas y Salvador Allende por el Partido Socialista. El FRAP había conseguido una votación extraordinariamente alta. Habíamos sacado dos senadores en una circunscripción donde se suponía que podíamos sacar apenas uno.

En la noche del día de la elección, estaban en la calle también los demócratacristianos y los radicales. Nosotros hicimos un desfile con antorchas y banderas y cantamos nuestras canciones. Las antorchas eran tarros de conserva clavados en un palo, con un pedazo de estopa con parafina. Esa es una vieja costumbre de nuestros puertos. Ver bajar a la gente cantando por los cerros, por las callejuelas de Valparaíso, era un espectáculo grandioso.

Los otros candidatos se retiraron rápidamente, de modo que quedamos dueños de la ciudad. Cuando el pueblo triunfa es generoso. Si es derrotado, es noble. No así la burguesía. Cuando triunfa es prepotente. Si es derrotada, es como una fiera herida. También en Valparaíso reaccionó violentamente. Algunos sectores de la burguesía esperaban tener un

banco a ver el estado de las cuentas, a descontar letras, a conseguir plata prestada, a pedir dinero a diferentes personas, a buscar apoyo económico de diversas instituciones. Ciertamente no era un trabajo muy agradable, pero sí era una tarea necesaria y de mucha responsabilidad. Yo viajaba dos o tres veces por semana a Valparaíso, por la tarde o por la noche, de acuerdo con las necesidades, y me iba virtualmente todos los fines de semana. En vísperas de la elección el doctor hizo que me trasladara a donde él estaba. El vivía en la casa de doña Inés. Los últimos días antes de la elección también alojé ahí. El día de la elección acompañé a Allende a votar. Salimos muy temprano. En el comando nos informamos de la organización que se había dado. En la noche del día anterior yo había estado viendo hasta muy tarde cómo se iban a repartir los apoderados de mesa y cómo se iban a llevar los escrutinios. Trabajábamos separados de los comunistas, en el local del Partido Socialista. A pesar de que habíamos actuado juntos en los preparativos, el día de la elección no íbamos a hacerlo. Allende sostuvo que eso era una locura y consiguió el día antes, que se operara coordinadamente durante la elección, para poder cubrir todas las mesas. No quería que trabajáramos como si fuésemos candidaturas opuestas.

Jaime Barros, el candidato del Partido Comunista, adquirió pronto vuelo. Su campaña no había sido muy fuerte, porque tenía ahí mucho respaldo. El otro candidato del FRAP era Costa Canales. No tenía ninguna posibilidad y sólo se presentó por ayudar a Allende.

SENADOR POR VALPARAISO

Nosotros teníamos conciencia de que en esa zona de los ibafistas, de los socialdemócratas, de la mediana burguesía, iba a ser difícil ganar, tanto para el doctor como para Jaime Barros. Pero los primeros cómputos dieron una aplastante mayoría a Jaime Barros. Por lo tanto, los compañeros comunistas se mostraron optimistas.

Los primeros cómputos llegaron de los pueblos más favorables a Jaime, de Viña y algunos sectores de Valparaíso. Allende seguía a Barros por muy estrecho margen. En Viña, por cada 100 votos de Barros había 95 de Allende. Entonces Allende pronosticó que, de acuerdo con este resultado, iba a sacar un 50 por ciento de votos más que Barros, porque faltaban aún grandes sectores de Viña, de Valparaíso, faltaban Quillota y Calera, donde Allende era más fuerte que Barros. En Calera, por ejemplo, teníamos tres veces más fuerzas que los comunistas. Y nos quedaba la provincia de Aconcagua, que era prácticamente territorio virgen. Ahí, Allende había tenido como candidato presidencial una gran votación y los comunistas como partido no tenían esperanza de buen resultado. No eran tan fuertes en esa zona agraria. Tenían más afiliados

como presidente. Ese es un lento y complicado trabajo de convencimiento y no un asunto que debí solucionar las mujeres por su cuenta, como se dice muchas veces. No existe el problema de la mujer por sí mismo. La dificultad consiste en que la mujer no está integrada a la sociedad. La mujer debe tener en la sociedad los mismos derechos al lado del hombre. Nadie puede pretender ser marxista si sostiene que los problemas de la mujer deben tratarlos las mujeres y los problemas de los hombres, deben tratarlos los hombres. Los problemas de la mujer son los problemas de la educación, la salud, el trabajo, de toda la sociedad. Durante años a la mujer chilena se le pagó menos que a los hombres. Esto no sólo se remedió en el gobierno nuestro. Dispusimos pagar por igual trabajo, igual salario. Hasta entonces, no fue así. A la inversa de lo que se suponía, la mujer, en vez de tomar una posición más revolucionaria ante una injusticia tan evidente, se volvió más conservadora. La burguesía tradicionalmente utilizó a la iglesia católica como medio de presión para causar miedo en las mujeres: que podía ocurrirles algo a los niños, que el marido cayera preso o fuera fusilado por la policía . . .

Hasta el día de hoy existe el machismo en el proletariado chileno; ese concepto, profundamente arraigado, de que el hombre es el más fuerte. De esto resultan sus privilegios. Ocurre, también, que se le da más comida al hombre. El plato de sopa más grande, la porción de carne más grande es para él. No porque la mujer necesite menos, sino porque lo respeta como el sostén de la familia, a pesar de que ella trabaja igualmente duro. Pero si el hombre no tiene lo suficiente de comer, desaparece la poca plata que gana. Estos eran temas que planteó Allende muchas veces, con paciencia infinita.

Un día, en la oficina de Allende, recibí un llamado telefónico. Se habían producido incidentes en dos empresas, entre carabineros y los compañeros nuestros. Las dos empresas metalúrgicas tenían su sede en la comuna de Maipú. Le mandé un papel a Allende que estaba en sesión del Senado. Salió de inmediato. Nos trasladamos al lugar de los hechos. Los compañeros se habían atrincherado en el local sindical y no querían salir. El doctor les dijo que de esta manera se estaban exponiendo a que la policía entrara violentamente al local. Ellos le explicaron que no se atrevían a salir. Temían que la policía los atacara.

Allende conversó con el jefe de los carabineros, un general, que a la vez tenía el cargo de sub-director de Carabineros y jefe de la zona de Santiago. El doctor le explicó que la gente iba a salir pacíficamente, siempre y cuando él retirara la fuerza de Carabineros. Allende le insistió mucho que ésa era una condición indispensable. El general estuvo de acuerdo. Nos quedamos hasta que vimos que el general cumplía su palabra y retiraba a los carabineros.

Después entró Allende al local sindical y les comunicó a la gente reu-

trunfo más grande. Ahora se mostró violenta contra los compañeros que bajaban por las calles a la concentración. Algunos fueron agredidos con piedras, otros insultados. Los compañeros reaccionaron como después me tocó muchas veces verlos reaccionar. Contestaron los insultos livianamente y con bromas. Las carcajadas fueron la respuesta a las injurias que lanzaba la derecha. Hablaron Jaime Barros y Salvador Allende. Allende reiteró su confianza en el pueblo:

“— ¡Compañeros! ¡Este triunfo no es mi triunfo, es el triunfo de ustedes! Demuestra que podemos y tenemos que organizarnos mejor. Que los hombres tienen que hacer más conciencia en las mujeres. Pues nuevamente las mujeres votaron por la reacción. ¡Uds. tienen que hacerles claridad, compañeros! ¡Tienen que llevar a las compañeras a las concentraciones! ¡Tienen que convertir a sus mujeres en sus compañeras! ¡Tienen que compartir la vida con ellas! . . .—”

Siempre les repetió que la mujer era quien sentía más duramente la explotación, porque era la que estaba más enfrentada a las contradicciones del capitalismo. Era oprimida, al mismo tiempo, por la burguesía y por la iglesia. La mujer, por razones históricas, es más conservadora que el hombre. Teme más los cambios, porque le significan problemas adicionales a su vida llena de dificultades. Se suma a esto que la mujer chilena ha sido alejada de la cultura, no conoció por siglos ni educación ni conquistas sociales. Hasta el comienzo de nuestro siglo, ninguna chilena tenía la posibilidad de estudiar. Hace 20 años falleció la primera mujer que se había recibido de médico en Chile. Incluso la mujer de la burguesía chilena, la mujer de la intelectualidad, no tiene un desenvolvimiento histórico de más de un siglo. La mujer del proletariado seguía siendo analfabeta. Ella depende de la iglesia y de la clase alta, porque trabaja como lavandera, empleada doméstica o costurera. Siempre trabaja para los privilegiados. Y por sus pocos conocimientos políticos, teme los cambios. Supone que va a perder, más encima, los pocos centavos que gana en las casas de la gente privilegiada.

Este problema, Allende lo señaló permanentemente. En muchos de sus discursos, en innumerables conversaciones individuales explicó al proletario cuál era el rol de la mujer, que había que hacerle claridad, que había que irlo politizando, irlo integrando. En innumerales concentraciones llamó a los compañeros a que trajeran a sus compañeras, que no las mantuvieran como una cosa sin vida en la casa, al servicio de ellos, para cuidar a los chiquillos, para hacer la comida, para ganar unos pocos centavos, para limpiar la casa para que los hombres, al llegar al hogar, muchas veces ebrios, encontraran todo listo.

“— ¡Compañeros, Uds. tienen la obligación de integrar a sus compañeras a nuestra lucha!—”

Esto lo repetió hasta el cansancio, incluso en sus últimos discursos

encontró con la bala y se la echó al bolsillo con el objeto de mostrarla en un discurso que tenía que pronunciar dos o tres días después en el Senado sobre los acontecimientos en las dos empresas metalúrgicas. No sabía que yo había pedido la bala para hacerla llegar al fiscal. En la casa, Allende la mostró a las niñas. Una de ellas la tomó y se la entregó a otra persona. Así ocurrió que la bala se perdió. Sólo después de una gran acción de búsqueda se logró encontrarla y pude presentarme con ella en la fiscalía. Y de esa manera me convertí en un testigo del proceso.

Esto me creó muchos problemas después del golpe. Se quería comprobar que ya había estado metido en más de un proceso en fiscalías militares. Se me reprochó haber sido parte en un proceso militar, sin decir que Allende le había exigido al Presidente Alessandri que se hiciera una investigación por intermedio de la fiscalía militar a fin de crear las condiciones para solucionar el problema de la huelga. Se llegó a un buen arreglo para los obreros.

De esta época quiero contar un episodio que demuestra la entereza del compañero Allende. En San Miguel se produjo una elección complementaria, a raíz de la muerte de un regidor socialista. Estábamos en el día de la elección con el compañero Allende en San Miguel, cuando nos enteramos de que Carabineros prestaba sus vehículos para trasladar electores. Era una intervención electoral llevada a grados increíbles, ya que de acuerdo con la constitución, el día de la elección carabineros y fuerzas militares no deben intervenir de ninguna manera en la elección. Allende partió. Queríamos interceptar el radiopatrulla de carabineros. Cuando llegamos al lado de él, nos encontramos con un compañero muy bajito, diputado por Magallanes, que trató de parar la patrulla. En ese momento partió el coche y el hombre tuvo que apartarse muy rápido. Allende manejó nuestro auto directamente frente a la patrulla. Se bajó y le dijo al carabinero que lo siguiera a la comisaría. Si no, él, Allende, lo iba a llevar para allá.

El hombre se asustó mucho. Allende era senador de la República, ex candidato presidencial, una persona de mucho prestigio. De modo que el carabinero nos siguió a la comisaría.

Una vez ahí, buscamos al Jefe de Plaza. (Para las elecciones se designaba siempre un Jefe de Plaza, de acuerdo con la ley). Un oficial de aviación era Jefe de Plaza de San Miguel. Allende le informó de lo ocurrido. Lo instó a que tomara medidas severas, porque carabineros estaba llevando gente a votar.

En la oficina había personal de carabineros y oficiales de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas. En esto, apareció de repente el general de carabineros con el cual Allende había llegado a un acuerdo durante la huelga en las dos empresas metalúrgicas. Le dijo:

“—Senador, yo no le permito que Ud. hable así de carabineros—”.

nida ahí que podían retirarse y que se quedarán sólo aquéllos a quienes les correspondía. Los llamó a organizar “ollas comunes” y recomendó que hicieran algo para justificar su presencia en el local sindical.

Después volvimos con el compañero Allende al Senado. A los pocos minutos de llegar allí nos llamaron. Se había producido un baleo. Murieron dos compañeros y quedaron heridos unos cuantos. Fuimos de nuevo para allá. Los compañeros ya se habían dispersado. Las tropas de carabineros se mantenían. Nos dirigimos a toda prisa al hospital. Allende quería visitar a los heridos. Yo recogí de un recipiente médico una bala y me la metí al bolsillo.

Cuando llegamos de nuevo al Senado, Allende me pidió cerrar la puerta con llave. Tomó el teléfono y solicitó una comunicación con el Presidente Alessandri. Era la primera vez que Allende hablaba con Alessandri después de la elección. Alessandri salió de inmediato al teléfono y lo trató de Salvador, mientras que el Dr. Allende le trató fríamente de Presidente. Le informó sobre lo que había ocurrido y exigió una investigación, porque él había llegado a un acuerdo y, a pesar de esto, los obreros habían sido baleados. Responsabilizó a Alessandri, al Presidente, de este crimen:

“—Ud. es responsable ante el pueblo y ante la historia, porque usted se ha manchado las manos en sangre—”.

Alessandri es un hombre de muy mal genio, que se porta casi siempre en forma prepotente. Pero en esa oportunidad no tuvo argumentos para rebatir a Allende. Trató de aplacarlo:

“—Salvador, Ud. no me puede decir esto. No me puede decir que yo soy un asesino. Ud. no me puede decir que yo he mandado balear al pueblo—”.

Allende replicó que sí lo podía decir, porque fueron las fuerzas de carabineros, las que habían baleado a los manifestantes, después de haber llegado a un acuerdo. Vale decir, tuvo que haber una contraorden.

Llegué esa noche bastante tarde a mi casa. Tomé una gran bandeja y una copita licorera. Puse adentro la bala y la mandé con una tarjeta mía a mi vecino Alfonso Reyes Meza, con la siguiente leyenda: “Estimado Alfonso: como ciudadano responsable, me apresuro a devolver una especie fiscal, encontrada entre las costillas de un compañero mío que trabaja en Mademsa. Firmado: O. Puccio”.

Reyes publicó el asunto en forma verídica, y Allende pidió que se hiciera una investigación por la justicia militar, en vista de que los que habían disparado eran carabineros. El fiscal lo leyó en el diario y me citó a comparecer ante él, para entregarle la bala, el cuerpo del delito. Llamé a Alfonso Reyes y le pedí que me enviara la bala de vuelta. La tenía en su oficina. La puso en un sobre y la despachó.

Llegó al senado. Yo no estaba ahí, pero sí el compañero Allende. Se

la lucha de la clase obrera. Cuando Allende supo que yo había sido designado presidente de la comisión, se rio. . .

A los pocos días de haber instalado la casa presidencial del pueblo, Allende me pidió que fuera a verlo. Yo lo visité temprano en Guardia Vieja. La pieza del doctor era bastante chica, sólo una cama, estantes de libros, sillas y una mesa llena de papeles y documentos. Allende era un lector apasionado. Leía libros de economía, sobre reforma agraria, sobre política internacional. No era un gran lector de las obras de los clásicos, pero sí leía todo lo que fuera saliendo de política. Por sus estudios políticos tenía una sólida base. Si se escucha sus discursos, también su último, uno se da cuenta que ésta es la forma de un marxista de enfrentar la vida.

Llegué esa mañana a su casa. Allende se puso su capa. Me hizo bajar a su escritorio. Le trajeron a Allende el plato con frutas que comía diariamente. Un poco extrañado de la actitud solemne de Allende, me senté y empecé a esperar un golpe duro. ¡Seguro que quería pedirme una cosa complicada; si no, me lo habría dicho arriba, en su pieza!.

Y me expresó lo siguiente:

“—Voy a pedirle un sacrificio muy grande. Pero me atrevo a pedirselo, porque sé que Ud. va a contar con el respaldo de Myriam. Y sé que yo voy a tener una persona a mi lado, que para mí es de gran confianza. Le pido que se ponga a trabajar durante toda la campaña conmigo. Debería Ud. dejar su trabajo y dedicarse a las tareas políticas, no sólo en sus horas de descanso, como lo ha hecho hasta ahora, sino que todo el día. Necesito una persona que sea coordinadora de la campaña—”.

Allende me ofreció un sueldo. Yo le solicité dos cosas. Primero, que me diera la mañana para pensarlo, y segundo, que me ayudara en la firma donde yo trabajaba como gerente de ventas, la representación de Hillman y Studebaker. El era amigo de Fernando Cabezón, el dueño. Si yo me decidía por lo que me pidió Allende, quería que él hablara con el dueño, para que me guardara el cargo, para después. Allende se burló diciendo que yo entraba con muy poca confianza en el triunfo y que me esperaba mañana.

Al despedirme, me encontré con Tati, que entonces debía tener unos 20 ó 21 años y estudiaba medicina. Me preguntó si la podía llevar al centro. Estaba esperándola, cuando me llamó el doctor y me comunicó que no debería venir el día siguiente. Que acababa de hablar con Myriam y que iba a ir a comer esa noche a nuestra casa. Un viejo sistema de Allende para precipitarlo a uno en sus decisiones.

Ese día no me fui a mi oficina, avisé telefónicamente que no iba a trabajar y me fui después a la casa. Hablé con Myriam sobre el ofrecimiento del doctor y le pedí que hiciera un cálculo de lo que teníamos y de lo que necesitábamos para vivir. Recién en octubre iba a empezar a

Allende, que le estaba dando un poco la espalda, se dio vuelta y le contestó:

“—Yo no estoy hablando con Ud. Ni he venido a hablar con Ud. No voy a hablar con Ud. porque es un mentiroso. O sea, ¡hágame el servicio de salir de esta oficina!—”

Yo creí, en ese momento, que lo único que le quedaba a ese general, era tomar preso al senador. En el fondo fue lo que Allende también había pensado. En público y delante de sus subalternos, un general no se deja echar de su propia casa y tratar de mentiroso. A mí me corrió una cosa helada por la espalda y pensé que nos iban a molar a palos. El general se puso intensamente pálido y después rojo. Y salió.

Allende abandonó la comisaría. Yo sentí algo parecido al triunfo. Pocos días después el gobierno le pidió la renuncia al general. Este incidente le dio a Allende mucho prestigio dentro de carabineros.

COMIENZA LA CAMPAÑA DEL 64

Allende fue siempre un hombre de base. Tuvo quizás, a veces, problemas con las direcciones de los partidos, pero jamás tuvo dificultad con la base. Ella lo entendió, lo apoyó siempre. Proclamado Allende el año 1963 candidato presidencial del FRAP, hubo que iniciar la formación de un comando y el arreglo de las cosas materiales, como el arriendo de la casa, la instalación del comando. Nuevamente se designó a Salomón Corbalán secretario general de la campaña. Me llamó y me pidió que trabajara con él. Pero yo entonces trabajaba en Studebaker y no podía dejar el cargo tan fácilmente. Por otra parte tenía que cumplir mis deberes en el partido que habíamos formado con don Mamerto, la Alianza Nacional de Trabajadores. Le correspondía en el comando presidencial la presidencia de la comisión campesina y se me encomendó esta tarea a mí. Las fuerzas de izquierda, los partidos de la clase obrera se habían despreocupado de los campesinos. El solo hecho que se me designara a mí —que no era experto en absoluto— presidente de la comisión campesina, era una demostración de que a este sector no se le daba la importancia que él tenía en Chile. Sólo los comunistas designaron a un diputado, realmente un dirigente campesino, el compañero Ahumada Trigo. El Partido Socialista nombró como su representante en la comisión, al compañero Alejandro Jiliberto, un abogado de Santiago. Los otros partidos designaron también como miembros de la comisión campesina a dirigentes absolutamente urbanos, gente que no había tenido ningún contacto con el campo, ni disponía de conocimientos de la lucha de los campesinos. Era un error político que más tarde nos costaría muy caro. Al abandonar nosotros el campo, permitimos que los demócratacristianos se introdujeran ahí fuertemente. Después nos costó mucho recuperar al campesino para

depende que el Presidente sea el mismo que estás pensando". En el fondo va rimando con Allende. Hay varias partes como "que te defiende", "que te comprende". "De ti depende que el Presidente sea el mismo que estás pensando, de ti depende". Al final de la campaña, encontré unos discos viejos que me había llevado a la casa. Tocándolos me encontré con el original de esa canción que había traído Salomón. Grabamos "De ti depende" en cinta y lo ocupamos posteriormente en otra campaña.

Durante el viaje de Salomón a Cuba, el compañero José González lo reemplazó el el cargo de secretario general de la campaña. Era un hombre bastante desconocido dentro de los dirigentes del Partido Comunista: aparentemente opaco, de figura baja, gordo, con ojos muy vivos, de una edad indefinida. González era muy tranquilo y modesto. Lo conocí en toda su dimensión en este trabajo. Y me di cuenta por qué era subsecretario general del Partido Comunista. Tenía una enorme capacidad de trabajo y era un marxista cien por ciento: un obrero modesto, entregado plenamente al partido, a la causa, siempre leal con el partido, con el proletariado. Jamás se imponía sin dar razones. Cada una de sus decisiones las acompañaba de razones convincentes. Aprendí mucho de él y lo sentí mucho cuando murió en un accidente de aviación.

LOS FRENTE DE MASAS

Una mañana me dijo Allende que me dedicara a la formación del CIMA. CIMA era la abreviatura de Comité Independiente de Mujeres Allendistas, y fue dirigido por Laura Allende. Laurita ingresaba con esto a la política, de la cual nunca antes se había preocupado. El doctor la había convencido. Me pidió que buscara un local y que me preocupara de ayudar a Laura. Se nos ofreció una vieja casa, donde había estado antes el diario "La Opinión". Se encontraba en la Alameda, frente a la calle Estadio. Tenía un frontis muy grande a la Alameda y una salida hacia la calle Serrano. En el edificio vivía mucha gente, que había que desalojar para usar la casa. La gran mayoría de ellos no pagaba arriendo, de modo que era difícil echarlos, porque la gente estaba en muy mala situación económica. Empecé a visitar a los arrendatarios con el objeto de encontrar con ellos alguna solución. En una de las piezas increíblemente miserables vivía un muy conocido periodista proclive a los demócratacristianos. Este hombre vivía en condiciones subhumanas; tenía una mesa en la pieza y un somier con patas tapado con una frazada sucia. Todo esto en un estado de repugnante inmundicia, sin baño, sin agua. Según dicen, sigue vegetando en las mismas condiciones hasta el día de hoy. Después de muchos esfuerzos logramos desocupar la casa y montar ahí el CIMA.

El CIMA fue una de las creaciones más increíbles que uno se pueda imaginar. Laurita, que entonces de política entendía muy poco, empezó

trabajar de nuevo. En Chile se paga siempre a fin de mes, de modo que tampoco en octubre iba a tener sueldo. Teníamos que calcular de tal manera que los dineros nos alcanzaran un año, desde noviembre de 1963 hasta el mes de octubre de 1964. Se trataba de reducir nuestros gastos para que nos alcanzaran las reservas y no nos pillara después un problema económico más serio. Myriam me dijo que conforme, y que me pusiera a trabajar tranquilo en la campaña.

Esa noche fue el doctor a comer con nosotros. Le planteé mis dos condiciones: primero, que no quería recibir sueldo; que teníamos el dinero suficiente para subsistir este año; que Myriam iba a encargarse de administrar la casa, mientras yo me dedicaba a la campaña. Y por otro lado, le pedí que me consiguiera en la firma un año de permiso sin sueldo.

Allende me dijo nuevamente que eso era creer muy poco en el triunfo. Yo le repliqué que esto incluso se podía aprovechar políticamente mal. Pero que había otro aspecto más: que yo no quería trabajar en su gobierno sino volver a mi trabajo. Por eso pedía ese arreglo. Allende se paró de la mesa, tomó el teléfono y llamó al dueño de la firma, a su casa.

Al día siguiente fui a retirar las platas que me correspondía recibir aún. Y de inmediato, me integré al trabajo del comando. Mi labor era bastante interesante. Fue la primera vez en mi vida que sentí la grata sensación de un hombre que se levanta temprano, a trabajar en lo que le gusta: a trabajar en política.

Normalmente, mis actividades políticas se habían efectuado fuera de mi jornada de trabajo habitual, si bien mis trabajos comerciales tenían una relación con política. A partir del año 1963, me convertí en un hombre que profesionalmente trabajaba en política.

Mi obligación consistía en estar todas las mañanas, entre las 7 y media y las 8 en la casa de Allende, en Guardia Vieja, tomar desayuno con él y darle un resumen de las actividades. Además quería que se le informara constantemente de lo que estaba pasando en el comando. Me daba instrucciones que yo anotaba. Más o menos a las 9 y media nos reuníamos en el comando con Salomón Corbalán, que era el secretario general de la campaña y le transmitía lo que había planteado Allende. Después nos reuníamos con José González, que era subsecretario general del Partido Comunista y también subsecretario general de la campaña. En los primeros meses, Allende iba todos los días al comando a atender público.

En medio de este trabajo, Salomón Corbalán viajó a Cuba. El viaje fue muy importante, porque Cuba nos prestó ayuda y nos dio apoyo en el campo de la propaganda. De ahí llegaron algunas canciones, entre ellas una de Carlos Puebla. Se hizo muy popular. Era "De ti depende": "De ti

a reclutar militantes. Sus amigas eran, en la mayoría de los casos, señoras de la burguesía. Algunas entraban porque era de buen tono trabajar con la hermana del candidato presidencial. Eran en su mayoría mujeres sin partido. Pero se le acercaron también mujeres de la izquierda. A veces acarreaban a alguna amiga a trabajar por Allende. Muchas de ellas viven hoy día en el exilio por haber trabajado, desde que se inició el CIMA, por el pueblo y sus ideales, que aprendieron a conocer durante este trabajo.

Estuve presente en la primera reunión del CIMA y me dí cuenta de que la mayoría de las mujeres no tenían idea de política. Tenían la intención de hacer una colecta y de comprar con esos fondos ropa para los niños pobres, igual que la caridad cristiana, como lo hacían algunas señoras de la burguesía. Hablé con Allende de esto. Desde entonces, nuestras mujeres empezaron a dedicarse al CIMA. Ayudaron a explicar lo que es trabajo político. Para empezar se dieron en el CIMA charlas políticas, por ejemplo sobre la nacionalización del cobre o cómo se organiza una campaña política de la izquierda.

Allende planteó la creación de otros frentes de masas. Uno de éstos fue el Movimiento Católico Allendista. Para esto se designó a un ex ibañista, don Juan de Rosa Ventura. Este hombre pintoresco tenía una audición de radio, que se llamaba la "Hora Azul". Tenía algunas ínfulas de escritor e historiador. Estaba casado con Raquelita Ferreira, una dama que había sido una buena soprano, pero cuya gloria ya había pasado hacía algún tiempo. A pesar de que Juan de Rosa Ventura no era un gran poeta, tenía bastante popularidad y era, sin duda, el hombre indicado para dirigir el Movimiento Católico Allendista.

Don Juan de Rosa no juntó mucha gente pero nos abrió la posibilidad de llegar a sectores a los cuales de otra manera nunca hubiéramos tenido acceso. Eran los sectores cercanos a la iglesia católica.

Aparte del Movimiento Católico Allendista, que también tenía sus oficinas en la vieja casona de la Alameda, se formaron grupos de ex militares en retiro. Uno se llamaba el Frente Cívico Militar, y lo dirigía el ex mayor de ejército en retiro Maglio Bustos. Había apoyado a la campaña de Ibáñez el año 1952. Ahora nos apoyaba a nosotros. Maglio Bustos reclutó sus fuerzas principalmente en la suboficialidad en retiro y la suboficialidad de carabineros e investigaciones y en la gente que había hecho su servicio militar, y que queda siempre cerca de los cuarteles.

Fuera de eso existía el Baluarte del Pueblo, un grupo que se componía de ex oficiales en retiro. Su jefe, general Merino Benítez, había sido comandante en jefe de la Fuerza Aérea, fundador de la LAN, prohombre del ibañismo, y muy honesto. Durante el régimen de Allende se firmó el decreto por el cual se le dió el nombre "General Merino Benítez" al Aeropuerto de Pudahuel.

Además teníamos el Comando de Profesionales y Técnicos. Su im-

portancia consistía ante todo en que buscaba atraer a los independientes.

Todas estas organizaciones —el Comando de Independientes, el Comando de Profesionales y Técnicos, el Comando de los militares en retiro, el frente femenino CIMA, el Movimiento Católico Allendista— eran un poco la repetición de los intentos de unificación que habíamos hecho el año 1952 y que se habían reforzado en 1958.

En el año 1964 se desarrolló un nuevo estilo con la formación del Frente Creativo. Para esto se buscó gente que trabajaba en la publicidad y en la radio, es decir, periodistas. Con "el Creativo" obtuvimos buenos resultados. Una de sus obras más importantes fue el símbolo de la campaña, que es hasta el día de hoy el símbolo de la Unidad Popular: La X con mayúscula, cortada abajo (X), debía ser un signo que se pudiera usar rápidamente en rayado mural. Posteriormente surgieron muchas especulaciones acerca de su significado. Cuando presentaron el proyecto a Allende, le gustó de inmediato. Allende sabía valorar las cosas rápidamente y se dió cuenta del significado: ¡Vote por Allende! La gente decía que significaba "Viva Allende", pero inicialmente quería decir ¡Vote por Allende! La parte de arriba vendría a ser la "V" y la parte de abajo, una "A". Con el tiempo el X obtuvo otros significados más. Quedó grabado como el símbolo del FRAP y también fue el símbolo de la campaña del año 1970. Y de ahí pasó a ser el símbolo del gobierno nuestro. Fue uno de los grandes logros del Creativo. La idea era que este grupo, como indica el nombre, creara circunstancias para que los periodistas pudieran trabajar. Cerca del 80 por ciento de los periodistas eran gente nuestra. Pero de ellos, trabajaban muy pocos en diarios que apoyaban la candidatura de Allende. Por otra parte, la idea era que todos los periodistas del FRAP que se desempeñaban en los diarios de izquierda transmitieran en una misma dirección. Que no se produjera (lo que se producía corrientemente con nosotros— que las noticias se perdieran porque los periodistas pensaban que alguien la iba a publicar. Si la daba un diario, no la daban los demás. El Creativo no se convirtió en un centro de publicidad. Pero este grupo ideó unos buenos afiches. Era una agrupación grande de diferente gente, entre ella algunos bastante conocidos.

La campaña electoral se inició con un nuevo estilo. Se empezó a organizar mítines relámpagos en las puertas de las fábricas. En la mayoría de los casos se hacían con dirigentes comunales o regionales o con dirigentes de las campañas de los partidos. Esto fue dando bastante agilidad a nuestra agitación.

Teníamos varias ventajas que hubieran podido llevarnos a un triunfo electoral. La derecha apoyaba la candidatura del senador radical Julio Durán. Era el candidato del gobierno, el candidato de Alessandri. La oposición la formaban Frei y Allende. Frei tenía una posición de centro derecha, o sea una oposición burguesa. Vale decir, la derecha iba dividida

en dos candidatos, mientras que la izquierda unificada estaba con Allende.

Con Allende hicimos una gira por Santiago. Esta nos demostró que el proletariado estaba deseoso de luchar. Venía de sufrir los seis años del gobierno de Alessandri y tenía aún la amargura porque le habían robado la elección del año 1958. Mientras tanto, el movimiento popular se había desarrollado más. En el año 1964 Allende constató que las preguntas de los electores eran ya más políticas. El proletariado ya no pensaba solamente en sus intereses económicos, sino que en el interés de su país, de la nación. La gente empezó a interesarse por el proceso de la nacionalización del cobre. A su vez, el proletariado industrial empezó a interesarse por la reforma agraria. También el campesinado, que hasta entonces estaba absolutamente abandonado, trataba de participar en el proceso que se avecinaba.

Me acuerdo de una reunión en el local del sindicato de la empresa Yarur. Por primera vez oí obreros que se preocupaban de cómo se debería llevar la dirección de la industria y cómo lograr que ésta pasara a su poder, cómo sería si se llegaba a nacionalizar la empresa. Siempre que yo había oído hablar de esto, era al jefe del núcleo socialista o al jefe de la seccional comunista. Pero ahora, los propios obreros empezaban a interesarse por la cogestión obrera, fueran militantes o no.

Durante la campaña nació un movimiento bajo la consigna "Prepárate para gobernar con Allende". Esta frase se lanzó a lo largo de todo Chile. No era sólo una consigna publicitaria. Allende demostró detalladamente cómo quería hacer realidad la participación de los trabajadores en el gobierno. En sus lugares de trabajo, los obreros calificados o los técnicos que estuvieron con nosotros, empezaron a enseñarles a los demás trabajadores respecto a la dirección y la mantención de la industria. Por ejemplo, en Yarur, los capataces y los obreros especializados enseñaban, primero, cómo funcionaba el departamento donde ellos trabajaban. Hacían esto en forma de charlas y de clases en horas fuera del trabajo. Cada empresa tuvo su propia forma de hacerlo. Nada se estandarizó. Aunque hubiese sido todo esto nada más que un slogan publicitario, el hecho de decir "Prepárate para gobernar con Allende", le demostró a la burguesía que Allende iba a hacer participar en su gobierno a la clase obrera.

Durante la campaña el FRAP se convertía en comando, lo que ocurrió también con la Unidad Popular, que en el fondo se convirtió en un aparato de gobierno. A pesar de que en el FRAP sólo estaban integrados los partidos, pertenecían al comando además los frentes de masas, o sea, el CIMA, el Frente Cívico Militar y otros.

Durante una de nuestras giras en la campaña electoral, visitamos una pequeña fábrica con unos 50 ó 100 trabajadores. Después de que

Allende habló, uno de los obreros le dijo:

"—Compañero, nosotros tenemos mucha confianza en Ud., pero, ¿qué pasa si Ud. se enferma o se muere? ¿Quién va a cumplir los compromisos que Ud. está adquiriendo?—".

Allende le contestó: "—En primer lugar, soy representante de un movimiento. Soy un hombre designado por un grupo de partidos y movimientos, o sea, soy el representante de este grupo—".

Salvador Allende firmó compromisos con todos los gremios. Se llegaba a un acuerdo entre una comisión del FRAP que se formó para esto, y la directiva de un gremio. Después se redactaba el compromiso, que se firmaba durante una concentración en la industria o en un teatro. Si era un gremio grande, hasta en el teatro Caupolicán. Algunos de los compromisos eran una muestra de la participación. Integraban a los trabajadores en lo que sería el gobierno popular. Por ejemplo, el compromiso con los obreros del cobre preveía la nacionalización de cobre. La dirección de la industria por parte de los trabajadores pasó a ser realidad en el gobierno de la Unidad Popular.

Pero, ¿qué hizo la burguesía en vista de este desarrollo?

La lucha por medio de rumores es bien conocida. Goebbels la empleó en forma maestra. Utilizó el rumor como arma política durante todo el período del nazismo en Alemania. Más aun, sabía dónde y cuándo lanzar un rumor, para que llegara en determinado momento a Berlín. Esta técnica la han perfeccionado algunos sociólogos norteamericanos. También contra nosotros la utilizaron. Se lanzaron rumores con respecto a enfermedades del compañero Allende, a rupturas entre socialistas y comunistas, a diferencias de los dirigentes de los partidos, de la unidad del entonces FRAP, e incluso, rumores respecto a la honorabilidad de las esposas de nuestros dirigentes. El objetivo fue siempre destruir la imagen de Allende.

El año 1964 la reacción utilizó todos los métodos del terror contra nosotros. Se imprimió una infinidad de afiches. Recuerdo uno: en una parte había un soldado soviético golpeando una puerta, y en la otra un viejo pascuero, con un texto que decía: "¿Quién deseas que golpee tu puerta esta pascua?". Se hicieron afiches increíbles, por ejemplo uno con tanques soviéticos pasando frente a la Moneda, haciendo una relación con los acontecimientos en Hungría el año 1956, y que decía: "¿Quieres esto para tu país?" Lo mismo se podía leer en avisos en la prensa. En un principio, la campaña del terror fue semi-sumergida, para convertirse posteriormente en una campaña abierta, en la cual no había ningún límite.

EL NARANJAZO

Al morir el compañero Naranjo, diputado por Curicó, se produjo una complementaria en esa provincia. El Partido Socialista designó como su abanderado al hijo del compañero Naranjo, médico socialista y regidor por Curicó. Tres fuerzas iban a la elección: los demócratacristianos, que apoyaron a Frei en la campaña presidencial; los Partidos Radical, Conservador y Liberal, o sea, las fuerzas de la derecha agrupadas en el llamado Frente Democrático, y las fuerzas que componían el FRAP. Todo el asunto se dio en llamar el "Naranjazo". Marcó un hito en la campaña electoral y en el movimiento popular, en la historia política de Chile. Estaban representadas las tres fuerzas que se iban a enfrentar pocos meses después en la elección presidencial. De ahí la importancia que tuvo para nosotros el trabajo en Curicó. Y de ahí que el triunfo conseguido adquiriera extraordinaria importancia. Se designó generalísimo de la campaña de Naranjo a Aniceto Rodríguez, quien se trasladó a Curicó con el más grande staff que se había formado nunca para una elección complementaria.

La reacción se dio cuenta de que no era capaz de vencernos yendo dividida entre Durán y Frei. Por eso, el Partido Liberal y el Partido Conservador retiraron su apoyo a Durán y respaldaron a Frei. En esas condiciones quedaba Durán bastante disminuido.

Pocos días después de la elección en Curicó, Durán invitó a Salomón a una reunión. Ofreció el retiro de su candidatura para apoyar a Allende. Esa tarde Salomón me entregó un documento diciéndome:

"—Osvaldo, cópialo, ten mucho cuidado con este documento, porque no se puede dar a la publicidad todavía—".

Era un documento en el cual se acordaba el apoyo de Durán a la candidatura presidencial de Allende, lo que reducía la elección a dos fuerzas. En esas condiciones nosotros teníamos gran opción, ya que el apoyo del Partido Radical —partido socialdemócrata con larga tradición democrática— hacía desaparecer gran parte de las razones que estaba utilizando la reacción y que concretamente después, utilizara fuertemente la candidatura de Frei en la campaña del terror. Más tarde nos percatamos de que todas esas conversaciones con nosotros y las publicaciones al respecto, las utilizó Durán para presionar a los sectores reaccionarios para que le dieran más apoyo económico. Después de dos días cambió su opinión e hizo una declaración afirmando que mantenía su candidatura hasta el final. Esta decisión la debe haber tomado en gran medida debido a la intervención de sectores norteamericanos, que presionaron a Durán para que no apoyara la candidatura de Allende. En las circunstancias dadas, querían mantener la cosa aparentemente a tres fuerzas, si bien dieron todo su apoyo a Frei.

EN TIERRAS DE LOS MAPUCHES

En el cerro Nielol, en Temuco, se firmó un compromiso entre los caciques de los mapuches, los jefes de las reservaciones, y Allende. La idea era respetarles a los araucanos sus tierras y devolverles en lo posible aquéllas mañosamente apropiadas por blancos. La política de todos los gobiernos hacia los mapuches había sido la misma que tenía en ese momento el gobierno de Alessandri: indiferencia total frente a los despojos de que era objeto el pueblo araucano. Existía un cargo de juez y protector de indios, que Alessandri se lo encomendó a una persona pariente de un ministro suyo, a quien yo conocía, que se encontraba en grave estado de perturbación mental que lo llevó al suicidio. De alguna manera esto demuestra el pobre interés que tenía ese gobierno en proteger a los indígenas. Designó para esa tarea a un hombre que no estaba en absoluto en condiciones de desempeñar el cargo, nada más que respaldado en el hecho de ser pariente de un ministro. En estas condiciones Allende firmó el convenio con los araucanos.

Partiendo de ahí iniciamos la gira por la provincia de Cautín. Es una región de muchos contrastes. Ahí la pobreza de los Araucanos contrasta mucho con la riqueza de los grandes terratenientes. Es una de las pocas provincias de Chile con terrenos sin cercos, en algunas partes. Todos los indios aún viven en comunidad de la tierra. Nosotros visitamos pueblo a pueblo, desde Loncoche, que es la parte más al Sur Este, hasta Galvarino, el pueblo más al norte de la zona; desde Puerto Saavedra en el Oeste hasta Curarrehue en el Este. Es la provincia donde en Chile hay el más alto índice de analfabetismo. Ahí viven también muchos descendientes de alemanes, que mantienen sus costumbres. Algunos poblados podrían insertarse en la República Democrática Alemana, sin que se notara una diferencia sustancial. Alemanes y algunos indígenas hablan alemán casi sin acento. Se encuentran indígenas con ojos azules y alemanes con pómulos ligeramente salientes. La provincia es el granero de Chile.

Lo más importante de esa gira muy extensa, fue el encuentro con los Araucanos. No se abren tan fácilmente al chileno. Por generaciones y generaciones han sido explotados, robados, saqueados. El chileno —para ellos el "Huinca"— los ha estafado, les ha robado su país y su nacionalidad. Tampoco a nosotros nos creían. Creían que iban a ser engañados una vez más. Y tenían todo el derecho a temerlo.

Los araucanos tienen sus propias machis, que son sus médicos. La asistencia médica en Cautín es extraordinariamente difícil. La mortalidad

es muy alta, por tanto, el promedio de vida es muy bajo. Una de las razones consiste en los prejuicios frente al hospital. Las machis mandan al hospital a los enfermos que ellas no pueden curar. Si una persona tiene una neumonía o hay que operarlo, lo suben arriba de una carreta y la mandan en viaje de unos dos días hasta al hospital. Muchas veces atravesando ríos congelados, con lluvias durante todo el día, y cuando llegan al hospital, mueren. Por eso, el hospital es para los Araucanos símbolo de muerte. Dicen que a esta casa de los blancos, de los Huincas, se va a morir. Cuando a un Araucano lo llevan al hospital, es porque ya no tiene salvación.

Durante el gobierno nuestro también tuvimos que luchar contra este problema. Pero Allende había firmado ese compromiso, que posteriormente cumplió. Preveía mandar ambulancias que pudieran recorrer esos terrenos para dar asistencia médica. No se trataba de combatir las creencias de ellos o de pelear contra las machis, sino que queríamos ayudar a la gente. A algunos araucanos de las reservaciones indígenas queríamos traerlos a las escuelas de medicina. Tradiciones y prejuicios dificultaron el proyecto. Muchos de los araucanos no querían entrar a la escuela y aprender un idioma extraño, para no perder el propio idioma. Lo que ellos buscaban por sobre todo entonces, era la mantención de sus tierras.

Fuimos recorriendo toda la provincia. Vivíamos en Temuco y salimos casi todos los días en dirección a diferentes partes, en las que a veces nos quedábamos.

Al segundo día de estar en Temuco, viví una experiencia que no había vivido nunca en mi vida. Componía la comitiva de Allende, entre otros, el diputado Víctor González Martens. Estábamos en el hall del hotel esperando salir. En esto llegó un señor de edad, vestido a la usanza normal de la zona, pero que se veía un araucano, a hablar con Víctor González Martens. Víctor González, con mucho desparpajo, lo hizo pasar. Nos llamó la atención que el hombre lo tratara de tú. Esto es habitual solamente entre los Araucanos. Dijo que había venido a que le pagara. González le hizo un cheque por cien escudos y se lo entregó. El hombre protestó, diciendo que no era correcto, que él había gastado ciento cincuenta escudos. Era una transacción de pago de votos. Yo me sentí bastante incómodo al presenciarlo, pero a la vez bastante interesado, porque nunca había visto una cosa como ésta. Allende salió de la pieza. Yo lo quise seguir, pero me hizo un gesto de que me quedara y me encargó decirle al diputado González que pasara a hablar con él. Cuando Víctor hizo el cheque, yo le pregunté qué pasaba. Me contestó que eran votos que le estaba debiendo a este hombre desde su última elección. El diputado González no fue con nosotros a la gira. Posteriormente fue ministro

del gobierno de Frei.

Otra persona que componía nuestra comitiva era el diputado Juan Tuma, conocido en toda la zona y en todo Chile como el "turco Tuma". Era un político socialdemócrata de viejo estilo, un hombre bastante acomodado. Había ganado a sus electores haciéndoles de vez en cuando pequeños favores.

El representante del Partido Socialista era el compañero Galvarino Palacios, un hombre que había surgido de golpe en la política. Sin que siquiera hubiera sido nunca ni regidor, resultó elegido senador. Estaba casado con una dama que lo había ayudado mucho, sobre todo en su campaña. Esta señora gozaba de un gran prestigio. Después de su elección, Galvarino Palacios se enamoró de otra mujer, abandonó a su esposa y se casó nuevamente. Esto le produjo bastante deterioro en su prestigio. Parecen ser cosas mínimas, pero es importante conocerlas, para darse cuenta de cómo es la zona.

Es la región de los copihues. El copihue es nuestra flor nacional, una enredadera. Se encuentran alrededor de los caminos y hay blancos y rojos. Se pega en los muros y su flor tiene la forma de campana. Se escribió una canción, que en una parte dice: "Soy una chispa de fuego, que, del monte en los abrojos, abro mis pétalos rojos, en el nocturno sosiego. Soy la flor que me despliego junto a las rucas indianas . . ." Son versos muy dulces con una melodiosa música. La canción nos trae un poco el recuerdo de nuestra gente tan sufrida.

Durante esta gira llegamos también a la cordillera de la costa. Ahí hay un pueblito, Hueñalihuén, donde vivían unas 500 ó 600 personas. Sus casas están montadas sobre pilotes de madera, y delante de ellas se ven botes amarrados a la puerta de la casa. Pero no se ve agua por ninguna parte. ¿Qué pasa con esos botes ahí? En el invierno se desborda el río Imperial hacia ese lado. Todo el valle se llena con 60 a 70 centímetros de agua. El poblado se convierte en una Venecia, una Venecia subdesarrollada. La gente debe circular entre una casa y otra en bote. Para salir del pueblo, los habitantes deben ir hasta un desembarcadero, que en el verano está absolutamente seco. En el invierno uno llega hasta ahí solamente a pie, a caballo, o en carreta. Otros vehículos no pueden transitar por esos caminos. Ahí hicimos una concentración. ¡Qué imagen! Los araucanos con sus largos ponchos negros. Tienen caras muy curtidas. Es gente que siente una tremenda desconfianza. Pero con nosotros eran mucho más abiertos.

Cerca de allí está Nahuentué. Para llegar a Puerto Saavedra hay una barcaza. Se puede cruzar también en auto. Hay un hombre que guía la barcaza con un ayudante. La barcaza está amarrada a un cable, porque en

caso contrario, la corriente del río se le llevaría. Estos dos hombres hacen avanzar la barcaza tirando del cable. El hijo de ese barquero, cuyas manos estaban endurecidas y cubiertas de callos, era regidor del Partido Conservador de Puerto Saavedra. Era difícil entender cómo el hijo de un hombre que debe vivir una vida tan dura, pueda defender los privilegios de la burguesía.

Llegamos a Nueva Imperial. La ciudad no se llama así porque sea nueva. Los conquistadores españoles construyeron una ciudad que llamaron Imperial y que fue destruida por Caupolicán y Lautaro (9). En su lugar volvieron a construir Nueva Imperial, que fue destruida por el terremoto de 1960. Otra vez se construyó una nueva "Nueva Imperial". El hotel no estaba terminado aún. Había sólo un pequeño villorrio. Después de un largo día de trabajo, después del viaje dificultoso, después de diferentes concentraciones, nos tocó alojar ahí. Tenía una sola pieza que arrendar, con una cama de dos plazas, en la que tuvimos que dormir el compañero Allende y yo.

De Nueva Imperial, pasando por Boroa y Quepe, salimos en dirección a Pitrufquén. Cuando llegamos ahí, los escolares habían formado una calle a los dos lados y nos saludaron con pequeñas banderitas. Y ahí, por primera vez, lo que ahora es la bandera de la Unidad Popular, en manos de pequeños araucanos. Hoy es casi universalmente conocida: la bandera azul, blanco y rojo con el símbolo de la campaña: el signo "X". Después se le agregó abajo la "UP".

Galvarino es una comuna del departamento de Lautaro. En las cercanías hay una colonia alemana. Viven retirados, aislados; mantienen sus costumbres y se casan entre ellos o con otros alemanes de las cercanías.

En esa zona hay una familia interesante: los Flores. Son descendientes de árabes que emigraron a Chile. El apellido árabe era difícil, entonces sencillamente hicieron la traducción al español: Flores. Esta familia tiene tomados prácticamente todos los negocios del pueblo. Son dueños del molino. Los araucanos tienen que ir donde ellos a moler su trigo. Además, los Flores tienen un puesto de alcohol, una botillería, donde venden alcohol a los araucanos. Los indígenas llevan a moler su trigo, toman ahí mismo, y al final deben volver sin nada. Lo que beben, lo pagan con su trigo.

Políticamente, la familia se mostró polifacética. Había un allendista, un demócratacristiano, un alessandrista. De todos los partidos había

(9) Caupolicán y Lautaro eran toquis araucanos. Caupolicán fue el toqui elegido, se convirtió en el símbolo de la resistencia araucana en Chile. Lautaro es considerado uno de los grandes estrategas de la historia. En América Latina se crearon logias libertadoras con su nombre. Aún hoy en día se estudia su estrategia en las Escuelas Militares.

un hermano. De esa manera, siempre había uno en la familia que estaba con el vencedor. Se sentían una especie de caciques de la zona y manejaban a la gente. Uno de ellos, Enrique Flores, incluso se hizo pasar por protector de los pobres araucanos. Llegó a ser subdelegado en Galvarino. Pero seguía explotando más y más a los indios, quitándoles sus cosas de valor por té o azúcar o, por fin, dándoles alcohol.

Al principio, este Enrique Flores pareció ser un gran allendista. La primera vez que Allende estuvo en Galvarino, Flores demostró gran alegría. Llegamos después de almuerzo. La concentración iba a ser en la tarde. En total éramos unas 16 personas. Nos hizo servir una comida, de la que podrían haber disfrutado unas 60 personas unos dos días. Para empezar tenía un cordero entero, después había para cada persona una perdiz y un pollo, seguidos de 6 tortas de diferentes portes. Una llevaba el frontis de la Moneda, hecho de crema. En realidad, Flores sentía gran admiración por Allende. Pero era mucho más grande su ambición de explotar a los araucanos de la zona.

Allende lo sacó del equipo de la campaña. Así terminó la carrera política del turco Flores. Cayó la máscara de un hombre que aparentaba proteger a sus trabajadores, cuando realmente siempre los explotó sin piedad, cosa que le fue difícil seguir haciendo durante nuestro gobierno.

En el lugar de la concentración nos encontramos con un grupo de alemanes, ahí reunidos. Estaban montados a caballo. Se les reconocía por sus mantas más claras y sus sombreros de huasos. Muchos de ellos tienen ojos azules. Estaban preocupados a causa del espectáculo. Cuando Allende venía caminando hacia el escenario, uno de ellos gritó "Heil Hitler". No lo gritó como algún chileno, sino que era muy auténtico, como yo lo había escuchado durante mi estadía como niño y joven en Berlín. Los compañeros que iban con nosotros no habían entendido nada. Yo les hice notar lo que había gritado el hombre, el saludo de los alemanes del tiempo de los nazis, y les pedí a dos compañeros de la zona que se pusieran al lado del gritador que estaba a caballo. Allende empezó a hablar. El hombre volvió a gritar lo mismo y se lanzó con su caballo al galope. Pero no contó con nuestros dos compañeros que habían tomado sus precauciones. Habían amarrado un lazo, más o menos a 40 centímetros del suelo. Al salir arrancando, el caballo se enredó y el jinete fue a dar lejos.

Los carabineros no entendieron nada de lo que había ocurrido. Mientras yo hablaba con ellos, Allende continuó su discurso y dijo que nadie se dejara provocar. El cabo de carabineros me contó que este hombre, cada vez que se curaba, gritaba la misma cosa. Pero nunca habían podido entender qué era lo que vociferaba.

Llegamos a Capitán Pastene. Había a la salida de la estación un riel clavado en dos palos, para amarrar los caballos. Ahí estaban parados unos

20 muchachos de unos 10 a 12 años. Hacía frío y llovía, y los muchachos iban descalzos. En ese momento le oí decir a Allende:

“—Ningún niño de mi país va a andar descalzo cuando yo sea Presidente—”.

Cumplió su palabra. Cuando recién llegamos a la Moneda empezamos a distribuir zapatos. Los primeros fueron plásticos. En ese momento era lo más rápido y más barato. Me encomendó designar a los responsables de esta tarea. Una hora después de que me había dado el encargo, me volvió a llamar y me preguntó si había encontrado la gente para la campaña de la distribución de zapatos. Yo aún no había tenido tiempo. Entonces, me recordó de Capitán Pastene y me preguntó si ya me había olvidado de los niños parados ahí, en la estación, en pleno invierno, descalzos. Que dejara lo otro que tenía que hacer. Que cada minuto que yo dedicara a otras cosas, era un minuto más para los niños que no tenían zapatos. No lo dijo como reprimenda, pero yo habría preferido que me gritara. El tono de un padre que se preocupa de sus hijos, me afectó mucho.

Cuando volvimos a Temuco, después de un día que habíamos caminado por la lluvia y el frío, Allende me regaló un poncho araucano. Seguramente ahora está en los hombros de algún señor oficial, de los que se llevaron tantas cosas hermosas en los saqueos que hicieron en mi casa. Los fascistas los llamaron elegantemente allanamientos. Tenía el poncho a la entrada de mi parcela. Los trofeos que se llevaron tenían más valor sentimental que material. Eran regalos que nos habían hecho compañeros en las campañas, trabajos artesanales de los campesinos, tallados en madera con el signo de la campaña, o simplemente con el “Viva Allende”.

La extrema pobreza de la zona donde principalmente viven los araucanos, contrasta mucho con el lujo de los hoteles y de las casas de la región de Villarrica y Pucón. Es la región sureste de Cautín. Una región de verano, llena de lagos y volcanes, como hecha para la pesca. Ahí disfruta la gran burguesía su tiempo de descanso. Pasar de Hueñalihuén, aquel pueblo adonde se llega en invierno solamente en bote, a Villarrica, es como para cerrar los puños. ¡Cómo es posible que tantos tengan que tener tan poco, para que unos pocos puedan tener tanto! ¡Que tantos tengan que pasar frío y hambre, para que unos pocos puedan tener una vida grata! ¡Que tantas mujeres tengan que morir al dar a luz un hijo, porque están desnutridas y casi no conocen atención médica! En Villarrica y Pucón hay casitas de estilo europeo, con espléndida limpieza y bien instalada chimenea, para que sus dueños puedan pasar agradables fines de semana en invierno. Ahí está el Lago Villarrica, que es muy hermoso en verano e invierno. Y un poco más allá, hay un pueblito donde la gente ni siquiera tienen las suficientes camas. como para que pueda dormir cada uno de los miembros de una familia en la propia.

Posteriormente resultó ser una de las zonas en que fueron más bru-

tales los fascistas. Después del golpe, al ex-intendente y diputado Lobos lo lanzaron vivo desde un helicóptero. Fusilaron sin piedad a muchos compañeros.

“TENEMOS QUE HACER CONCIENCIA”

La duración que le dimos a esa gira fue bastante larga. Entonces primaba la tesis de que Allende debía visitar más intensamente las zonas donde nosotros no teníamos muchas posibilidades electorales. En la campaña de 1970 sostuvimos una tesis diferente: había que dedicar más interés a las zonas que eran más receptivas, porque teníamos más gente con nosotros. Ahí se obtienen más frutos que cuando se siembra en un terreno estéril. Por ejemplo, podíamos afirmar en Concepción, en un día, 10 ó 15 votos y en Cautín, podíamos conseguir sólo uno o dos votos. Si nosotros hubiésemos gastado en otras zonas los 25 días que estuvimos en Cautín, habríamos conseguido más votos. Allende dijo que posiblemente eso era cierto, pero que él no era un buscador de votos. Que él no quería un millón de votos, sino un millón de conciencias:

“—Yo quiero que cada persona que vote por mí, sepa por qué está votando—”.

Esto lo repitió muchas veces. Creo que Allende ha pasado a la historia, porque ha contribuido más que nadie a esta formación de conciencia, recorriendo el país pueblo a pueblo, ciudad a ciudad, hablando con la gente. Sostenía que el voto era un arma que tenía el proletariado para defenderse de la burguesía y para liberarse.

A nuestra vuelta de Cautín, ya la campaña estaba en plena euforia. La de 1964 fue una campaña extremadamente dura, contra medios muy adversos y en condiciones económicas muy difíciles. Hoy pienso que Allende vio la derrota mucho antes que nosotros. Entonces, su gran preocupación era convertir la campaña en un vehículo para la concientización, para el amalgamiento de los partidos de la clase obrera para acercar la Central Unica de Trabajadores (CUT). Allende buscaba la mayor solidificación del movimiento popular. Me recalaba casi con majadería que me preocupara de que los compañeros hicieran claridad respecto a por qué estamos luchando, que difundieran el programa de la campaña, para que hubiera claridad acerca de lo que quería Allende. Repitió constantemente que no se trataba de conseguir votos, sino de ganar la presidencia. Y la presidencia se gana sólo con un pueblo que tiene conciencia de qué necesita para su propia lucha. Dijo que la presidencia era el medio para conseguir el poder, el poder para los trabajadores.

Todas las mañanas planteó Allende esto. Salomón Corbalán a veces se molestaba un poco, porque pensaba que esto era una crítica hacia él, porque él llevaba la dirección de la campaña. Allende me dijo sencilla-

mente que le transmitiera a Salomón que esto no era ningún cargo contra él, que se trataba sólo de entender la necesidad.

Un día fui a la agencia de prensa Prensa Latina (PRELA), que entonces estaba a cargo de Carlos Jorquera. Le planteé algunos problemas y le dije que necesitábamos un jefe de prensa para nuestra campaña. Me aconsejó hablar con Elmo Catalán. Era un buen periodista, un buen reportero, audaz y ágil, joven e inteligente. Allende me dijo que le parecía muy buena idea y que quería hablar personalmente con Elmo Catalán. Cuando le pregunté si no era preferible que habláramos primero Salomón y yo con él, el doctor me contestó que a nosotros nos podía decir que no, pero no a él. Llamé a Elmo Catalán ese mismo día. Cuando vino a hablar con Allende me dijo que difícilmente podía negar su participación, si Allende se lo planteaba personalmente. El resultado fue que Elmo se integró a la campaña.

De inmediato empezó a sacar provecho en las comisiones, como en la comisión de publicidad y el Creativo. Y él mismo realizó un trabajo increíble. Elmo sostenía que los periodistas son flojos, que prefieren las tijeras a la máquina de escribir. Como cada diario tiene su estilo, mandaba las noticias en el estilo del periódico respectivo, para que los periodistas no tuvieran más que usar las tijeras y la goma. Desde la llegada de Elmo a la campaña, la prensa y la radio dieron cada día más noticias nuestras.

Un día Allende me dio una dirección:

“—Ayúdele a este señor a redactar un documento y tráigamelo después—”.

No me dijo quién era el señor, sólo que era una persona que iba a adherir a la campaña nuestra. A mí me extrañó la dirección. ¡Vitacura! Un barrio muy burgués. Cuando llegué, salió una empleada a abrirme. Desde adentro sentí una voz ligeramente pastosa. Que pasara, si era la persona que venía de parte del doctor Allende.

Se paró de su escritorio un hombre delgado, con cara de enfermo. Era don Eduardo Cruz Coke, senador del Partido Conservador, ex candidato a presidente por este partido, posiblemente uno de los hombres más derechistas que había en Chile. ¡Y siendo él un conservador, adhería a la campaña de Allende! Llevé al doctor la carta de Cruz Coke. Los conservadores fueron muy duros con éste. Le reprochaban que era un hombre muy enfermo, que su capacidad mental estaba disminuida y que ésa era la razón por la cual apoyaba la candidatura de Allende.

Paralelo a esto, había un grupo de liberales encabezados por don Gregorio Amunátegui, senador y viejo patriarca del Partido Liberal (más conocido por don Goyo Amunátegui), que apoyó también la candidatura de Allende. Las razones de esto eran las peleas entre la burguesía más que un cambio de posición política.

Con mucho ojo político, Allende utilizaba todas estas herramientas en favor de la lucha del proletariado. La burguesía se dio cuenta de que iba dividida en dos partes, representadas por Frei y Durán. En un primer instante tenía además un tercer candidato: Jorge Prat. Había sido ministro de Ibáñez. Su campaña la realizó en forme fascistoide. Prat mismo era nacionalista y candidato de la extrema derecha. En estas condiciones, con una derecha dividida, fácilmente hubiéramos podido ganar, como ya lo había demostrado el “Naranjazo”. Por eso, la derecha había retirado a Prat y le quitó su apoyo a Durán. Este, a su vez, mantuvo las banderas de su candidatura, como ya he contado, con el objeto de que los sectores de izquierda del Partido Radical votaran por él y no se fueran con Allende.

Se dijo mucho entonces que los radicales podían dividirse en tres grupos: los radicales ricos votaban por Frei, los radicales pobres por Allende y los pobres radicales por Durán. Era evidente que los radicales fueron utilizados y que se hizo una jugada con ellos.

El apoyo de esas personalidades no fue todo lo útil que nosotros pensábamos. Cuantitativamente no ofrecieron nada y cualitativamente nos crearon bastantes problemas; fue difícil explicarles a los compañeros de la base, por qué gente reaccionaria como Cruz Coke y don Gregorio Amunátegui adherían a nuestra campaña. Yo hablé con algunos de estos liberales. Nunca tuvieron muy claro por qué apoyaban a Allende. Fueron expulsados de su partido. Después de la elección, Gregorio Amunátegui y su grupo pidieron el reingreso al Partido Liberal y se lo concedieron.

Estábamos en Las Vertientes, cuando alguien llegó corriendo a la reunión y le informó a Salomón Corbalán que habían llamado urgente del comando. ¡Un incendio! Salomón y yo salimos corriendo al teléfono. No se trataba del comando, sino de mi casa. Yo quedé petrificado. Myriam y yo habíamos calculado exactamente cómo íbamos a arreglarnos con el dinero durante el tiempo de la campaña. Pero nunca pensé que se me iba a quemar la casa. Por el exceso del trabajo y las preocupaciones, se me había olvidado, para colmo, renovar la póliza de seguro.

De Las Vertientes me fui inmediatamente a la casa. Los muebles estaban en la calle, se había quemado todo el fondo, parte de la cocina, la pieza de empleada, parte del baño, parte de la pieza de los niños, algo de la galería donde los niños hacían sus tareas. Los bomberos, tratando de atajar las llamas, habían inutilizado lo que no había destruido el fuego.

Tuve que volver a la reunión. Después corrí nuevamente a casa. Allende me había prometido acompañarme y me dijo en esa oportunidad que yo tenía una esposa excelente. Había rearmado la casa en las condiciones más precarias, pero la había armado. Comimos ahí con

Allende. A pesar de que la cocina estaba destruida, Myriam había cocinado. Todo se veía limpio y ordenado, la casa seguía marchando.

La misma experiencia tuve 10 años más tarde, cuando, después de dos años de prisión, regresé a mi casa. La encontré como si se hubiese incendiado, pero marchando. Fue como si me hubiese ido en la mañana y vuelto en la tarde. Se habían robado mucho, habían destruido mucho. Pero sentí el mismo calor de hogar. No faltaban las flores en los lugares en que siempre hubo flores. . .

En ese tiempo Allende tenía un auto pequeño, pero se compró un coche más grande para hacer las giras durante la campaña. Un día íbamos camino a Rancagua. Teníamos mucha prisa. Casi era imposible llegar puntualmente. Manejaba yo. Allende se impacientó y me dijo que acelerara a fondo, en vista de que ya viajábamos a 140 km. La camioneta iba repleta: tres personas sentadas atrás, y tres, adelante. De repente, reventó uno de los neumáticos delanteros haciendo una tremenda explosión. El camino era muy angosto. Casi perdí el control del vehículo. El compañero que venía a mi lado quiso tomar el volante. Allende lo retuvo. Gritó hacia atrás que se quedaran tranquilos. Corrió al compañero que estaba a mi lado lo más posible hacia la puerta, para dejarme más campo libre para que maniobrar. Finalmente logré parar el auto. Me bajé de inmediato. Sentía una sensación de vacío en el estómago. Allende también se bajó, dio una vuelta alrededor del auto, me golpeó el hombro:

“¡Bien, Osvaldo. . .!”

En eso, vino otro coche. El doctor lo hizo parar y se presentó. Preguntó si podían llevarlo, porque iba muy apurado. A una hora determinada, tenía que llegar a una reunión, fuera como fuera. En el momento dado siempre tenía la sangre fría. Los demás vinimos a reaccionar después de que Allende ya había partido. El reventón ocurrió a la salida del puente El Maipo. Vale decir, nos podríamos haber caído fácilmente. La única ventaja en esta curva era que ahí había una subida. Por eso logramos detener el auto. Cambiamos la rueda y seguimos nuestro camino.

EL “APARATO DE SEGURIDAD”

En esa campaña teníamos también un aparato de seguridad, que era una pistola 6.35. ¡Nuestra única seguridad! Espero encontrarla un día en un museo. Nos distribuíamos la seguridad de Allende: un día lo acompañaba Rodolfo Ortega, otro yo. Muchas veces no podía salir, porque tenía que quedarme en el comando.

Una vez nos llegó el aviso de que alguien intentaría asesinar a Allende, con un fusil con mira telescópica. El doctor sabía que siempre pendía la amenaza sobre él de que lo iban a matar, pero él dijo muchas veces que quería morir peleando, que no había necesidad de que lo cuidáramos. Si

no lo cuidaba el pueblo, no merecía ser Presidente. Si el pueblo atentaba contra él, él no merecía ser su candidato.

En esa época un fotógrafo acompañaba a Allende: el compañero Lagos, el chico Lagos, como lo llamaban. Tenía una gran lealtad por Allende y nos había acompañado en muchas giras durante las campañas, en las duras y en las maduras. El chico Lagos siempre ideó algo especial: se subía a una escalera o al techo de una casa para tomar fotos con un teleobjetivo.

Un día andábamos bastante tensos. Mientras hablaba Allende, Ortega me indicó una casa. Vi la punta de un visor dirigida hacia Allende, listo para disparar. No se veía al hombre. Sólo el visor, un trozo de fierro negro. Ortega ya estaba sacando su revólver. Yo empecé a acercarme a Allende para protegerlo. De repente vimos aparecer la cara del chico Lagos. El teleobjetivo nos había despistado. Y como el chico Lagos no era una persona con reflejos muy rápidos, hubiera sido posible que terminara trágicamente este asunto.

Había siempre preocupación sobre la seguridad del compañero Allende. El era muy audaz. Su equipo de seguridad parecía más bien pintoresco que efectivo. El coronel que lo encabezaba era un hombre de algunos años; sus subalternos, todos mayores de 50 años. Como ex carabineros, tenían algún conocimiento de su tarea. Recuerdo que nosotros los llamamos siempre los “Cuatro coroneles”, aludiendo a una canción española que habla de los cuatro coroneles.

En este viaje, el compañero José Ortigoza acompañó a Allende. Pepe Ortigoza había tenido en la campaña de Naranjo un acierto bastante grande. La derecha había contratado un grupo de matones, entre ellos a un ex boxeador, Fernández. La gente lo llamaba Fernandito. Su época de esplendor había sido unos 20 años antes. En la campaña en Curicó, Ortigoza había tenido un incidente con Fernandito. Pepe le pegó un bofetón y lo tiró lejos. Esto le dio a Ortigoza una aureola de tipo duro.

La derecha montó durante la campaña electoral del 1964 un equipo, que llamó las “guardias blancas”. Sectores fascistas, que se armaron y que hacían ensayos militares en diferentes partes del país, para enfrentar un posible triunfo electoral de Allende en forma armada. Para estar preparados, Salomón creó un aparato de vigilancia de las “guardias blancas”. En un principio, lo dirigió Sergio Meza y dos compañeros a quienes llamábamos X1 y X2. Todo el mundo sabía quién era X1 y quién era X2. Los llamábamos así porque vivían jugando a los detectives.

Un día Allende me encargó que fuera a una dirección determinada y viera qué pasaba ahí. Debía juntarme allí con Osren Agnic. (Agnic fue durante un tiempo secretario de Allende en el Senado). La casa, en el barrio Colón, era de un personaje de la gran burguesía, conocido como el “Tarugo” Astaburuaga. Toqué el timbre y pregunté por Osren Agnic. Me

consultaron si venía a la reunión y yo asentí. Al entrar me encontré con dos militares. Junto con ver las caras, me di cuenta de qué se trataba. Se paró el Tarugo Astaburuaga. Seguramente él no tenía muy claro cuál era mi posición política. Se me acercó y me sacó hacia afuera. Yo me dejé llevar dócilmente, porque lo único que quería era salir lo más rápido posible de ahí. Estaba metido dentro de un volcán, y si yo levantaba sólo un dedo, esa gente me volaba la cabeza.

Tarugo Astaburuaga me preguntó por qué había venido y yo le contesté que me habían citado a una reunión. Pero no supe decir inmediatamente quién me había citado. Entonces, le dije rápido que había sido el Indio Liehn. Era un amigo común, del que yo suponía que tenía que ver con esa cosa. Entonces Astaburuaga me dijo que yo, seguramente, me había equivocado de dirección.

Al caminar hacia mi coche, vi aparecer detrás de otro auto a Osren Agnic, pálido como un papel:

“—Osvaldo, por Dios, ¿qué está haciendo aquí?—”

Le dije que el doctor me había mandado y que lo había esperado adentro

“—¡Teníamos que vigilar desde afuera, anotar los números de las patentes de los autos e identificar a la gente que se bajaba!—”, me contestó espantado.

Al día siguiente supe que Allende me había mandado a esta dirección porque yo conocía a toda esa gente y podía anotar los nombres. Salomón tenía el encargo de informarme, pero se le olvidó. Yo me molesté con él, ¡me había metido en una situación, en que fácilmente hubiera podido volver sin cabeza! Le pedí que me dejara en paz con sus X1 y X2.

Pero hubo otro hecho más pintoresco aún. Un día me encontré en el comando con X1 y X2, pálidos y muertos de frío. Dijeron que les había llegado el dato que alguna gente estaba preparando una toma de terreno en un fundo en las cercanías. Fueron a ese lugar y escondieron el auto y se escondieron ellos mismos, subliéndose a unos árboles. Llegaban autos, se iban autos, llegaban otros. Ellos pasaron toda la noche arriba de los árboles, con la temperatura habitual en la precordillera, 4 ó 5 grados bajo cero, y sin ropa gruesa. Los dos venían yertos. Contaron que como a las 2 de la mañana había llegado el último auto. Les pregunté entonces qué habían descubierto. Habían anotado una cantidad considerable de patentes de autos, cuyos pasajeros habían aprovechado la oportunidad para hacerse el amor. Era un drive-in en la cordillera, una especie de motel, donde iban también parejas en la noche.

Un día tuve que ir a Guardia Vieja a buscar unos papeles. Cuando llegué vi un auto con varias personas adentro. El coche me pareció cono-

cido. ¿No era el de los coroneles? Pero, ¿qué hacían ahí cuando el compañero Allende estaba en Talca? Eran realmente los coroneles, muy arropados, porque hacía frío, con la cara de trasnochados. Me dijeron que les había llegado un soplo que esa noche iban a hacer un atentado contra el compañero Allende y que por eso se habían quedado toda la noche ahí. Ahora estaban esperando que saliera Allende. Habían vigilado una casa vacía. ¡Esa era la importancia que se le daba en ese entonces a la seguridad!

A Allende le molestaban mucho estos coroneles. Era enemigo de andar con gente que lo custodiara. En este sentido tuvimos problemas con él, incluso con el GAP (10). En muchas películas se puede ver que Allende, al bajar del auto, se confundía inmediatamente entre la gente para saludarla y, al hacerlo, se acercaba siempre a los cordones policiales. Eso era peligroso, pues la burguesía había formado las ya mencionadas guardias blancas, que fueron su primer experimento paramilitar. Después, durante el gobierno nuestro, creó los CONDECO, los llamados Comités de Defensa, también un aparato paramilitar. La burguesía estaba convencida de que no íbamos a respetar la Constitución, sino que sólo estábamos aglutinando gente para lanzarnos con ella en una guerra civil, arrebatiéndoles sus casas y sus industrias. A través de la campaña del terror estos grupos fascistas se activaron.

UN NUEVO ESTILO

Partió una campaña de nuevo estilo. Se preparó un vehículo como un policlínico ambulante y se entregó al CIMA, al Comité Independiente de Mujeres Allendistas. Iba con él a las poblaciones y atendía a los niños.

Todavía no nos habíamos liberado de la tendencia a caer en los métodos de la campaña electoral que usaba la burguesía. Las reglas del juego de la lucha electoral democrático-burguesa lo llevan a uno a esas cosas. Pero es difícil enfrentar bien las triquiñuelas y maquinaciones de la derecha. Por ejemplo, regalaban colchones, elementos de cocina, ropa, sacos de harina y azúcar. En las poblaciones desconcertaron a nuestra gente con su caridad cristiana. Creían que podían comprar al pueblo con ella, pistotéandolo al mismo tiempo, como lo han hecho siempre.

Los demócratacristianos presentaban un programa bastante populista. Si lo leía una persona que no se daba cuenta del engaño, tenía la impresión de que la diferencia que había entre la posición de ellos y la nuestra era muy pequeña. Planteaban, por ejemplo, la nacionalización del cobre, la reforma agraria.

(10) GAP: “Grupo de Amigos Personales”, creado para la seguridad personal de Allende.

Era una campaña realizada con todos los medios económicos que ellos tenían o que se les puso a disposición. En 1974, el senado de los EE.UU., emitió el llamado "Informe Church", en el que se dice: "La CIA aportó a la candidatura de Eduardo Frei, la cantidad de 2,6 millones de dólares para impedir el triunfo del candidato de izquierda, Salvador Allende". "Más de la mitad de la campaña del candidato demócrata-cristiano fue financiada por los EE.UU., pero él no fue informado de esta ayuda". Por último el informe Church agrega que "EE.UU., por acuerdo del 'Comité de los 40', invirtió en propaganda para la elección y otros apoyos más de 8 millones de dólares".

Nosotros mandamos a la gente nuestra a las poblaciones, para hacer trabajo solidario. Para eso teníamos el policlínico ambulante. Pero a éste se le fueron poniendo tantas cosas arriba, que llegó un momento en que dejó de ser ambulante. No se movió más del estacionamiento que teníamos en el comando. Así, de policlínico ambulante pasó a ser policlínico estacionario. Esto nos dio la idea de crear policlínicos en las periferias de las ciudades, a los cuales fueran nuestros médicos a atender a la gente. Allende propuso que los médicos, abogados y otros profesionales fueran a atender las necesidades del proletariado. No como una táctica netamente electoral, sino como una vinculación entre los profesionales intelectuales de izquierda y el proletariado. El doctor insistía en que los médicos se acostumarán a ir a las poblaciones, y también que se acostumarán el poblador a concurrir oportunamente al médico. Porque una vez en el gobierno, iba a ser indispensable esta forma de convivencia. Vincular al proletariado con sectores que habitualmente no tenían vinculaciones con él, ésa fue la verdadera importancia que tenía ese policlínico ambulante. Todos los demás policlínicos quedaron instalados también después de la campaña. La campaña los había proyectado y los partidos realizaban la proposición.

El comando se componía de mandatarios de las directivas de los partidos; a su vez los partidos formaban el ejecutivo del Comando. Si nosotros necesitábamos un policlínico en una población, había que hablar con el comando de ese sector. El comando de la campaña estaba compuesto por militantes del Partido Comunista, del Partido Socialista y de los otros partidos de izquierda que apoyaban nuestra campaña. Ellos organizaban entonces el policlínico. Nosotros recurriamos al comando de profesionales para que enviaran los especialistas. Ellos eran militantes de los partidos que nos apoyaban.

El FRAP —Frente de Acción Popular— agrupaba diferentes partidos. Tenía existencia permanente y servía a la unidad entre los partidos de la clase obrera y otros partidos. Durante los períodos electorarios, el FRAP se convertía en el comando de la campaña. Entraban a engrosarlo también sectores que no eran miembros del FRAP, organizaciones que se

crearon con la ayuda de los partidos, como el comando de profesionales y técnicos. Cada partido tiene un grupo de independientes, de simpatizantes. Y esta gente creaba los comandos de independientes. Estos empezaban a captar gente que estaba normalmente dentro de la periferia de los partidos. Durante las campañas electorales de Allende el papel dirigente lo tomó, primero, el Frente del Pueblo, luego el FRAP y al final la Unidad Popular. Siempre la unión de las direcciones de los partidos impulsó el proceso revolucionario hacia el socialismo.

Allende tenía contacto con los diferentes comandos, el comando de la campaña, y a su vez, independientemente, con las direcciones de los partidos. Las determinaciones no se tomaban en el comando; primero las discutían los partidos. La unidad socialista-comunista fue el eje de todo el proceso revolucionario chileno, lo es y sigue siéndolo. Es la base de cualquiera política de alianza que pueda hacer la clase obrera chilena con otros sectores, para convertirse en movimiento popular.

Casi siempre Allende respetaba las decisiones de los partidos. Creo que durante los tres años de gobierno tuvieron lugar sólo dos o tres consejos de gabinete. Pero semanalmente habían dos o tres reuniones de los jefes de partido con Allende. Los partidos cogobernaron con Allende.

Un hecho pintoresco en la campaña fue la aparición de Spiro California, el rey de los gitanos. Quería conversar con el senador Allende. Me costó bastante convencerlo de que me dijera a mí primero de qué se trataba. Finalmente me explicó que venía a ofrecer una buena propaganda y que quería llegar a un acuerdo sobre esto:

"—Somos unos 10.000 gitanos en Chile; de ellos, unas cinco mil mujeres. La profesión de nuestras mujeres es andar por las calles viéndole la suerte a la gente. Por esto les dan dinero. Ahora, yo les propongo a Uds. el siguiente negocio: nosotros necesitamos cobre. Los hombres confeccionan pailas, ollas de cobre. Una vez que Allende sea Presidente, Uds. me consiguen el cobre y yo me comprometo a que todas las mujeres que ven la suerte le digan a la gente: 'Yo veo un futuro muy bueno para tí. Va a haber un cambio de gobierno y eso te va a traer gran bienestar. Te va a ayudar a convertirte en hombre rico'. E insinuarán que eso será con la presidencia de Allende".

Yo le contesté a California que me parecía una buena proposición.

"—Por escrito no se la doy, —le expliqué—. O Ud. cree en mi palabra, o yo tampoco voy a creer en la suya. Porque yo no puedo andar controlando a todas las gitanas del país—".

El protestó, diciendo que era muy fácil controlarlas. Con tres o cuatro compañeros nuestros que se hicieran ver la suerte por ahí yo podría comprobar si mentía o no. California insistió en un acuerdo por escrito. Fui a hablar con Allende sobre el asunto. Me autorizó a comunicarle al rey de los gitanos que no necesitaba un papel por escrito. Me advirtió

que no le diera ningún convenio, ya que este gitano podría ir a venderlo al día siguiente a Frei o a un diario norteamericano.

Logré convencer a California.

El gitano cumplió con su compromiso. A los pocos días de llegar a la Moneda, vi en la lista de audiencias el nombre de Spiro California. Después de seis años, California me había llamado y me había preguntado:

“—¿Somos?—”

“—¡Somos!—”, le respondí.

Así llegó el rey de los gitanos a verme y me expresó:

“—Vengo con todos los jefes de tribus—”.

Querían oír de mi voz directamente que yo cumpliría el compromiso. Bajé a hablar con ellos. Había unos 30 gitanos, muy callados.

“—Nosotros venimos —dijo California— a pedirte los recortes del cobre—”.

A mí me pareció que no era mucho, y le di una carta dirigida al Ministerio de Minería, a Orlando Cantuarias, quien lo encabezaba. El papel decía: “Por encargo del Presidente, te ruego atender al compañero California”.

Para mí, ya había pasado a ser el “compañero California”. Al día siguiente me llamó Orlando y me preguntó si estaba loco:

“—¡Me mandas 30 gitanos para acá, que me cuentan una tremenda historia del año 1964 y que ahora quieren que les demos los recortes de cobre! ¡Eso tiene un valor de 13 a 15 millones de dólares al año! ¡Una de las fuentes de ingreso para nosotros!—”

Le dije que le diera todo lo que pudiera, porque realmente habíamos hecho este compromiso en el año 1964. Después, cuando estábamos presos en Dawson, con Cantuarias, compartí mi ropa con él, porque él llegó con nada más que un pantalón y una chaqueta. A pesar de eso, andaba maldiciéndome alegando que todo lo que le diera sería poco, para el problema que le había creado con el gitano California.

Durante la campaña de Allende se había planteado el error de estar a la defensiva en la propaganda y no al ataque. Se produjo una reunión del secretariado de la campaña. Este tipo de reuniones las teníamos todas las mañanas. Ahí Allende propuso hacer participar a los artistas del movimiento popular. Eran muchos. Quería que entregaran al pueblo algo de su arte. Allende señaló que teníamos buenos pintores, buenos muralistas. Que ellos debían hacer participar al pueblo de la belleza que ellos creaban. Surgió la idea de los murales. Mucho se ha hablado de ellos. Pero muy poca gente sabe con cuánta dificultad se empezó. Por encargo de Allende, me dirigí a Diego Sutil. Su familia tenía una casa en Zapallar, donde pasaba los meses de verano. Zapallar es un balneario tan exclusivo que no se permitía que nadie ingresara si no pertenecía a la gran burgue-

sía. Diego se crió en Zapallar. Allí conoció a un viejo carpintero, un maestro muy especial. Este hombre era comunista. Y a este joven aristócrata, lo convirtió en comunista. Fue así como Diego ingresó al Partido Comunista. Fue regidor por el PC en Zapallar y vivía una vida bohemia. Diego no usó nunca zapatos, andaba normalmente a pie descalzo, a veces usaba sandalias. Tomaba mucho, fumaba mucho, vivía muy intensamente. Diego se casó con una muralista.

Ahora, queríamos que juntara un grupo de pintores que se preocuparan de la parte técnica de la cosa. Yo le entregué dinero a Sutil, compré las brochas, las pinturas. Después juntó a los pintores, que se entusiasmaron con esta idea de entrar en un contacto directo con las masas. Los artistas debían crear un mural y seleccionaron un lugar al que tenían acceso miles de personas. Si bien éstas muchas veces no entendieron el arte, pasaron por un proceso de identificación política que las hacía comprender. No era tan fácil conseguir el primer mural que se pintó. Costó mucho obtener el permiso. En el mural se veía a O'Higgins, Manuel Rodríguez, una mujer, niños y Allende. Un mural muy hermoso, una de las murallas que cercan el lecho del río Mapocho.

Empezamos a buscar diferentes murallas de Santiago y, en cada caso, conseguir la autorización del dueño de la casa para pintarla. Algunos se oponían, otros aceptaban. Ahí vimos nacer los primeros rasgos del fascismo que se ensaña con la cultura. Fuerzas de la derecha lanzaban, en las noches, bolsas de colores contra los murales...

Recuerdo que salía todos los domingos con los niños a recorrer Santiago y ver los murales hechos por nuestros pintores. En todas partes se podían encontrar.

Se creó toda una escuela de muralistas. Fuera de esto, había expresiones del teatro popular, de ballet popular y de conjuntos folklóricos. En sus discursos Allende arengaba a la gente a participar en estas actividades creativas. Se incorporaron también poetas y escritores en esto. Neruda jugó un papel muy importante. Naturalmente no fue a hacer campaña en las poblaciones. Estimulaba trabajando con escritores e intelectuales. Es muy difícil impulsar la poesía, sobre todo cuando hay que entrar primero a alfabetizar a todo un pueblo.

Una de las muchas novedades en esta campaña fue la “chequera de la victoria”. Se entregaba a los compañeros. Cada hoja estaba dividida en tres partes. La primera, era un talón donde quedaba anotado a quién se había hecho adherir a la campaña; la segunda, se enviaba al comando comunal correspondiente y la tercera, finalmente, se convertía en una especie de carnet, donde estaban anotados los datos personales y donde se dejaba constancia de que el portador había adherido a la campaña. Distribuimos muchas de estas chequeras. Se entregaron a los comandos comunales y provinciales o a los comandos de agrupaciones de base. Para

Estos compañeros eran un estímulo para salir a buscar adherentes. Se multiplicaron nuevos miembros para el proceso revolucionario chileno y quedaron inscritos. Al final de la campaña llegamos a tener unas 160 o 180 mil inscripciones. Eso significa casi el doble de la militancia de todos nuestros partidos. Allende nos encargó mandar una carta a cada uno de los adherentes, firmada por él personalmente, agradeciéndole su disposición a colaborar con nosotros.

En el comando creamos un aparato especial: en un mueble se fueron juntando estos talonarios, por comuna, por departamento y por provincia. Nosotros le sacábamos bastante provecho a eso, no sólo para las elecciones. Supimos positivamente que los partidos posteriormente tomaron contacto con los inscritos y que la mayoría de ellos se convirtió en militantes de los partidos.

También en año 1964 tuvimos un "Tren de la Victoria" que recorrió el tramo de Santiago a Puerto Montt. Pero no tuvo el mismo efecto que el Tren de la Victoria del año 1958. Yo no pude participar en esta acción. Se le encargó esta tarea a otro compañero, que fue el "comisario" del "Tren de la Victoria". Primero Salomón Corbalán había planteado que lo planificaríamos para unos 20 días, y terminó en 5 días. El tren fue solamente a las capitales de provincias, a las ciudades más grandes del sur. Pero terminó la gira del "Tren de la Victoria" con una gran concentración en el Parque Cousiño en Santiago.

Esta concentración significó una audacia bastante grande. No se nos quería facilitar el Estadio Nacional. Así es que el Parque Cousiño era el lugar más grande que podíamos usar. Durante la concentración hicimos tomar fotos aéreas, para saber cuánta gente había participado. Con estas fotos aéreas se puede calcular cantidades exactas, midiendo la densidad de la gente por metro cuadrado. Fue una sorpresa enorme para nosotros la cantidad de participantes. Se veía la elipse del parque negra de gente. Pero la realidad visual no estaba de acuerdo con la realidad práctica. Al medir, después, resultó que el número no era tan alto como nosotros habíamos pensado.

Esta concentración tuvo un efecto contraproducente en la candidatura: los partidarios de la derecha que aún estaban indecisos, se decidieron ahora definitivamente a votar por Frei. Sectores vacilantes de la burguesía tomaron de inmediato una posición tajante en favor de Frei, porque se asustaron al ver las masas. Cuando al otro día mostré las fotos y el resultado del cálculo a Allende, también se extrañó. Después me dijo una cosa que no le volví a oír:

"—Osvaldo, vamos a perder esta elección. Vamos a perder, porque la burguesía no va a aceptar jamás que nosotros ganemos esta vez. Creo que esta concentración llevó a las fuerzas de derecha a apoyar a Frei. Las batallas no se dan para ganarlas siempre. Pero hay que darlas, y nosotros

estamos en esto—".

Salí con la moral bastante baja de la conversación con Allende. Por primera vez le oía decir cosas como éstas. Ni siquiera el año 1952, nunca lo dijo. Algunas veces había planteado que íbamos a perder una complementaria. Pero las elecciones presidenciales siempre las veía con el ánimo muy firme. El debe haberse dado cuenta de mi abatimiento. Quizás pensó también que yo había visto un Allende derrotado. En realidad, nunca pensé que nosotros pudiéramos ganar. Estaba convencido de que íbamos a perder. A pesar de eso, las palabras de Allende me desmoralizaron mucho. El me llamó, pero no me dijo absolutamente nada, sino que me llevó al comedor del Senado. Tomamos una taza de té y él, como era habitual, comió una fruta. Después salimos del Senado y subimos a su coche. A todo esto no hablamos ni una sola palabra. En silencio fuimos en dirección al barrio alto. Ahí nos detuvimos delante de la casa de su madre, Doña Laura. Entramos. Allende la saludó con un beso. Al poco rato seguimos en dirección al comando. Poco antes de llegar, Allende me habló por primera vez:

"—¿Quedó decepcionado porque yo le dije que vamos a perder esta elección?—"

Le contesté que sí, porque nunca antes lo había visto así. Me dijo que era un signo de realismo. Pero que él iba a seguir luchando con el mismo optimismo de siempre, que él no quería ser Presidente de Chile, sino el Presidente de Chile. Que esta lucha era áspera, lo sabía él, pero que también tenía la obligación de ser realista, de saber si iba a ganar o a perder. Esta pelea la íbamos a dar cantando y con optimismo hasta el final, con fuerza, como si pudiéramos ganar. Y entonces me pidió que la conversación quedara entre él y yo.

Con el gesto de llevarme a ver a su madre, que iba a morir en pocos días más, Allende quiso demostrarme su aprecio. Yo acepté esta lección de entereza moral y de capacidad revolucionaria. Allende ahí se mostró una vez más en toda su magnitud: como político que da la lucha a pesar de que sabe que va a ser derrotado. Pocos días después falleció su madre. Su actitud fue ejemplar. En la tarde del día de los funerales, tuvo una entrevista con el entonces Presidente, Jorge Alessandri. Del cementerio se fue directamente a cumplir con su deber. Allende había querido mucho a su madre.

LA MASONERIA

Hubo muchas especulaciones sobre la vinculación de Allende con la masonería. La masonería es, en Chile, una vieja institución que cumplió un rol político importante. Aglutinó a su alrededor a la intelectualidad y a la burguesía progresista. Esto fue a principios de este siglo.

Allende era masón, su abuelo había sido Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile. El Partido Socialista debe su existencia un poco a la masonería. Pero la masonería, como todas las instituciones pequeño-burguesas, se fue yendo lentamente hacia la derecha. Allende se mantuvo dentro de la logia. Nosotros quisimos movilizar antes del año 64 a la masonería en favor de Allende, ya que el otro candidato era católico y contaba con el apoyo de la iglesia. La masonería siempre fue considerada antagonista de la iglesia, sobre todo de la iglesia católica.

Una noche Allende me pidió acompañarlo a la casa de un amigo de él, que era al mismo tiempo amigo de Pablo Neruda, un ex oficial de Ejército, un hombre muy rico, que había luchado contra la dictadura de Ibáñez el año 1931: Guillermo García Burr, un masón, que tenía una posición de izquierda muy definida.

Anteriormente Allende ya me había encomendado preocuparme de la masonería. Organizamos varias reuniones. De todas las logias invitamos a alguna gente. Finalmente los masones dieron una gran comida, en el club Audax Italiano. Asistieron unas 400 ó 500 personas. ¡En todo Chile no hay más de unos 4.000 masones! Son gente de mucha influencia política, social y económica. Era Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, en ese momento, don Aristóteles Berlendis, un tipo sanguíneo, de ascendencia italiana, que tenía una posición radical de izquierda. Emocionalmente, si bien no abiertamente, estaba con Allende.

Antes de organizar esta comida, ya habíamos tenido varias charlas en diferentes logias, en las cuales Allende había participado. Yo había ido personalmente a invitar al Serenísimo a la comida. Se excusó de ir por tener a su señora enferma. Eso no era cierto, era una forma de no matricularse 100 por ciento. Pero redactó una carta de excusa.

Durante la comida, el jefe de los mozos se nos acercó y nos planteó que él y sus compañeros de trabajo querían dar su aporte a nuestra campaña. En Chile todos los restaurantes cobraban un 20 por ciento del consumo como propina. Este era el salario de los mozos. Y ahora nos dijeron que ellos querían renunciar a este dinero y aportarlo a la campaña.

Allende llegó muy cansado a la comida, Yo le había contado este hecho. El quería darlo a conocer en su discurso. En el momento de comenzar, noté que se le empezó a quebrar la voz por la emoción que le produjo ese gesto. Me estiró la mano hacia atrás, y yo le pasé rápidamente un vaso de vino blanco (Allende tomaba normalmente vino tinto. Bebía vino blanco sólo con pescado). Se tomó la mitad del vaso. Nadie notó lo ocurrido. Aparte de Allende y yo, nadie sabía que la donación de los mozos significaba un verdadero sacrificio, especialmente considerando la gran diferencia con la gente reunida ahí, de muy buen estatus económico.

Esa comida con los masones, la publicamos después en "Vistazo",

una revista del Partido Comunista. Publicamos incluso la excusa del Serenísimo. Esto causó gran revuelo dentro de la masonería. Entre los masones había ya sectores bastante reaccionarios. El Serenísimo me llamó y me preguntó quién había lanzado la publicación. Le contesté que no lo sabía, que los periodistas se conseguían sus informaciones por su propia cuenta. Entonces, quiso saber cómo había sido posible que publicaran su excusa.

"—Muy sencillo —le contesté— al leerla yo, la grabaron—".

Los masones, presionados por los sectores reaccionarios de su directiva, aprobaron una declaración diciendo que no tenían candidato. Al respecto, publicó "El Mercurio" una fotografía de Allende entrando a un local de la masonería.

A raíz de esta publicación se creó un problema entre Aristóteles Berlendis y Allende. Los sectores más reaccionarios de la masonería habían presionado para que se manifestara que no tenían candidato. Don Aristóteles Berlendis, serenísimo gran maestro, citó a Guillermo García Burr y a otros —todos masones— a una reunión. La reunión fue dura, con ásperos cambios de palabras. Posiblemente, el pato de la boda fui yo, que en la jerarquía de los masones me encontraba en un grado inferior, y porque, por otra parte, era el más vinculado a Allende. Don Aristóteles me trataba de tú, por razones de amistad con mi padre y me conocía desde niño. Hubo una época en que yo a los masones les decía "tío", por el hecho de ser "hermanos" de mi padre, ya que los masones se tratan de "hermano". Ingresé a la masonería y llegué a tener cierta categoría en la logia siendo muy joven. Antes de la campaña del año 1970 me borraron de la masonería para que no volviera a ocurrir lo que había pasado el año 1964, cuando habíamos incluido la masonería en la lucha política. En esa oportunidad, don Aristóteles me dijo:

"—Tú eres unos de los peligrosos, porque eres de esa gente que nunca llega a ser padre prior, pero que maneja el convento—"

Fue un golpe muy duro, también para personas como don Guillermo García Burr, que estaba presente. En el fondo fue como decirle, en forma indirecta, que yo lo manejaba. Al oírlo, reaccionó violentamente, y golpeó la mesa:

"—¡No le acepto a Ud. que venga a decirme esto. Porque significa que yo soy la herramienta de Osvaldo Puccio!—"

Don Aristóteles replicó:

"—¡No! Significa que Osvaldo Puccio es de esos hombres que siempre se mantienen en un semi-anonimato, pero que atrás de las bambalinas mueven algunos títeres. ¡Esto, para componer lo que había dicho antes!

Resultado: la reunión terminó abruptamente y nos fuimos a la casa del doctor. Le conté qué había ocurrido. Primeramente, se rio un poco y

comentó que eso era muy de Aristóteles. Se sentó, llamó a Miguel Labarca y le dijo en qué tenor escribiera a Berlendis. Miguel escribió una carta larguísima, describiendo lo que era la masonería, lo que había sido, cuál era el rol que tenía que cumplir. El doctor hizo algunas correcciones. Quería que yo entregara la carta.

Me recibió Aristóteles Berlendis y le pasé el mamotreto de 8 a 10 páginas. Se sentó, se puso los anteojos y empezó a leer. Habían pasado no más de 15 segundos —no puede haber leído más de media página— cuando se paró y tiró la carta con furia encima de la mesa:

“—¿Qué se imagina Salvador?—”

Tranquilamente le contesté:

“—No sé, Serenísimo. Lea la carta y después se va a dar cuenta lo que se imagina el doctor Allende—”.

Se volvió a sentar, con gran paciencia se puso los anteojos y leyó.

“—¡Yo no acepto que Salvador me venga a dar lecciones de masonería!—” —refunfuñó— y tiró las hojas al suelo.

Las recogí nuevamente del suelo y las ordené, para devolvérselas a él. Después de haber leído apenas la segunda página, volvió a tirar la carta al suelo.

Esta vez la recogí un poco más apresuradamente. Esto se repitió otra vez.

“—¡Yo no les acepto a Uds., ni a tí, ni a Salvador, que me vengan a dar lecciones de masonería!—”

Le dije:

“—El doctor Allende me ha encargado entregar esta carta al Serenísimo, pero veo que me he equivocado, pues parece que Ud. no es el Serenísimo—”.

Y me fui.

Con esto había cumplido en el fondo con el encargo del doctor. Se habló mucho de esta carta, pero la verdad es que muy poca gente la leyó.

El papel político importante que jugó la masonería fue que un grupo grande de radicales masones tomó contacto con dirigentes del FRAP, también masones.

ULTIMOS TRAMOS DE LA CAMPAÑA

Sólo poco antes de las elecciones, se hizo el sorteo de los números de los candidatos. Desde el año 58 estaba vigente la nueva ley electoral que disponía la cédula única. Entonces, Allende tuvo el número 4 y Alessandri el número 1. Y ocurrió que en todas las elecciones complementarias que se habían realizado desde ese año, siempre ganó el número 1. ¡Un extraño caso de coincidencia! Ahora se acercó el momento decisivo. El sorteo se realizaba en el Registro Electoral. Asistían representan-

tes de todos los candidatos. El doctor Allende no se encontraba en Santiago. Estaban presentes Salomón Corbalán y otros dirigentes de la campaña. Yo me había quedado en el comando. Con un grupo de la juventud del departamento de propaganda hicimos pintar tres afiches diferentes, uno con el número 1, uno con el 2 y otro con el número 3. Frente al Registro Electoral había un negocio. Ahí esperaba un compañero. Al sorteo asistía otro compañero que tenía la misión de asomarse a la ventana e indicar con el dedo al que estaba en ese negocio el número que nos correspondía. Yo estaba al lado del teléfono que mantenía desocupado, para recibir la noticia del número, y pudiera salir nuestra juventud con los letreros correspondientes, de inmediato, después del sorteo. Teníamos todo preparado, afiches, carteles, todo. Faltaba poner el número.

Recibí el llamado. ¡Número 1! Salieron rápido los compañeros a la calle. Comunicué el resultado a Allende. Después me puse a llamar por teléfono a diferentes compañeros a lo largo de todo el país para darles la posibilidad de operar con el número 1 sin demora. A Frei le tocó el número 2 y a Durán, el 3. Mientras nosotros salíamos con algarabía a la calle, la gente de Frei había preparado un afiche que decía: “Repita el triunfo de Chile en el mundial de fútbol”. En el mundial de fútbol del año 1962 había ganado Chile por 2 a 1 a la Unión Soviética. La gente de Frei hizo ahora un afiche, donde se veía en el trasfondo la portada del Estado Nacional, en que decía “Chile 2, Rusia 1”, “vota por Chile, vota por Frei”.

Estábamos bien preparados. Pero los partidarios de Frei tienen que haber tenido todo listo para cada uno de los tres casos, de modo que se pudiera imprimir en el momento de la decisión. A la mañana siguiente ya habían afiches en todas partes: “Repita el triunfo del mundial”.

Nuestro afiche era un simple cartón; el de ellos, un impreso a todo color, que aun muchos años después se podía encontrar en algunas partes del país.

Iniciamos inmediatamente una campaña con la consigna: Allende enseña a votar”: con la nueva Ley Electoral había cambiado totalmente el sistema de voto. El año 1958 mucha gente había anulado su cédula, debido a que no tenía idea de cómo votar. Sencillamente, no sabían cómo hacerlo. Por eso iniciamos la campaña “Allende enseña a votar”. Ibamos a la calle, a los lugares de trabajo con grandes votos en cartón, en que decía “Allende 1”, “Frei 2”, “Durán 3”, y con pequeñas cédulas iguales a aquellas con que iban a votar. Se explicaba a la gente cómo tenía que votar. Y que cualquier marca extra que tuviera el voto, lo anulaba. Mostramos cómo había que doblar el papel, ya que una forma diferente de doblar el voto también lo anulaba. Esta campaña la extendimos a lo largo y a lo ancho del país. Fuimos los únicos que la hicimos.

Fuimos también los únicos que teníamos interés en enseñarle al proletariado a votar.

Por otra parte, estimulamos a la gente para que se inscribiera en el Registro Electoral. La ley dice que para esto uno tiene que saber leer y escribir. La burguesía no sólo controlaba el sistema electoral, sino también a los encargados que recibían las inscripciones. Y de esa manera ellos trataban muchas veces de negarle el derecho a voto a los que no sabían escribir y leer con agilidad. Los largos años de explotación hacen que una parte de la gente nuestra tenga un alto grado de sumisión. Como consecuencia, no golpeaban la mesa diciendo que sabían leer y escribir. Por eso les enseñamos a inscribirse en el Registro Electoral. Significaba ir a buscar la gente, sobre todo las mujeres, llevarlas al lugar de inscripción y defenderlos al máximo posible de todo ese tipo de ataques. El año 1970 repetimos la campaña de "Allende enseña a votar".

En la campaña electoral de 1964 se produjeron situaciones nuevas, por ejemplo, en relación con el trabajo de la juventud. Era jefe de la juventud del FRAP la compañera Gladys Marín, que ya entonces tenía el cargo de Secretaria General de la Juventud Comunista. Planteamos que la juventud hiciera algunos trabajos voluntarios para ayudar a la población: construir y arreglar plazas de juegos infantiles, pintar escuelas. El compañero Allende aconsejó que tuviéramos paciencia, que lo que se buscaba primero no era eficiencia sino que la integración al proceso del trabajo político. El hecho de que los muchachos fueran al trabajo, cantaran, y bailaran, era útil para su formación política. Yo pensé un poco más prácticamente: si deseaban hacer una plaza de juegos infantiles, que la hicieran hasta el final y no la dejaran a medio hacer.

La juventud hizo trabajos voluntarios masivos en apoyo de la candidatura.

Cuando después del golpe nos llevaron a la isla Dawson, pasamos frente a una plaza de juegos infantiles en la Alameda, construida por la juventud. Todavía estaba ahí. Yo miré la cara de los que me acompañaban, y miré esa plaza. Me pareció sentir las risas de los jóvenes. Y vi esa plaza por segunda vez, cuando venía hacia Pudahuel, expulsado de mi patria. Los años no habían pasado sin dejar huellas, pero seguía sirviendo a los niños del barrio. Era un recuerdo vivo de lo que hizo la juventud en la campaña de 1964.

Estos trabajos no sólo se organizaron en Santiago, sino también en las provincias, en pequeños y grandes poblados. Recuerdo haber visitado una vez una escuela en Navidad, en la cercanía de Melipilla. Ahí esperaba al compañero Allende. Queríamos ir a ver el trabajo de los jóvenes. La directora me dijo ser demócratacristiana y partidaria de Frei. Pero me dijo también en forma aprobatoria, que nosotros integrábamos efectivamente a la juventud. Cuando llegó el compañero Allende se acercó a

señora. Ella le expresó que se alegraba mucho de verlo, que no iba a votar por él, pero sí, que lo felicitaba porque había impulsado a la juventud a realizar tareas útiles, y porque él respetaba a los niños como el más alto patrimonio. Allende le agradeció y le contestó que se había elegido esa escuela no por los profesores o por los electores, sino por las necesidades evidentes de renovar el edificio. Continuó diciendo:

"—Si nosotros tenemos un día el poder, vamos a dar a la juventud aún más posibilidades para que ejecute masivamente este tipo de trabajos—".

Cuando nosotros estuvimos en el gobierno, Allende participó personalmente en los trabajos voluntarios: se construyeron escuelas, casas, poblaciones; se arreglaron calles y alcantarillados, se montaron plazas de juegos infantiles. Durante el gobierno de la Unidad Popular no sólo hubo trabajos de un día. Los estudiantes pasaban a veces voluntariamente parte de sus vacaciones en el campo, en la cosecha, arreglando canales. Estas acciones se iniciaron con la campaña de 1964. La importancia que le daba Allende a este tipo de actividades era cómo se integraba la juventud en el proceso de construcción del socialismo en el país; en el proceso de sacar el país del subdesarrollo, en el proceso de la consolidación de la Unidad Popular, de la consolidación de la economía de Chile.

Hubo muchas innovaciones importantes en la campaña de 1964, con las que Allende buscó la participación de masas. Buscó el apoyo solidario de los intelectuales y artistas del mundo entero. Y creó lo que se dio en llamar, posteriormente, la Exposición de la Solidaridad.

Nació en sus inicios cómo un aporte en apoyo a la candidatura. La idea fue que artistas e intelectuales del mundo entero entregaran sus obras y que los ingresos obtenidos por la venta fuesen en beneficio de la campaña. La exposición debía inaugurarse a fines de julio. Nuestro comando había tenido poca ingerencia en esto. Responsable era únicamente Helvio Soto, que trabajaba con un grupo de intelectuales y artistas, gente de teatro, pintores y plásticos. Con una circular firmada por Allende se había pedido la ayuda de artistas e intelectuales del mundo entero. Soto viajó a diferentes partes a buscar apoyo. Las primeras respuestas ya habían llegado.

Se quería instalar la exposición en un edificio muy bien ubicado en Huérfanos esquina de calle Estado. Un hermano de Carlos Vasallo había comprado el segundo piso a una sociedad para instalar ahí su oficina y nos lo prestó para la exposición. Era enormemente grande.

Un día me dijo Allende que teníamos que organizar una reunión con Helvio Soto para saber cómo marchaban los preparativos de la exposición. Participaron en esta reunión Helvio Soto, Salomón Corbalán, Salvador Allende y yo. Soto nos informó sobre lo que se había hecho ya: que se habían mandado a hacer una vitrinas, que los arquitectos te-

nían ya el diseño de cómo exhibir las obras. Había una amplia lista, aún poco ordenada, de quiénes habían enviado cuadros. Después nos contó que estaban en el proceso de desaduanamiento de las obras, para ingresarlas al país. La legislación chilena prohibía entonces entrar cuadros al país, a menos que se pagaran altísimos derechos de aduana. Pero se podía sacar cualquiera cantidad de cuadros del país (Nuestra burguesía no tenía ningún interés en comprar cuadros en Europa, pero sí tenía interés en llevarse al extranjero las obras de arte que había en Chile; y no sólo cuadros sino también muebles. ¡Y teníamos muy hermosos muebles antiguos!). Todo esto estaba dificultando la exposición.

En esta reunión le pedimos a Helvio Soto ordenar sus papeles y acordamos juntarnos nuevamente dos días después. Teniendo ya informes más claros, queríamos ir a ver el local de la exposición. Allende había propuesto no entorpecer los trabajos este mismo día.

El viernes, que era el día que habíamos acordado, me llamó la compañera María Cristina Largo. Yo no la conocía. Me dijo: "Compañero Puccio, Ud. habla con María Cristina Largo. Yo soy la persona encargada de la exposición".

Yo pensé que era una de las personas que trabajaban con Helvio Soto y quería juntarse conmigo para ver los problemas relacionados con la exposición. Por eso le propuse asistir a la reunión con Helvio Soto y Salomón Corbalán. Entonces, me explicó que Helvio había viajado el día anterior a Europa y que iba a volver sólo en noviembre. Espantado le pregunté:

"—¿Y la exposición?—"

Me contó que él la había llevado el día anterior a una notaría, y le había dado ahí todos los poderes necesarios para retirar los objetos de arte. Le pedí que fuera inmediatamente al comando. Mientras tanto llamé a Salomón y le conté todo. Igualmente informé a Allende. El sólo me preguntó:

"—¿Cómo puede hacer esto Helvio?—"

Cuando nos reunimos, nos dimos cuenta de que la compañera sabía poco menos que nada. Soto la había llamado a la hora del almuerzo y le había pedido que se juntara con él en la tarde, en el centro. Le pidió que lo reemplazara en la exposición y le dejó un poder, para que desaduanaran las cosas debido a que todo venía a nombre de él. María Cristina Largo no tenía ningún inconveniente en cooperar en la exposición. Pero nunca se imaginó el embrollo en que estaba metida.

Resultó que ella no tenía ni un veinte por ciento de los papeles necesarios. Naturalmente, Helvio Soto había dejado su casa cerrada. Una amiga tenía las llaves en custodia. Hubo que ir a buscarlas y a pedir permiso para entrar a la casa. Ahí debimos registrar todo lo que tenía que ver con la exposición; había que buscar documentos y papeles. Yo le dí

cuenta de esto a Allende, y me dio orden de acelerar la cosa.

No podía fracasar la exposición por fallas orgánicas. Estábamos comprometidos con los artistas que nos habían enviado sus obras. Y recibimos muchos trabajos de artistas chilenos y desde el extranjero. Discos, libros dedicados y otras cosas muy hermosas. Bertrand Russell envió una carta junto con un libro dedicado por él a Salvador Allende y el pueblo de Chile. Nos llegó una partitura de Schostakovich con una dedicatoria personal. También un dibujo de Picasso, una alegoría a la paz.

Cuando se inauguró la exposición, asistieron críticos de todos los medios de comunicación, también de la oposición. Ninguno de ellos escribió en forma directa sobre la exposición, porque se llamaba Exposición de Solidaridad con el pueblo de Chile.

Después de la elección era difícil exponer todas estas obras permanentemente en el país. Se las regalamos a la Universidad de Chile. Durante el Régimen de Frei quedaron guardadas ahí un tiempo. Luego, durante el Régimen nuestro, se organizó una nueva exposición de estas obras patrocinada por la Universidad. Después se entregó al Museo de Arte Moderno. Después del golpe, la exposición de solidaridad fue saqueada. Nosotros sabemos positivamente que entre generales y oficiales se repartieron los objetos de arte. Algunos fueron destruidos, otros robados o vendidos al extranjero.

JUANA CASTRO EN LA CAMPAÑA DEL TERROR

Pocos días antes de la elección ocurrió un hecho grave. Una mañana, muy temprano, me llamó Alfonso Reyes Meza y me pidió una conversación urgente conmigo y con Salomón. El trabajaba en la Moneda en el cargo de director de la OIR (11). Nos encontramos los tres frente al hotel Carrera. Alfonso Reyes nos contó que tenía una copia del último discurso de Juana Castro. Que era un discurso muy perjudicial para nosotros y que se iba a lanzar por todas las radios. Dijo que esperaba poder retener la transmisión por un rato. Todavía no había dado la autorización para que se difundiera.

Juana Castro era la hermana mayor de Fidel Castro y su enemiga acérrima. Durante algún tiempo fue utilizada por el imperialismo como propagandista contra el gobierno cubano. Decía en su discurso que la gente se cuidara de votar por un régimen como el que sus hermanos habían implantado; que era un régimen de muerte, de miseria y de dolor. Alfonso pudo retrasar la transmisión, pero sólo por algunas horas. Quería hacerlo con una artimaña bastante simple.

(11) OIR: Oficina de Informaciones del Gobierno.

Hay una ley de protección a los artistas de radios y teatro que impide que grabaciones extranjeras inunden el país. Por ejemplo, de artistas mexicanos, que producían comedias de radio muy inferiores a las nuestras. La ley que habían conseguido los artistas de radio y teatro, impedía pasar cintas grabadas en el extranjero sin la autorización de la OIR. Y la OIR tenía que pedir a su vez la autorización al sindicato de actores. La ley de protección incluía también a los locutores y no podían leer nada que no estuviera autorizado. Alfonso prometió retener la transmisión el mayor tiempo posible. Recomendó que nosotros por nuestra parte también nos diéramos prisa, porque el discurso podía causar mucho daño.

Me apresuré a hablar con Allende, que andaba en una gira por las poblaciones. Allende pidió una entrevista con el Ministro del Interior, Dr. Sotero del Río. Este era amigo de Allende. Ambos habían sido ministros de Salud. Se fue Allende de Inmediato a hablar con él para evitar que se transmitiera el discurso de Juana Castro; ya que eso constituía una intervención en la política nacional.

Parece que la discusión fue bastante agitada. Pero el gobierno de Alessandri insistía en su punto de vista: las declaraciones de Juana Castro no eran una intervención en asuntos internos, ¡porque lo único que hacía esta señora era contar las maldades de su hermano! Que en el fondo era un discurso en contra de Cuba y no se dirigía contra ningún candidato chileno. Que si alguno de ellos se identificaba con los acontecimientos en Cuba, era problema de ese candidato y no de la señora Castro. Allende tuvo un fuerte altercado con el ministro, al cual le dijo "microcéfalo", o sea, cerebro chico. A todo esto, Alfonso Reyes me informó de lo que había pasado mientras tanto. Un periodista chileno había llamado a Buenos Aires y había grabado el discurso en forma de entrevista. Entonces, ya no era una grabación hecha en el extranjero, sino una entrevista hecha por una radioemisora chilena. De esa manera era imposible evitar que se transmitiera. Alfonso Reyes ya no podía ayudarnos, después de que el gobierno la autorizó. Había podido conseguir para nosotros solamente un aplazamiento.

Pasaron esta cinta a lo largo de todo el país y esto nos causó bastante daño. La mayoría de la gente pensaba que "si lo dice la hermana de los Castros, es porque es la verdad". Muchos chilenos son sentimentales y apegados a su familia. Las relaciones entre el hermano y la hermana son en Chile vínculos casi insolubles. Entre el campesinado y el proletariado, lo que dice el hermano mayor es de mucho peso. De acuerdo con la vieja costumbre española, el hermano mayor es el que toma el puesto del padre, una vez que éste muere. Y eso lo respetan normalmente los otros hermanos. En Chile se considera "buena familia" entre los trabajadores y entre la gente de clase media, aquella en que los hermanos meno-

res respetan a los hermanos mayores. Entonces, cuando en este caso, la hermana mayor de Fidel Castro sostenía que su hermano era un asesino, era eso como un llamamiento: "¡Cuídense de que no llegue a pasar lo mismo en su país que en Cuba!"

La entrevista, en el contexto de toda la campaña del terror, fue la gota de agua que faltaba. Posteriormente, supimos por los informes del Senado norteamericano que la campaña del terror estaba financiada por la CIA. Frei, la Democracia Cristiana y la derecha, no eran más que meros títeres.

DERROTADOS UNA VEZ MAS

En la elección de Naranjo nos habíamos dado cuenta de la importancia que podía tener un apoderado de mesa de buena calidad. Tenía que ser un hombre que supiera sacar el máximo provecho de la ley electoral en favor de nuestros objetivos. Empezamos a formar estos apoderados a lo largo de todo el país. Los abogados hicieron cursos especiales. Llamamos a los partidos para que pusieran cuadros apropiados a nuestra disposición. Necesitaban tener, por lo menos, una escolaridad de 10 años y tenían que darse cuenta de los resquicios que ofrecía la ley en cuestión, con la cual nosotros teníamos que actuar. El compañero Allende habló personalmente ante ellos en Santiago.

Con la campaña de "Allende enseña a votar" y la formación de apoderados se nos acercó el día de la elección. Salvador Allende estaba inscrito en Viña del Mar, porque era senador por esa zona. Por lo tanto tenía que ir por la mañana del día de la elección hacia allá a votar. El se decidió a viajar la noche anterior a Viña del Mar, votar ahí a primera hora, para estar de vuelta en Santiago cerca de las 10 de la mañana.

Yo debía quedarme en Santiago, para estar a la disposición del comando. Pero en la mañana del día de la elección me llamó Allende a mi casa y me pidió que me trasladara a Valparaíso, a Viña. Salí a juntarme con el compañero Allende. En el fondo no me necesitaba, pero parece que le gustaba que estuviera cerca de él. Como siempre lo había acompañado a votar, tal vez quiso que esta vez también lo hiciera. Cuando llegué a Valparaíso, él ya se había dirigido a Viña. Entonces, salí inmediatamente hacia el local de votación. Me encontré con él cuando venía ya de vuelta y lo acompañé a una breve gira por las mesas de votación de Valparaíso. Después volvimos a Santiago.

En el camino parábamos en los diferentes puntos de votación. Nos detuvimos un rato en Casablanca, posteriormente en Curacaví y en Maipú. Alrededor del mediodía, llegamos a Santiago. Se notaba que el triunfo no iba a ser nuestro. Allende fue después a almorzar a la casa de Carlos Vasallo. Como a las 4 de la tarde recibimos los primeros resultados

electorales. La derecha hizo siempre el mismo juego electoral. Los vocales de las mesas deben quedarse 8 horas, el tiempo en que están abiertos los locales de votación. Después de estas 8 horas, el presidente de la mesa debe cantar los nombres de las personas que no hayan votado aún. En el fondo es absurdo, una disposición de los tiempos en que las elecciones tuvieron lugar en pequeños reductos, donde se podía llamar de esa manera a los atrasados para que votaran. Si han votado todos los que tienen derecho a voto, se puede cerrar la mesa, aunque sólo haya pasado media hora después de las 8 de la mañana. Los especialistas de propaganda de la derecha siempre se encargaron de buscar algunas mesas en el país, en las que habían votado todos los electores a primera hora. O compraron los electores o se les incentivó diciéndoles que iban a estar en la primera mesa en el país que votó. Después dieron los resultados. En estas mesas los resultados eran siempre muy favorables a la derecha.

Con esto, la derecha produjo un efecto psicológico. Supongamos, que son las 2 de la tarde. Quedan aún dos horas de votación. Si ya el 60 o 70 por ciento de los votos aparecen siendo para un candidato determinado, esto influye en los que aún no han votado. En la elección de 1964 nos hicieron esta jugada en dos o tres partes.

A nuestra vez tuvimos algunos resultados cerca de las cuatro y media de la tarde. Nos dimos cuenta de que Frei estaba sacando una muy alta proporción de votos. Yo me fui a la casa de Carlos Vasallo con las primeras proyecciones hechas por nuestro departamento electoral y revisadas por Salomón y le entregué los antecedentes al compañero Allende. Nos quedamos allí media hora más. El triunfo de Frei fue grande: había obtenido la mayoría absoluta. De unos 200 votos, 110 eran para Frei, 70 a 80 para Allende y 10 para Durán.

Cuando salimos de la casa de Vasallo, me puse en el bolsillo un puro que Carlos me había ofrecido. Al llegar a la calle Allende hizo algo muy insólito. Me sacó el cigarrillo del bolsillo, me pidió fósforos y se fue fumando hasta la calle Catedral. La gente lo miraba desconcertadamente. Yo tampoco sé qué le ocurrió en ese momento a Allende. Me extrañó verlo en una actitud desafiante, típica de la burguesía. Fue la única vez que lo vi así. El tenía la conciencia de que iba a perder, pero probablemente nunca pensó que la derrota iba a ser tan aplastante.

Frei ya estaba celebrando su triunfo. Allende me encargó instalar parlantes en el comando, porque quería hablar. Habló desde el balcón de su oficina. Yo escuché este discurso desde la puerta de la mía y debo haber tenido seguramente una cara de decepción, pues, pasando después por mi lado, me golpeó levemente con el puño y me dijo que no me amargara, que no me desanimara, que en 1970 íbamos a ganar, Allende tenía el enorme don de absorber las derrotas. Minutos después, ya estaba pensando en la próxima campaña.

Cuando llegué a la mañana siguiente a la casa de Allende, estaba aún en cama. Subí a su dormitorio y me senté al lado de él. Era el Allende de todos los días. Su pensamiento estaba dirigido hacia el futuro:

“—Oswaldo, la lucha ahora va a ser mucho más dura. Esta gente nos muestra una nueva cara del imperialismo. No van a implantar un régimen brutal. Puede ser que hagan algunas pequeñas reformas, más de forma que de fondo. Pero ellos tienen a su lado un grupo del proletariado y pueden conseguir más. Esto significa para nosotros que tenemos que definirnos más claramente. No todos van a tener la capacidad de enfrentar nuestra lucha—”.

A mí me aconsejó, como dicen los huasos, “que me afirmara los pantalones, que íbamos a galopar”. Que los próximos seis años iban a ser muy duros. No dudaba en absoluto que en 1970 el pueblo iba a ser gobierno. Tenía el optimismo de siempre, la imperturbable confianza en la masas. No tenía la misma confianza en la pequeña y mediana burguesía, pero tenía la convicción de que el proletariado iba a entenderlo.

Ese mismo día, en una reunión del comando, Allende planteó estos puntos. Dijo que había que tener una política mucho más clara, porque los demócratacristianos iban a tratar de llevar la confusión al proletariado con medidas populistas.

“—¡Nosotros tenemos que mantener nuestro programa, aclararlo, difundirlo. Tenemos que empezar inmediatamente a explicar qué significa este gobierno demócratacristiano y por qué se ha producido la derrota del Frente de Acción Popular!—”.

Por primera vez, después de mucho, el doctor fue a descansar algunos días a su casa en Algarrobo. Yo me fui tras él dos o tres días después. Recién había llegado, cuando nos avisaron que se estaba quemando el comando. Volvimos con Allende a Santiago y en el lugar del incendio, todavía estaban trabajando los bomberos. La vieja casona, donde había papeles por todas partes, estaba completamente destruida. Alguien había tirado un cigarrillo y en pocos minutos ya no quedaba absolutamente nada.

Un día antes de la elección, cuando las comisiones ya estaban por terminar su trabajo, habíamos empezado a tomar algunas medidas orgánicas. Queríamos prevenir el embrollo que se había producido en todas las demás campañas; el día después de la elección nadie sabía dónde estaban las máquinas de escribir, las estadísticas y otros materiales. Poco a poco fuimos guardando las cosas más importantes en el subterráneo. Gracias a esto se salvó el 98 por ciento de los materiales que teníamos, muebles y máquinas. Se perdió un taller fotográfico y parte de un taller de grabación.

Esa noche, después del incendio, había que bajar al subterráneo, a sacar las cosas. Solamente tenía llave yo. Habían venido otros compañe-

ros más. también Myriam y los niños. Toda la noche estuvimos acarreado las cosas a mi casa, antes de que se mojaran o se destruyeran.

Cuando al día siguiente estábamos hurgueteando entre los escombros apareció un personaje de la televisión, Don Francisco. Se me acercó por atrás:

“¿Se les quemó la paquetería?”

Yo lo quedé mirando y le pregunté si no había oído nunca hablar del ave Fénix.

El hombre rio:

“¿Es que cuando ocurrió lo del ave Fénix, no habían escopetas. Hoy, con escopeta del 16 uno puede matar al ave Fénix!”.

Lo quedé mirando y repliqué:

“Al ave Fénix es muy difícil matarla. ¿No sabe Ud. que el ave Fénix es inmortal? Porque surge una idea de la ceniza. Esto tal vez hace difícil que Ud. me entienda”.

Durante nuestro gobierno, este personaje fue dos o tres veces a la Moneda; quería que le cooperáramos en su programa de televisión. Se portó frente a mí en forma melindrosa. Varias veces estuve por recordarle el incidente del incendio, pero me arrepentí. Al final, un día le pregunté si se recordaba de un incidente del año 1964, en que hablábamos del ave Fénix.

“... Sí —me contestó,— en esa oportunidad hablé con un obrero que trabajaba ahí—”.

Cuando le dije que había sido yo, no quiso creerlo y se apresuró a asegurar que había sido solamente una broma. Yo le dije que lo entendía, pero que a pesar de eso yo nunca le había hecho sentir que el ave Fénix realmente salió de su ceniza.

DESPUES DE LAS ELECCIONES

De acuerdo con mi compromiso con Allende volví a fines de octubre o los primeros días de noviembre, a la firma en la cual yo trabajaba. Pero por las tardes, seguía trabajando con el doctor. En comparación con las múltiples actividades de la campaña, no era mucho lo que había que hacer. Pero nunca faltaba una invitación para el compañero Allende a un sindicato, a una población, a un núcleo del partido. Había siempre algo a lo que yo lo acompañaba. Durante las elecciones parlamentarias del año 1965, hicimos varias cosas, sobre todo en Santiago, pero los resultados fueron desalentadores para nosotros. Los demócratacristianos obtuvieron cerca del 45 por ciento de la votación y sacaron un gran número de parlamentarios. Allende estuvo toda esta primera época del período de Frei, un poco a la expectativa. Muchos pensaron que Allende era un político acabado. Todos, menos el doctor.

En los primeros meses del año 1965, traté de arrendar una nueva casa. Quería una más grande. La casa, en que yo vivía había quedado después del incendio en malas condiciones, Myriam y yo empezamos a buscar. Un día apareció en el diario el ofrecimiento de una casa en la calle Santo Domingo. Myriam fue a ver la casa. Volvió fascinada. El edificio tenía tres pisos: abajo una salita, living, comedor, pieza para la empleada, baño y subterráneo; en el segundo piso, 3 dormitorios, 2 baños; en el tercer piso, un baño, un dormitorio y una sala de estar. Terrazas en los tres pisos.

Después que Myriam me informara, me fui inmediatamente donde el propietario para arrendar la casa. Me pidió dos meses de arriendo anticipados. En la tarde llegó el señor a entregarme las llaves. Esa tarde le mostramos la casa a Allende. Me dijo que en todo caso debería arrendarla y que no me moviera de ahí. Al día siguiente llegó el dueño de la casa a mi oficina y quería deshacer el negocio. Seguramente había hecho averiguaciones acerca de mi persona y tenía problemas políticos. Estábamos hablando cuando llamó Allende. Le informé telefónicamente de lo que estaba pasando. Allende quiso hablar con este señor. El quedó extrañado. Yo observé su reacción:

“Sí, lógicamente lo conozco, señor senador . . .”

Entonces empezó a dar explicaciones y dijo que no le podía negar el asunto a Allende. Me devolvió el teléfono y Allende me contó brevemente que había arreglado la cosa. Cuando corté, el dueño de la casa me dijo que no podía negarle al senador el derecho de arrendar la casa a otra persona y agregó que Allende iba a arrendar la casa. De acuerdo con esto, se hizo el contrato a nombre de Allende. El alquilador me devolvió las llaves. Más tarde compré la casa. Lo hice por la insistencia y con la ayuda del doctor.

Allende quería establecer relaciones comerciales con los países socialistas. Dijo que había que probarle a los comerciantes que Chile estaba excluyendo a un tercio del mundo de sus posibilidades de venta. Para probarlo, necesitábamos plata. ¿Cómo podíamos conseguirla? Yo trabajaba en Studebaker y le propuse comprar una partida de autos, como cualquier otro distribuidor. Yo quería preocuparme de venderlos, durante el fin de semana, en mi casa. Compramos 10 autos. Fueron llevados a un garage con el objeto de prepararlos para la venta. Fue un día miércoles o jueves. El día domingo, eché a los niños a la citroneta de Myriam. Quería ir a ver los autos en el taller. Los mecánicos que estaban haciendo las preparaciones, también trabajaban fuera de sus horas de trabajo.

En el camino hacia allá me di cuenta de que mucha gente salía corriendo a la calle. Estábamos en la esquina de la Alameda con el Cerro Santa Lucía y vimos a un hombre maduro que abrazaba a un hombre más joven. Los dos miraban hacia el cielo. Como la citroneta tenía muy

buena amortiguación, no habíamos sentido lo que estaba pasando: un terremoto. Detuve el auto y les dije a los niños que se quedaran tranquilos. Ahí no nos podía pasar nada. Estábamos en un lugar donde no había peligro. Desde el auto vimos cómo se caían las chimeneas de los techos. Esto ocurrió el mes de marzo de 1965.

Inmediatamente después que terminó el terremoto, me fui a casa. Myriam estaba en la calle, muerta de susto, porque no sabía dónde estábamos los niños y yo. Subió al auto con nosotros y fuimos a la casa de mis padres. Después llamé al doctor por teléfono. Me pidió que lo pasara a buscar en un cuarto de hora. Con todo esto ya sabíamos que el epicentro del terremoto era en Valparaíso, en Viña y la zona de La Ligua. Dejé a Myriam y a los niños en mi casa.

Allende y yo nos fuimos a Valparaíso y Viña. El puerto estaba lleno de escombros. Nos encontramos con muchas casas desmoronadas. Esa noche alojamos en Viña en la casa de la hermana de Allende. A la mañana siguiente partimos muy temprano a La Ligua. Llevábamos ya día y medio en la zona cuando se anunció que iba a llegar el Presidente Frei. Recuerdo que Allende dijo: "A este flaco no se le va a pasar nunca lo cobarde". Sólo ahora vino a La Ligua. Habían ocurrido cosas graves en esa zona, sobre todo en el pueblito El Cobre, un poblado que debe haber tenido unos 500 habitantes. Ahí se lavaba el cobre. El terremoto destruyó el tranque de relave y se inundó todo el valle de golpe. Así quedó toda la gente bajo tierra. No valía la pena mover eso y buscar sobrevivientes. El Cobre fue no más que una gran tumba. Ya habíamos recorrido toda la zona de Aconcagua, que era la más afectada. La Ligua había sido el epicentro del terremoto.

Estábamos en casa de una compañera, que era abogada en La Ligua. Esta compañera envió al doctor, unos días antes del golpe de 1973, un gran chamanto hecho por las tejedoras de la zona. Este se encontraba en mi oficina el 11 de septiembre, y en él envolvieron los fascistas el cadáver del Presidente de Chile. Muchos especularon después que Allende había salido envuelto en un poncho boliviano o mexicano. La verdad es que su mortaja fue tejida por manos de campesinas de La Ligua. Frente a la casa de esa compañera, que debía enviar más tarde este tejido a Allende, quedaba la plaza, en la que se esperaba a Frei. Allende dijo que no iba a esconderse, pero tampoco iba a exhibirse. Salimos caminando y de repente nos encontramos de frente con el Presidente Frei. Frei llamó a Allende:

"¡Salvador!"

El doctor y Frei habían sido antes muy amigos. Pero esta amistad se rompió cuando los dos tomaron posiciones de clase antagónicas y cuando la reacción inició la campaña del terror contra nosotros. Frei repitió muchas veces que él no tenía nada que ver con la campaña del terror.

Pero, en fin, estaba en él permitirle o prohibirle. Allende se detuvo, Frei avanzó hacia él. Yo me retiré un poco hacia atrás. Allende saludó al ministro del Interior Bernardo Leighton y Frei dijo:

"—Salvador, no sabes lo que me agrada encontrarte para tener una opinión tuya sobre lo que ha pasado—".

El doctor le contestó que él no se alegraba de encontrarse con Frei. Que había pensado encontrarse con él ahí antes, y no sólo en ese momento:

"—¡Han transcurrido 48 horas desde el terremoto. Hay problemas sanitarios, de alimentación, de vivienda, todo tipo de problemas! ¡Y Ud., Presidente, viene llegando en este momento!"

Hubo un diálogo muy curioso. Frei preguntó por qué Allende lo trataba, de repente, de usted. El doctor contestó que él nunca iba a tutear a un Presidente de Chile porque le tenía demasiado respeto al cargo.

Entonces, el Presidente Frei se puso duro y cortado:

"—Senador, ¿tiene algún reclamo?"

Allende lo quedó mirando y replicó que él no tenía ningún reclamo, pero que la población, el pueblo, tenía muchos.

"—A mí no se me ha caído la casa. A mí no me falta con qué taparme, a mí no me falta qué comer, a mí no me falta atención médica. Pero a esta gente sí, le falta de todo. Hay otra gente que quedó enterrada. Ya no se puede hacer nada por ella, pero sí se puede ayudar a los pocos sobrevivientes—".

Después volvieron a encontrarse Allende y Frei varias veces.

Pero, volvamos a nuestro propósito de hacer negocios. El gobierno de Frei había instaurado relaciones diplomáticas con varios países del mundo socialista, con excepción de la República Democrática Alemana y Cuba. La razón del no-reconocimiento de la RDA fue la presión de la RFA, de la cual Frei dependía en gran medida.

Se sostenía en Chile que era imposible comerciar con los países socialistas. Algunos años antes se habían importado de Checoslovaquia unos tractores y máquinas agrícolas, sin repuestos. No era extraño encontrar en el campo tractores checos en algún rincón. Simplemente botados, sin servicio. Entonces, la gente tenía prejuicios, tanto económicos como políticos. Allende sostuvo que había que romper los prejuicios.

Reunió un grupo de personas, entre ellos Sergio Mena y yo, y nos planteó dedicarnos a este trabajo. Se me entregó a mí el cargo de gerente de ventas y a Sergio el de gerente de importación. La idea fue que tanto Sergio como yo tuviéramos un sueldo que nos permitiera vivir, y que todas las utilidades de los negocios fueran para fines políticos. Debía ser una ayuda al partido, debía servir a los movimientos revolucionarios en Latinoamérica, y estaba destinado a crear un fondo para la campaña de 1970, para no vernos otra vez ahogados en problemas económicos, como

en el año 64. Por otra parte, queríamos demostrar que Chile podía comerciar con los países socialistas.

En ese tiempo, era consejero comercial de Polonia en Chile el compañero Damián Silsky. Fui un día a conversar con él. Le planteé las posibilidades y lo invité a comer junto con Allende. El doctor hizo una larga y amplia exposición de cuál era la realidad en Chile:

“—Compañero Silsky, Ud. todavía no ha hecho ningún negocio en Chile, ni lo va a hacer, porque el gobierno no tiene ningún interés en esto. Los capitalistas no quieren tener relaciones comerciales con los países socialistas, porque deberían decirles a sus clientes, por qué han evitado este comercio hasta ahora. No quieren reconocer que las mercaderías son comparables en cuanto a la calidad, pero mucho más baratas que las de los países capitalistas. Además hay posibilidades que no existen en el comercio con los países capitalistas, como es llegar al trueque; nosotros podemos compensar una balanza de pagos vendiendo productos de Uds, y Uds. vendiendo los de nosotros. Nosotros podemos ofrecerles a Uds. materias primas en mejores condiciones de precio que las que vendemos a los países occidentales, y comprarles a Uds. en mejores condiciones que en el mundo occidental. Esto es lo que yo quiero probar. La razón política que tengo para hacerlo es demostrar que a Chile le conviene comerciar con los países socialistas. Por otra parte, queremos que las utilidades —y de todas maneras van a ser utilidades legítimas, no ilegítimas— tengan un empleo especial. Estas utilidades no van a ser para los bolsillos nuestros. Van a ser invertidas para la causa de la revolución chilena. Con las utilidades pagaremos funcionarios del partido, enfrentaremos las elecciones parlamentarias y posteriormente la elección presidencial. Esa es la razón por la cual nosotros queremos hacer negocios con Uds—”.

Esto lo convenció.

Teníamos que crear una sociedad para materializar el propósito, y creamos la Sociedad Comercial Arauco. Allende tenía pleno derecho, como lo dijo posteriormente en una entrevista, de crear todas las sociedades comerciales que permitía la ley. Como parlamentario, a él le hubieran podido censurar por parte del Estado estos negocios, si no hubieran sido negocios legítimos dentro de los marcos de la ley.

Después elaboramos un estudio de mercado para importar a Chile maquinaria agrícola polaca, maquinaria sencilla, de tracción animal, con caballos. Era nuestra intención darles a los campesinos pobres acceso a las máquinas. Para pequeños predios no sirve un tractor, sino que se necesita el tiro animal. En Chile la tracción animal se hace con bueyes; en Polonia con caballos. El ritmo del paso de uno y del otro es bastante diferente. En ese entonces vino un ingeniero que no hablaba castellano; solo un poco de alemán y portugués. Entre su alemán y el mío, su portugués, y las manos y los pies, elaboramos un proyecto de importación de

maquinaria agrícola. Para esta tarea ocupamos 20 días, a pesar de que era un proyecto para el cual normalmente se hubieran requerido 6 meses. Casi nos matamos trabajando día y noche; cada día, de nuevo, Allende nos empujó.

Posteriormente, la CORFO nos robó ese proyecto y se lo dio a una firma que también quería importar maquinaria agrícola. Otras firmas habían empezado a interesarse por el comercio con los países socialistas. Sé que nos robaron el proyecto, porque yo lo redacté e inventé simplemente algunas de las cantidades, agrandando los factores desconocidos de un estudio de mercado existente, para que pudiéramos importar cantidades mayores. Las cifras que yo había inventado se repetían exactamente en el otro proyecto. Por esto estaba seguro de que la CORFO había copiado nuestro proyecto para darlo a otra firma. No querían que nosotros hiciéramos el negocio. Lo hicieron los demócratacristianos.

Por la época en que fue elegido Presidente del Senado, Allende me llamó una noche: Salomón Corbalán había fallecido. Salomón había estado el día anterior en mi casa. El tenía el propósito de viajar a una concentración en Santa Cruz y después de su regreso queríamos deliberar sobre una acción de ayuda. Se trató de movilizar al campesinado. Para esto, él necesitaba dinero y Allende me había solicitado que buscara alguna fórmula para proporcionárselo. Salomón había ido a verme, me había dicho que iba a salir de viaje por un día y que quería hablar después conmigo sobre este asunto. Y ahora Allende me comunicaba que había fallecido. Salomón tuvo un accidente automovilístico, y murió en el camino hacia el hospital de San Bernardo. Para mí fue un impacto bastante duro. Tenía de él la más alta opinión y creo que su pérdida fue un rudo golpe para el proceso revolucionario chileno. Era un político nato, culto, de gran visión y extraordinaria capacidad de trabajo. Su presencia habría allanado muchos de los problemas a los que nos hemos visto abocados, tanto durante el gobierno como después del golpe del 11 de septiembre. Allende le tenía gran respeto intelectual y una enorme confianza en su capacidad. Salomón murió muy joven. En lo personal, tengo hasta hoy una sensación de culpabilidad por su muerte, pues me pidió varias veces que lo acompañara ese día. Yo no lo quise hacer por cumplir labores que ahora, miradas desde otra dimensión, parecen mínimas. El exceso de esfuerzo y el cansancio lo hicieron dormirse y, tal vez por eso, el que lo acompañó se durmió también y chocaron contra un camión remolcado. Salomón nos hizo mucha falta. Teníamos que seguir trabajando sin él.

Entonces yo estaba muy ocupado con las operaciones de la Comercial Arauco. Estábamos buscando la posibilidad de vender un matadero frigorífico polaco a Punta Arenas. Era una vieja aspiración en la zona tener un matadero frigorífico municipal. Eso hubiera hecho independientes de los grandes consorcios a los pequeños y medianos productores. Estos

tenían sus frigoríficos, donde sólo mataban su ganado. Entonces, los pequeños ganaderos tenían que esperar siempre hasta que los grandes consorcios terminaran su faena, para entrar a matar el ganado de ellos. A veces eran 15 o 20 días, en los que el ganado perdía peso. Por lo tanto, era positivo venderle a la ciudad su propio frigorífico. Allende había planteado varias veces que era tiempo de prestarles, en esa zona, ayuda técnica a los pequeños y medianos productores. Ahora se nos presentaba la oportunidad. Junto con el consejero comercial polaco, compañero Silsky, fuimos a Punta Arenas.

Ese día tuvo lugar la elección complementaria, ya que a la muerte de Salomón se había producido su vacante senatorial en O'Higgins y Colchagua, la 5ª circunscripción. El FRAP levantó la candidatura de la compañera María Elena Carrera, militante del Partido Socialista y viuda de Salomón. Por primera vez me sentí marginado de un proceso que hasta ese momento fue tan cercano. Esta elección que tenía tanta vinculación con Salomón, se realizó sin que yo tuviera ninguna ingerencia: me encontraba a 3.000 kilómetros de distancia.

Posteriormente, durante el gobierno nuestro, se materializó el proyecto del matadero frigorífico. Nosotros no teníamos interés en el negocio en sí, sólo queríamos hacerlo provechoso. Era alcaldesa de Punta Arenas en ese entonces, la compañera Nelda Panicuchi. Con ella vimos todas las posibilidades para realizar este proyecto y formar una asociación de pequeños y medianos productores.

Uno de nuestros interlocutores más importantes respecto a cuestiones económicas era el compañero Carlos Zanzi, quien posteriormente fue Vicepresidente de la Corporación de Magallanes. (Después del golpe fue brutalmente torturado, igual que su señora). Nuestra permanencia en Punta Arenas nos dio una visión muy clara de lo que podría ser ahí una industria pesquera. Viajamos con el compañero Silsky a Tierra del Fuego y visitamos en Porvenir algunas empresas pesqueras. Además recorrimos también parte del Estrecho de Magallanes. Después recopilamos todos los antecedentes que se necesitaban para el proyecto de una sociedad mixta chileno-polaca para la explotación de la cholga. La cholga es un marisco muy proteínico, lo mismo que la centolla, que existe en grandes cantidades en esas aguas. Hicimos estudios sobre diferentes proyectos pesqueros, así como un estudio de integración para una sociedad chileno-polaca, que nunca se realizó.

Allende me pidió interrumpir mi trabajo en los negocios por algunos días, para recorrer junto a él las zonas de Valparaíso y de Punta Arenas. Pasamos por Valparaíso en gira relámpago de 4 ó 5 días. La posibilidad de una candidatura de Allende el año 1970 era, en realidad, mínima. Alguna gente muy cercana a él planteaba incluso que presentándose a elecciones con el sistema democrático-burgués no se llegaba a nada. Otros

eran de la opinión que había que buscar un hombre nuevo, una cara nueva. Pero la mayoría de la izquierda no creía en la posibilidad de llegar a la Presidencia por la vía de las elecciones.

En ese tiempo se creó en Cuba la OLAS (12), que, en el fondo, era una idea de Allende. Fue la base de apoyo de los movimientos insurgente armados en Latinoamérica, entre los que se contaba la experiencia de crear un centro de guerrilla en Bolivia, donde entregó su vida el Che Guevara y un gran número de revolucionarios de toda América Latina. A su vez, la organización fortaleció la causa de liberación de nuestros pueblos, los que en cierta medida aprendieron a perderle el miedo a las oligarquías y al imperialismo. Las fuerzas de la derecha se asustaron con la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad. Con ella surgió un gran fantasma. Salvador Allende, hábilmente, se encargó de inflarlo, porque el 80 ó 90 por ciento de la dirección del Partido Socialista estaba en una postura de extrema izquierda, mientras el Partido Comunista buscaba un entendimiento con los sectores de izquierda de la democracia cristiana. Allende con su acción, trataba de llevar a los partidos de la clase trabajadora a una línea política más homogénea y evitar que, por problemas tácticos, se rompiera la unidad socialista-comunista.

DIVISION DEL PARTIDO SOCIALISTA

A pesar de todos los esfuerzos, se produjo la división del Partido Socialista. Este fue un impacto bastante grande y la reacción le sacó provecho. Pero cuando procedieron a atacar directamente al compañero Allende, éste recuperó su estatus político, y se convirtió de nuevo en el hombre de la izquierda.

Durante el congreso del Partido Socialista en Chillán ese año 1967, Allende me encargó que me preocupara de los delegados de la República Democrática Alemana. Eran los compañeros Werner Kirchhoff y Friedel Trappen. Por un error, no llegué oportunamente al aeropuerto. Tomé contacto con Harry Spindler, el representante de la RDA en Chile, con quien tenía relaciones de amistad, y de esa manera me encontré finalmente con los compañeros. El congreso no nos dejó mucho tiempo. Los invitamos a una comida en casa de Allende y a una, en mi casa.

A la comida en mi casa asistieron, aparte de los dos compañeros y de Allende, Aniceto Rodríguez, recién elegido Secretario General del Partido, y María Elena. Durante ese encuentro, Allende planteó directamente que él quería ser candidato. Y dijo que si no era él, iba a ser otro hombre

(12) OLAS: Organización Latinoamericana de Solidaridad. Allende fue su primer Presidente.

de la izquierda. Que para eso, la izquierda iba a luchar duramente, y que se necesitaba la ayuda de los países socialistas, también la de la República Democrática Alemana. Naturalmente, los dos compañeros alemanes, en ese momento, no contestaron concretamente. Pero este congreso y la estadía de los compañeros Werner Kirchhoff y Friedel Trappen en Chile, consolidaron nuestros vínculos con la RDA.

Respecto a los negocios con los amigos polacos, viví una experiencia significativa: Allende se encontraba de viaje fuera de Chile. A mí se me invitó a una reunión en la cual me encontré, aparte de los socios de la Arauco y de los representantes polacos, con un grupo de demócratacristianos. Empezaron conversaciones sobre negocios que la Arauco quería realizar con Polonia, junto con los demócratacristianos, y esto, como a mí me dijeron, ¡con la aprobación de Allende! Yo no estaba de acuerdo. Entonces, uno de los representantes polacos dijo que se iba a hacer el negocio, estuviera yo o no. Repliqué que el problema era de ellos, les dije buenas tardes y me fui.

Ese mismo día volvió Allende. Fue la primera vez que no lo fui a esperar. Al día siguiente, retiré mis cosas de la oficina de la Arauco y me instalé en mi antigua oficina. Para mí fue muy doloroso dejar atrás todo lo que había hecho en los años que llevaba con Allende. Tenía la sensación de que el doctor me dejaba expuesto al sol, como un mono de nieve. De esa manera pasaron dos días, hasta que Allende me llamó, y me pidió que fuera a su oficina.

Allá me preguntó:

“—Entonces, Ud. se fue de la Comercial Arauco. ¿Cómo va a liquidar las cosas?—”

“—Me da lo mismo—, dije, —ahí queda todo—”.

El observó que yo había invertido mucho dinero. Le respondí que no era mi dinero, sino el del movimiento, y que se lo iba a regalar. Quería saber por qué yo me retiraba de la Arauco. Le señalé que él muy bien sabía la razón. Que yo no estaba dispuesto a hacer negocios con esa gente. A su réplica de que yo era muy amigo de algunos de los demócratacristianos, le contesté:

“—Cierto, soy amigo de ellos. Pero no haría negocios con ellos para repartir la plata del Partido Socialista entre la democracia cristiana y la izquierda—”.

A aquel hombre de los demócrata-cristianos, con quien me unieron vínculos amistosos, ya lo había llamado para comunicarle que iba a hacer muchas cosas con él, menos negocios, porque sirven para ganar plata. Le dije que si se trataba de eso yo me desentendía de la política para dedicarme a los negocios, y que de ninguna manera quería ponerme a su disposición para negocios políticos. Agregué que no tenía el propósito de servir de mascarón de proa para que ellos pescaran a los compañeros

polacos.

A todo esto, se había producido un hecho del que yo no tenía idea. Allende me dijo que recordara que Lenin llegó en un tren alemán a dirigir la revolución. Esto yo lo sabía, pero ¿qué tenía que ver el tren alemán de Lenin en este asunto? Me contestó que él sólo quería conocer mi opinión. Yo me levanté y me fui.

Con todo esto, me sentí bastante amargado. Esa tarde, me llamó el embajador polaco. En otras oportunidades me había tratado siempre de don Osvaldo. Esta vez me dijo:

“—Compañero Puccio, queremos hablar con Ud—”.

Estaba en ese momento en Chile un alto personero polaco, un experto comercial. Yo no tenía ningún inconveniente en conversar con el Embajador. Me preguntó a qué hora podía ir a mi casa. Le recomendé que nos juntáramos en mi oficina.

Como me encontraba en ese momento en mi casa, me fui a la oficina. Ahí ya estaban esperando el consejero comercial y el representante que habían mandado los polacos a Chile, a crear la sociedad con nosotros. Pocos minutos después llegaron el embajador y este personero. Me plantearon lo siguiente:

“—Compañero Puccio, venimos a ofrecerle a Ud, todas las representaciones que Ud. quiera tomar. Elija de las representaciones que tenía Arauco. Y si no tiene dinero, nosotros le podemos prestar—”.

Les contesté que estaba muy agradecido, pero que ellos habían sido muy injustos al decirme que iban a hacer el negocio con o sin mí. Añadí que, por otra parte, yo no iba a ir contra el compañero Allende.

Los amigos polacos se miraron entre sí y le tradujeron a este alto personero. Este me preguntó:

“—¿Por qué contra el compañero Allende? Por lo que tengo entendido, Ud. puede contar con el apoyo absoluto del compañero Allende—”.

Y me contó que Allende había llamado por teléfono el día siguiente de su llegada para decir que él compartía mi opinión y que me daba todo el respaldo. Que si querían hacer el negocio en la forma en que lo habían planteado el otro día, lo hicieran sin él. Me explicaron que habían liquidado la sociedad y que querían ofrecérmela ahora a mí, con el respaldo del compañero Allende. Yo les agradecí, les pedí que me dieran algún tiempo para pensarlo y agregué que su ofrecimiento significaba un gran apoyo para mí. Al poco rato que habían salido los polacos, me fui al Senado. Pregunté por el doctor, que estaba en sesión. Salió a los pocos minutos:

“—Osvaldo, le debo decir que su actitud fue para mí una gran satisfacción. Como amigo, yo no esperaba otra cosa de Ud. En nuestra última conversación quise probar hasta dónde Ud. era duro. Si Ud. hubiese cedido, me habría decepcionado. Le habría retirado el poder

general que le he dado, lo habría retirado mi respaldo. La confianza que he puesto en Ud. no era en vano—”

Ese fue, con otras palabras, el término de Comercial Arauco. Iniciamos una etapa que tenía un carácter político. Empecé a efectuar algunos pequeños negocios que me permitían vivir, y dediqué mucho tiempo al trabajo político con Salvador Allende. Fui más al Senado, me dediqué nuevamente más a los asuntos del doctor.

En ese tiempo cayó el compañero Che Guevara. El compañero Allende hizo todo lo posible para recuperar el cadáver, lo pidió, lo exigió, incluso a través del Senado y en público. Hizo declaraciones políticas, movilizó a la opinión pública y también a la prensa.

Después de la muerte del Che, un grupo de cubanos que habían luchado en Bolivia, habían atravesado la Puna a pie para llegar a Chile. El compañero Allende mandó a Elmo Catalán a buscarlos. Elmo pasó muchos días buscándolos en la zona donde tenían que llegar. Pero, por esos azares del destino, fue un periodista de “El Mercurio” el primero en descubrirlos. Los trajeron con gran escándalo a Santiago. Las posibilidades que tenían para irse a Cuba eran inseguras. Por Europa o por EE.UU. no podían viajar. Al viajar a Europa, los aviones hacían escala en Perú, Bolivia, Argentina, Uruguay o Brasil, y por último, en España. Sólo desde ahí había combinaciones a Francia para llegar a un país socialista, desde donde a su vez había combinación a Cuba. La única posibilidad era llevarlos por el Pacífico hasta Tahiti, pasando por la Isla de Pascua, y que a Tahiti viniera a buscarlos el embajador cubano en Francia.

En esta oportunidad quedó demostrado qué hombre era Allende. Se embarcó en un avión para acompañar a los compañeros cubanos hasta Tahiti para dejarlos ahí bajo la protección del embajador cubano. Esos cuatro compañeros le deben la vida a Allende. Hay que recordar el pro-vecho político que le sacó la reacción a este hecho: “¡Allende acompaña a cuatro guerrilleros!” Pero Allende se hizo tomar una foto en Isla de Pascua jugando pinpón con sus protegidos. Y cuando bajó del avión de vuelta de Tahiti llevaba puesta una guayabera, vestimenta nacional cubana; tenía en la mano un bastón tahitiano y en la cabeza un sombrero de pita. Así se presentó abiertamente a los críticos como símbolo para decir: “Fui hasta Tahiti; yo, el Presidente del Senado, estuve en Tahiti”. Todo el mundo pensó que la derecha iba a botarlo de su cargo de Presidente del Senado. Pero se dieron cuenta de que hubiera sido imprudente, porque Allende había exhibido todo esto como la cosa más natural del mundo. Su destitución hubiera causado mucha más sensación.

Elmo Catalán siguió trabajando como periodista, como relacionador público de la Confederación del Cobre. Posteriormente se fue a Cuba. Volvió a Chile y luchó después junto con Inti Peredo. Ahí cayó asesinado.

Por entonces, me llamó una compañera y me preguntó si yo podía hospedar en mi casa a un compañero que estaba enfermo. Yo no tenía ningún inconveniente. Allende me aconsejó que lo hiciera con cuidado y que lo llamara si pasaba algo. Yo sospeché que el compañero que me habían anunciado estaba en una situación muy difícil. El se hacía llamar Piga. Era un brasileño que iba camino a Bolivia, donde quería participar en la lucha. Este muchacho, que era aún bastante joven, había sufrido un accidente. Lo había atropellado un automóvil en pleno centro de Santiago, pasándole por encima de las piernas. Con gran valor y fuerza de voluntad había logrado caminar algunas cuabras. Tomó un taxi y se hizo llevar a su casa, donde se desmayó. Nuestros médicos lo atendieron. Después de que se mejoró un poco, le recomendaron reposo. Pero esto no lo podía hacer donde vivía. Por eso lo mandaban a mi casa. Estuvo con nosotros unos 20 días.

El muchacho era un buen revolucionario, un marxista por convicción y tenía gran experiencia de lucha. Este hijo de una familia burguesa del sur de Brasil, estaba convencido de que la lucha en Latinoamérica tenía que ser a sangre y fuego. Según su opinión, sólo se podía conseguir la libertad de los latinoamericanos derrotando militarmente al imperialismo. Pero excluía de este proceso a Chile, y entendía y compartía la posición del compañero Allende. Creía que Chile era una especie de ínsula en el proceso latinoamericano, en la cual todavía había la posibilidad de llegar al gobierno, si bien no al poder, por la vía electoral. Y sostenía que si lo- gráramos obtenerlo, si llegáramos al gobierno, entonces iba a ser para lo otros pueblos latinoamericanos no sólo un cambio de gobierno. Un día, como esas aves que anidan en otra parte y se van, se despidió de nosotros y se fue. Tiempo después supe que había muerto en un combate en Bolivia.

Por ese tiempo surgieron nuevos problemas para nosotros. El MIR empezó a expropiar los primeros bancos. Este nos causó serios conflictos. Sus acciones eran contrarias a la posición de Allende, que buscaba el camino pacífico hacia el socialismo, según las reglas del juego de la democracia burguesa, para llegar de esta manera al gobierno.

El año 1968 estas acciones iban en aumento. Un día me llamó Gas-tón Pascal y me pidió un servicio. Su hijo Andrés era buscado en todo el país, por ser uno de los jefes del MIR. Virtualmente, ya no tenía dónde alojar. Su padre me preguntó si yo lo podía hospedar algunas días en mi casa. Yo acepté de inmediato sin consultar antes a Allende, ya que si bien era un gran riesgo político esconder a un mirista, pues la política que ellos propiciaban era la vía armada, que contradecía el camino al so-cialismo planteado por Allende, sabía muy bien que éste jamás dejaría abandonado a un revolucionario. Al día siguiente de llegar Andrés a mi casa invité al doctor. Fue a comer y se encontró con Andrés. Después

de la comida, Allende se encerró conmigo y con mi familia. Fue muy duro con nosotros y sostuvo que mi cercanía con él no me permitía tomar este tipo de resoluciones sin consultarlo previamente. Aparentemente, se fue molesto.

A la mañana siguiente, me llamó por teléfono y me pidió que fuera a su oficina. Llegué como a las 10 de la mañana al Senado. Me pidió que lo acompañara. Caminamos por varias calles céntricas, por Ahumada, Estado, pasamos por el Banco de Chile. En el fondo no hicimos nada. Sólo que en el momento de salir del Senado, compró en una tienda una gran caja de bombones, que debía llevarle a Myriam, en su nombre. Allende no era un hombre que en estos casos diera explicaciones. Andrés estaba en mi casa y el doctor quería decirme que me daba su respaldo. Tiempo después, el doctor me dijo que la crítica de esa noche había sido principalmente porque, si hubiera ocurrido que este compañero, que además era hijo de su hermana Laura, hubiese sido descubierto, el hecho no podía pillarlo a él de sorpresa.

Llevar al muchacho a nuestra casa significaba realmente un gran riesgo. En una especie de reunión familiar lo había explicado a todos. Si era sorprendido este hombre, se acabarían los estudios de los niños, se terminaría mis negocios. También Allende no podría decir más que "lo siento mucho". Por eso quería que la familia decidiera si ayudábamos a un compañero, que es un revolucionario, al que no podía dejar desamparado, aunque seguía una política con la cual yo no estaba de acuerdo.

Teníamos que planificar ahora nuestra vida familiar en forma absoluta. Si me tomaban preso a mí, quedaría la mamá a cargo de la casa; si nos tomaban presos a los dos, quedaría Osvaldo en ese papel. Si detenían a Osvaldo, se encargaría Carlos de esta tarea, y si se lo llevaran también a él, entonces, José Miguel debía tomar un bus para ir a la casa de los abuelos. Este no tenía capacidad aún para mantener la casa. Después de que expliqué todo eso, la familia dio su consentimiento.

En esta época empezó una vida bastante agitada. Durante la estadía de Andrés en mi casa, tuvimos muchas discusiones con el MIR, para llegar a un entendimiento y para impedir acciones que nos perjudicaban. La última "expropiación" que hicieron ocurrió un día por la mañana. Los compañeros del MIR se tomaron un banco cerca de la Vega Poniente. Lo hicieron disfrazados de oficiales de ejército.

Esa tarde, Allende planteó que era indispensable que el MIR suspendiera los asaltos de bancos, porque esto nos creaba muchos problemas. Que era mi obligación convencer a los compañeros. Empecé largas conversaciones con los compañeros del MIR, primero con Andrés Pascal, después con Miguel Enríquez y los otros. Con Andrés hablé muy largo, para intentar convencerlo de que Allende tenía la razón.

Al mismo tiempo, avancé el otro trabajo político. Los radicales es-

taban dispuestos a ingresar a la Unidad Popular. En efecto, ya lo habían hecho en la elección complementaria de Cautín, en la que nosotros apoyamos a Baltra. Fue la primera campaña que hicimos juntos. Pero dentro de la Unidad Popular, no había una decisión clara respecto al candidato. Había levantado su candidatura Rafael Tarud, independiente, que había sido elegido con el apoyo de la izquierda. No tenía ninguna posibilidad de salir escogido, pero, no obstante, invirtió mucho dinero en su candidatura y creó con esto múltiples problemas, pues para designar candidato a Allende, tenían que retirarse los demás candidatos.

Vale la pena narrar la nominación de Tarud. Rafael Tarud se hizo postular como independiente y entusiasmó para esto a la colonia árabe. El mismo es de ascendencia árabe. Era senador y fue ministro de Ibáñez. La colonia árabe en Chile en general es muy rica, pero hay también una gran cantidad de árabes, que tienen solamente pequeños negocios y que son discriminados socialmente, sobre todo entre la pequeña y mediana burguesía. Son casi todos buenos comerciantes, que en general trabajan en el comercio al por menor. Cuando llegaron a Chile, al principio del siglo, fueron muy mal mirados. Hoy día, la gente de la colonia árabe es bastante respetada. Hay, aparte de una gran cantidad de pequeños comerciantes árabes, familias como los Yarur, los Sumar y otros grandes industriales, en la mayoría de los casos del área textil. Algunos de ellos, como los Hirmas y los Yarur, tienen incluso sus propios bancos. A los pequeños comerciantes se dirigía Tarud y le pedía a cada uno un pequeño aporte. No fue Yarur quien le dió 100 millones de pesos, sino que 100 personas más modestas, de ascendencia árabe, le dieron un millón, porque él realmente los había convencido de que tenía posibilidades de ser candidato presidencial. Les prometió que, una vez asumida la presidencia de Chile por él, iban a ser superados todos los problemas de discriminación racial y social de que ellos eran objeto.

Rafael Tarud se lanzó a una campaña electoral sin destino, pero tenía una carta en la mano para poder jugar en un momento determinado frente con cualquier candidato. Se hizo un nombre mediante gran propaganda. Me acuerdo que todo el camino a la costa estaba rayado con el nombre Tarud, decía solamente Tarud-Tarud-Tarud. No "Tarud Presidente", o "Voten por Tarud", ni "Reforma agraria con Tarud". Nada de esto. Cuando me encontré un día con él en el Senado me dirigí a él y le dije:

"—Rafael, ayer fui a El Quisco. Es realmente impresionante, ¡todo el camino de ida y vuelta está rayado con tu nombre!—".

El fingió asombro. Le dije que no había piedra donde no dijera Tarud y que esto tenía que haber costado una fortuna. Me contestó que no sabía nada de esto, que seguramente había sido la juventud universitaria. Nosotros contuvimos la risa. No debe haber habido un solo joven universitario en Chile, como no fuera su hijo, partidario de Rafael Tarud,

de este hombre sin programa, sin partido. Con seriedad dijo que las juventudes universitarias salían a rayar Tarud en el camino, en circunstancias que nosotros sabíamos positivamente que había contratado gente, a la que se le pagaba por letrero.

Uno de los organizadores de la campaña de Tarud era un periodista, Lucho Rodríguez, que era casi ciego, pero un hombre capacitado. Arrendó una enorme casa para el comando de Tarud. Nadie sabía qué se hacía en esa casa. La verdad es que no se hacía nada. Contrató a unos cuantos funcionarios que dirigían la propaganda, pero el edificio debe haber tenido unas 60 ó 70 piezas. Y esto era demasiado para Rafael Tarud. Luego, nos traspasó esta casa a nosotros e instalamos ahí nuestro comando. Evidentemente, Tarud la había arrendado pensando que él iba a ser designado candidato presidencial de la Izquierda.

CAPITULO IV

“¡Venceremos!”

El mandato de Allende como senador por Valparaíso desde 1961, terminaba después de 8 años. Para la nueva elección de 1969, la novena circunscripción electoral se dividió en dos y aumentó el número de senadores, de 45 a 50. Cada 4 años tenían lugar elecciones senatoriales juntos con las elecciones de diputados; una vez se elegían los senadores de las circunscripciones impares y la siguiente vez, de las pares. El año 1969 correspondía elegir los senadores de las circunscripciones no-nes y de la nueva circunscripción que se había creado, que era la décima. La novena comprendía las provincias de Osorno, Valdivia y Llanquihue. Chiloé, Aysén y Magallanes formaron la décima circunscripción electoral. Ahí se eligió esa vez, por un período de cuatro años, para que entrara después en 1973 a la elección con las circunscripciones pares en el ritmo normal. Allende quiso ser candidato por la décima circunscripción electoral porque quería ser candidato presidencial y porque la situación de él dentro de la izquierda no era la mejor. Necesitaba un impulso fuerte, parecido al que recibió en 1961 cuando fue elegido por Valparaíso. Donde mejor lo podía conseguir era en la décima circunscripción, que le pareció favorable. Ahí también se presentó Raúl Ampuero como candidato.

Raúl Ampuero había dividido el Partido Socialista. Antes era senador por la primera circunscripción, ahora levantaba su candidatura por la décima, ya que ahí todo el aparato del partido estaba en manos de él. Se había llevado al diputado por Magallanes, a los regidores por Chiloé y gran parte del partido en Aysén. Vale decir, las condiciones de Ampuero en la décima circunscripción electoral eran muy superiores a las de Allende. En Punta Arenas, de tres regidores socialistas, dos se fueron con el Partido Socialista Popular. Sólo la compañera Nelda Panicuchi, alcaldesa de Punta Arenas, había quedado dentro del Partido Socialista. Pudo mantenerse porque los alcaldes eran elegidos por todo el período y la elección se había efectuado antes de la división del partido. La provincia de Magallanes elegía en ese entonces dos diputados y uno de ellos era militante del Partido Socialista y se había ido con la Unión Socialista Popular de Ampuero.

Por lo tanto, las posibilidades de Allende eran muy malas. A pesar de esto, Allende levantó su candidatura por la décima circunscripción para derrotar a Ampuero. Su propósito era disputarle a Ampuero la senaturía. Esto fue un proyecto audaz en una circunscripción como ésta. Pero un triunfo significaría afianzar la posición del Partido Socialista y la suya propia dentro del partido y dentro de la izquierda.

Cuando Allende me dijo que quería recorrer la zona, yo le pregunté por qué quería ir precisamente por esta circunscripción lejana. Me explicó que quería disputar la hegemonía dentro del partido. Además deseaba darle una lección a Ampuero, de que no se podía jugar con el

proletariado ni dividir un partido, por razones personales. Y él estaba seguro que iba a derrotar a Ampuero.

Yo no me sentí muy bien con esto. Pensé que Allende estaba equivocado. Primero me fui con él a Punta Arenas. Ahí nos recibieron los compañeros Nelda Panicuchi y Carlos Zanzi. Carlos Zanzi era un viejo amigo de Allende, un hombre que desde el año 1952 tenía una posición muy leal con el Partido Socialista e igualmente con Allende. Además era un hombre de gran prestigio, y de mucha solvencia económica. Esa noche comimos en casa de Carlos Zanzi. El anfitrión le dijo al doctor que su propósito le parecía muy atrevido. Que el control de esa zona estaba casi por completo en manos de la Unión Socialista Popular. Que los comunistas, que le daban su apoyo a Allende, no tenían gran relevancia en esa zona. Que por eso le parecía probable que no salieran ni Allende ni Ampuero. Los demócratacristianos, fuertes en Punta Arenas y Aysén, eran los verdaderos competidores.

La compañera Nelda Panicuchi no compartía la opinión de Carlos. Ella estaba convencida de que las bases del Partido Socialista estaban con Allende y que sólo la dirección estaba en una posición anti-Allende. Y que también gente de las áreas de influencia del Partido Comunista, e incluso, partidarios de los demócratacristianos, apoyarían una candidatura presidencial de Allende.

Estábamos comiendo todavía, cuando llegó un abogado de apellido Radic, a ofrecer sus servicios como abogado. El se sentía vinculado con nosotros por los negocios que habíamos hecho con los comerciantes polacos, por intermedio de Carlos Zanzi. En esa época, él había elaborado los estudios sobre las posibilidades de vender un matadero frigorífico a la municipalidad de Punta Arenas. Este hombre nos acompañó a Puerto Natales, aproximadamente a unos 300 kilómetros de Punta Arenas hacia el norte. Por tierra es bien difícil llegar a este lugar, el camino es muy malo. Nosotros teníamos que ir a Puerto Natales a una concentración que empezaba a las 6 de la tarde. Antes teníamos todavía una reunión en Punta Arenas y nos habíamos atrasado un poco. Calculábamos entre tres horas y media y cuatro horas de viaje hasta Puerto Natales. A pesar de que era verano, hizo mucho frío y empezó a correr viento, el "viento de travesía". Nos fuimos en los autos de Carlos Zanzi y Radic. Cuando pasábamos por el "Cerro del diablo", considerado una de las partes más heladas del país, reventó un neumático del auto en el cual iba Allende. Como era un neumático delantero, afectó la barra de la dirección y no había posibilidades de seguir con ese coche. Había que traer a un mecánico. El que quedaba más cerca, vivía en Puerto Natales, a unos 150 kilómetros de distancia. Era imposible que nos fuéramos todos en un solo auto, porque viajábamos 6 personas en cada uno. Así, continuaron el viaje Allende, Zanzi, un regidor de Puerto Natales que estaba

con nosotros, Nelda Panicuchi y el presidente del comando regional. Tenían que estar sin falta en el acto.

Los otros nos teníamos que quedar en el "Cerro del diablo". Hizo un frío increíble. Creo que soplabla el viento más helado que he sentido en mi vida. Viene de los Andes y pasa por un tubo de hielo y de nieve. Caía una llovizna de nieve muy fina. En la noche bajó la temperatura aún más. Podían pasar cuatro o cinco horas de espera hasta la llegada del mecánico. Quisimos hacer andar el motor para tener calefacción, pero una piedra había roto la cañería de la bencina. A pesar de todo tuvimos suerte. Desde un retén de carabineros a unos 70 kilómetros del lugar del accidente, Allende hizo pedir por radio un auto de Puerto Natales que vino a buscarnos. Con esto nos evitó, por lo menos, tres horas de frío.

Desde Puerto Natales nos fuimos a un mineral de oro en la cercanía de Río Turbio, entre Argentina y Chile. Este lugar es muy parecido a todas aquellas ciudades de la época de oro en los EE.UU.. Se encuentran allí muchas prostitutas y aventureros, la escoria humana. Vegetan en condiciones infrahumanas, a pesar de que ganan bastante dinero. Las condiciones de trabajo son muy malas, pero se paga bien. Unas 4 a 5 mil personas viven en ese poblado, cuyas casas de madera están construidas sobre el suelo fangoso. Andan desarrapados, con caras de delincuentes.

En general, es una zona pobre. La agricultura es casi imposible, la ganadería, muy poco rentable. No obstante, esa zona es muy hermosa. Al fondo de Puerto Natales se ven los cerros que se llaman las "Torres del Paine". ¡Un lugar maravilloso, posiblemente uno de los más hermosos del mundo! Pero hace mucho frío. El agua, al caer, se congela inmediatamente y forma unas enormes cascadas de hielo. Se puede llegar en barco. Puerto Natales es puerto, a pesar de que está a 100 kilómetros del mar. Sólo puede tener porvenir esa zona con una economía socialista. Mientras tanto, habrá ricos muy ricos y pobres muy pobres.

Los mineros de Río Turbio plantearon al compañero Allende dos problemas que después, como Presidente de la República, solucionó. Uno, que tanto el territorio como la mina tuvieran absoluta jurisdicción chilena. O sea, que la gendarmería argentina, la moneda argentina, las autoridades argentinas no siguieran interfiriendo en su desarrollo, como lo habían hecho hasta el momento. Y otro, que las empresas privadas existentes se convirtieran en una cooperativa, bajo la dirección económica de la Corporación de Magallanes. Después de que le habían planteado su punto de vista, Allende dijo que cuando llegara a la Presidencia, iba a nombrar presidente de la Corporación de Magallanes a Carlos Zanzi. Y que él iba a solucionar este problema.

Dos años después, la Corporación de Magallanes se había convertido en un organismo estatal de promoción de la zona. En marzo del año 1971, acompañé de nuevo al Presidente Allende hacia allá. No alcanza-

mos a ir a la mina. Entonces bajaron los mineros a Puerto Natales a saludar a Allende, y a agradecerle el hecho de haber cumplido con su compromiso.

En nuestro viaje del año 1969, nos esperaba una enorme multitud cuando volvimos a Punta Arenas. Fue una sorpresa para nosotros, a pesar de que ya nos habíamos dado cuenta en los últimos días que Allende gozaba de gran prestigio. Se hizo una concentración en el estadio de Punta Arenas. Parece un gran hall y caben 15.000 a 20.000 personas. Mi padre dispuso la construcción mientras era director general de deporte. Los organizadores querían hacer hablar a 4 ó 5 personas que eran socialistas populares, pero que apoyaban a Allende. Otros compañeros, que se habían mantenido fieles al partido y no se habían ido con Ampuero, no querían dejarlos intervenir. El doctor estaba escuchando muy callado la discusión en la oficina del administrador. El no quería terciar. Finalmente, me dijo a mí que arreglara el asunto. La única solución que se me ocurrió fue que no hablara nadie más que el doctor Allende; que fuera de su discurso, se presentaran sólo los programas culturales. Así lo hicimos. El presidente del comando electoral de Allende de la zona hizo una introducción de saludo y después el doctor hizo uso de la palabra.

De ahí nos fuimos a Porvenir, un pueblito en Tierra del Fuego, y seguimos después a Cerro Sombrero, para hablar con los petroleros. No noté diferencias en cuanto a la euforia popular de otros viajes que habíamos hecho con Allende.

En el camino de Porvenir a Cerro Sombrero, nos detuvo un puestero y nos pidió algunos cigarrillos. Reconoció a Allende y lo abrazó. Este hombre se veía muy anciano, como si fuera el padre de Allende, y nos dijo que "iba para los 45". Las duras condiciones de vida de los puesteros, que ya he narrado, lo habían hecho envejecer anticipadamente. Arrastraban un poco una pierna y parece que había sufrido una hemiplejía; nos contó que había estado enfermo dos meses y que recién hacía dos días había vuelto a caminar. Ahora estaba muy preocupado porque regresaba tan tarde con su ganado y, a lo mejor, ya no se lo iban a recibir, por lo que temía que el latifundista no lo contratara como puestero para el próximo año. A mi pregunta de si había tenido algún remedio, contestó que él había sido siempre un hombre muy precavido, y que se había tomado unas 5 ó 6 aspirinas. ¡Esto había sido todo!

En Porvenir había una manifestación y quedé muy impresionado por la cantidad de gente reunida. Cuando habló Allende, narró la historia de este puestero. Dijo que gente como ellos construían el país, con el sacrificio de su propia vida, muchas veces sin tener conciencia de que lo estaban haciendo. Algún día, esto lo prometió Allende, también ese hombre iba a tener atención, habría alguien que se preocupara de él. Por las condiciones de la zona, los puesteros se necesitaban. Pero que debiera

haber patrullaje de carabineros, que cada cierto tiempo pasaran a verlos. Además, quizás un helicóptero, que les llevara remedios y provisiones en caso de urgencia. Posteriormente, durante el gobierno nuestro, esto se hizo realidad.

Recuerdo que el compañero Allende dijo entonces que el encuentro con el puestero le imponía una gran responsabilidad. Primero, había que explotar las vastas tierras de Chile. Sostuvo que no era posible que a un hombre como ése lo explotara un latifundista que no sólo no lo conocía, sino que muchas veces ni siquiera sabía dónde trabajaba ese hombre, dónde pasaba hambre, sed, angustia, frío. Incluso podía morir en un invierno duro, mientras el latifundista vivía cómodamente en Santiago, Buenos Aires o París.

En Porvenir visitamos una fábrica de conservas. Hay mucho trabajo para las fábricas de conservas de mariscos. Pero las condiciones laborales son increíbles. Fuimos a la casa de un buzo, de uno de aquellos hombres que recogen los mariscos del fondo del mar. Nos mostró el traje con que él trabajaba, de goma, lleno de parches. Por el frío, los hombres no pueden estar abajo más allá de 7 u 8 minutos. Todos tienen enfermedades reumáticas y deformaciones en las manos, los pies y en todo el cuerpo, producto del frío. Lo que más se recoge son cholgas, una especie de choro que llega a tener 7 centímetros. Se exporta sobre todo a Argentina y a Europa.

Después nos vinimos a Chiloé, que era una zona aún más difícil para nosotros. Raúl Ampuero es chilote y, por otra parte, el Partido Socialista y la izquierda en general nunca han tenido mucha influencia ahí. Permanecimos muy corto tiempo en Ancud y Castro. Pero en Castro ocurrió algo que posteriormente llegó a tener alguna importancia. De esa zona es Danilo Bartulín quien, para la candidatura de senadores en 1969, ejercía aún como médico en la zona. Siempre que Allende estuvo en Ancud se alojaba en un hotel de la familia Bartulín. Allende mandó a Elba Vergara a esa zona, porque esta región estaba totalmente desamparada. Estaba por completo en poder de los socialistas populares. No teníamos comando, ni partido, ni regidores. Aparte de 3 ó 4 amigos, no había nadie con nosotros. A pesar de estas grandes dificultades, Allende quería hacer una prueba para ver qué cantidad de gente estaba con nosotros. Salimos a caminar. No habíamos recorrido más de unos 50 metros, cuando ya nos seguían 5 ó 6 personas. Allende opinó que había que considerar un poco la curiosidad de la gente, pero que no todos nos seguían por pura curiosidad. Cuando llegamos al centro del pueblo nos rodeaban entre 150 a 200 personas. Allende se dio vuelta muy bruscamente. La gente se sorprendió y hubo un aplauso espontáneo. Allende dijo que teníamos que mandar a alguien que aglutinara a la gente y que montara un buen comando. En la elección nos dimos cuenta de que

estaba en lo cierto.

Desde Chiloé nos trasladamos a Puerto Montt donde tomamos el tren nocturno a Santiago. El viaje en tren es muy largo, pero lo hicimos porque la intención de Allende era bajarse en Osorno y después en Valdivia. En Valdivia, queríamos tomar el avión. En el tren, Allende por primera vez se sintió mal y pidió un trago de whisky. Después se acostó y no se levantó hasta que llegamos a Santiago. Yo iba bastante preocupado. No tuvo un dolor cardíaco sino que sencillamente se sintió mal; pero no le dio mucha importancia. Al día siguiente se hizo ver por un médico. Este no le encontró nada, dijo que probablemente era sólo un problema de la vesícula, quizás producto de la alimentación en el sur, a la que no estaba acostumbrado. Allí se come mucha carne de cordero y principalmente mariscos. Allende se quedó algunos días en Santiago. Después volvió de nuevo. Esta vez me pidió que me quedara como persona de enlace en Santiago.

Después hicimos otras giras por todo el país en preparación de la elección. Visitamos Concepción, Osorno, Valdivia, y en el norte. La Serena, Coquimbo y Antofagasta. Nos fuimos por todas las circunscripciones en las cuales se votaba; estuvimos también en Valparaíso. Allende y el Partido Socialista obtuvieron resultados mucho mejores que los socialistas populares, sencillamente los desintegraron. Ellos lograron sacar sólo a un senador. Allende tuvo, sólo en Punta Arenas, el doble de la votación que el total de Ampuero en las tres provincias. El Partido Socialista, que tenía antes —sumando con la Unión Socialista Popular— 14 diputados en total, sacó ahora, solo, 17. Los socialistas populares no consiguieron ni un solo diputado en todo el país. Este fue el resultado de las elecciones del año 1969.

Aniceto Rodríguez fue reelegido por la novena circunscripción. El era Secretario General del Partido Socialista, lo que le daba un fuerte impulso al partido, sobre todo para enfrentar la elección presidencial. Pero también el Partido Radical recibió cierto estímulo. El Partido Comunista tenía muy claro que el candidato presidencial aún no podía ser de sus filas.

En 1969 Allende había viajado a Cuba. Entretanto, un grupo encabezado por Oscar Squella dio una comida y después una conferencia de prensa, en la cual Squella proclamó la candidatura de Salvador Allende. Diferente agrupaciones de las callampas de Santiago, la agrupación de araucanos de campesinos y de ex militares, es decir 4 ó 5 grupos que no tenían ninguna trascendencia, propusieron la proclamación de Salvador Allende como candidato presidencial. Tras Squella y estos grupos estaba Miguel Labarca, gran amigo de Allende y uno de sus hombres más cercanos, que actuaba en esta forma tal vez debido a su afán de producir rápidamente un pronunciamiento en favor del doctor, ya que el Partido So-

cialista y el Partido Comunista todavía no habían designado a nadie. El único candidato proclamado era Rafael Tarud, y se había autonominado.

En presencia de Miguel Labarca, llamé a Allende a La Habana por teléfono y le conté el asunto. Luego le informé cómo se había producido la proclamación. Después Allende me preguntó si había algún otro hecho importante y me dio algunas instrucciones con respecto a dinero y algunas cosas personales. Yo me acordé que había oído que al día siguiente había una comida organizada por los hermanos Palestro, en la cual se quería proclamar a Aniceto Rodríguez como pre-candidato del Partido Socialista. Cuando Allende escuchó esto, dijo que le avisaran en caso de que hubiera alguna novedad. En cuanto corté el llamado, le dije a Miguel:

“—Hasta donde yo conozco al doctor, vamor a tener, antes de seis horas, un cable o cualquier otra noticia de Allende—”.

Esto debe haber sido a las 10.00 horas de la mañana. Como a las 4 de la tarde, nos llamaron de Prensa Latina, diciendo que había llegado un cable de Allende que iban a publicar. Era la noticia famosa, en que Allende agradece la nominación como candidato, pero la rechaza, porque no era el momento de nombres y de hombres, sino que habría llegado el momento de formar un frente amplio para liberar a la patria del imperalismo y para sacarla del subdesarrollo.

Allende planteó el Frente de la Patria, o sea la unidad nacional de la izquierda. Además sostuvo que primero debería elaborarse un programa y después buscarse un hombre para realizarlo. Con lo cual mató dos pájaros de un tiro: ya entró en la campaña electoral, planteando su tesis del Frente de la Patria. Y al mismo tiempo exigió que no debían jugar un papel ni hombres, ni nombres, sino que primero había que ponerse de acuerdo respecto al programa. En este cable esbozó algunas de las “40 medidas” (13). (En un libro de Eduardo Labarca se dijo, posteriormente, que ese telegrama no lo mandó Allende sino que se lo hicieron sus amigos en Santiago. Yo quiero subrayar que el telegrama lo redactó Allende y que fue transmitido por Prensa Latina). Allende demostró nuevamente ser un político muy hábil; honesto y revolucionario: Chile estaba pasando por una situación en la cual no podía darse el lujo de entrar en una disputa de nombres. Había que buscar un entendimiento sobre la base de un programa. Esa era la única forma de atraer a los radicales y a algunos sectores demócratacristianos; lo que se logró finalmente con el MAPU y ya después, en el gobierno, con la Izquierda Cristiana.

(13) Se refiere a las 40 medidas del programa electoral de la Unidad Popular.

EL TACNAZO

A fines de octubre de 1969, empezaron a producirse algunos rumores acerca de un movimiento militar. En Santiago corría el rumor de que habría en el norte algunas unidades que estarían por sublevarse. El comandante de la división de esa zona era el general Roberto Viaux, y comandante de blindados era el coronel Nilo Floody. Viaux empezó a agitar dentro de las Fuerzas Armadas. Realmente, la situación económica que estaban pasando los militares era bastante mala. El gobierno de Frei no les había aumentado el sueldo en nada. Por otra parte, Frei había frenado a las Fuerzas Armadas con respecto a modernización de armamento y desarrollo profesional. Se empezó a crear un descontento que se extendió también hacia la Fuerza Aérea y Carabineros.

Un día domingo, como a las 10 de la noche, me llamó Enrique Krauss. Era todavía ministro de Economía de Frei, pero estaba por hacerse cargo de la secretaría general de la campaña de Tomic. Enrique afirmó que necesitaba urgente y de inmediato hablar con el senador Allende y me preguntó si yo lo podía ubicar. Le pedí que me dijera dónde estaba, para llamarlo después. Cuando llamé a la casa de Allende me dijeron que había salido a comer con Tencha. Reflexioné dónde podría ser, llamé a un lugar determinado y lo encontré, lo que le causó gran sorpresa. Cuando le expliqué que Enrique Krauss y Benjamín Prado, el presidente de los demócratacristianos, querían conversar urgentemente con él, Allende me propuso que se fueran a su casa y que yo también me dirigiera hacia allá, para que los atendiera hasta que él llegara. Estimó que iba a demorarse una media hora.

Recién había cortado, cuando llamó Enrique Krauss de nuevo. Le transmití la respuesta. Al llegar yo a Guardia Vieja, Enrique y Benjamín Prado ya estaban afuera, esperando en el auto. Ahí había siempre un policía, que cuidaba la casa del senador. Nosotros habíamos descubierto que los carabineros anotaban desde hace algún tiempo las patentes de los autos de toda la gente que iba a la casa de Allende. Ahora observé que Benjamín Prado se quedó mirando a Enrique y se rio. Les dije que seguramente iban a arrestar al pobre carabinero al darse cuenta de que la patente que anotó resultaba ser la del auto del presidente del partido de gobierno. Seguramente iban a creer que estaba borracho. Se rieron y concordaron con mi opinión. Desde hacía mucho, yo tenía llave de la casa de Allende, abrí la puerta y los hice pasar al escritorio, desperté al servicio doméstico y les pedí que nos trajeran un trago mientras esperábamos a Allende.

Llegó el compañero Allende y preguntó qué pasaba. Ellos tenían un golpe de estado militar y querían saber cuál iba a ser la posición de la Unidad Popular. Querían pedirle a Allende el respaldo de los partidos de

la Unidad Popular y de él concretamente, para defender el gobierno de un posible golpe militar.

Allende les contestó que él y las fuerzas de la izquierda siempre estarían por defender el sistema democrático de Chile de un ataque de ultraderecha. Textualmente, el doctor habló de un golpe fascista. Los demócratacristianos lo denominaron un golpe gorila. En esta oportunidad Allende sostuvo que él tenía fe en las Fuerzas Armadas chilenas y opinó que ellas no intervenirían. Pero que a su vez, tenía el temor de la presión sobre las Fuerzas Armadas, por un lado del imperialismo norteamericano, de la CIA y el Pentágono, y por otro lado, tenía la influencia de la oficialidad que había recibido su instrucción militar en Panamá.

En el transcurso de la conversación, dijo Prado que un golpe de estado contra el gobierno del presidente Frei significaba también la liquidación de las posibilidades de Allende como candidato presidencial. El doctor contestó que eso no era un problema de personas. Que el hecho de que él pudiese ser candidato o no, no tenía ninguna importancia. Que él no lo hacía por ambición personal y que por lo demás, él defendería el sistema democrático actualmente vigente en Chile con todos sus vicios, porque él quería cambiar este sistema desde la raíz misma. Que en ningún momento él estaría por liquidarlo mediante una ruptura. En efecto, Allende siempre fue consecuente, jamás estuvo en favor del aventurerismo. Los dos hombres nos plantearon que el general Viaux ya estaba en abierta rebelión.

El general Roberto Viaux era el comandante de la primera división, con asiento en Antofagasta. Ya había organizado algunos movimientos que tenían el carácter de abierta rebelión; había hecho declaraciones contra el ministro de Defensa, en ese entonces el general Marambio, y contra el Comandante en Jefe del ejército. También se quejó por la situación económica y las deficientes posibilidades de ascender en el ejército.

Los dos visitantes se fueron bastante tarde. Obtuvieron el compromiso de Allende de que iba a defender el Estado democrático. Después de que se fueron, Allende me encargó que al día siguiente me preocupara de averiguar lo más posible acerca de todos estos hechos. Era bastante difícil. Se me ocurrió ir a ver a un primo hermano mío, que era comandante y que entonces estaba por terminar un curso de la Academia de Guerra. Los demócratacristianos nos habían dicho que era ahí donde estaba el foco intelectual del alboroto.

Llegué a la casa de mi pariente a las 10 de la noche. Ahí se encontraban dos o tres huéspedes más. Al entrar yo, cambiaron el tema de la conversación. Tomé a mi primo, lo saqué para un lado y le pregunté lo que quería saber. Me contestó que no pasaba absolutamente nada, que ellos no eran golpistas y que no querían derrocar al gobierno. Lo que querían, sí, ser oídos y que en esto, respaldaban al general Viaux. Que

no estaban de acuerdo con que el general Viaux pasara a retiro. Y que hacía notar que la situación económica de ellos era mala. Que la mayoría había tenido que sacar a sus hijos de los colegios particulares, para mandarlos a colegios fiscales.

Esto muestra un poco lo que es la mentalidad del militar chileno. Era gente que vivía de un sueldo que, según su concepto, era muy bajo. ¡Y su gran preocupación era que habían tenido que sacar a sus hijos de los colegios particulares!

Mientras tanto, deben haber sido ya las 11 de la noche. Sonó el timbre y apareció un personaje bastante pintoresco. Mi primo vivía en Providencia, a pocas cuadras de la Plaza Italia. Este hombre habló de su camino hacia la casa de mi primo. Cuando se venía, pasó por la estatua del general Baquedano y se había detenido frente a ella. (El general Baquedano era el comandante en jefe de las tropas en la guerra del Pacífico contra el Perú y Bolivia, el año 1879). Dijo que había tocado la estatua, que fue a la tumba del soldado desconocido y sintió como un escalofrío, frente a ese general montado a caballo mirando hacia el cielo, como si fuera la esperanza de Chile.

Escuché atentamente y el asunto que me dejó pesando que había un proceso muy peligroso de mistificación militarista.

Como a las doce y media de la noche, tocaron de nuevo el timbre. Entró un capitán con su señora. (Posteriormente supe que su apellido era López y que su señora era amiga íntima de la mujer del general Viaux.) El hombre miró asombrado alrededor de la pieza, hasta que hizo un gesto a su señora, la que de repente dijo:

“—¡Vinimos para probarte el suéter que te estoy tejiendo!—”

¡A quién se le ocurre ir a probar un tejido después de media noche, y a fines de octubre! Poco rato después, me fui.

Al día siguiente, salió el compañero Allende hacia el norte. Miguel Labarca y yo fuimos a dejarlo a Cerrillos. Por el camino le conté al doctor lo que había vivido la noche anterior, y añadí que no tenía confianza en las cosas que estaban ocurriendo. Allende quedó muy preocupado y preguntó si debería viajar después de todo. Yo le contesté que yo, en su lugar, no me iría. Miguel Labarca era de la misma opinión. Allende tomó el teléfono y llamó a Aniceto Rodríguez, que tenía entre sus amigos cercanos a un personaje extraño que se llamaba Navarrete, un especialista en asuntos militares (Después supimos que estaba muy vinculado con el golpe de Viaux). Este joven Navarrete debía mantener informado al partido de todos los movimientos militares, por intermedio del Secretario General. Esto debe haber sido más o menos a las 7 y media de la mañana. Aniceto dijo que no había nada para preocuparse. Que él acababa de hablar con Navarrete, y que éste le había asegurado que no pasaba nada y que no se preocupara.

Le dije al doctor que yo había visto la noche anterior que estaba pasando algo. Pero Allende no quería parar su viaje a causa de mis suposiciones., mientras no hubiera un hecho concreto. Subió al avión y nosotros salimos en el coche de Miguel Labarca.

Por la radio escuchamos de repente que el general Viaux y un grupo de oficiales se habían encerrado en el regimiento Tacna y habían llamado al resto de los regimientos a adherir al levantamiento.

Dimos vuelta de inmediato con la esperanza de alcanzar eventualmente el avión todavía, pero ya había decolado. Pasó un cuarto de hora hasta que logramos comunicarnos por radio con el avión. Como era un avión de línea no había posibilidad de que volviera. Así, solamente podíamos comunicar al doctor que se bajara en la primera escala, en Copiapó y que tomara ahí el primer avión que viniera en sentido contrario. Miguel Labarca y yo nos dirigimos al Senado y tratamos de investigar exactamente qué había pasado.

El general Viaux se había alzado con algunos oficiales, entre los que estaban oficiales de la Academia de Guerra, algunos de la Academia Técnica y de unidades de Santiago. No exigieron la renuncia del gobierno, sino que declararon que eso era una huelga militar. Querían que el gobierno los escuchara y pedían una conversación entre Frei y Viaux. Exigían que Frei fuera al regimiento Tacna a hablar con ellos.

Mientras tanto se habían movilizado los periodistas y los políticos. Llamé a Enrique Krauss, quería saber de él qué era, en fin, lo que había pasado. Dijo lo que su hermano, ayudante del regimiento Tacna, le contó: había llegado en la mañana el general Viaux con un grupo de oficiales al regimiento, había hecho levantarse a los oficiales y ordenó cerrar las puertas. Después había mandado a su hermano que se comunicara con Enrique, y que le dijera que se pusiera en contacto con Frei para transmitirle las exigencias del general Viaux, en el sentido de hablar con él del problema económico y del desarrollo profesional. Además había informado que Viaux estaba por irse al ministerio de Defensa. Esto, alrededor de las 5 y media de la mañana.

Mientras tanto, ya era medio día. Como a las dos de la tarde volví Allende. Yo lo fui a esperar a Cerrillos. Lo primero que me dijo fue:

“—O sea, ¿que no había golpe de estado?—”

Después quiso saber los detalles. Le conté lo que me había informado Enrique y que, según él, el Presidente Frei no estaba dispuesto a aceptar absolutamente nada. Tampoco quería hablar con los sublevados.

Allende fue con otros parlamentarios a la Moneda a manifestarle al Presidente Frei su lealtad. Se llamó a los militantes de la Unidad Popular a no salir a la calle, pero sí, a mantenerse alerta para defender la democracia en el momento dado.

El doctor me mandó a investigar qué estaba pasando en el regimiento

Tacna. Habían ido ya varios periodistas nuestros, pero se quedaban adentro para no perder ninguna noticia importante. Por eso no había tenido oportunidad de informarle al doctor. Ahora, yo debía hacer salir a algunos periodistas y tratar de entrar yo, si podía. No me dejaron pasar, solamente entraban algunos periodistas, no todos. Por eso pedí a uno de ellos que llamara a Augusto Olivares o a Jorquera. No apareció ninguno de ellos. Alguien me contó que en el regimiento había un gran enredo, que había tenía muy claro lo que estaba pasando. Pero que algunas tropas estaban bien armadas.

A todo esto, otras unidades habían rodeado el regimiento Tacna. El espectáculo era pintoresco. Prácticamente sitiaron el cuartel; cubrieron todos los puntos estratégicos, tenían ametralladoras apuntadas hacia los techos. En cada esquina había mucha gente fuertemente armada. Daba la impresión de que adentro había un contingente dispuesto a cualquier cosa. Por otra parte, las fuerzas del gobierno estaban apostadas en el Parque Cousiño, en los costados del cuartel, distribuidas en todas partes. En las ventanas del regimiento Tacna habían instalado parlante que lanzaban consignas contra el ministro de Defensa, muy ofensivas. Al mismo tiempo, distribuían panfletos. Entonces, era un golpe de estado en base de parlante de radio y panfletos.

Tenía que volver a informar al doctor. Frei había llamado al pueblo a rodear la Moneda. Debo decir que no vi a mucha gente frente a la Moneda. En ese período Frei ya no lograba reunir mucha gente en torno a él. Además, se sospechaba que en el fondo Frei estaba inmiscuido de alguna manera en la cosa y quería utilizar un autogolpe para abolir las instituciones estatales y sociales a fin de impedir así las elecciones. Faltaban solamente 11 meses para las próximas elecciones presidenciales.

Cuando salí nuevamente de la Moneda, estaban distribuyendo fotos de Frei. Habían traído los camiones basureros para obstruir las calles y no dejar pasar vehículos militares. Los camiones de basura habían rodeado la Moneda. El entonces jefe de la CORA (14), Moreno, había dicho que iba a traer los tanques del pueblo. Moreno después sería senador, un hombre de Frei y un enemigo tenaz de la Unidad Popular. (Durante todo el gobierno nuestro fue un adversario brutal). En un grupo que estaba en la Moneda habría dicho, según testigos, que si los militares querían entrar a la Moneda, tendrían que pasar por arriba del cadáver de Frei. En ese momento casi nadie prestó mucha atención, pero después todos se rieron bastante. El hombre no había dicho "por arriba del cadáver mío" o "por arriba de los cadáveres de todos nosotros", sino sólo "por arriba del cadáver de Frei". Dijeron que Frei lo miró con ojos espantados, parecía

que no tenía ningún interés en convertirse en mártir.

El doctor me mandó a ver nuevamente lo que pasaba. Pasé a buscar a Myriam y a los niños para que pudieran observar el espectáculo. También fui a buscar a mi padre. En el lugar de los sucesos ya estaban reunidos miles de personas paseándose. Como yo usaba placa del Senado en mi auto, pude acercarme bastante y llegué hasta la misma puerta del regimiento Tacna. Estábamos escuchando las consignas que lanzaban los militares por los parlantes, vimos los panfletos. De repente sentimos un estampido. Fue una bala. Mi padre dijo que nos fuéramos de ahí. Recién terminaba de decirlo cuando se desató un tiroteo salvaje. Ya no tenía tiempo de dar vuelta el coche. Entre el Parque Cousiño y el regimiento hay una sola calle ancha, y en el medio de ella estaba nuestro auto. Empezó a arrancar la gente en todos los sentidos. Entonces salí retrocediendo. Dejé a mi familia en la casa, diciéndoles que nadie se moviera de ahí, y seguí en dirección al Senado para informar al doctor. Había impactos de balas en el auto, pero a nosotros no nos había pasado nada.

Llegando al Senado supe que había unos 15 ó 20 heridos y 2 ó 3 muertos. Todos civiles, que solamente querían mirar. Con esto terminó la rebelión. El gobierno destituyó al ministro de Defensa Marambio y nombró a Sergio Ossa Pretot en su lugar. El general Viaux salió del regimiento Tacna, junto con los otros oficiales sublevados.

Las condiciones de Viaux fueron que no se tomaran represalias contra nadie a excepción de él. Fue arrestado y llevado al hospital militar, donde quedó en calidad de detenido. El proceso con Viaux era curioso. El domingo era todavía un hombre absolutamente desconocido, el día lunes pasó a ser figura política, el día martes se convirtió en la figura principal, el jueves se fue desinflando y el domingo era tan anónimo como antes. Cayó en el olvido en la medida en que fue haciendo declaraciones, pues no es un hombre muy inteligente.

CONOCIENDO A LOS MILITARES

Debe haber sido el día miércoles o jueves, cuando me llamó mi primo Enrique Giesen. Me pidió que le consiguiera a él y a un grupo de oficiales que habían acompañado al general Viaux la oportunidad de conversar con Allende. El doctor estuvo de acuerdo y los invitó a comer a mi casa. En total, fueron ocho o diez personas con las que esperé a Allende. El tenía una sesión en el Senado en la cual se trataba este mismo tema. Esperamos hasta las once de la noche, y entonces empezamos a comer. En la conversación con los oficiales me dí cuenta del analfabetismo político de esta gente en toda su dimensión. Un mayor contó con toda seriedad que los servicios secretos militares habían descubierto que el embajador de la Unión Soviética no era el embajador. Que era el chofer

(14) CORA: Organismo estatal de la reforma agraria; creado durante el gobierno de Frei, ampliado durante el período de la UP, disuelto por la Junta.

el que mandaba en la embajada, que el embajador mismo sólo cumplía con los compromisos sociales.

Esto, a mi parecer, era una estupidez bastante grande. ¿Por qué creían esto? Para ellos un embajador tenía que ser sin falta un burgués. Un embajador es un hombre muy culto, de muy buenos modales, que también tiene que hablar francés, que sabe sentarse correctamente a una mesa, que sabe cuándo mandar un ramo de flores y cuando no, que tiene una intensa vida social. Cosa que ellos no lo veían factible en el proletariado. Y como el comunismo da el poder al proletariado, un proletario entonces no puede ser embajador, porque no tiene los modales ni la postura de embajador y porque no sabe hablar francés. Por esto suponían que los soviéticos utilizaban un burgués como embajador, pero que éste no tenía ningún poder, sino que el chofer era su jefe.

Yo traté de explicarles que si la Unión Soviética quería mandar a un embajador, no lo iba a mandar disfrazado de chofer. Igual el chofer podía venir como real embajador. Los oficiales no querían creerlo.

Y a Allende le plantearon después lo siguiente:

“—Sabemos que la posibilidad de que Ud. sea Presidente de Chile es grande—”. (Allende no estaba nominado aún candidato, siquiera).

Los oficiales querían transmitirle cuál era, a su juicio, la posición que debería tener un gobernante frente a las Fuerzas Armadas. Afirieron que ellos no habían querido derrocar al gobierno, sino que creían en el desarrollo del proceso democrático. Sostuvieron que ellos necesitaban tener en el Estado un estatus económico-social que les permitiera vivir en condiciones de honorabilidad, que ellos lo merecían. Los señores explicaron que eran muy contrarios al comunismo, pero no al socialismo. Que eran anticomunistas, pero no antisocialistas. Incluso, se dieron por partidarios del socialismo, diciendo que ellos creían que la solución de los problemas del país era el socialismo. Pero, eso sí, un socialismo en el cual el Estado intervenía sólo en algunas cosas y en el cual, según ellos, la función principal del Estado consistía en el control de la producción agropecuaria e industrial, pero manteniéndose ésta en manos privadas, por lo menos, en su gran mayoría. El Estado debía ser un planificador y un director.

En esa conversación me encontré, dicho sea de paso, de nuevo con el capitán López. Era evidentemente el más inteligente de todos y sus planteamientos fueron bien hechos. Dijo que lo unían vínculos de amistad muy estrechos con el general Viaux y que era el dirigente de un grupo de militares que no querían salir de los cuarteles hasta que se les aumentara los salarios a los oficiales, y se les dieran más libertades que las que ellos tenían. El capitán López sostuvo que él no tenía temor de que Allende fuera Presidente, porque sabía que Allende iba a mantener su política dentro del sistema de la democracia burguesa y que él, creía en las mayo-

rías.

Con esta tesis de las mayorías se identificaron algunos. El más reaccionario, con la más marcada posición anticomunista, planteó incluso que Allende pasaría a la historia siempre y cuando cambiara el sistema de votación en Chile. Pues a juicio de él, era absurdo que un sargento, un cabo o un soldado tuvieran el mismo derecho de elegir que él como oficial. Que no quería pedir que las tropas no tuvieran derecho a voto, solamente no quería que ellos tuvieran el mismo derecho a voto que él. Que tampoco podía entender que el rector de una universidad tuviera el mismo derecho a voto que un peón. Y planteó de esta manera su teoría del voto calificado.

Allende los escuchaba y los miraba, sin decir ni una palabra. Yo no sabía qué pensar, si se iba a parar de repente para salir o se iba a quedar. Allende los fue haciendo hablar uno a uno. Todo su descortocimiento se reveló: no sabían lo que era el socialismo, las masas populares, el marxismo y el comunismo. Tenían solamente un interés económico por su propia vida social.

Cuando finalmente Allende se paró, se pararon también todos los demás. El se paseó por la habitación y les dijo en primer lugar que ellos habían roto con una larga tradición de las Fuerzas Armadas. Expresó que jamás apoyaría ninguna demanda de los militares por justa que fuera, si se hacía bajo la presión de los fusiles.

Uno de ellos dijo que eso era inconsecuente. Si Allende apoyaba el derecho a huelga, ¿por qué, entonces, los militares no lo tenían? Allende contestó que los militares podían declararse en huelga, pero que había que hacerla sin armas. Pero que no se podía hacer una huelga con dos o tres muertos, civiles más encima, que no tenían nada que ver con estos problemas. Que siendo él Presidente, no aceptaría cosas como éstas.

Los oficiales tenían represalias. Pero Allende les dijo que, si el gobierno de Frei se había comprometido a no tomar represalias, iba a cumplir con este compromiso. Que él mismo se encargaría de esto. Así terminó la reunión. La entrevista fue muy dura para los militares.

Algunos de estos militares son hoy día generales; la mayoría, coroneles. Estuvieron todos vinculados al golpe de 1973. El putsch del año 1969 fue un intento de la CIA por frenar el proceso revolucionario. Ellos tenían el presentimiento de que Allende podría llegar a ser Presidente en las próximas elecciones. Esto lo querían impedir antes dando un golpe en octubre de 1969. A través de esta operación, no muy decidida, se revelaron las vinculaciones con los EE.UU., la influencia de los grupos monopolistas norteamericanos y la CIA. El general Viaux se fue desinflando muy rápidamente, hasta que se vio metido después en el crimen del general Schneider. (15)

(15) Asesinato del general Schneider el 22 de octubre de 1970, dos días antes de

Los únicos intentos fallidos de golpes de Estado en Chile, el Ariostazo (16) y el Tacnazo (17) surgieron de la misma unidad militar, el regimiento Tacna. El primer tiempo de la dictadura fascista en Chile, el cuartel de este regimiento fue un centro de tortura. Era el lugar donde se asesinó a todos los compañeros que sacaron de la Moneda. Los chilenos nombran el Tacna hoy con bastante temor.

En esa época, yo tenía mi oficina en calle Huérfanos esquina con Ahumada; además tenía otra en la calle Estado, la que había sido antes de Salomón Corbalán. El compañero Allende iba mucho a mi oficina. De ahí mantenía algunos contactos políticos, que no convenía hacer en el Senado o en su casa. Eran relaciones con gente que luego nos iba a ayudar económicamente en la campaña. Ocurría que mi oficina en la calle Huérfanos quedaba al lado de la de un hombre que era, hasta marzo de 1969, senador por el Partido Nacional, Enrique Curti. Este vecino tenía a menudo problemas con el teléfono y utilizó muchas veces el teléfono mío. No sabía que Allende efectuaba ahí a veces conversaciones políticas.

Un día llegó Enrique Curti, un hombre de edad, de muy buena situación económica, culto, profesor universitario y una persona muy curiosa. Mi secretaria le pidió que esperara un momento, porque se estaba hablando adentro. Inmediatamente después, yo salí de la oficina y saludé al pasar. El supuso que el teléfono había quedado desocupado y entró a mi oficina. Ahí estaba sentado Allende con unos dirigentes del Partido Nacional, justamente. Curti pidió excusas y salió. Cuando volví, me dijo con cara de conspirador que mi oficina estaba ocupada por gente extraña. Yo me reí y abrí la puerta. La gente adentro también se estaba riendo. Habían venido a hablar de un problema político con Allende, en su calidad de Presidente del Senado.

El compañero Allende normalmente recibía a toda la gente, fuese ésta de derecha, de izquierda o de centro. Podían ser representantes de posiciones políticas completamente contrarias. Nunca les cerró la puerta, cuando le solicitaron algo. Esto correspondía a su concepción de llegar al socialismo por la vía pacífica, por la vía electoral. El sabía que para la toma del poder por el proletariado a través del camino pacífico era indispensable buscar aliados.

la elección del Presidente en el parlamento.

(16) Ariostazo: Intento de golpe reaccionario del general Ariosto Herrera el año 1939, para derrocar el gobierno de Aguirre Cerda. También tuvo lugar en el regimiento Tacna.

(17) "Tacnazo": llamado así por el punto de salida del intento de golpe, el regimiento Tacna, el 29 de octubre de 1969.

LA DEFINICION DEL CANDIDATO PARA 1970

Nos fuimos acercando a la elección presidencial del año 1970. Es conocido que Allende planteó elaborar primero un programa y buscar después a un hombre. El sostuvo la idea de un frente amplio, que llamó el frente de la patria.

Los partidos empezaron a plantear cada uno su posición. El Partido Radical levantó la candidatura del profesor Alberto Baltra, un hombre que estaba profundamente vinculado con la política nacional. Durante muchos años había tenido una posición abiertamente de izquierda. En un período fue, incluso, presidente del Instituto Chileno-Soviético de Cultura. En 1961 visitó la República Democrática Alemana, poco después del cierre de la frontera hacia Berlín Occidental. El profesor Baltra tenía una aparente posición progresista, pero en el fondo nunca dejó su posición reaccionaria. Como candidato del Partido Radical lo apoyaron los sectores que más se habían acercado a la socialdemocracia. Fue el primer candidato que tuvo la Unidad Popular. En una elección complementaria por la octava circunscripción electoral en el año 1969, se llevó a Alberto Baltra como candidato. Don Alberto Baltra es actualmente un hombre de unos 70 años. Fue ministro de Gabriel González y su señora fue una de las primeras ministras que tuvo Chile. El matrimonio —ya de bastante edad— tenía un niño de unos ocho años, el niño más mal enseñado que yo he visto en mi vida. Durante la elección parlamentaria por la octava circunscripción en Temuco, don Alberto Baltra apareció con este niño. Era un pésimo orador, no halló buena acogida. Quizás era debido también a su apariencia física: un hombre delgado, de pómulos salientes, muy corto de vista, introvertido, inteligente, muy culto. Además, el niño molestaba a menudo. Por ejemplo, en la concentración final de la campaña desenchufó el micrófono cuando Alberto Baltra estaba pronunciando su discurso y el candidato habló varios minutos sin parlantes. Nadie lo escuchó hasta que descubrieron qué era lo que había ocurrido.

El trabajo en la campaña lo hicieron en el fondo el Partido Socialista y el Partido Comunista con la base del Partido Radical. Contra la surgente izquierda dentro del Partido Radical, se desarrolló una fuerte resistencia.

En esa elección nació la Unidad Popular. El FRAP, poco a poco desapareció, sin que oficialmente fuera disuelto. Si en política se crean las cosas que son necesarias, desaparecen otras, que ya no lo son.

La razón no es difícil de comprender, pero habría que hacer un poco de historia. En 1951, un grupo de socialistas con la dirección del compañero Allende, tomó la posición contraria al populismo de Ibáñez, y en alianza con el Partido Comunista, formó el Frente del Pueblo. Esta agrupación era la representación de un pensamiento ideológico, que lle-

naba un espacio dentro del espectro político chileno. Esta fue la herramienta que utilizó el pueblo para levantar la candidatura presidencial del compañero Allende y tras ella, canalizar el movimiento de masas más consciente de Chile. Con el tiempo, transcurridos unos 5 años, se empezaron a desprender del movimiento ibaíista los sectores más comprometidos con la lucha popular, que vieron lo que el compañero Allende nos había dicho el día 4 de septiembre de 1952: si bien una parte del pueblo había entrado con Ibañez a la Moneda, por la ventana se había metido la derecha, y ésta cada día tomaba una posición más reaccionaria. Así se empiezan a desglosar sectores, representados por pequeños partidos y movimientos, al principio, para culminar con el PSP, que era el partido base de esa combinación de gobierno. El retiro de todas estas fuerzas va haciendo necesaria la creación de un vehículo más amplio, va dejando sobrepasado por la marejada de las masas a nuestro valeroso Frente del Pueblo.

Casi simultáneamente con la unidad de los Partidos Socialista de Chile y Socialista Popular se crea el Frente de Acción Popular, cuyos integrantes son el Partido Socialista de Chile, ya unificado, y en la secretaría general, Salomón Corbalán; el Partido Comunista, aún con la secretaría general del ya gravemente enfermo compañero Galo González; el Partido Democrático, el Partido del Trabajo, la Alianza Nacional de Trabajadores y el Partido Radical Doctrinario, que estaba compuesto de los radicales que se habían opuesto a la promulgación de la Ley de Defensa de la Democracia. La presidencia del FRAP, se le entregó al compañero Salvador Allende, que había sido uno de sus grandes impulsores. En el marco del FRAP, las fuerzas populares dieron su lucha durante largos ocho años; bajo sus banderas el movimiento popular chileno, se fortaleció y fue adquiriendo cada día más madurez. Las dos campañas presidenciales que diéramos en 1958 y 1964, y las múltiples complementarias y generales, junto a la lucha sindical, al fortalecimiento del FRAP en el seno de la CUT, al trabajo unitario que se impulsara en su seno, en todos los sectores, parlamentarios, profesionales, de pobladores, estudiantiles, en general en todos los ámbitos del pueblo, fueron identificando a la actitud revolucionaria con el FRAP. Así nos encontramos con que había una gran masa que, sin ser militantes de ningún partido de los componentes del FRAP, marchaba disciplinadamente en las filas de éste. Este mismo peso que fue adquiriendo en brazos del gran movimiento de masas que lo seguía, hizo que el FRAP fuera agrandando su espacio político, y su capacidad combativa fue golpeando en estos sectores y creando contradicciones y definiciones más radicales. Un sector de la Democracia Cristiana toma una posición crítica a la política económica y social del gobierno de Frei y de su partido, y termina por romper, creando el

MAPU. Por otra parte, en el seno del Partido Radical se había ido produciendo un lento pero fuerte cambio, y la mayoría había tomado una posición más de izquierda, que termina por llevar al partido a una coalición, primero electoral en Cautín, con el Partido Socialista de Chile y el Partido Comunista. Estos nuevos hechos políticos, de extraordinaria relevancia, en el fondo eran como la culminación de una larga labor realizada por el compañero Allende, en torno a la unidad de todas las fuerzas antiimperialistas y que estuvieran por llegar a producir en Chile los cambios que éste necesitaba y reclamaba. Frente a estas nuevas situaciones políticas, venciendo algunos sectarismos e incluso con la oposición de sectores de su propio partido, donde habían aún sectores que veían con malos ojos una alianza con el Partido Radical y con sectores de la DC, bajo el pretexto que ésta iría contra la política del Frente de Trabajadores aprobada en el pleno de Chillán, el compañero Allende logró sacar adelante la Unidad Popular. La validez de su política de unidad, que queda comprobada en los tres grandes pasos que significaron el Frente del Pueblo, el FRAP y por último la UP, ha quedado demostrada con creces, y es uno de los grandes ejemplos que nos legara el compañero Allende.

En el Partido Socialista empezó un largo peregrinar tras la definición del candidato apropiado. En ese tiempo Salvador Allende fue invitado por Ho Chi Minh a Vietnam. Viajó primero a Corea y visitó, después, Vietnam. Lo acompañó Eduardo Paredes. Allende no estaba muy bien de salud, por eso quiso viajar con un compañero que fuera médico. Eduardo Paredes además de médico era miembro del Comité Central del Partido Socialista. Era del sector del partido que se oponía más duramente contra Allende, pero representaba, en esa época, la línea más consecuente dentro del Partido Socialista. Paredes acompañó a Allende, a pesar de que en un principio no quería viajar con él por su posición antagónica a la de aquél.

Después del regreso de ellos, organizamos un acto en el Estado Nataniel. Allende quería dar una conferencia sobre Vietnam y sus conversaciones con Ho Chi Minh. Las narró también en su discurso en la Universidad de Concepción:

“Tuve el privilegio de ser recibido por ese anciano venerable, Ho Chi Minh. Nunca lo olvidaré. Nunca dejaré de recordar la transparencia de su mirada y la bondad de sus palabras. Al saludarnos al compañero Eduardo y a mí, nos dio las gracias por haber ido de tan lejos a llevar el apoyo moral de nuestro pueblo. Ya estaba muy enfermo. Creo haber sido el último político de nuestras latitudes a quien recibió Ho Chi Minh. Falleció a los 25 días después que estuve yo en Vietnam—”.

“Ho Chi Minh manifestó un interés extraordinario por la juventud. Llevaba siempre consigo una libretita. Ahí estaban anotadas las notas de

los alumnos que en los últimos años se habían distinguido en forma especial. Ho Chi Minh nos dijo que él les enviaba siempre a sus buenos alumnos unas cuantas líneas. Debe haber sido un gran estímulo para estos jóvenes recibir estas líneas de Ho Chi Minh, líneas del padre de Vietnam, del hijo de la revolución, del escritor y estadista, del liberador de su pueblo, de ese hombre que había alcanzado, por su vida ejemplar, el reconocimiento no sólo de su propio pueblo, sino de todos los pueblos del mundo. De un hombre que se preocupaba de mandarles a los jóvenes de su país una felicitación, que vivía preocupado de cómo ellos cumplían su tarea. ¡Qué buena lección para mí! No la he olvidado. Estos minutos con Ho Chi Minh me enseñaron mucho—”.

—“No lo quiero citar cuando digo que la juventud en las universidades tiene un privilegio, aquí en Concepción y en las otras universidades de Chile. Esta juventud tiene la obligación de entender: un estudiante universitario realiza sus estudios en favor de muchos chilenos, de muchos obreros que con sus manos crean las condiciones materiales para estas universidades—”.

Estas palabras del compañero Allende después de su vuelta de Vietnam, muestran su enorme impresión. No sólo el encuentro con Ho Chi Minh lo había conmovido profundamente, sino, en general, el encuentro con un pueblo que luchaba y sentía la solidaridad de las fuerzas progresistas en el mundo. En el transcurso de los años posteriores Allende dijo muchas veces que una de las experiencias más importantes en su vida política, había sido su visita a Vietnam. También Eduardo Paredes volvió de este viaje con una posición política muy diferente. Allende, con su gran sentido político, sabía que Eduardo, a quien nosotros llamábamos el “Coco” Paredes, era un joven inteligente y que valía la pena trabajar más estrechamente con él.

CANDIDATO DEL PARTIDO SOCIALISTA

Allende volvió de Vietnam con gran ímpetu. Después visitó Cuba. A su regreso, organizamos el acto en el cual Allende hizo la definición de sus objetivos políticos. Desde ahí se dirigió a los compañeros radicales, llamó a sectores de la Democracia Cristiana, a los compañeros del Partido Comunista, a los socialistas. Llamó a los miles y miles de independientes a que ayudaran a sacar a Chile del subdesarrollo, y a llevarlo al socialismo.

Antes de que Allende fuera proclamado candidato por el partido, hubo conversaciones con representantes de las diversas corrientes dentro del Partido Socialista. Yo conversé, por ejemplo, con Julio Benítez, miembro del Comité Central y dirigente de la CUT y que desde hacía mucho tiempo tenía una posición muy dura y tajante. Sostenía que Allen-

de engañaba a la clase obrera con ciertas tradiciones. Destacó que el único camino viable para conseguir el poder era la insurrección armada. Que nosotros debíamos terminar con arrastrar los obreros hacia las urnas. Que lo único que íbamos a conseguir con eso era afianzar la posición de la derecha. Que él de ninguna manera participaría en una tarea de este tipo. Que Allende no contara con él. Que él iba a iniciar dentro del partido una oposición tenaz. Y que si el partido realmente llegaba a plantear la candidatura de Allende, él saldría por las calles a decir que esto era traicionar a la clase obrera. Que si Allende quería ser marioneta de los comunistas, él no estaba dispuesto a defender los intereses del Partido Comunista.

Otra persona con quien conversé fue Luis Jerez, a esa fecha subsecretario general del Partido Socialista, un hombre joven e inteligente, con perspectivas de gran carrera. Me dijo muy honestamente que él no estaba por lo que llamaba la línea socialdemócrata. Pero que si el partido se decidía por la vía socialdemócrata, debería encontrarse a un hombre que sirviera para eso. Y que el hombre para la lucha dentro de las normas de la democracia burguesa, era únicamente Allende. Que en esas condiciones él estaba con Allende. Yo le aclaré que Allende no perseguía de ningún modo una política socialdemócrata, que él bien sabía que era un marxista y que lo único que pretendía, dadas las condiciones políticas especiales que se presentaban en Chile, era utilizar el camino de la democracia burguesa para llegar al socialismo.

Además hablé con Manuel Mandujano. El viejo líder del partido, de extraordinaria cultura humanística y gran conocimiento del marxismo, tenía una posición política muy similar a lo que hoy se ha dado en llamar el eurocomunismo; vale decir, una especie de socialdemocracia de izquierda. Sostuvo que sólo Allende era capaz de llevar adelante una posición con la cual estuvieran de acuerdo tanto los sectores socialdemócratas como también los sectores revolucionarios del partido. Creía que Allende era un político suficientemente audaz como para tomar un camino nuevo hacia el socialismo. Pero, por otra parte, me dijo que él tenía la sensación de que el partido no quería nombrar a Allende, por un complejo anti-Allende de algunos de sus dirigentes.

Esto era, a grandes rasgos, lo que planteaban los sectores importantes dentro del Partido Socialista.

Después de estas conversaciones Allende me pidió que lo acompañara a Talca, donde quería ver problemas de finanzas de la compañía. El doctor iba bastante cansado. Se quedó dormido en el auto al poco de abandonar Santiago. Pero antes de llegar a Rancagua despertó, se puso los anteojos y me dijo que le contara de las conversaciones. Lo hice. Allende me escuchó atentamente, sin hacer comentario alguno. Con la experiencia que acumulé en mis largos años junto a él sabía que en esas circuns-

tancias no había que preguntarle nada.

Pasó bastante tiempo. De repente quiso saber qué pensaba yo de todo esto. Me pilló un poco de sorpresa. Los pensamientos míos ya se habían alejado de estas conversaciones. Entonces le contesté que la izquierda no tenía otra posibilidad que designarlo a él como candidato, porque él era el único hombre que podía ganar esta elección, que podía aglutinar a todas estas fuerzas. Terminé diciendo que algunos en el partido querían darse el lujo de que él tuviera que pedir el nombramiento, pero que el tiempo empujaría su designación. Allende comentó que creía que yo tenía razón, pero que le dolía que esta gente no tuviera el valor de decirle directamente qué opinaba, que actuaban como si estuvieran jugando billar: golpeando la baranda y después la carambola.

En Talca almorzamos en casa de un compañero. Había mucha gente. Alguien preguntó de pronto:

“—Compañero Allende, ¿va a ser candidato presidencial?—”.

Allende lo quedó mirando. No sé si conocía a este hombre. Se echó para atrás y dijo:

“—Cuando Ud. aún jugaba a las bolitas, y era un mocoso chico, yo ya era militante del Partido Socialista. He respetado a mi partido y siempre lo haré. Cumpliré con el mandato que el partido me dé. Si voy a ser candidato a la presidencia por mi partido o no, es exclusivamente la decisión del partido, no mía—”.

Se produjo un silencio en la pieza. El tono en que Allende había dicho esto, fue bastante duro.

A la vuelta de ese viaje Allende me pidió que abandonara todos mis trabajos inmediatamente después de que él fuese designado candidato. En el fondo era su intención que yo lo hiciera de inmediato y me dedicara desde ya a arreglar sus problemas. A él ya le parecía seguro que iba a ser nominado. El tiempo que quedaba para la campaña electoral no era mucho. Corría el mes de noviembre de 1969. La elección era en septiembre de 1970. Y aún faltaba designar el candidato de la izquierda. Mientras tanto, el Partido Radical ya había levantado la candidatura de Alberto Baltra Cortés. El Partido Comunista la de Pablo Neruda. Vale decir, habían ya dos candidatos designados por partidos de izquierda. Además estaba la candidatura de Tarud, que se había autonominado. El Partido Socialista no se daba prisa. El sector ultrista, que estuvo por la toma del poder por la vía armada y que capitaneaba Carlos Altamirano, se unió al denominado grupo de los “guatones” que era el sobrenombre de los sectores más socialdemócratas. Apoyaron en conjunto la candidatura del jefe de este grupo, compañero Aniceto Rodríguez. El propósito de frenar la candidatura de Allende era evidente. Pero Allende era, en el fondo, el único que unía todas las fuerzas de la UP y que defendía en especial la unidad socialista-comunista. Finalmente en diciembre, en un pleno del

Comité Central, que en ese entonces se componía de 30 o 32 compañeros, se designó a Allende candidato presidencial. Pero había aún una serie de problemas marginales. El hombre que competía con Allende por la candidatura era Aniceto Rodríguez. Allende ganó por uno o dos votos en el Comité Central. Era una mayoría que no le permitía golpear la mesa. A cualquier otro lo hubiera inhibido, pero Allende inició el trabajo con toda vehemencia, porque sabía que tanto la base del partido como el pueblo estaban junto a él y a su posición política.

En este período se produjeron divergencias de opiniones respecto a la actitud de Allende frente a los cubanos. Algunos sectores del partido plantearon que con la ayuda que Allende había prestado a cuatro cubanos que venían de Bolivia, y de los que ya he hablado, Allende se quemaba. A mi juicio, esto le dio a Allende la respetabilidad de poder mirar en todos los sentidos con la frente muy alta.

Siempre expresó claramente su opinión dentro del partido. Y si esto no le daba resultado, salía a discutir los problemas con las bases. No quería sostener su posición solamente dentro de cuatro paredes, sino que siempre estuvo por discutir con las bases. Este camino, al fin y al cabo, lo llevó al éxito.

Aún se mantenían las candidaturas de Neruda, Baltra y la de Tarud. A mediados de diciembre, viajábamos en auto hacia La Serena. La Unidad Popular había empezado a discutir quién iba a ser su candidato. En el auto le pregunté a Allende, cómo íbamos a salir de este laberinto. El contestó:

“—¡El galgo más hábil pilla al zorro! Estamos todos dispuestos a tirar de la misma cuerda. Pero hay que buscar quién es el más hábil—”.

CANDIDATO DE LA UNIDAD POPULAR

Horas y horas discutió la Unidad Popular sin llegar a un resultado. El más tenaz resultó ser Rafael Tarud. Había levantado su candidatura en 1970 sabiendo positivamente que no tenía ninguna posibilidad de ser designado candidato común de los partidos, y menos posibilidad de llegar a la elección. Pero Tarud estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Mantener su candidatura significaba para él reafirmar su posición personal. Había creado un partido que se llamaba API, Acción Popular Independiente. Ya narré la historia de este hombre hábil, inteligente, audaz pero no muy culto.

Las conversaciones dentro de la Unidad Popular se hacían en forma de mesa redonda. Eran conversaciones sobre los cuatro candidatos, que se alargaron y se dificultaron. Se fijó como plazo fatal, el 31 de diciembre de 1969. En algunas de ellas participaron Tarud, Neruda, Baltra y Allende. Varias veces ofreció el Partido Comunista retirar a Neruda; el Partido

Radical se afirmaba con Baltra, pero el más duro fue Tarud. El MAPU, por su parte, había levantado la candidatura de Jacques Chonchol.

El 31 de diciembre la reunión empezó cerca de las 3 de la tarde, después de que había transcurrido la mañana en reuniones previas. En mi casa teníamos preparada una fiesta de Año Nuevo, a la cual habíamos invitado a todos los amigos cercanos a Allende con los que siempre celebrábamos el Año Nuevo. Homero Julio, representante del Partido Socialista en las conversaciones de la U.P. llegó poco después de medianoche; lo pilló las doce de la noche en el trayecto entre el comando y mi casa. Hasta poco antes de las doce habían estado reunidos sin llegar a un acuerdo. Como evidentemente ya no había más que hacer, se rompieron las conversaciones. Mas tarde llegó también Allende. Debe haber sido cerca de la una. Es costumbre en Chile, que las fiestas de fin de año empiecen después de las doce de la noche: cada uno quiere pasar las doce de la noche en su casa con sus hijos y sólo después se va a casa de otra gente para festejar.

Llegó el doctor y nos encerramos en mi escritorio todos los compañeros presentes. Con esto se acabó la fiesta. Discutimos largo para buscar un punto de ataque. Allende, en realidad, había esperado que se llegara a un acuerdo. Había tratado de arreglar la situación embrollada ofreciéndole a Tarud el oro y el moro. Primero Tarud pidió ser generalísimo de la campaña. Segundo, pidió el pago de los gastos que él había hecho hasta ese momento en su campaña. Tercero, pidió la participación del API en el gobierno, con una cuota muy grande. Allende había dado su consentimiento a las desmedidas pretensiones. Diferenció entre condiciones de dinero y condiciones de participación en el gobierno. Dijo que las de dinero no tenían importancia, porque sencillamente se pagaban. Y que las condiciones de participación en el gobierno tampoco tenían importancia:

“—Si yo a Tarud le ofrezco 50 cargos, no va a tener gente para cubrirlos. Su partido es él y cuatro o cinco personas más—”, me dijo.

Finalmente se pusieron de acuerdo sobre la designación de Allende como candidato. Pablo Neruda relata este suceso y sus impresiones de las campañas electorales de Allende, de la siguiente manera en sus Memorias:

“En un momento afortunado llegó la noticia: Allende surgía como candidato posible de la entera Unidad Popular. Previa la aceptación de mi partido, presenté rápidamente la renuncia a mi candidatura. Ante una inmensa y alegre multitud hablé yo para renunciar y Allende para postularse. El gran mitin era en un parque. La gente llenaba todo el espacio visible y también los árboles. De los ramajes sobresalían piernas y cabezas. No hay nada como estos chilenos aguerridos.

Conocía al candidato. Lo había acompañado tres veces anteriores, echando versos y discursos por todo el brusco e interminable territorio de Chile. Tres veces consecutivas, cada seis años, había sido aspirante pre-

sidencial mi porfiadísimo compañero. Esta sería la cuarta y la vencida”.

A mí me tocó después participar en el análisis de los gastos de la campaña de Tarud. Ahí supe quién era la gente que pintó los caminos y cuánto había costado cada “universitario” y quiénes eran los hombres que hacían las proclamaciones y los artículos espontáneos que salían en la prensa. Se le pagó a Tarud absolutamente todo. Incluso tuvimos que comprarle el mobiliario de la casa donde tenía instalado su comando.

COMIENZA LA CAMPAÑA DE 1970

El año 1964 tuvimos nuestro comando en la calle Catedral y el año 1970 lo instalamos nuevamente en Compañía, frente al edificio donde habíamos ubicado años antes nuestro Instituto Popular. Esta casa en la calle Compañía era un edificio bastante grande.

Se nombró un coordinador de cada partido, un comando ejecutivo directamente vinculado a la dirección de la campaña. Hasta ahora, nosotros habíamos tenido en las campañas un secretario general, que había sido siempre Salomón Corbalán. Ese secretario general buscaba sus colaboradores para crear un comité ejecutivo. Ahora fue al revés: se creó un comité ejecutivo, sin que hubiera secretario general. Este comité que estaba integrado por los representantes de los partidos, que llamábamos coordinadores, tenía vinculaciones con todas las comisiones, como la de finanzas, electoral y de propaganda. La presidencia del comando, que se componía de representantes de todos los partidos, movimientos y agrupaciones, la mantenía Rafael Tarud. Después formamos un comando de prensa, en el que operaron dos grupos. Uno tenía la función de escribir comentarios; el otro se preocupaba de la propaganda y su difusión. El encargado del comando de prensa era el compañero José Tohá. Pero quien, en efecto, llevaba el trabajo, era Víctor Vío.

Quedaban pocos meses hasta la elección. Nunca antes habíamos empezado una campaña tan tarde . . . ¡a fines de enero! Yo trabajaba, en la mayoría de los casos, al lado de Allende; tenía que dedicarme por completo a la coordinación entre el comando y él; y tenía que preocuparme de sus giras. Allende me había dicho:

“—Yo necesito saber en cada momento qué está pasando. Ud. me informa y yo doy instrucciones al comando por su intermedio. Vale decir, que Ud. va a ser el enlace con el comando en ambas direcciones; debe preocuparse de estar de la mañana a la noche en contacto conmigo y con el comando—”.

Esto significó que tuve que irme, de ahí en adelante, cada mañana muy temprano a la casa de Allende para informarle de los resultados del trabajo del comando del día anterior. Yo discutía los programas con los coordinadores y los presentaba después al compañero Allende, tratando

de adaptarlos lo más posible a los requerimientos de él. En esto, me sirvió mucho la experiencia adquirida en campañas anteriores. Sabía qué era lo que el compañero Allende hacía, qué quería, qué necesitaba y cuál era el ritmo de trabajo que a él le gustaba. La campaña electoral de 1970 era indudablemente la más importante de las cuatro en que participé al lado de Allende, porque nos llevó al gobierno. Primero programamos algunas giras a los puntos más importantes del país. Aplicamos en esto otro criterio que en las campañas anteriores y nos dedicamos a las partes donde éramos fuertes y donde era de esperar una alta votación a nuestro favor. Basándonos en esta premisa nueva, dirigimos aún más nuestra atención a los sectores populares de Santiago, donde la izquierda siempre había tenido grandes éxitos; a los sectores del norte y del extremo sur, y a Concepción. Ahí podíamos afirmar visiblemente nuestras posiciones.

Una innovación: nos dirigimos al campesinado. Hasta ahora, la izquierda lo había mantenido un poco al margen en sus campañas. Mientras tanto, el campesinado se había labrado una posición dentro del movimiento sindical. Creamos, como ya lo habíamos hecho antes, grupos para buscar votos en algunos sectores especiales que habitualmente no estaban con nosotros. Era importante, por ejemplo, el Frente Cívico Militar, para ganar votos de sectores de las Fuerzas Armadas, como también lo eran los movimientos de independientes e intelectuales.

Pero, como en los años 1958 y 1964, nos basamos en forma principal en los partidos de la masa trabajadora. Esta vez enfrentábamos la campaña con un abanico electoral bastante amplio, desde el Partido Radical, pasando por la democracia cristiana con el MAPU, el Partido Democrático Nacional (que era un partido socialdemócrata), los Partidos Socialista y Comunista hasta sectores de la ultraizquierda, que, si bien es cierto no apoyaban abiertamente la campaña, tampoco la dificultaban.

Una de las primeras acciones de la campaña electoral, fue una gira por Santiago. En ella visitamos Barrancas. El año anterior había sido afectada por una inundación. El año 1968 hubo una extraordinaria sequía, de modo que grandes partes del Río Mapocho se secaron completamente. El alcalde, tal vez, pensó que eso se mantendría para siempre y solucionó un viejo problema de la comuna, el botadero de basura, mandando a echar la basura al lecho seco del Mapocho. Ocurrió que el año 1969 fue bastante lluvioso. Por el taco que se había producido se salió el río de su lecho, y arrastró grandes sectores de las poblaciones. La izquierda se preocupó mucho de ayudar a los afectados. Había ahí una población que se llamaba Luis Emilio Recabarren, que fue casi totalmente arrasada. Mucha gente quedó sin hogar, murieron niños. Por eso nos fuimos hacia allá en una de nuestras giras.

Nos acompañaba un periodista que trabajó en 'Clarín' y 'Puro Chi-

le', el compañero Eugenio Lira Massi. Iba en representación del Partido Comunista la compañera Julieta Campusano; por el Partido Socialdemócrata, el compañero Lautaro Ojeda. Se integró además el compañero Elgueta, presidente de la Asociación de Profesores y miembro del Partido Radical. Eugenio Lira era un hombre muy gracioso, de mucho humor.

Cerca del mediodía, cuando nos fuimos a almorzar, Allende nos pidió que lo esperáramos mientras él iba a hacer una diligencia. Volvió como a las cuatro de la tarde. Estábamos todavía haciendo sobremesa. Eugenio Lira podía resistir enormes cantidades de alcohol, no así Lautaro Ojeda. Cuando llegó Allende a buscarnos, Lautaro ya había bebido mucho. Salimos a las poblaciones. Era un día de mucho calor y había gran cantidad de polvo en los caminos.

Llegó el momento en que debía hablar Lautaro Ojeda. Dijo más o menos el siguiente discurso:

“Hoy en la mañana recorrimos la comuna de Barrancas. Este pueblo ha sido testigo de un milagro. Cuando íbamos saliendo se acercó un niño ciego a nuestro coche y dijo que quería ver al candidato, al compañero Allende. Allende miró al muchacho, sorprendido, y le pasó las manos por encima de los ojos. Y yo, Lautaro Ojeda, oí cuando el niño decía, ¡lo veo, lo veo! ¡Sí compañeros! ¡El compañero Allende hizo ver hoy día aquí a un niño!”

En un primer momento, Allende naturalmente se molestó, pero después lo echó a la broma. En efecto, habíamos visto frente a la municipalidad de Barrancas a un niño que tenía los ojos supurados. Allende lo llamó y lo miró. No encontró un diagnóstico correcto, le hizo cariño y pidió a su hermana Laura que llevara el niño a un médico. Cuando Allende le abrió los ojos que tenía pegados con la supuración —posiblemente desde hacía un día o dos que no lo lavaban—, al preguntarle, el niño había dicho: “—Sí, veo—”. Hasta ahí era cierto y natural. Pero con una botella de vodka, Lautaro contó la historia como si Allende hubiera hecho el milagro.

Otro hecho realmente importante que ocurrió en este mismo tiempo fue el viaje a Lota de Alessandri, que también había levantado su candidatura. Los mineros del carbón tenían fresca todavía en su memoria la huelga del carbón del año 1960 y su actuación. Y también el terremoto, del cual ya hablé. Cuando llegó Alessandri a Concepción, Lota y Coronel, los mineros lo agredieron y lo pifiaron. Para él debe haber sido terrible. Poco después de este incidente hubo que sacarlo en un auto tan rápido como fue posible. No se pudo hacer su concentración. A algunos dirigentes de la derecha, como al senador Humberto Enríquez Fróden, que apoyaba la candidatura de Alessandri, no sólo lo pifiaron sino que le pegaron y cayó al suelo. Arrancó en cuatro ples por entre las piernas de los trabajadores.

Pocos días después, nosotros partimos para allá. Allende quería ir a desagaviar a los obreros. Entonces, el doctor aún andaba sin escolta, sólo acompañado por Rodolfo Ortega y yo. Rodolfo no pudo ir por tener que cumplir otras funciones importantes. Entonces, yo invité a Eugenio Lira. Los dos éramos los únicos guardaespaldas de Allende. Yo había hecho un curso de karate. En el subterráneo de mi casa habíamos instalado un pequeño gimnasio. La familia completa, Myriam y los niños, entrenábamos tres veces por semana.

No sabíamos qué nos esperaba en Lota. Pero la población nos saludaba con la euforia más grande que yo haya visto. Ya conté que años antes llevamos niños mineros a nuestras casas. Esos niños eran ahora aquellos hombres que rechazaron a Alessandri y que no lo dejaron entrar a Lota. Pero ahora, se encontraban con el hombre que los había acogido y que se había jugado por entero por ellos. Yo estuve en muchas recepciones de Allende, luego, cuando visitó Lota como Presidente. Pero nunca he visto, antes ni después, una euforia más grande. Aparte de agradecimiento personal para el compañero Allende, estaba inserta un poco la rebelión contra el sistema gubernamental que representaba el hombre que ellos habían repudiado.

Logramos llegar hasta Lota Alto, después que fue imposible seguir en auto. Tuvimos que continuar a pie. Hay más o menos un kilómetro y medio hasta la plaza, donde se quería hacer la concentración. Hoy día, no puedo decir cómo llegué a la plaza. Sé solamente que me tomé de la chaqueta de Allende, para no perderlo. ¡La función nuestra era cuidar al doctor! Cuando llegamos, finalmente, arriba del escenario, toda la plaza era un ir y venir de un lado para otro.

En Lota he visto caras de alegría y también de pena. Lota es una ciudad triste, muy pobre, una ciudad de la explotación. Durante generaciones los mineros han trabajado para vivir en este pueblo oscuro, sucio y mísero. Es tanto que los habitantes en sus días de fiesta se visten de luto. Su ropa elegante es negra. Pero aquel día, Lota vestía de colores.

Cuando después del discurso de Allende volvíamos en auto hacia Concepción, hicimos el recuento del día. Allende preguntó:

“—¿Uds. venían a cuidarme de qué? ¿Y qué hicieron hoy mis guardaespaldas?—”

Habíamos procedido contra gente que estiraba las manos hacia el doctor. Contra algunos, por lo menos, pensando que eran provocadores. Eugenio pescó a uno del cuello, llevaba un pañuelo. De repente se dio cuenta de que era el pañuelo de las Juventudes Comunistas. En ese momento, lo soltó rápidamente. El hombre le hizo saber entonces que era el Jefe de la Juventud Comunista de Lota. Cuando íbamos subiendo al estrado, había una escalerita por la cual teníamos que pasar. Me puse con los brazos cruzados para dejar que subiera Allende. A pesar de esto,

la gente empezaba a pasar por debajo de los brazos. Sin mirar, empecé a golpear con el codo. De repente sentí un quejido . . . ¡el senador Jerez! ¡El resultado de mis esfuerzos por proteger a Allende fue pegarle al senador de la zona! Allende le fue a dar excusas después.

El tesorero de nuestra campaña fue don Alberto del Canto, un hombre de buena situación económica, muy hábil, casi audaz para los negocios. Necesitábamos vehículos. Yo me conseguí con un amigo una camioneta vieja, que había que arreglar primero. Don Humberto estaba lleno de confianza, de que íbamos a ganar esta vez. Pensó, por esto, que la campaña debía ser preparada también económicamente en buenas condiciones. Recomendó que compráramos 30 Fiat.

Yo casi caí desmayado. ¿Todo el dinero que habíamos ganado con el negocio del níquel, se iría en los autos? Don Humberto propuso comprar los autos y jugar con ellos al azar:

“—En Chile hay inflación. Lo único que tenemos que hacer es pagar con letras. Guardar las letras tres meses, hacerlas prorrogar. Las letras son siempre a noventa días y después se las puede renovar otros noventa días. En estos tres cuartos de año se usan los autos y se deterioran. Después de la campaña, los podemos vender, por el mal estado en que estén. O sea, que en total vamos a tener que pagar, cuando mucho, sólo el valor de 5 autos—”.

En el fondo, ¡con cinco autos podíamos tener treinta! Esto ya era propio del nuevo estilo de la campaña, un estilo audaz. Ya no nos medíamos en sumas pequeñas. La mayoría de los fondos financieros para la campaña del año 1970 eran recursos propios. Algunos negocios de comercio exterior con apoyo de la República Democrática Alemana, Cuba, Polonia y otros países socialistas, nos sirvieron para financiar la campaña.

En una forma nueva enfrentamos también nuestro trabajo publicitario; por ejemplo, mediante avisos en los periódicos. Nos aprovechamos además de una gran ventaja: la agrupación de locutores, o sea, el sindicato de locutores de radio, era controlado por el Partido Comunista; la mayoría de los locutores eran hombres de la Unidad Popular y ellos pasaban las frases de propaganda de Allende. Así ocurría que nuestros slogans se transmitían hasta 40 veces, a pesar de que habíamos acordado con el dueño de la radio sólo 20 veces.

Nos benefició bastante ir primero a la ofensiva. Allende había planteado desde el primer momento que teníamos que luchar en terrenos que habitualmente eran nuestros, concretamente en la calle.

Mientras tanto, algunos proponían no participar en la elección. Los fracasos electorales de 1958 y 1964, los métodos represivos del gobierno de Frei, las guerrillas en Bolivia, los éxitos de los revolucionarios cubanos, todo el contexto latinoamericano había hecho que grandes sectores de la juventud, pero también sectores de la pequeña y mediana burguesía

y de la intelectualidad, no estuvieran en favor del camino de las elecciones. Querían seguir adelante en forma más rápida y hablaban en favor de la vía armada. Esta gente no vislumbraba ninguna chance al triunfo de Allende a través de las urnas. Personas que siempre habían estado con nosotros, esta vez no trabajaron en contra de nosotros, pero tampoco hicieron nada en favor nuestro. Políticos que posteriormente estuvieron en altos cargos gubernamentales durante el gobierno de Allende, no sólo no ayudaron en la campaña, sino que el día 4 de septiembre no votaron. Simplemente ya no creían en la posibilidad de las elecciones.

La primera concentración grande en Santiago se realizó en la Avenida Bulnes. Allende entró, algo que no había hecho nunca antes, en un vehículo por entre medio de las masas reunidas ahí. Mi hermana tenía un camión. En él nos fuimos desde el local del Partido, en San Martín, por la Alameda, hasta un escenario improvisado. Ya en la Alameda, antes de llegar a la Plaza Bulnes, empezamos a tener problemas para avanzar. Yo nunca antes había visto un vehículo que "navegara" por entre medio de una multitud como ésa. Se había reunido un gentío enorme para ver y escuchar a Allende. Se abalanzó contra el vehículo. Primero, habíamos dispuesto alrededor del vehículo un grupo de compañeros de los Partidos Socialista y Comunista, para que hicieran un cordón. Pasada la estatua de Bulnes, era imposible seguir avanzando. Hasta el escenario había unos 50 metros, pero nosotros quedamos bloqueados después de haber avanzado 20 metros. El motor se paró. El coche se movía hacia la izquierda y la derecha, hacia adelante o hacia atrás. Sentí como la camioneta se tambaleaba y temí que se volcara. Salí, me subí a la parte de atrás y vi que la gente lo empujaba con el objeto de alcanzar a Allende, de pasarle la mano. Los compañeros encargados del cordón fueron apretados contra el coche, sencillamente. A uno lo estaban casi aplastando. Llamé a Rodolfo Ortega y a Paredes. En conjunto tratamos de tirarlo hacia arriba de la camioneta. Nos costó mucho reanimarlo. Entre la multitud era difícil ver las bocacalles e imposible salir de la Plaza Bulnes. Entonces, tuvimos que orientarnos por los ángulos de los edificios.

Adelante había ido un Fiat con un parlante:

“— ¡Abran camino al compañero Allende!—”

A los pocos minutos, el pequeño coche había desaparecido entre la multitud y no se sentía ni siquiera el megáfono. Varias horas después encontré el auto, con un lado completamente abollado y los cuatro neumáticos rotos. Los compañeros había tenido que abandonarlo en medio del gentío. La concentración demostró nuestra fuerza en Santiago.

La razón fundamental de nuestro triunfo fue el movimiento de masas, la combatividad de las masas que había llegado a un grado de desarrollo que parece difícil que se logre dentro de poco nuevamente. (Por esto, el fascismo en Chile no ha podido lograr una base de masas).

Esa primera concentración en la Avenida Bulnes, la primera gran concentración en Santiago, dio un fuerte estímulo a los compañeros. Pero la turbulencia de la concentración nos hizo ver también un problema: durante todas las campañas, durante todas sus giras, el compañero Allende había ido acompañado por alguno de nosotros, por Rodolfo Ortega o yo. Esto no podía seguir así. Habíamos iniciado una campaña en la cual se planteaba la nacionalización del cobre, la nacionalización de los bancos, la agudización de la reforma agraria, el desarrollo del área social. Era una campaña que aspiraba al triunfo. Y la reacción sabía que nosotros podíamos ganar. Poderosos grupos de intereses se vieron amenazados. Allende ya no pudo ser cuidado por uno de nosotros. Necesitábamos buscar a una persona que estuviese adiestrada en la protección de un hombre y que fuera de nuestra absoluta confianza. Encontramos al compañero Fernando Gómez. Este hombre bien adiestrado, había vivido varios años en Cuba; era militante del Partido Socialista.

El compañero Gómez empezó a acompañar al doctor, a pesar de que a éste no le gustó. Muchas veces, cuando el compañero Allende se bajaba del auto, había necesidad de cuidar los coches. No hubiera sido difícil colocar una bomba en el vehículo, durante nuestra ausencia. Allende estaba convencido de que se encontraba bajo la protección del proletariado de Santiago. Y sostenía que si la perdiera no tendría derecho a ser Presidente de Chile. Nos costó mucho convencerlo. Una cosa era la protección del proletariado. Otra cosa era que el día de mañana, el Capital y la Reacción pudieran tener interés en liquidarlo.

Después, Allende mismo nos ayudó a buscar gente apropiada. Su jornada de trabajo era pesada y dura. No se le podía pedir a un solo compañero que anduviera durante 16 o 18 horas junto a él. Me encargó que hablara con don Humberto del Canto, ya que éste conocía a alguien que había sido dado de baja del ejército hacía poco. Me informó que el hombre era miembro de las fuerzas especiales del ejército —de los boinas negras— y era hijo de un dirigente del Partido Radical de Chillán. Conversando con este joven, me di cuenta de que tenía una sólida preparación política, a pesar de ser ex-oficial, y que poseía una extraordinaria preparación militar. Pensé que este hombre, Mario Melo, era indicado para ponerlo junto a Fernando Gómez. Hice algunas averiguaciones respecto a Mario Melo y me dijeron que no era militante del MIR, pero que los miristas tenían buena opinión de él. Finalmente, los miristas me revelaron que sí era uno de sus militantes y la persona indicada para la función que nosotros queríamos que cumpliera. Hablé otra vez con Mario Melo y después con el doctor. Y éste decidió que el muchacho se quedara trabajando con él, directamente, como encargado de seguridad. De esta manera la “tropa” de seguridad se convirtió en dos personas. (El compañero Gómez logró salvar la vida después del 11 de septiembre

de 1973; Mario Melo fue detenido, brutalmente torturado y lanzado vivo desde un helicóptero).

El hecho de que Allende llevara a Mario Melo como escolta, le dio una herramienta más para sujetar un poco la rienda a los miristas. En esos días, los compañeros del MIR plantearon que estaban dispuestos a suspender sus tomas y expropiaciones hasta después de las elecciones. Pero querían tener una conversación con Allende al respecto. Así, Allende y la dirección del MIR se reunieron por segunda vez. Y llegamos al acuerdo de que ellos suspendían sus actividades.

LA ENFERMEDAD DE ALLENDE

En Concepción se organizó una gran concentración. Después había una comida en el comando. Recién empezábamos cuando se nos avisó que muy cerca se había incendiado un comando de la candidatura de Allende. Salimos corriendo. Ya habían llegado los bomberos y trataron de apagar las llamas que destruían la vieja casa de madera. Pasó un bombero y mojó a Allende por completo; fue una cosa absolutamente casual. No se había dado cuenta quién era el que estaba ahí. Después de haber tomado algunas fotos volvimos a la comida. Yo aconsejé a Allende que se fuera a cambiar ropa. Pero estábamos bastante lejos de hotel.

Al poco rato, el doctor se puso muy colorado. Dijo que mejor se iba a cambiar ropa y que volvía después. Evidentemente no se sentía bien. Se le notaba una cara afiebrada. Yo calculé cuánto tiempo necesitaría hasta llegar al hotel y lo llamé por teléfono. Allende se había acostado y me pidió que lo excusara ante los compañeros. Con un médico me fui al hotel. El médico examinó a Allende. Tenía fiebre, pero insistió en tomarse solamente unas aspirinas.

Al otro día, debíamos seguir a Chillán. Salimos al medio día. Ahí recorrimos algunas poblaciones. Era un día extraordinariamente helado. Para la tarde se había organizado un acto en la plaza frente a la sede de la Universidad de Chile en Chillán. Era vice rector de la Universidad, en ese momento, Julio Stuardo. Y cuando saludó a Allende, habló de los compañeros profesores y los compañeros alumnos. Fue la primera vez que yo vi una actitud tan valiente. Se había montado el estrado en una parte donde golpeaba el viento muy fuerte. El doctor dijo su discurso con voz ronca y se fue de inmediato al hotel. Se sentía mal. Habíamos previsto volver a Santiago al día siguiente en auto. Pero Allende prefirió irse esa noche en tren. Una vez en casa no guardó cama; pero, por lo menos, se quedó dos días en la casa.

Esto dio lugar a diversos rumores con respecto a la salud de Allende. Unos decían que Allende tenía un cáncer a la garganta. Otros, hablaron de cáncer a los pulmones.

Un día, en el mes de julio, el doctor tenía que hacer una diligencia en el centro. Yo me había quedado un poco atrás para comprar cigarrillos. Cuando volví a su lado, se había afirmado en un kiosco. Estaba muy pálido. Volvimos lentamente hasta el auto. Deseché mi primera idea de ir a buscar el coche, para no dejarlo solo. No se afirmó en mí, pero respiraba entrecortadamente al caminar, como si le faltara un poco de aire. Después de unos 20, 30 metros empezó a revivir. A cada rato pasó gente que lo saludaba, y él contestaba como lo hacía habitualmente. Nadie se dio cuenta de que algo no andaba bien. En la esquina de Compañía con Bandera, el doctor me pidió que trajera rápido el auto.

Cuando llegamos a su casa, lo estaban esperando dos personas. Los hizo pasar al escritorio, pero después les pidió que se fueran, porque tenía que hacer un llamado de larga distancia que duraría bastante tiempo.

Esa noche, los dolores le volvieron nuevamente y, tal vez, más fuerte. Hizo llamar al doctor Oscar Soto. Este hombre tenía entonces unos 31 años, con la apariencia de ser incluso más joven, muy deportivo, con el estetoscopio en el bolsillo. A mí no me daba la impresión de que fuera el médico indicado para el compañero Allende y pregunté a Tati por qué habían llamado a ese mocoso, y no al mejor cardiólogo que había en Chile. Me contestó que era el mejor cardiólogo, además de ser el médico en el que Allende tenía confianza. Ella tenía razón. Allende pasó la noche no muy bien. Estábamos dudando si había que hospitalizarlo, pero, finalmente, lo evitamos.

Nunca contamos que Allende había tenido un ataque cardíaco. Dijimos que era una gripe. A pesar de esto, su enfermedad se prestó para todo tipo de especulaciones. Incluso algunos dirigentes de la Unidad Popular iniciaron gestiones para retirar la candidatura de Allende. Sostenían que un hombre que había sufrido un infarto no podía ser elegido Presidente.

Pocos días después, un jueves, Allende tenía que grabar un programa de televisión. No ir significaba activar los rumores de una grave enfermedad. Acababa de salir un programa con Alessandri, donde le temblaban las manos. El programa le causó mucho daño. Su propia gente lo abandonó al ver que ya no podía controlar las manos. Teníamos que considerarlo al decidir si Allende iba o no iba a la televisión.

El doctor Soto dio su consentimiento, pero subrayó que tenía que hacerlo con mucho cuidado. Esta aparición en las pantallas fue seguramente una de las más duras pruebas por las que pasó Allende. El programa duraba más de una hora y él tenía que responder muchas preguntas. Era un video que se tomaba el jueves y se transmitía el domingo. Nadie notó que el doctor estaba enfermo. Debe haberle costado un enorme esfuerzo. Lo que hizo Allende ese día fue admirable.

Una de nuestras giras al sur, nos llevó a Puerto Montt. Poco antes de llegar al lugar de la concentración, quizás una cuadra antes, se cortaron las luces de la ciudad. No sólo se apagó un sector, sino que se cortaron las luces en toda la ciudad. Casi se produjo un pánico. Nos bajamos del auto y seguimos a pie, para llegar al lugar de la concentración. Toda la gente trata, en estas circunstancias, de abandonar las aglomeraciones. El único camino era la calle por donde nosotros íbamos con rumbo al lugar de la concentración. ¡Qué fácil hubiera sido que, en la oscuridad, se nos acercara alguien, le pegara una puñalada a Allende o le disparara un tiro en la cabeza, sin que hubiéramos tenido jamás la posibilidad de encontrarlo! ¡Fue evidentemente un acto de sabotaje, muy bien pensado!

En el Senado —y Allende fue senador durante muchos años— siempre hubo un carabinero en la puerta, que controlaba la llegada y la salida. Uno de ellos estuvo muchos años en el cargo. Siempre era muy atento con Allende y, a su vez, Allende se portó muy deferente con él. Cuando se apagaron las luces en Puerto Montt, se acercó a Allende un hombre de gran altura. Yo traté de inmediato de impedirle el paso, pero él era muy fuerte. Me tomó del brazo y me dijo:

“—Don Osvaldo, déjeme a mí—”.

La voz me pareció conocida. El hombre —era ese carabinero— protegió a Allende con su cuerpo, sacó una linterna y empezó a iluminar el camino. Después apartó a la gente con su bastón. Me di cuenta de que llevaba en la otra mano un revólver, porque había entregado la linterna al compañero Gómez. Yo también saqué mi revólver. El compañero Allende insistió en subir al escenario. Con gran esfuerzo logramos llegar hasta allá.

A todo esto, habían transcurrido unos 10 minutos. Mucha gente había mientras tanto, conseguido linternas, quemaban fósforos o papeles, de modo que ya se podía ver algo. Sólo bastante rato después, se reencendió la luz eléctrica. Este carabinero fue el único funcionario que nosotros llevamos después a la Moneda.

De Puerto Montt pasamos a Chiloé. El doctor pidió que la compañera Elba Vergara se viniera nuevamente por algunos días. Elba se quedó en el hotel de los Bartulín, y nosotros volvimos a Santiago. Cuando Elba quiso volver a Santiago, Danilo Bartulín fue a dejarla en auto a la estación de Puerto Montt. En el camino de vuelta lo pescó el viento de la montaña, tuvo un accidente y sufrió heridas en la cara y en una pierna. En estas condiciones, lo trasladaron a Castro. Allende me encargó que trajera a Bartulín a Santiago, por las mejores posibilidades de atención médica. Lo hicimos trasladar al Instituto Traumatológico, donde le enyesaron la pierna. Pudo reiniciar su trabajo sólo cuando ya estábamos en la Moneda. Enrique Huerta, el intendente del Palacio, pidió en ese tiempo un médico para la Moneda, para atender a los carabineros, el personal de servicio, los compañeros de la escolta, el GAP y los familiares de

ellos. Ahí me acordé de Danilo Bartulín, a quien recién le habían sacado el yeso. Pregunté al doctor qué le parecía la idea de contratar a Bartulín para la Moneda. Me contestó que le daba lo mismo, pero que él creía que Bartulín no iba a querer, porque tenía su familia y su estudio en Chiloé. Pero Bartulín aceptó sin vacilar. En esa forma llegó a ser médico en la Moneda. Bien entendido: no el médico del Presidente.

Durante la campaña ocurrieron naturalmente algunas cosas curiosas. Una vez necesitábamos traer una camioneta, de esas para 15 o 20 pasajeros, que habíamos comprado en Punta Arenas. Queríamos transportarla en un avión, pero la LAN nos puso dificultades. Por esto llamé a Enrique Krauss, el generalísimo de la campaña de Tomic, para que me hiciera traer el vehículo. El no tenía problemas con la LAN, porque representaba el partido de gobierno. La camioneta llegó, traída por la gente de Tomic, a nombre de Enrique Krauss, para la campaña de Allende. Nada habría pasado, si una cosa importante no me hubiera impedido ir a buscar el microbús personalmente al aeropuerto. Tuve que mandar a uno de nuestros compañeros.

Después de algunos días, cuando volví de un viaje, los compañeros me contaron que la camioneta no había llegado. Pero yo sabía positivamente que ya estaba en Pudahuel, porque llevaba los papeles del bus en el bolsillo. No, me aseguraron los compañeros, ¡esos son los documentos de la camioneta de Tomic! Entonces decidí ir personalmente al aeropuerto. A los compañeros les dije que debía haber ahí dos camionetas iguales.

No quería nutrir aún más las especulaciones de que se iba a producir una fusión de la campaña de Allende con la de Tomic. Esto habría creado un enredo completo, y nada más que por haber traído un vehículo de Punta Arenas a Santiago a nombre de Enrique Krauss. Esto rumores de una fusión de las candidaturas de Allende y de Tomic ya estaban circulando. Un diario había lanzado la noticia que se retiraban las dos candidaturas para levantar un tercer candidato: Valdés. Este era un hombre que realmente estaba cerca de los dos candidatos. También dieron otros nombres, por ejemplo el de Felipe Herrera. ¡Y todo por esta vulgar camioneta!

SABOTAJES, LA CIA Y LA CAMPAÑA DEL TERROR

Para una concentración en Valparaíso, un amigo nos había ofrecido prestarnos un microbús. Tenía dos, un Ford y un Chevrolet. Fui a verlos y elegí el Ford. Un bus bastante bueno, con poco uso, con 8 ó 9 asientos. Salí a probarlo. Realmente, era un vehículo como nosotros necesitábamos.

Salvador Allende, José Tohá, Rodolfo Ortega, Fernando Gómez y

yo partimos a Valparaíso. Antes de salir, había llevado la camioneta a revisión. Normalmente manejaba Fernando Gómez, pero como yo había ido a buscar la camioneta, fui manejándola yo primero. Poco después de salir noté que la dirección se puso pesada. Además, constatamos que el coche perdía líquido. Yo era de opinión que, a pesar de los defectos técnicos, podíamos llegar bien a Valparaíso. El indicador mostró unos 140 kilómetros por hora. ¡De repente noté que en una parte bastante complicada del camino, otro vehículo estaba detenido! No disminuí la velocidad sino que seguí igual. Cuando nos hubimos acercado a unos 150 ó 200 metros, al chofer de este vehículo se le ocurrió partir. Temí un choque, solté el acelerador y frené. O sea, quise frenar. Metí el pie en el freno pero no sentí la menor resistencia. Los frenos no funcionaban. Y de repente el coche que iba delante de nosotros volvió a detenerse.

Rodolfo Ortega, que venía sentado atrás, abrazó a Allende para protegerlo. Intenté frenar nuevamente, apreté el freno de mano y empecé a maniobrar con el volante. Era un camino de doble tránsito. Si quería pasar al otro vehículo, tenía que cruzar hacia el lado por donde venían los vehículos en sentido contrario. Y ahí vino al encuentro de nosotros un camión. El camión frenó violentamente, de modo que logré pasar entre los dos vehículos, pero topando al camión. El choque fue duro. Vi de repente que había un trozo de corte de cerro, que estaba muy al borde del camino. Grité hacia atrás que se afirmaran. Chocamos contra el corte de cerro. Se destrozó todo un costado de la camioneta, pero se detuvo el vehículo.

Fernando Gómez se bajó de inmediato y se metió debajo del auto a ver qué era lo que había pasado. ¡Las gomas de los frenos habían sido cortadas! Al frenar levemente habían resistido aún, pero con el frenazo fuerte había reventado todas. Faltaba además el tapón del depósito de líquido de la dirección hidráulica.

El vehículo que había provocado esta situación peligrosa ya no estaba. ¡Evidentemente era un atentado! Realizado en un lugar donde uno debe disminuir fuertemente la velocidad, incluso en condiciones normales. Los autores del atentado habían calculado entonces, que los frenos nos iban a resistir hasta este punto, pero que al frenar fuerte, tenían que reventar. Estaba todo bien preparado. Dejamos el bus botado y seguimos en otro coche. Después mandamos a algunos compañeros a buscar nuestras cosas.

Este incidente nos ratificó una vez más la necesidad de controlar mejor nuestros vehículos y de tenerlos bajo custodia.

La concentración en Valparaíso fue muy buena. Esta ciudad es difícil para nosotros, pero, por otra parte, nuestros compañeros ahí son muy combativos. Es la tierra natal de Allende, ahí hizo sus primeros pa-

sos políticos. Esto daba a nuestra permanencia en Valparaíso, siempre, un contenido especial.

En el momento de empezar a hablar el compañero Allende, distinguí entre el público a un hombre alto que se movía en forma extraña. Tenía la apariencia de un norteamericano. Le dije esto a Rodolfo Ortega, y salimos rápidamente a interceptarlo. No lo logramos, pero le tomamos una fotografía. Esa foto nos sirvió bastante. Descubrimos esta cara posteriormente en diferentes concentraciones, pues nos la grabamos bien. Esto hizo que Allende empezara a hacer investigaciones para saber hasta dónde la CIA trataba de controlarnos. Conversé con compañeros del MIR, les mostré la foto y ellos prometieron preocuparse de eso.

Descubrieron que el sujeto era corresponsal de una empresa norteamericana en Santiago. Los intentos de seguirlo siempre habían fracasado. Vale decir, él sabía que lo seguían. Lo extraño era que tenía tan típico aspecto de norteamericano. Como al mes, lo perdimos de vista. Después encontramos, en una foto tomada en una concentración en provincias, a un hombre con rasgos muy similares. Ampliamos la foto y descubrimos que era el mismo hombre, sólo que había cambiado un poco su apariencia. Y durante el gobierno nuestro, precisamente este hombre fue uno de los funcionarios de la embajada norteamericana: era chofer del adicto militar.

La CIA quería impedir el acceso del compañero Allende a la presidencia. Durante la campaña esto nos preocupó mucho. Recurrimos a todos los medios para formarnos un cuadro claro de hasta dónde la CIA había logrado penetrar en nuestras filas. Descubrimos algunas maniobras de la CIA, sobre todo con respecto a la publicidad y propaganda.

Una empresa publicitaria que se llamaba Andalién llevaba prácticamente toda la campaña del terror. Un grupo de compañeros entró una noche a Andalién y robó un cúmulo de documentos. Los papeles se fotocopiaron. Sin decir de donde venían, los presentamos en un programa de televisión; hicimos aparecer como que alguien había entregado los documentos en la redacción de un diario: un cúmulo de cheques y letras, con los cuales se habían pagado diferentes diarios que estaban trabajando en la campaña de terror. Se desenmascaró de un golpe toda la acción. El compañero Allende exhibió en la televisión fotocopias con las cuales se probaba claramente que la campaña era ejecutada por Andalién, dirigida por Alessandri y financiada por los norteamericanos.

Cuando hablé con Allende sobre Andalién y la CIA, me dijo que era el objetivo del enemigo impedir nuestro acceso al poder. Que había también sectores dentro de la izquierda que no querían que un gobierno socialista llegara al poder. Porque una cosa era plantear el socialismo y otra cosa era realizarlo. Que plantear el socialismo desde un buen cargo, con una buena empresa era muy diferente a eliminar la explotación. El

doctor temía que algunos compañeros que trabajaban con nosotros o que estaban en una posición favorable a nosotros, pudieran convertirse en un momento determinado en ayudantes de la contrarrevolución. Además, la CIA iba a tratar de atraer gente.

Nosotros tratamos entonces de evitar la entrega de informaciones a nadie que no conociéramos. El doctor exigió además que nos cuidáramos al recibir informaciones. Me encargó ratificar cada una que se me transmitiera antes de hacerla llegar a él. Fue la primera campaña en que nosotros vigilamos la entrada y la salida de informaciones. Tuvimos un equipo para proteger al candidato de una manipulación de informaciones por parte de sectores interesados en que nosotros tomáramos una u otra posición buscada por ellos.

También durante esta campaña electoral hubo una serie de episodios curiosos que le dieron vida a nuestro esforzado trabajo. En un comando pequeño, cerca de San Antonio, un comité hizo las preparaciones para la recepción del candidato. Los compañeros pidieron al secretario, que era un obrero modesto, tomara nota de los acuerdos: recibir al candidato, discurso del compañero fulano de tal, un cóctel. Y alguien había propuesto además, entregarle a la compañera Tencha, un ramo de flores, un bouquet. El hombre anotó todo: recepción, discurso, cóctel, y . . . ¡buque de flores!. Bouquet y buque suenan muy parecido. Se hizo la concentración según lo programado y de repente trajo el compañero secretario un buque hecho de madera, con velas, más o menos de unos 60 ó 70 centímetros. No tenía idea para qué quería la compañera Tencha este buque, pero como lo habían recomendado se lo regaló. El compañero Allende tenía colocado el buque, fruto de confusión tan hermosa, en su escritorio, en Guardia Vieja.

En Malloco vivía Mama Rosa. Había sido el ama de leche de Allende y se convirtió en un personaje casi mitológico de la izquierda. Hasta los años treinta se acostumbraba en las familias burguesas chilenas tener una mama para los niños. En la mayoría de los casos, la mama era una mujer proletaria que criaba a los niños durante muchos años. Mama Rosa estaba de cumpleaños. Nadie sabía qué edad tenía realmente. Una periodista vino a verme a la oficina y pidió autorización para organizar una pequeña fiesta y para invitar a Allende a este acto.

Yo le dije que llevara adelante las preparaciones, ¡y que la Mama Rosa cumplía noventa! Cuando lo supo Allende se rió preguntando de dónde sacábamos que la Mama Rosa cumplía noventa años. ¡Que él no sabía qué edad tenía ella y que ni ella misma lo recordaba!

La viejita tenía la cabeza aún bastante clara, pero como todos los ancianos, de vez en cuando, llegaba un día en que estaba más mal que otros. Y justamente tocó unos de éstos, cuando queríamos celebrar su cumpleaños. Habían venido camarógrafos, fotógrafos, huasos. Queríamos

hacer la fiesta a la intemperie y hacía mucho frío. Muy abrigada, llevamos a la Mama Rosa al patio y empezamos la fiesta. Yo había vuelto a esperar al doctor. Cuando llegó y vió a la Mama Rosa se molestó bastante, porque era un día tan helado. Allende tomó a su Mama Rosa y la llevó a la casa. Después habló conmigo que sí, necesitábamos publicidad, pero no a costa de su Mama Rosa. ¡Y yo era el culpable de toda esta festividad! . . .

Entre las giras de la campaña se organizó también un viaje en avión al norte, a La Serena y Coquimbo, Vallenar, Antofagasta, Calama, Chuqui, hasta Iquique. La Serena es una ciudad reaccionaria, en la cual los radicales están fuertemente arraigados. Yo tenía la costumbre de no quedarme nunca en el escenario, sino que bajaba a la plaza de la concentración a mezclarme con la gente. En La Serena encontré un hombre sentado en una banca, bastante alejado, que trataba de pasar inadvertido. Un sombrero tapaba un poco la cara. No era otro que don Gabriel González Videla.

Hacía muchos años que yo no lo veía, ni hablaba con él. En esa oportunidad me acerqué a él y le dije que era un agrado para mí saludarlo y que como radical adhiriera a la candidatura de la Unidad Popular. Que él seguramente sabía bien que yo era el secretario del compañero Allende. Que yo iba a comunicar de inmediato al doctor Allende que él estaba ahí con el objeto de que se anunciara este hecho por los parlantes. Que él pasara, por favor, de todas maneras a donde correspondía, vale decir, al escenario.

Gabriel se levantó inmediatamente:

“Joven, ¿cómo dice que se llama Ud.?”

Sabía perfectamente quién era yo. Cuando él era embajador en París, yo pololeaba con su hija menor, Rosita. En ese tiempo estuve bastante allegado a él. Hasta el momento en que dictó durante su gobierno la Ley de Defensa de la Democracia. Ahí, me alejé de su lado. Años después, mi padre y yo nos encontramos con él en la calle. Que era el colmo, me dijo en esa oportunidad, que yo me hubiera vinculado con los comunistas. Y se molestó aún más, cuando yo le repliqué que yo no había hecho otra cosa que seguir lo que él me había enseñado. Cuando yo era un muchacho me había dado largas conferencias sobre lo que era el fascismo y acerca de que el futuro del mundo estaba en el socialismo. Entonces se mostraba lleno de admiración por la Unión Soviética y los comunistas chilenos, especialmente por Elías Lafferte y Carlos Contreras Labarca.

Ese día en La Serena lo vi abandonar la plaza. A pesar de esto subí al escenario y le dije al locutor que avisara que entre los espectadores se encontraba también un ex-Presidente de la República, don Gabriel González Videla. ¡El público lanzó una enorme rechifla! Cuando le

conté a Allende de mi encuentro con González Videla, se rio. Primero, porque no había logrado traerlo al escenario. Y segundo, que él se hubiera dado el gusto de echarlo. Posteriormente, hablando en serio de este episodio, me advirtió que la política no se debía tomar con ligereza. Que anunciar a Gabriel González Videla fue un poco liviandad. Que seguramente yo y muchos otros nos dimos el gusto de ridiculizar al miserable. Pero que en política, a veces, estas bromas costaban muy caras.

En Vallenar se nos acercó un general de carabineros. Dijo que él tenía orden de seguirnos durante todo el trayecto por su jurisdicción. Le pregunté si tenía orden de seguirnos o acompañarnos. Sus órdenes, me confesó, eran de seguirnos; pero su deseo era acompañarnos. Me extrañó, porque no era la forma habitual en que nos trataban los carabineros.

Seguimos para participar en una concentración y un desfile en Antofagasta. De ahí nos fuimos a Calama y Chuquibambilla. Ahí, Allende planteó por primera vez que en Chile no debería haber, en el futuro, chilenos que ganaran en dólares. Todos los chilenos que trabajaban en empresas norteamericanas, alimentaban el mercado negro con esta moneda. Habían mil vicios producto de este hecho. Los supervisores en los minerales de cobre, por ejemplo, eran hombres que ganaban en dólares. Todos ellos, los ingenieros, técnicos y profesionales de categoría, tenían sueldos que fluctuaban entre mil y tres mil dólares. Nunca se supo que uno de ellos hubiera cambiado ni siquiera 10 dólares en el Banco Central. ¡Todo llegaba a la bolsa negra! Tenían sus cuentas en los Estados Unidos y giraban sobre cheques de EE.UU. Gracias al mercado negro, este tipo de gente vivía con 300 ó 400 dólares mensuales. Economizaron el resto a costa de la economía nacional. Era plata que salía del país.

Allende provocó con este discurso la ira de ellos.

El doctor todavía no había terminado cuando me fui con algunos compañeros a una fuente de soda a tomar un café. La altura de Chuqui me afectó bastante y necesitaba como estimulante para la circulación un café y un trago de pisco. Recién me había sentado cuando el general de carabineros me llamó con el dedo, desde atrás de la puerta, para que le comunicara al senador Allende que todo estaba en orden, pues él era del grupo de Mendoza. (Mendoza inició su traición antes de las elecciones. ¡Este hombre jugaba en 1970 de allendista!).

En Iquique, Allende fue acogido con increíble entusiasmo. En el aeropuerto nos estaba esperando una gran cantidad de camiones. A lo largo de todo el trayecto había una gran masa de gente. Nos fuimos caminando lentamente y la gente al borde del camino se movía en el mismo ritmo. La euforia correspondía a la votación que obtuvimos después en Iquique. Desde hacía 20 años viajaba con Allende al norte, y cada vez el número de la gente que nos saludaba iba aumentando. Cada recepción en Iquique tuvo más fuerza que la anterior, pero la más impresionante fue la

del año 1970.

Habíamos llegado en un avión arrendado, un viejo DC 3 de la segunda guerra mundial. En ese avión hicimos toda la gira. El piloto era aún bastante joven. Me recordó al conductor del "Tren de la Victoria". Cuando llegamos a La Serena, lo invité a que nos acompañara. Se negó. En Vallenar fue con nosotros. En Antofagasta él mismo me lo pidió. En el trayecto Calama-Chuqui, que hicimos en auto para que Allende fuera saludando a la gente que estaba en los bordes del camino, fue con nosotros arriba de un camión. En Chuqui, este hombre ya estaba integrado a nuestro grupo, en Iquique lo vi gritando de entusiasmo.

Antes se había mantenido un poco al margen del destino de su propio país; sólo al ver la euforia de las masas se integró al proceso. Lo que no conocía era la euforia de las masas, la confianza del proletariado en un hombre que representaba su futuro. Allende representaba el bienestar de Chile y al mismo tiempo la integración al internacionalismo proletario. Nunca el piloto se había preocupado de la guerra de Vietnam. Simplemente, no le había dado trascendencia. Que esa guerra en Vietnam pudiera tener importancia para los obreros del salitre en Chile, era algo que nunca se le hubiera ocurrido. Después de largas conversaciones durante nuestra vuelta empezó a entender qué relación tenía una cosa con la otra. Después del golpe fascista, lo encontré como prisionero en el campamento de concentración de Puchuncaví.

Yo también debo decir que nunca dejé de aprender con Allende. Siempre daba una explicación, no de inmediato, pero siempre tenía una explicación comprensible. Muchas veces Allende fue bastante duro conmigo, me dijo que no hiciera tonteras, que no hiciera una u otra cosa, o que hiciera algo sin falta. Posteriormente, si yo mismo no la encontraba, siempre me explicó cual era la razón. Siempre tuve la impresión de que me trató como su amigo leal.

Para Allende había cosas importantes que a los demás nos parecían pequeñas y muy subjetivas. De gran importancia eran para él las relaciones humanas con la gente con la que mantenía vínculos de trabajo. Allende no daba las explicaciones como habitualmente uno se lo imagina. Cuando él mismo cometía un error, cuando había sido injusto con alguien, no lo llamaba para darle excusas, sino que le encomendaba una tarea importante. O le confiaba una cosa con la cual le demostraba que le tenía fe.

Allende tenía gran facilidad de comunicación con las masas. La comunicación directa con él no era tan fácil como la que tenía con las masas. Le era más fácil explicarle a 10 mil personas una cosa que a una sola.

CONVERSACIONES TOMIC—ALLENDE

En la medida que se fue acercando el día de las elecciones en 1970, fui acentuando mis relaciones con Enrique Krauss. Enrique era generalísimo del comando de Tomic. Este tenía una plataforma muy diferente a la nuestra, pero en cuanto a la forma había muchas cosas similares. Es una de las características de los demócratacristianos, entrar con sus reivindicaciones populistas a algunos sectores, especialmente cuando éstos confunden populismo con marxismo.

Primero tuve algunas reuniones con Enrique Krauss. Posteriormente — ¡todavía antes de la designación de Allende como candidato!— se produjeron conversaciones entre él y Enrique. Krauss era entonces subsecretario del Interior y después, ministro de Economía. Cuando finalmente Allende fue nombrado y Tomic ya estaba llevando adelante su campaña electoral, Krauss dijo que entre ellos se produjo un interés en una conversación con Allende. Este aceptó. Todo esto en una demostración más de que era un hombre abierto al diálogo, que no lo eludía, y que siempre estuvo dispuesto a entrar en la confrontación de ideas.

Primeramente fuimos una tarde a una comida donde Krauss. Ahí se proyectó una comida con Tomic. Se realizaron en total cinco de esos encuentros.

La razón de estas conversaciones era intercambiar ideas, que permitieran un mejor conocimiento de las postulaciones de cada uno, y de esta manera tener una más definida opinión frente a la ultrarreaccionaria campaña de Alessandri. Por otra parte, Alessandri y su gente habían dicho que respetarían el triunfo de quien obtuviera un voto más que los otros. Es conveniente recordar que la constitución de 1925, plenamente vigente en esa época, decía que en caso de que ninguno de los candidatos obtuviera la mayoría absoluta en las elecciones presidenciales, las dos cámaras, la de diputados y la de senadores, reunidas en Congreso Pleno, debían, en votación secreta, elegir entre las dos primeras mayorías. Allende nos había dicho en repetidas oportunidades que él no tenía ninguna fe en que la reacción cumpliera con esta declaración, que lo hacía sólo porque creían obtener ellos esa mayoría relativa, y lo que buscaban era crear el ambiente favorable como para que la opinión pública estuviera preparada para aceptar sin problema un triunfo parcial de Alessandri en las urnas, fuese como fuese, con cohecho o recurriendo a toda la gama de artimañas que el dinero, el sistema y la corrupción tradicional de la reacción les permitiera. Además, el Dr. Allende tenía temor que la derecha de la DC hiciera cualquier movida con el objeto, no sólo de asegurar el triunfo de Alessandri, sino que, por último, designar a éste en el Congreso Pleno, aun cuando no obtuviera la primera mayoría relativa.

El Dr. Allende también sabía que una segunda vuelta, que era la

modificación constitucional que se estaba planteando, o sea, una nueva elección 15 o 30 días después, entre las dos más altas mayorías, sería casi imposible para la izquierda, primero por el derroche de dinero, con la consiguiente campaña publicitaria que lanzaría la reacción, y segundo, porque en esas circunstancias era muy posible que la derecha DC, afirmada por el imperialismo, hiciera volcarse a este partido a un apoyo a Alessandri.

Allende tenía, además de una larga amistad con Radomiro Tomic, una buena idea de él, tanto humana como políticamente. En repetidas oportunidades dijo, y se lo oí nuevamente cuando se planteó la reunión, que Tomic era un hombre bien inspirado y que él creía en la honestidad de su actuar, que él podía tener un pensamiento diferente, pero que Tomic era un político sano que siempre tendría problemas con su partido, ya que éste no tan fácilmente lo dejaría hacer lo que él se proponía.

En la primera reunión se vio la utilidad de mantener estos contactos. Los principales temas tratados fueron la nacionalización del cobre, la reforma agraria, el área de propiedad social, la redistribución de la renta, la educación y las relaciones diplomáticas y comerciales con todo el mundo. Si en la forma aparecía que no había grandes diferencias, las había, y profundas, en el fondo. Tomic sostenía que no se podía nacionalizar el cobre sin llegar a un acuerdo de pago con las compañías, ya que hacerlo como Allende lo planteaba, procediendo a descontar las utilidades excesivas, lo que se convertía en una nacionalización sin pago, aunque fuera legítimamente aceptable, y que fue lo que posteriormente se conoció como “doctrina Allende”, que es la que otorga el derecho de los pueblos a recuperar sus riquezas básicas, le creaba a los EE.UU. una situación de peligro a sus inmensas inversiones en todo el mundo, que ellos no podían dejar pasar sin más ni más. Allende le refutó que podría ser cierto, pero que los pueblos no podían construir su destino si permanecían eternamente de rodillas.

Tomic le propuso, en un momento dado de las conversaciones, la presidencia, a cambio de ciertas concesiones que eran muy sutiles. Eran tan sutiles, que muchos políticos las hubieran aceptado. Y a veces me pregunté por qué Allende no lo hizo. Parecían tan pequeñas, tan insignificantes como si uno debiera decidir si un barco sea cargado con dos granos más o menos. Pero en el transcurso de las discusiones me di cuenta que Allende, como jugador de ajedrez, ya había pensado en forma adelantada tres o cuatro jugadas más.

Llegó el momento en que Tomic, un hombre con extraordinaria memoria, que además era un orador muy bueno y muy agresivo, planteó a Allende, respecto al tema de los créditos, que no era posible un gobierno de la UP sin un flujo de créditos americanos.

Aparentemente, Allende no quiso entrar en esta polémica y buscó otro tema. Preguntó a Tomic si quería ser Presidente de Chile. Este asintió, pero quiso saber el por qué de la pregunta. Allende contestó que un Presidente siempre debe estar bien vestido, muy elegante. Fue un poco sorprendente para Tomic. Continuó el doctor Allende diciendo que un hombre sólo está bien vestido si no usa cinturón café con zapatos negros, o al revés. Tomic se miró y se dió cuenta de que realmente andaba con cinturón café y zapatos negros. Eso lo desconcertó.

Estos segundos los utilizó Allende para echarse para atrás con una sonrisa y para tomar la iniciativa de la conversación. Yo miré a Krauss, Krauss me miró a mí. Nos reímos en secreto de la frialdad de cabeza de Allende. En un momento de polémica conflictiva pudo ganarle sonriente la iniciativa a su contrincante.

Con respecto a la elección, Tomic realmente creía en su triunfo, tenía la seguridad de ganar; no esa que normalmente tienen los candidatos, que por estar todo el día rodeados de partidarios, llegan a creer que todo el mundo comparte con ellos. El convencimiento de don Radomiro era más profundo, él creía en lo que estaba haciendo y pensaba que era lo mejor para Chile. Como hombre de pensar muy sano, creía que el gobierno de Frei lo estaba apoyando realmente.

Por otra parte, en una reunión del freísmo, Frei apoyó en cierta medida a Alessandri. Y hubo situaciones en que el candidato de la Democracia Cristiana, Tomic, no recibió el apoyo del gobierno de entonces. Según mi opinión, no lo recibió porque la posición de él no era lo suficientemente reaccionaria para el gusto de los sectores de la derecha de la DC. El sector más reaccionario de los demócratacristianos no votó por Tomic sino por Alessandri.

Recuerdo un hecho, fue en el año 1964, al poco tiempo de asumir Frei la presidencia. Venía con Allende desde el Banco del Estado cuando alguien llamó al doctor en la calle: Radomiro Tomic, entonces senador por Valparaíso. Quise retirarme, pero Tomic me tomó de un brazo y dijo que quería que lo oyera:

“—Salvador, el flaco (forma en que llamaban a Frei los antiguos falangistas) me acaba de ofrecer la Embajada en los EE.UU., ¿qué piensas tú?—”

El doctor respondió:

“—Si yo estuviera en el lugar de Frei y si tuviera un opositor de izquierda en mi filas, también lo enviaría como embajador a los EE.UU . . . ¡Para liquidarlo!—” . . . Tomic fue como embajador a los EE.UU y más tarde se acordó de cuánta razón había tenido Allende.

El resultado de las conversaciones entre Allende y Tomic fue que las dos candidaturas centraran su ataque en la de Alessandri.

Las relaciones, finalmente, cambiaron un poco, cuando el Partido

Demócratacristiano propuso la Carta de Garantías Constitucionales, para dar su apoyo en el Congreso Pleno. Este asunto en realidad en ningún momento fue objeto de debate. Tomic nunca dijo que dudaba que Allende respetara la Constitución.

Si hubo en esas conversaciones algún acuerdo fue el de aceptar el resultado de las urnas y seguir la tradición de elegir en el Congreso Pleno a la primera mayoría relativa, como había ocurrido con Gabriel González Videla, Carlos Ibáñez y el mismo Jorge Alessandri.

Lo más concreto de estas conversaciones fue una cierta tregua en la lucha entre los demócratacristianos y nosotros. Esto fue bastante positivo para nosotros. No es que desecháramos el peligro de desorientar al proletariado y de hacer creer a nuestros partidarios que no éramos muy diferentes a los demócratacristianos. Hubo algo mucho más importante en este instante: confiando en las mayorías, podíamos lograr el apoyo de los demócratacristianos en el Congreso.

Tomic, por su parte, respetó el acuerdo al visitar a Allende inmediatamente después del triunfo electoral, el día 5 de septiembre en la mañana.

Con eso Allende ganó también aquellas partes del proletariado que por tradición votaban en favor de los demócratacristianos. Este apoyo lo necesitaría una vez conseguido el gobierno; esto lo sabía.

Esas fueron aquellas conversaciones de las cuales se habló durante años, pero que nadie sabía si realmente se llevaron a cabo y dónde. Es verdad que se presumió mucho al respecto, pero aparte de Krauss y yo, asistieron solamente Aniceto Rodríguez y Benjamín Prado. Al último encuentro Allende había invitado al Secretario General del Partido Socialista —Aniceto Rodríguez— y Tomic al Presidente de su partido —Benjamín Prado—. Y durante las conversaciones anteriores, Krauss y yo éramos meros espectadores.

Los diarios especularon en todo sentido. Algunos presumieron que se habían realizado en casa de Valdés o en casa de diferentes personas. Pero nadie pudo asegurar que habían tenido lugar y menos que se habían realizado en mi casa. La razón de este exitoso mantenimiento del secreto fue que mi casa está en un barrio de muy fácil acceso, donde hay mucho movimiento y a pesar de eso, no es muy visible y es difícil de observar. Siempre que se produjeron las conversaciones, le di permiso al servicio doméstico. Myriam cocinó y sirvió la mesa. Y los niños observaban lo alrededores para informar sobre cualquier sospecha. Cuando salió la primera presunción en la prensa, los periodistas siguieron a Allende y a Tomic durante días. Nunca descubrieron el lugar de las conversaciones. La gente del barrio en el que yo vivía tampoco se dió cuenta.

Debo decir que participé en mi vida en varios asuntos interesantes, pero uno de los más impresionantes fueron estas conversaciones. Allende

defendió su programa en forma excelente. Mostró que fue más allá de lo que mucha gente pensaba.

Durante la campaña de 1970 habíamos organizado una gran concentración en la Alameda. Desde cuatro puntos debían llegar las columnas de la marcha, unirse en la Alameda, a la altura del cerro Santa Lucía, para seguir después hacia el oriente hasta la Plaza Italia, donde corramos la Alameda montando un enorme escenario. En concentraciones anteriores nos habíamos dado cuenta de que los participantes, después de largas marchas, no se quedaban en la Alameda a esperar los discursos. Venían cansados y volvían por las calles laterales a su casa, para escuchar los discursos por la radio. Por eso, conversé con compañeros de la comisión de propaganda. Frente al Hospital San Borja, podíamos montar un escenario. De ahí eran sólo seis bocacalles hasta el Cerro Santa Lucía. Con lo cual teníamos una plaza de casi un kilómetro de largo por 60 o 70 metros de ancho, porque la Alameda es muy ancha. No queríamos cerrar las bocacalles, sino que montamos escenarios en cada una de ellas para impedir que la gente se fuera. En los escenarios iban a actuar nuestros artistas. Con esto podían participar miles de personas sin que tuvieran que caminar horas y horas y llegar cansados.

El doctor se entusiasmó con esta idea y me encargó que la realizara. Surgieron diferentes problemas: ¿Cómo llegábamos con Allende al escenario principal? También era difícil garantizar la atención médica en el caso de accidentes o cosas similares. El lugar más conflictivo era la calle Portugal. Por un lado, hay un edificio, que hoy es el Diego Portales; por el otro lado, se encuentra la remodelación San Borja y el hospital con el mismo nombre. Ahí no había posibilidad de salida.

Encontramos una solución: el compañero Allende entró por el hospital San Borja, por la puerta para el personal médico. Así podía llegar directamente al escenario y salir por el mismo camino, estacionando nosotros los coches en el recinto del hospital.

El otro problema lo solucionamos de la siguiente manera: mi padre vivía en un departamento en un primer piso, frente a lo que hoy es el edificio Diego Portales. Juan Carlos Concha, que durante el gobierno de la UP fue ministro de Salud, y otros compañeros más, montaron una posta de primeros auxilios en la casa de mi padre. Se sacaron los muebles del living y del escritorio y se pusieron camillas.

Cuando empezó la concentración casi nos dio susto al ver la enorme masa humana. La gente avanzaba, y si de atrás algunos empujaban, esto se convertía en una potencia extraordinaria. Habíamos montado un escenario muy estable, pero ya al comienzo se rompió la primera barrera que habíamos colocado a unos 15 metros delante del escenario. Sólo a unos 5 metros de la tribuna logramos atajar a las masas. Se mantuvo el peligro que la gente podía seguir empujando hacia adelante. Allende le

gritó a la gente que venía marchando que se detuvieran en el lugar que estaba y logró así que la cosa se tranquilizara. Posteriormente organizamos otros actos de masas, pero ése fue el más grande que hubo jamás en Chile. Hasta mucho rato después de terminada la concentración, mucha gente transitaba todavía por ahí. Políticamente, fue un enorme éxito. "El Mercurio", que normalmente minimizaba nuestras concentraciones, dio en sus titulares una cantidad de participantes que se acercaba bastante a la realidad.

EL PROGRAMA Y LAS 40 MEDIDAS

El programa de la Unidad Popular no nació, como programas anteriores, en un largo proceso de desarrollo, por ejemplo como resultado de un estudio de grupos de expertos. Más bien surgió del resumen de los programas de campañas pasadas, en las cuales los expertos ya habían dado su aporte. Unía todos los requisitos de lo que Allende dio en llamar "Frente de la Patria".

En 1969, desde Cuba, Allende había propuesto elaborar un programa y buscar fuerzas para realizarlo. Una vez encontradas estas fuerzas debía buscarse al hombre que estuviera capacitado para impulsar el programa, y sacar a Chile del subdesarrollo para llevarlo al socialismo. Estos planteamientos los hizo Allende en un telegrama que había enviado entonces desde Cuba. La misma opinión la planteó nuevamente en un discurso que pronunció después de su vuelta de Vietnam en el estadio Nataniel y también en algunas entrevistas y otros discursos durante el año 1969. En esas condiciones, los sectores de la Unidad Popular crearon una comisión que empezó a confeccionar el programa. El compañero Allende tenía extraordinaria influencia ideológica dentro de este grupo.

En el transcurso de la campaña, cuando el programa mismo ya estaba elaborado, se fijaron las "40 medidas". Surgieron de un planteamiento de Allende y creo que su propósito era que el gobierno popular las realizara de inmediato.

Entre estas medidas se encontraba, por ejemplo, la idea del medio litro de leche. Un grupo de sociólogos y médicos que trabajaron en la campaña de la Unidad Popular, llegaron a la conclusión de que el deterioro intelectual de la juventud chilena era muy alarmante. Había aproximadamente 600 mil niños en situación irregular. Entre 300 y 400 mil mostraban deficiencias mentales en diferentes grados, producto de que estos niños, en los primeros años de vida, no habían recibido la cantidad necesaria de proteínas. Este hecho se podía comprobar con cifras exactas. En los últimos 40 años la estatura media del chileno había disminuido en varios centímetros, según estadísticas de las Fuerzas Armadas. Si en cuatro decenios disminuye la estatura media de todo un grupo étnico, cons-

tituye un índice alarmante. A esto se sumaban los 400 ó 500 mil niños que no eran dementes pero que tenían deficiencias intelectuales irrecurables. El cerebro de los niños no se puede desarrollar en la forma debida, ni siquiera si se alimentan posteriormente con proteína pura. Teniendo en cuenta este dato alarmante, nació el propósito de entregarle leche a los niños, medio litro diario para todos los niños, hasta los 14 años, y para las mujeres embarazadas. Los cálculos demostraban que esto significaba un gasto extraordinariamente alto. Pero la medida iba en beneficio de todo el país. (Indiscutiblemente, los primeros resultados ya se vieron a los pocos meses de empezar con la campaña del medio litro de leche: hubo un descenso de la curva de la mortalidad infantil en Chile y de las enfermedades infantiles). El medio litro de leche significó gastos de aproximadamente 100 millones de dólares al año, de los que se desembolsaron unos 40 millones en importación de leche en polvo.

Allende explicó las "40 medidas" en una discusión con colaboradores de nuestra campaña. Las planteó como un compromiso que tomaba él con el país, a nombre de las fuerzas que representaba. Y que había que cumplir. El doctor advirtió que estas "40 medidas" no eran una campaña publicitaria, sino que constituían un compromiso de honor que tomaba el movimiento popular con el pueblo.

En la campaña de 1964 habíamos lanzado algunos slogans como "Prepárate para gobernar con Allende". En 1970, el compañero Allende, con las "40 medidas" y el programa en la mano, le planteó al pueblo la integración real en el proceso gubernamental. (E hicimos realidad la participación de la clase trabajadora en el gobierno de la Unidad Popular: por intermedio de los consejos de las fábricas, de los centros de vecinos y de la Central Unica de Trabajadores. Muchas veces se han hecho críticas al gobierno en el sentido de que la participación de los trabajadores no habría sido importante. Pero efectivamente, fue el grado de participación más alto al que se llegó jamás en Chile).

Ya en la campaña misma, participaron diferentes sectores. Por ejemplo los artistas: los pintores en las brigadas de murales, los actores de teatro, los músicos y el ballet en los actos folkóricos. Los artistas hicieron esfuerzos para llevar el arte al pueblo. Por primera vez, la clase obrera entró en contacto con las diferentes expresiones artísticas. Durante la campaña electoral, durante todo el gobierno nuestro, el ballet y el teatro actuaron en las poblaciones. Pequeñas compañías de ballet trabajaron junto con compañeros de la orquesta sinfónica. Colaboraron con coreógrafos que eran militantes de la Unidad Popular. En las preparaciones electorales de 1970 utilizamos mucho la multiplicidad de los actos. No sólo habló el candidato en ellos sino que se realizaron simultáneamente en varias partes de Santiago actuaciones artísticas, en las cuales otros dirigentes hicieron uso de la palabra.

Posiblemente, el propio candidato apareció menos en público en esta campaña que en otras. Por una parte, el estado de salud de Allende no era muy bueno entonces, y por otra parte, hicimos un gran esfuerzo para participar el mayor número de personas en la preparación de las elecciones, sobre todo los representantes de los otros partidos. Los compañeros del Partido Radical, que por primera vez actuaron con nosotros en una campaña presidencial, tuvieron una posición destacada. Es un partido socialdemócrata que sabía utilizar muy bien todos los recursos que permitía la ley electoral.

La actuación de los intelectuales y artistas nuestros fue extraordinariamente importante. Por ejemplo, se buscó un himno para la campaña, que se convirtió en una de las canciones revolucionarias más conocidas: "Venceremos". No es fácil introducir una canción, pero la música de "Venceremos", era muy pegajosa, igual que la letra. El autor de la canción es el compañero Sergio Ortega. "Venceremos" produjo mucha polémica, no dentro de la izquierda, sino que dentro de toda la política chilena. Alguna gente criticó el himno porque lo encontró subversivo. El defecto más grande que le encontraron era que llegaba a las masas. "Venceremos" se cantó muchas veces y en forma espontánea en los actos, en manifestaciones y concentraciones. Pareció ser el "Venceremos" una vieja canción popular, hondamente arraigada en el pueblo.

Posteriormente salió "El pueblo unido". El slogan "El pueblo unido jamás será vencido", surgió cuando Allende, Rodolfo Ortega y yo íbamos en auto a una concentración. Allende estaba de muy buen humor. Fue al comienzo de la campaña de 1970. Nos dijo que debíamos inventar algo y empezó a embromarnos. Ortega reaccionó a esto diciendo, dirigido a mí: "Los dos unidos nunca seremos vencidos". Se produjo un silencio de algunos minutos. Después dijo Allende que teníamos razón, pues "el pueblo unido nunca puede ser vencido". Cuando llegamos al lugar del acto pedimos a los compañeros que gritaran el slogan en forma de coro hablado. Y mientras gritaron este slogan en coro se transformó en "El pueblo unido jamás será vencido". También "El pueblo unido jamás será vencido" se convirtió en un slogan de nuestra campaña. Todas estas canciones que se crearon en ese entonces le dieron a la campaña de 1970 una forma nueva. Hay algunas canciones que aún se cantan.

Surgió en ese tiempo también "Porque esta vez no se trata, de cambiar un Presidente, será el pueblo quien construya, un Chile bien diferente". Es una canción que también se canta actualmente.

Durante la campaña algunos diarios estaban al lado nuestro: "Última Hora", "Puro Chile", y "El Siglo". "Clarín" estaba con un pie en la candidatura nuestra, y con el otro en la candidatura de Tomic. "Clarín" era de propiedad de Darío Saint Marie. Es un hombre que nunca se jugó definitivamente por la izquierda. Nos era bastante útil, pero "Clarín" no

era un diario en el cual se podía confiar ciento por ciento. Vale decir, apoyaron a nuestra campaña los diarios "Última Hora", "El Siglo" y "Puro Chile". "El Siglo", órgano del Partido Comunista, no tenía un tiraje alto. "Puro Chile" llegaba mejor a las masas, era un diario que leían muchos trabajadores. "Última Hora" un diario de la tarde, era leído por la clase media y por la intelectualidad de la izquierda.

Además teníamos vinculaciones con la revista "Punto Final". Se acercaba a la ultraizquierda, representaba el pensamiento de los cubanos, defendía la guerrilla, la lucha armada, o sea, estaba en cierta medida contra la vía electoral. Se podía leer en ella que era una utopía llegar por la vía pacífica hacia el socialismo. Esta revista tenía influencia dentro de los sectores de la intelectualidad de izquierda, pero no llegaba a las masas trabajadoras.

Algunas radioemisoras también estaban con nosotros. Radio Magallanes, en la cual tenía una posición importante el compañero Antonio Benedicto, nos apoyaba. Si bien es cierto no ciento por ciento, porque lógicamente, él no tenía el control total de la radio. El canal 9 de televisión estaba controlado por compañeros de la Unidad Popular. Estas eran, a grosso modo, nuestras herramientas publicitarias en la campaña de 1970. (Allende había dado siempre una importancia extraordinaria a los medios de comunicación. Esa era la razón por la cual, inmediatamente después de conseguido el triunfo electoral, empezamos a buscar un camino para atraer más medios de comunicación hacia nosotros).

La posibilidad de relacionarse con el pueblo a través de la radio y otros medios de comunicación era muy limitada, y el costo para llevar el pensamiento de la Unidad Popular a la masa era extraordinariamente alto. Hay que entender que en Chile el proletario tiene dificultades para adquirir diarios. Si bien es cierto que ha aprendido a leer y escribir, hay un considerable número de gente que no tiene acceso a la palabra escrita. Por esta razón, la radio tiene tanta importancia y la reacción la utilizaba muy hábilmente. Hay que pensar en la geografía de Chile: mucha gente vive en regiones muy retiradas, a mucha distancia de un centro poblado y muy raras veces tiene la oportunidad de adquirir un diario; hasta la gente de los sectores marginales de Santiago tiene dificultades para obtener un periódico. No son pocos los que a causa del grado de pobreza en que viven, no pueden darse el lujo de comprar un diario, y menos libros o revistas. Pero en todos estos sectores siempre hay alguien que tiene una radio o un televisor. Sus propietarios se hacían pagar muchas veces un porcentaje, si los vecinos venían a ver televisión durante una o dos horas, pero de esta manera el proletariado llegó a informarse de lo que pasaba en el país. Los niños sabían en la calle lo que otros habían visto o escuchado y lo transmitían a los padres.

El alcance de canal 9 era bastante restringido. Sólo se lo podía ver en

Santiago y algunos lugares en sus alrededores. En cambio, el gobierno tenía a su disposición el técnicamente mejor equipado canal 7. Sus programas se podían ver a lo largo de todo el país, desde Arica a Punta Arenas. Por intermedio del servicio ENTEL las transmisiones llegaban hasta el último rincón del país. En comparación con esto, nosotros teníamos realmente medios muy modestos. Afortunadamente, el gobierno demócratacristiano de Frei, en la indefinición de jugarse por Tomic, indeciso si no sería quizás mejor apoyar la candidatura de Alessandri, no llegó a agotar todas sus posibilidades. Usó los medios de comunicación más bien para continuar la campaña del terror contra nosotros.

Nosotros teníamos preparadas algunas campañas de propaganda que durante el gobierno nuestro casi llegaron a convertirse en un mito: las brigadas de rayado mural. Ya hablé en otra oportunidad de ellas. La brigada del Partido Comunista se llamaba Ramona Parra, en homenaje a la compañera Parra que había sido asesinada en una concentración en 1946. La Juventud Socialista también había creado una brigada que llevaba el nombre de quien fue en 1964 el jefe de prensa de Allende y que fue asesinado en Bolivia: Elmo Catalán. Ambas brigadas crearon rápidamente un estilo propio. Lograron pintar un mural enorme en pocos minutos. Distribuyeron el trabajo, realizándolo no más de dos personas. El primero rayaba los perfiles, el segundo pintaba y escribía las letras. Todo esto se hacía muy rápidamente. Al ver el mural listo, uno suponía que se habían demorado varias semanas en pintarlo.

Los rayados murales demuestran la unión de los pintores con el pueblo. El artista vuelve a su pueblo, después de haber entregado por generaciones su arte solamente a una élite. Este desarrollo ya empezó en la campaña de 1958, se profundizó más en la campaña de 1964 y culminaba con las obras de las brigadas Ramona Parra y Elmo Catalán.

Fueron ellos los que usaron primero el mural como medio publicitario. Al comienzo adornaron los slogans con alguna figura, simplemente para destacar o complementar la frase respectiva. Lo que más se pintaba eran los slogans y el nombre del compañero Allende, muchas veces con el símbolo de campaña, aquel λ . Posteriormente se agregaron la U y la P a los costados. Se mantuvo como nuestro símbolo, cuando durante el gobierno nuestro se inscribió la Unidad Popular en las listas electorales, o sea, cuando los partidos de la Unidad Popular se inscribieron en una sola lista electoral.

El comando juvenil de la campaña alcanzó considerable importancia, porque la Federación de Estudiantes quedó bajo la influencia nuestra. La Unidad Popular controlaba en ese momento no sólo la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, sino que controlaba también a la de la Universidad de Concepción y de la Universidad Técnica del Estado. Por primera vez se enfrentaba una campaña con un movimiento es-

tudiantil bastante consolidado que nos apoyó. El movimiento popular había tenido mucha influencia en los sectores estudiantiles, hasta que surgió en la vida política chilena la Democracia Cristiana como partido propiamente tal. Por la extracción social de la mayoría de los estudiantes, ellos estaban más cerca de los demócratacristianos que de los partidos obreros.

En Chile, la cantidad de hijos de obreros que acuden a la Universidad es muy pequeña. Durante la campaña electoral eran quizás el 1,5 por ciento de los estudiantes. Posteriormente, durante el gobierno nuestro, el compañero Allende recibió al único hijo de campesino que había sido matriculado en los últimos cinco años. Por consiguiente, en los cinco años anteriores no había llegado ni un hijo de campesino a la Universidad. En la Universidad Técnica, la situación era un poco diferente; ahí había más estudiantes del proletariado. El presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción era militante del Partido Socialista, el de la Universidad de Chile era un compañero del Partido Comunista, y el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado también era comunista. Esto nos aseguró una buena posición dentro de la juventud. Los jóvenes hicieron campañas de alfabetización, salieron al campo y explicaron nuestro programa. El trabajo más importante de la juventud durante nuestra campaña fue explicar el programa y las "40 medidas" de la Unidad Popular. Por otra parte, la juventud participaba también en tomas de terreno. Estas eran medidas que produjeron la desconfianza de los sectores medios. Claro que mostraban la decisión de lucha, que en el año 1970 se sentía en el pueblo y sobre todo en la clase obrera.

Durante esta campaña había también un comando femenino que ya no se dedicaba solamente a las actividades tradicionales de visitar poblaciones y de atender a los niños. Esta vez, las mujeres contribuían a la formación de conciencia. Salieron a plantearle a la mujer cuál era su papel dentro del proceso histórico de Chile y manifestaban:

— ¡Queremos que Chile empiece a vivir! —

Es difícil decir cuánta gente trabajaba en el comando femenino. Eran muchas. El comando era similar a una pirámide: grupos que adhirieron a la campaña o a los diferentes partidos. La presidenta del comando femenino era la compañera Aguayo. Y en todas las giras y actos durante la campaña electoral acompañaban a Allende por lo menos una representante de las mujeres y uno de los jóvenes.

Allende, como ya lo he dicho, era miembro de la masonería. Y los masones crearon un grupo que se llamaba MAS, lo que significaba "Más amigos con Allende". Este MAS también podía significar "Masones con Allende". El doctor visitó dos o tres logias, por ejemplo en Antofagasta, donde vivían muchos masones. Cada vez que Allende iba a alguna parte

entraba en contacto con ellos: en Antofagasta, Punta Arenas, Chiloé o en Concepción.

Había también gente de la periferia militar, que habían creado el Frente Cívico Militar, dirigido por ex-oficiales. En el fondo era la misma gente que ya nos había apoyado en campañas anteriores. El general Ruiz Diez y el coronel Valenzuela eran los hombres claves en cuanto a la movillización de sectores de ex-militares, ex-carabineros y de personas que se movían en la periferia militar. El trabajo con ellos no tuvo en 1970 tanta resonancia como en oportunidades anteriores. Algunos que habitualmente nos habían ayudado, estuvieron esta vez con Alessandri. Uno de estos pseudoindependientes era Maglio Bustos, el creador del Frente Cívico-Militar, que en 1958 y también en 1964 abogó por nosotros, y que actuó durante las elecciones de 1970 en favor de Alessandri.

Igualmente, Juan de Rosa Ventura, que había creado el Movimiento Católico Allendista, se cambió en 1970 al lado de Alessandri y fundó el MIA —Movimiento Independiente Alessandrista. Ya hablé de este hombre y su audición radial que se llamaba "La hora azul". A principios de la campaña lo encontré en la calle y le pregunté por qué estaba apoyando ahora a Alessandri. Me dio una explicación que es característica para aquellos sectores inseguros, que juegan un papel en la política chilena, y para él mismo: que había hecho tanto por la izquierda y que ahora después de haber cumplido su tarea, podía irse a su casa a hacer lo que él quería. ¡Esto era, apoyar primero a Allende, después a Ibáñez y nuevamente a Allende, para cambiarse finalmente a las fuerzas más reaccionarias, a Alessandri!

Otro hombre que apoyaba ahora a Alessandri, después de haber estado mucho tiempo con nosotros, que incluso había sido una vez presidente de nuestra comisión electoral y que nos acompañó en la gira del Tren de la Victoria el año 1958, era Arturo Olavarría Bravo.

En el año 1970, la campaña se dio en un tono de claridad ideológica, que produjo una violenta reacción agresiva. Habían surgido entre tanto en la vida política agrupaciones de extrema derecha, que más tarde se unieron en el Movimiento "Patria y Libertad". Pero también la extrema izquierda se había hecho presente. Así, la campaña se dio en un tono muy duro. Muchas veces se producían enfrentamientos entre jóvenes. Dos o tres veces a la semana se enfrentaban los jóvenes de la Unidad Popular con la juventud reaccionaria, fascista. De esta manera, la campaña se acercó más y más a un punto crítico.

Los periodistas que estaban con nosotros mantenían la actitud que habían tomado siempre. Pero la gente de la prensa demócratacristiana y de la derecha, lucharon más agresivamente en contra nuestra. Preveían la posibilidad de un triunfo electoral de Allende. Si bien publicaron algunas encuestas en que ganaba Alessandri, sabemos que ellos hicieron

otras encuestas que no dieron a la publicidad, porque éstas mostraban un estrecho triunfo nuestro.

Naturalmente aumentó el interés de la derecha por movilizar todas sus fuerzas en contra nuestra y de unir las en favor de las candidaturas reaccionarias. Lanzaron a sus periodistas en una batida contra nosotros que ya no se podía comparar con la del año 1964, era mucho más refinada. Sobre todo, sacaron beneficio del tema Checoslovaquia, de los acontecimientos de 1968. Utilizaron mucho el "muro de Berlín" como argumento para aterrorizar a la gente. Y nos imputaron como posibles peligros, todas las cosas que ellos después hicieron realidad: desabastecimiento, el aislamiento de Chile. Los nuevos problemas con los periodistas se mostraron claramente en un incidente con la presidenta del círculo femenino de periodistas, Lucía Gevert (posteriormente, nombrada Embajadora de la Junta en la República Federal de Alemania). Ella es muy reaccionaria; a pesar de esto, teníamos siempre un trato más o menos cordial, pues la conocía desde el tiempo del colegio. El círculo de mujeres periodistas que ella presidía, invitó a almorzar a Allende. Ocurrió que él se enfermó en esa oportunidad y no pudo asistir. Entonces, yo mandé una carta de excusa.

Ella me llamó y preguntó, ya que se trataba de un asunto protocolar, qué era lo que le pasaba al doctor. Le contesté que era una gastroenteritis. Esto era una cosa habitual en política en Chile: se podía confiar un asunto a un periodista de la derecha, sin que él publicara la información. Estas habían sido las reglas del juego hasta ese momento. Pero de ahí en adelante, ya no fue así. Al día siguiente apareció en todos los diarios de Santiago la noticia de que Allende tenía una diarrea. Que se había enfermado de susto al tener que enfrentarse a las mujeres. Llamé de inmediato a Lucía y le dije cosas que nunca antes le había dicho a una mujer.

Un hecho importante de la elección del año 1970, fue la participación de la familia Allende en la campaña. Tanto Tencha como Chabela (18) y Tati hicieron mucho en favor de la campaña. Tencha, por ejemplo, participó en casi todas las giras del doctor. A una o dos no fue ella, pero en su lugar fueron Tati o Isabel. Tati era una muy buena oradora y en 1970 se notaba que Isabel también tenía aptitudes para esto. Aparte de ellas participó Laurita, su hermana, ya como diputada. La hermana mayor del compañero Allende, doña Inés, nunca se interesó por la política hasta el día de su muerte (1973). Pero Tencha se presentó como la esposa del compañero Allende a lo largo y a lo ancho del país. Ya empezó a tomar entonces el papel que durante el gobierno nuestro fue tan importante.

La casa de Allende en Guardia Vieja, parecía cada día más una especie de sucursal del comando. Había un constante entrar y salir de gente. Allende recibía a muchos en su casa. Por primera vez, Allende no tenía oficina en el comando, sino que trabajaba en su casa, en el Senado o en mi casa. Ahí era donde más permanecía. A veces utilizaba también la casa de la Paya. Eran vecinos. Los terrenos se comunicaban por una pequeña puerta en la reja. Algunas reuniones se realizaron en la casa de la Paya. Mientras nosotros estábamos hablando con gente en Guardia Vieja, Allende atendía otra gente en la casa vecina.

Tenía sus ventajas, porque la casa de la Paya daba a otra calle, la calle Jorge Isaacs. Se podía llegar ahí sin necesidad de pasar por la casa de Allende. Nosotros usábamos muchas veces eso para recibir ahí rivales políticos. Y cuando no se quería que determinadas personas llegaran allá, acordamos reuniones en mi casa o en el Senado. Varias reuniones, por ejemplo, entre Allende y la comisión política del Partido Socialista, se hacían en mi casa. También reuniones con las comisiones políticas de otros partidos, porque ahí había absoluta tranquilidad. En mi casa en Santiago, en la calle Santo Domingo, había tanta tranquilidad, como si uno estuviera fuera de Santiago. Y el espacio era suficiente en esta casa de tres pisos y un recibo grande, idóneo para reuniones de este tipo.

4 DE SEPTIEMBRE DE 1970

El día de la elección, a las 6.30 horas más o menos, cuando yo estaba recién despertándome, me llamó el compañero Allende y me pidió que fuera lo antes posible a su casa y que llevara a Rodolfo Ortega. Cuando llegué, había entrado recién Eduardo Paredes. Eduardo Paredes, Rodolfo Ortega y yo, los compañeros Mario Melo, Fernando Gómez y Enrique Huerta: el equipo que, junto con la Tati, pasamos el día con Allende.

Entré al dormitorio. Estaba todavía en pijama.

"—Ovaldo—", me dijo, "—hoy día se juega lo que hemos estado preparando en los últimos años. Todo lo que hemos dicho y hecho. Hoy día se va a probar si teníamos razón o no.—"

Y después de una pausa añadió:

"—Yo creo que vamos a ganar. Será un día muy duro y muy largo para nosotros—".

El 4 de septiembre de 1970 fue de veras un día duro y muy largo. Parecía que el tiempo no avanzaba. Daba la impresión que no tenía 24 horas, sino 48 ó más. Muchas veces tuve el deseo de cerrar los ojos y, como en las películas, despertarme el día siguiente para saber en definitiva qué era lo que había ocurrido.

Estaban en juego más de 20 años de lucha por el destino de nuestro país. Y también si habíamos encontrado con Allende la vía correcta ha-

(18) Nombre familiar de Isabel, hija de Allende.

cia el socialismo. Yo creía en esto porque le tenía plena fe al compañero Allende, porque tenía confianza en la clase trabajadora de mi país. Había visto en qué forma habían crecido nuestras fuerzas, cómo Allende había ido aglutinando cada vez más gente a su alrededor. Había visto cómo sectores que hasta poco antes de la elección habían sido absolutamente reticentes a la vía electoral, de pronto estaban jugándose por entero. Gente que había planteado que nosotros con la vía electoral no sólo estábamos engañando al pueblo, sino que queríamos traicionarlo, y que ahora estaban abogando por nosotros.

Allende me dio instrucciones de mantener contacto con nuestro comando central y de no perder el contacto con Enrique Krauss. Con su ayuda podíamos conseguir datos, los cuales nosotros, de otra manera, no podíamos obtener. El tenía acceso a toda la información oficial del ministerio del Interior. Nosotros teníamos nuestros propios encargados en lugares importantes, como por ejemplo, el compañero Tohá en el ministerio del Interior. También en la Intendencia estábamos representados. Pero con esto recibimos sólo una parte de los datos y no toda la información del ministerio del Interior o de los servicios de seguridad del Estado.

Muy temprano por la mañana hablé por teléfono con Enrique Krauss y quedamos de acuerdo en comunicarnos periódicamente. Myriam permaneció todo el día junto al teléfono. Sólo a las 2 de la mañana la relevamos. Esto me permitió llamarla en cualquier momento e informarla adónde íbamos con Allende. Krauss también podía llamar para dar o pedir informaciones. Por otra parte, esta medida le permitió a la dirección del MIR mantenerse en contacto con nosotros por intermedio de Myriam. La comisión política del Partido Socialista y los compañeros que estaban reunidos en diferentes puntos con miembros de la dirección del Partido Comunista y del Partido Radical, mantenían contacto con nosotros a través del comando central.

Días antes conversamos con los dirigentes del MIR y ellos nos habían recomendado poner a la disposición de Allende un equipo de seguridad adicional. Por razones políticas y personales no le gustaba a Allende estar rodeado de este tipo de guardaespaldas. Por esto, la discusión de este problema se había ido postergando, hasta que llegó el 4 de septiembre.

Inmediatamente después de la conversación telefónica con Krauss, llamó el secretario general del MIR, el compañero Miguel Enríquez, diciendo que tenía 6 compañeros dispuestos para que entraran a proteger al doctor Allende. Que iban a llegar a Guardia Vieja entre las 10.30 y las 11.00 horas. Pero de hecho, este equipo sólo podía entrar en función a las 3 de la tarde. Los compañeros no tenían ropa apropiada para presentarse. Eran hombres que trabajaban semicultos en las poblaciones,

porque algunos dirigentes del MIR estaban siendo buscados por la policía en ese momento. El día de la elección, Allende no podía aparecer rodeado de personas desarrapadas. Esos acompañantes debían pasar lo más inadvertidos posible. Alrededor de las 11 de la mañana, cuando la votación ya estaba marchando, salimos con el doctor. Esta vez, Allende estaba inscrito en Magallanes en las listas electorales, porque era Senador por la zona. Pensamos incluso arrendar un avión para que Allende fuera a votar a Punta Arenas. ¡Pero esto hubiera sido un viaje de 5.000 kilómetros! Tendría que haberse ido el día anterior, haber votado y regresar de inmediato. Era un riesgo demasiado grande hacer volar a Allende durante 3 ó 4 horas el día de la elección. Entonces, decidimos que Allende mismo no votara. De acuerdo con la ley electoral caía en delito si no votaba. Pero, en un caso como éste, se podía ir a la comisaría y plantear las razones que uno tenía para no participar en la votación. Ahí se dejaba constancia en el libro de guardia. De esta manera, se cumplía con la ley.

Entonces, fuimos con Allende a la 13ª comisaría en la calle Antonio Varas en Santiago, que correspondía al sector de Guardia Vieja. Íbamos en tres autos. El primer auto lo manejaba yo y me acompañaba Eduardo Paredes. En el segundo coche, que guiaba Enrique Huerta, viajaban el compañero Allende, Fernando Gómez y Mario Melo. Y atrás, seguía el tercer coche con Rodolfo Ortega. Así tratamos de proteger a Allende, pero en el fondo éramos demasiado pocos para cumplir esta tarea. A pesar de esto, teníamos por lo menos la sensación de hacer lo que nos era posible.

Se comprenderá que un hombre que había prometido nacionalizar el cobre, el hierro y el salitre, estatizar los bancos, agudizar la reforma agraria, pasar al área social las empresas, evidentemente corría un peligro especial el día de la elección. Hubiera sido fácil meterle un balazo en un día como éste, antes de que llegara a la presidencia.

Mientras Allende arreglaba su problema en la comisaría, me quedé afuera. De repente, vi por la vereda del frente, al general Roberto Viaux, el hombre del Tacnazo, que posteriormente planificó el asesinato de Schneider. Venía acompañado de un individuo que se llama Melgoza (a éste lo encontré después en la penitenciaría de Santiago, donde cumplía condena por el asesinato de Schneider). Se pararon frente a la comisaría; querían ver salir a Allende, al parecer. Hice retroceder un poco el coche, con lo cual les obstaculicé a los dos la visión. Cuando Allende salió junto con Eduardo Paredes, Rodolfo Ortega y los compañeros Gómez y Mario Melo, les mostré a los señores.

Nos fuimos al comando, nos quedamos un rato ahí y nos dirigimos después al local del partido. El local del Partido Socialista estaba en la calle San Martín, donde estaba ubicado también el comando provincial

de la campaña. Además, se había trasladado para allá todo el aparato de cómputos para el día de la elección. Se había cerrado el primer piso, ahí se estaban recibiendo todos los antecedentes. En una sala separada se elaboraban. Esta vez habíamos montado equipos de mejor calidad. Teníamos teléfonos directos para las provincias, comunicación con los diferentes sectores del país. De esa manera recibimos los cómputos muy rápido. En Chile se puede tener, tres o cuatro horas después del cierre de los locales de votación, una imagen más o menos clara de los resultados.

Después de visitar el comando y el local del partido, volvimos a Guardia Vieja a buscar a Tencha para acompañarla a votar. Tencha estaba inscrita en Providencia, uno de los lugares más reaccionarios de todo Chile. En oportunidades anteriores, por ejemplo en 1958, Allende también había estado inscrito en Providencia. Además, lo había acompañado a votar ahí en elecciones complementarias. Esta comuna no sólo era contraria a nosotros, sino que era agresiva en contra nuestra. Y más agresivas que los hombres son las mujeres de la burguesía chilena. Las mujeres reaccionarias chilenas son capaces de un tremendo odio. Cuando llegamos, se produjeron algunas pifias y gritos de repudio. Pero hubo también aplausos y nos fueron acompañando algunas mujeres hasta los autos. Quedé bastante satisfecho.

Una vez de vuelta en Guardia Vieja, llamé a Enrique Krauss. Según él, se había demostrado que la posición de Allende era muy mala. Me dijo posteriormente que, después de conocer la marcha de la votación respecto a Allende, había hablado con Tomic y empezó a preparar una concentración para la noche. Había hecho colocar amplificadores frente al local del Partido Demócratacristiano. Dijo que, según los antecedentes que él tenía, se podía contar con un gran triunfo de Tomic. El doctor se rio cuando le conté esto y comentó que nunca había que limpiarse la boca antes de sentarse a la mesa. A él le pareció absurdo que ya estuvieran preparando la celebración del triunfo, cuando aún las mesas no habían cerrado. Entre tanto, había llegado la hora del almuerzo. Yo, además, tenía que ir a votar. Estaba inscrito en el primer distrito y en la mesa a la cual acudía yo desde el año 1947, ya había sido presidente durante una elección. Me dijeron ahí que la cosa estaba marchando bien. En ese mismo sector votaban también Alessandri y Frei. Ya habían ido a votar. Había sido realmente impresionante la llegada de Alessandri. Se había producido un fuerte aplauso. En cuanto a Frei, hubo menos euforia. La primera comuna del primer distrito de Santiago es una de las más reaccionarias. Siempre tuvimos ahí mala votación. El primer distrito comprende el centro de Santiago, donde viven muy pocos proletarios, mucho más empleados públicos, profesionales y gente de la mediana o gran burguesía. Los electores que llegaban a las mesas eran, en su mayoría, de bas-

tante edad.

Cuando el presidente de la mesa me entregó el voto, entré a la cámara, hice la marca en el número tres y doblé la cédula. En el momento de pasarle el sobre, me entró la duda de si había marcado bien. Parece que estábamos todos muy tensos. ¿No era una cosa normal, que de repente sintiera inseguridad? Después eché el voto en la urna. Recuerdo perfectamente, que primero miré el voto y después las líneas del ferrocarril, que estaban detrás del local. Era la estación Mapocho de Santiago. El local electoral estaba cerca, de modo que se podía ver desde la ventana la línea del tren. Miré el voto, miré la línea. Esa imagen hasta ahora no se me ha borrado, ¡era tan importante lo que estaba haciendo en ese momento!...

De ahí regresé a Guardia Vieja. Almorzamos muy rápidamente. Después me fui con Rodolfo Ortega a su casa a buscar a los compañeros que nos había mandado el MIR. Era la gente que después se convirtió en una leyenda, el GAP.

El nombre GAP surgió de la siguiente manera. En alguna oportunidad, se le reprochó a Allende que anduviera con un grupo de guardaespaldas. El contestó que no eran guardaespaldas, sino compañeros que hacían esto voluntariamente, como trabajo político. Que en el fondo eran amigos personales. Y de ahí proviene el nombre GAP —Grupo de Amigos Personales. El jefe del grupo tenía el nombre político de Ariel Fontana. Su nombre verdadero era Max Marambio. Era el hijo del difunto diputado socialista Joel Marambio. Componían el primer grupo del GAP cinco compañeros: Max Marambio; un muchacho que se llamaba Superby, que era hijo de un ex oficial aéreo y que fue brutalmente asesinado después del golpe; después un joven a quien le decían Chicho, su nombre verdadero era García, y un compañero al que le decían La Vieja. No recuerdo como era su nombre real, y también el nombre del quinto compañero lo olvidé. Max Marambio y “Chicho” García viven hoy en el exilio en Cuba.

A pesar de que se atrasaron porque tuvieron que vestirse mejor, venían aún en bastante malas condiciones. Los atavíamos con sweaters, camisas, pantalones, bluejeans y otras cosas de los hijos de Rodolfo Ortega, para que por lo menos se pudieran presentar. Curiosamente, uno de ellos era ingeniero; otro, estudiante de economía; el tercero, hijo de un diputado y otro más, hijo de un general de Aviación. O sea, todos muchachos que no tenían mala situación económica. Pero como estaban haciendo trabajo clandestino en las poblaciones, se vestían también como los pobladores.

Les proporcionamos un station wagon y armas. Respecto a esto, me acuerdo de un hecho anecdótico. Un amigo mío me había prestado una escopeta de caza. Mientras yo estaba hablando con Allende por teléfono, les entregaron a los compañeros las armas que teníamos, entre ellas, la

escopeta. Ariel dijo que no servía para sus objetivos. Yo quise pedírsela de vuelta. Pero aún no había cortado el teléfono, cuando sentí un ruido metálico. Le había cortado 30 centímetros de cañón y también le había sacado la culata. ¡Pensé en la cara que iba a poner el amigo que me la había prestado! (Esta cara nunca la vi, porque preferí decirle que se me había perdido la escopeta). El arma tenía ahora en total unos 45 cm. de largo y era muy peligrosa, porque disparaba muy esparcido.

Con este grupo fuimos a Guardia Vieja y los jóvenes tomaron sus posiciones. Fue la hora en que nació el GAP.

A todo esto, ya eran las 4 de la tarde. Las mesas estaban por cerrarse. Y en este momento, Allende pidió un café. Estábamos en el living de él o en el escritorio de la Paya. Eduardo Paredes (quien fue asesinado el 11 de septiembre de 1973), Paya, don Humberto del Canto, Rodolfo Ortega y yo. Nos juntamos a esperar los primeros cómputos. Primero recibimos una información del comando diciendo que la abstención había sido muy baja. Esto nos beneficiaba a nosotros. Normalmente la mayor abstención se da en los sectores proletarios y campesinos, porque para ellos, es difícil ir a votar. Sobre todo para los campesinos que, a veces, tienen que caminar largas distancias para llegar a un local de votación. Surgieron los primeros comentarios. En el canal 9 de la televisión habló Augusto Olivares; en el canal 7, Hernán del Canto. Era curioso: las radios y canales de televisión que estaban con nosotros recibieron los cómputos con extraordinaria lentitud. No así aquellas emisoras que estaban en poder de Alessandri y de Tomic.

Una de las impresiones más profundas de ese día era la serenidad de Allende. Cada cierto tiempo, me pedía que preguntara al comando por la situación. De vez en cuando, llamé a Enrique Krauss. La gente de Tomic creía aún que estaban peleando con Alessandri por el primero o el segundo lugar y que nosotros estábamos muy atrás. Enrique Krauss me dijo que lo podía llamar a un determinado teléfono en el comando de ellos. Que dijera nada más que "Osvaldo quiere hablar con Enrique Krauss".

Posteriormente, me contó Enrique Krauss que algunos dirigentes, entre ellos Bosco Parra, habían sospechado que este Osvaldo jugaba un papel muy importante en la candidatura de Allende. No llamé muchas veces a Enrique. Una vez, Bosco Parra atendió el teléfono. Gritó a través de la oficina: "Enrique, apúrate, Osvaldo te llama".

Enrique me lo contó y dijo que Bosco Parra, que después pasó al lado nuestro, ya sabía entonces quién era ese Osvaldo. Pasados muchos años, en la Casa de Huéspedes de Berlín, un día se lo pregunté a Bosco Parra. Me contestó que él había estado firmemente convencido de que este Osvaldo era alguien que ellos tenían infiltrado en las filas de Allende, para conseguir datos de la candidatura y la votación misma. Confesó que

a él le había interesado mucho saber quién era ese hombre.

Con respecto a la infiltración. Enrique tenía una secretaria en el comando a la que pidió un día que me llamara. Le dio el número de teléfono del comando y de mi casa. La compañera que trabajaba en mi casa, le contestó que yo estaba en el comando. Entonces, llamó para allá, donde al levantar el teléfono decían: "Candidatura de Allende, buenas tardes". Ella preguntó nuevamente, para saber si había marcado el número que correspondía. Después pidió hablar con don Osvaldo Puccio. Cuando yo tomé el teléfono, la mujer me dijo:

"— ¡Lo pillé! ¡Ud. es el hombre que tenemos infiltrado en el equipo de Allende!—".

Se lo conté después a Enrique. Se molestó y despidió a esta secretaria, porque era de opinión que una persona como ésta no servía. Durante el gobierno nuestro la encontré una vez. Me preguntó si le podía conseguir un lugar de trabajo.

Los cómputos seguían. Recibimos del comando las primeras informaciones de que estaríamos en buenas posiciones. Cerca de las 10 de la noche me llamó Enrique:

"—Osvaldo, hasta ahora nosotros creíamos que estábamos peleando con Alessandri por el primer lugar. Ahora resulta, que estamos peleando con Uds.—".

Los comentaristas políticos dijeron que nos encontrábamos frente a frente con Alessandri. Había entonces dos tendencias. Los grupos decían estar compitiendo con nosotros por el primer lugar. Esto significaba que nosotros estábamos en buena posición.

Nos trasladamos al escritorio de Allende. Por su teléfono privado, hice las últimas llamadas. En un momento determinado, el comando nos comunicó que ellos creían que nosotros habíamos ganado. Todo el mundo lo estimaba así. La gente ya estaba por salir a la calle. A todo esto, ya eran más o menos las 11 de la noche. Hablé por teléfono por última vez con Krauss. Me dijo que ellos tenían claro ahora que nosotros y Alessandri nos estábamos disputando la primera mayoría. Que ellos mismos ya habían quedado muy atrás.

En esto llamó Aniceto Rodríguez para señalar que estaban dispuestos a salir a la calle. Si querían salir los partidarios de Tomic y de Alessandri a la calle, más los de Allende, seguramente se produciría un enfrentamiento.

Mientras tanto se nos había comunicado que se habían visto tanques(19). Hicimos las averiguaciones. Realmente, habían puesto algunos vehículos militares frente a la Moneda, porque el comando de Tomic y el

(19) Tanques durante las elecciones —los días de las elecciones, las Fuerzas Armadas eran responsables de asegurar el orden público.

de Allende estaban sólo a unas cuerdas de distancia uno de otro, muy cerca de la Moneda. El comando de Alessandri estaba al otro lado de la Alameda. En caso de que salieran las masas, fatalmente tenían que enfrentarse en las cercanías de la Moneda.

ALLENDE PRESIDENTE DE CHILE

Aniceto llamó y comunicó que no le querían dar autorización para una marcha, ni en la Intendencia, ni en el Ministerio del Interior. El jefe de la plaza era el general Valenzuela, que posteriormente estuvo vinculado con el asesinato de Schneider. El tenía que autorizar los desfiles. El compañero Allende me pidió como a las 11.30 de la noche que ubicara al general Valenzuela. Llamé al Senado, al ministerio del Interior, averigüé por fin su teléfono privado y lo encontré ahí.

Después escuché cómo Allende decía:

“—General, buenas noches. Me está solicitando mi gente autorización para salir a la calle. Yo le pido a Ud. me otorgue esta autorización... Muy bien, general, no se preocupe. No vamos a traspasar los límites de la calle Mac Iver, vamos a organizar algo sin llegar al centro. Le garantizo que reinará orden. ¡Si mis partidarios no son provocados no va a haber incidentes!—”.

El general había contestado que no podía dar la autorización sin consultar antes al gobierno. Todos los que estábamos reunidos en el escritorio de Allende —Paya, don Humberto del Canto y yo—, nos quedamos muy en silencio, mirando el teléfono. Allende se sentó en su viejo sillón, puso las piernas arriba y nos hizo bromas. A mí me dijo que estaba bastante pálido. Después se dio vuelta, y le hizo un cumplido a la Paya diciendo que era buenamoza. Y finalmente se dirigió a don Humberto y le preguntó:

“— ¡Bueno, gordo! ¿Cómo te sientes?—”.

Don Humberto quiso contestarle, cuando sonó el teléfono. Allende tomó el teléfono:

“—Aquí Allende, general. Sí, bien. Muchas gracias, general. No se preocupe, no va a haber ningún desmán—”.

Cortó y dijo:

“— ¡Ganamos! ¡Si el gobierno nos autoriza a salir a celebrar el triunfo, es evidente que hemos ganado!—”.

Nos abrazamos. Llamé inmediatamente a Myriam. Fue la primera persona, fuera de los presentes, que supo que habíamos ganado. Allende abrió la puerta hacia el living, donde habían reunidos 25 hombres y mujeres, o más tal vez, y dijo:

“—Debo decirles con absoluta tranquilidad, que ganamos.—”

Se produjo un silencio de unas fracciones de segundos. Después, gri-

tos de alegría. Empezaron a abrazarse todos, era gente muy cercana a Allende, también familiares.

Allende dijo que se quería organizar una concentración. Llamé a Aniceto y le dije que habíamos ganado. Cuando le expliqué cómo lo supimos, soltó el teléfono y comunicó nuestro triunfo a los que estaban ahí. ¡Se produjo un júbilo increíble!

Aniceto quería organizar de inmediato algo y Allende le pidió que se preocupara de que todo se hiciera en absoluto orden y que los dirigentes de la Federación de Estudiantes ayudaran a llevarlo a cabo. Allende aceptó el local de la Federación de Estudiantes como lugar para la concentración. Dijo que le gustaba que el gobierno popular naciera en la Federación de Estudiantes, que naciera en un centro de la juventud. Me encargó ubicar al compañero Rojas y de encomendarle las preparaciones de orden técnico. Sobre todo, debían colocarse amplificadores. Curiosamente teníamos sólo amplificadores que estaban en mal estado.

A todo esto, el equipo de seguridad, GAP, se había reunido en la pieza de Tati. Me llamaron con el fin de decirme que estaban elaborando un plan de seguridad para Allende. Querían determinar cómo llegaría Allende al lugar de la concentración, dónde tenía que colocarse para hablar. Se tomaron todas estas medidas, a pesar de que en ese momento nos parecían absurdas. Antes, nunca habíamos pensado en medidas de este tipo.

Salimos desde la casa de Allende y nos fuimos, dando una vuelta, a la Federación de Estudiantes. Mientras tanto, las radios ya habían llamado a la concentración. Cuando llegamos, encontramos una enorme cantidad de gente. Subimos con mucha dificultad hasta el segundo piso. Y ahí, Allende pronunció su famoso discurso que comenzó con la siguiente frase:

“Con profunda emoción, les hablo de esta improvisada tribuna, por medio de estos deficientes amplificadores. ¡Qué significativa es, más que las palabras, la presencia del pueblo de Santiago, que interpretando la inmensa mayoría de los chilenos, se congrega para reafirmar la victoria que alcanzamos limpiamente el día de hoy, victoria que abre un camino nuevo para la patria y cuyo actor principal es el pueblo de Chile aquí congregado!—”.

Más adelante, Allende dijo que la juventud de la patria había sido la vanguardia de esta gran batalla. Que no fue la lucha de un hombre, sino la lucha de un pueblo, y que era la victoria de Chile la alcanzada esta tarde.

Mientras el compañero Allende hablaba, me llamaron al primer piso. Me dijeron que era una cosa urgente. El ministro del Interior quería entrevistarse con Allende. Cuando tomé el teléfono, el ministro pidió hablar inmediatamente con el senador Allende. Le contesté que Allende es-

ba en este momento pronunciando su discurso. Me replicó que lo estaba escuchando por la radio. Pero que, a pesar de esto, necesitaba hablar urgentemente con él. Entonces, le pedí que me diera su número de teléfono y le aseguré que Allende iba a llamarlo de inmediato. Aún no se habían dado los cómputos finales. Quien debía entregarlos era el ministro del Interior, y precisamente éste me había dicho que estaba escuchando el discurso de Allende por la radio. A pesar de eso insistía en hablar urgente con él. ¿Tal vez para ratificar el triunfo electoral? ¿O quería comunicarle a Allende que había sido derrotado? ¿Podía yo tomar la responsabilidad de esperar hasta el final del discurso? Lo mejor me parecía dejarle la decisión al compañero Allende. Subí corriendo, no sé cómo logré pasar entre medio de toda esta gente, y le hice un papel a Allende: "El ministro del Interior necesitaba urgente hablar con Ud.". Le pasé este papel y él lo leyó rápido en un momento en que aplaudían. Después lo guardó en su bolsillo e hizo un gesto que era muy típico en él. Levantó una mano para pedir que callara el apluso. Y, lo que causó mi sorpresa, prosiguió su discurso, mostrando con esto cuánta confianza tenía en el pueblo, en su lucha y en su triunfo:

"Ciudadanos y ciudadanas de Santiago, trabajadores de la patria, Uds, y sólo Uds. son los triunfadores, los partidos populares y las fuerzas sociales han dado esta gran lección que se proyecta más allá de nuestras fronteras materiales. Les pido que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada. Esta noche cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño para hacer cada vez más grande a Chile y cada vez más justa la vida en nuestra patria. ¡Gracias!, ¡gracias, compañeras! ¡Gracias, gracias, compañeros! Ya lo dije un día: Lo mejor que tengo me lo dio el partido, la unidad de los trabajadores y la Unidad Popular. A la lealtad de Uds. responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo, con la lealtad del compañero Presidente!" . . .

Inmediatamente después de terminar el discurso me pidió que lo llevara a un teléfono. Bajamos por el fondo, por una escalera semi-destruída y llegamos a un teléfono. Yo marqué y le pasé el teléfono a Allende:

"—Buenas noches, señor ministro. Ud. quería hablar conmigo. Sí, señor ministro. Gracias, ministro, muchas gracias. Buenas noches—".

Cortó, me miró un rato, me tomó la cabeza y me dijo:

"—¡Osvaldo, ganamos! ¡El ministro llamaba para comunicar y confirmar que ganamos la elección!—"

Después nos trasladamos a una pieza vecina, donde se organizó una conferencia de prensa. Ahí se había congregado la cantidad más grande de periodistas que yo he visto jamás en una oportunidad como ésta, unos

200, en circunstancias que normalmente habían sólo 50 personas en la pieza. De esa conferencia de prensa han dado después más de una versión. Cuándo se realizó exactamente, no sé decirlo. Debe haber sido cerca de la una de la mañana. Recuerdo todavía que una de las primeras preguntas fue si Allende iba a instaurar relaciones diplomáticas con la República Democrática Alemana. Contestó que lo haría inmediatamente, en cuanto llegara al gobierno. Y que iba a establecer relaciones diplomáticas también con el gobierno de Cuba y los demás países socialistas. Los periodistas quedaron muy impresionados por el hecho de que un hombre, a los 10 minutos de saber de su triunfo electoral, ya se lanzaba a una conferencia de prensa y hablaba, sin conocer previamente las preguntas, con periodistas del mundo entero. Eso les impresionó mucho. Fue la primera propaganda para el gobierno de Allende.

Una vez terminada la conferencia de prensa, nos fuimos a Guardia Vieja. Allende estuvo algunos minutos con Tencha y después nos trasladamos a la casa del padre de Eduardo Paredes. La idea era evitar que Allende durmiera esa noche en Guardia Vieja.

Desde ese momento, empezamos a temer aún más por la seguridad de Allende. Los ánimos estaban muy caldeados y la situación política se mantenía muy tensa. Los esfuerzos de los otros candidatos y también de la CIA habían sido muy grandes, demasiado grandes, para renunciar al gobierno sólo por una diferencia de posiblemente 30 o 40 mil votos. Veíamos el temor de los intereses económicos a los cuales Allende, ya lo había dicho, iba a golpear duramente. En este momento, en que aún parecía factible, hubieran podido preparar un contragolpe para eliminar físicamente a Allende, para motivar a las Fuerzas Armadas para que dieran un golpe. Por eso llevamos a Allende a la casa de los padres de Eduardo. Al poco rato de llegar, sonó el teléfono. Era un llamado de La Habana, de Fidel Castro. ¡Qué impacto! Pasé de inmediato el teléfono al doctor. Allende recibió la felicitación de Fidel Castro. Era la primera que llegaba. Después de ese llamado yo me fui por Providencia a la casa. Deben haber sido las 5 de la mañana. Había en las calles un silencio sepulcral. La gente había retirado los afiches de la campaña de sus casas. Por ahí hubo en todas partes afiches y propaganda de la candidatura de Alessandri. También los letreros había desaparecido. No se veía ningún vestigio en las casas que mostrara que alguien estuvo con Alessandri. Las persianas permencían cerradas.

La burguesía tenía pánico. Temblaba pensando en lo que ella misma había inventado. En su campaña del terror, los propagandistas habían planteado que, en caso de un triunfo de Allende, los pobladores iban a invadir Santiago, iban a tomarse las casas, iban a violar las mujeres, iban a robarle a la burguesía sus casas. Y ahora esperaban la llegada de estas hordas salvajes. ¡Eran víctimas de su propia mentira!

A medida que me acercaba a mi casa —en los barrios más populares— cambiaba la imagen de las calles. Aún se advertía movimiento. Se oían cantos. Pasé frente a la secretaría de los demócratacristianos y casi sentí un poco de compasión: estaban instalados los parlantes, los reflectores, colocados los micrófonos de una concentración que no se hizo. Llegué a mi casa. Durante 20 años Myriam había luchado junto a mí, habíamos pasado momentos muy duros. Y lo ocurrido ese día era la realización de aquello por lo cual habíamos luchado gran parte de nuestras vidas. Y después de ese día de nuestro triunfo, ¡sólo a las 6 de la mañana pude abrazarla! . . .

Apenas había alcanzado a darme una ducha y tenderme, cuando sonó el teléfono: Enrique Krauss. Ya había tratado dos veces de comunicarse conmigo. La primera vez, para felicitarnos. Pero yo aún no estaba en casa. Ahora me comunicó que había hablado con Tomic. Que iban a reconocer el triunfo adquirido por Allende en las urnas. Sobre el convenio no dijo palabra. Le contesté que iba a pasar por su casa. Después me acosté de nuevo.

Como a las 7 de la mañana, me llamó don Radomiro Tomic. Dijo que ya había tratado de hablar con el doctor en la noche, pero que nosotros habíamos salido de Guardia Vieja y que después ya no había sido posible ubicarnos. Tomic y yo quedamos en que conversaría primero con Krauss y posteriormente con él.

Enrique aún estaba en cama cuando llegué a su casa. Nos pusimos rápidamente de acuerdo. Querían ir a las 9 de la mañana a la casa de Allende. En el fondo era muy temprano. Me fui de inmediato a donde el doctor. Eran cerca de las 8 de la mañana. Allende ya se había levantado, de modo que podíamos salir de inmediato a Guardia Vieja. Para no crear expectación, el doctor entró a su casa por la de Paya.

Di una vuelta con el auto, en el cual estaban, además, Rodolfo Ortega y Eduardo Paredes. Frente a la casa de Allende, se habían reunido 30 o 40 periodistas del mundo entero. Habían instalado cámaras de televisión. Una vez en la casa, tuvimos que preocuparnos con rapidez del control de las puertas, para evitar que los periodistas penetraran a la casa. El doctor salió a la puerta, saludó a los periodistas y les explicó que no podía hacerlos pasar, porque realmente no cabían todos. Pocos minutos después, la cantidad de periodistas había aumentado tanto que parecía una verdadera concentración.

En ese momento se detuvo un auto en la puerta; venían Enrique Krauss y Radomiro Tomic. El acuerdo siempre se mantuvo en reserva. Ahora se hacía público: vino un candidato presidencial a saludar a Allende. Esto significaba que el Partido Demócratacristiano, vale decir, el partido de gobierno, en ese momento el partido cuantitativamente más grande de Chile, daba a entender que reconocía el triunfo. La visita de Tomic

significaba, por otra parte, que Allende casi con seguridad era Presidente de Chile, aunque necesitaba todavía la votación del Congreso Pleno. No se necesitaba saber mucha matemática para descubrir que la suma de los votos demócratacristianos más los votos de la Unidad Popular lo iban a elegir Presidente de Chile. Además, hasta ese momento había sido una tradición en Chile reconocer el triunfo del que obtuviera la primera mayoría de los votos.

La expectación que produjo la llegada de Tomic fue evidente. La entrevista adentro no fue muy larga, pero muy cordial. Tomaron un café. Después de 5 o 10 minutos, algunas frases formales, pasaron al living. Ahí estuvieron Radomiro Tomic, el doctor Allende, y Krauss. En el momento en que yo me iba retirando, don Radomiro se levantó y avanzó hacia mí. Yo también avancé un poco hacia él. Me abrazó como una demostración de que me felicitaba a mí también. Era como si quisiera representar un poco en mí a toda la gente que había luchado tan duramente junto a Allende. Me quedé ahí entonces. Tomic no permaneció mucho tiempo. El compañero Allende fue a dejarlo hasta la puerta. Ahí se tomaron muchas fotos.

Intenté acompañar a Tomic hasta el auto, y pude escuchar de esta manera algunas de las preguntas que los periodistas le hicieron. La primera fue si venía como representante del Partido Demócratacristiano y del gobierno a felicitar a Allende o en su calidad de ciudadano. Tomic les contestó que él venía como candidato a saludar al hombre que había triunfado en la elección. Que él había representado al Partido Demócratacristiano, que él era militante del Partido Demócratacristiano, el partido de gobierno. Pero que venía como candidato derrotado a felicitar al candidato triunfante.

Los diarios reaccionarios tenían ahora especial interés en diferenciar en la declaración de Tomic la posición del partido y la de Tomic. Con eso veían una posibilidad de crear posteriormente problemas en el Congreso Pleno. Ya andaban buscando fórmulas que permitiesen la elección de Alessandri contra Allende, de crear la llamada coalición democrática. El día siguiente al de la elección, algunos diarios no informaron con claridad sobre el resultado de las elecciones. Plantearon que las fuerzas democráticas habían obtenido un amplio triunfo sobre las fuerzas antidemocráticas representadas por Allende: sumaban simplemente los votos de Tomic y de Alessandri, lo que daba cerca del 63 por ciento de la votación. Ya se advertía el esfuerzo de la reacción y del imperialismo por desconocer el triunfo electoral de Allende y por preparar una maniobra que llevara al gobierno al señor Alessandri. Tomic no era un hombre alevoso. Fue siempre claro al decir que él y las fuerzas que representaba en ese momento, reconocían el triunfo de Allende. Con seguridad, esto no era sólo su posición, es evidente que tiene que haberla consultado con la di-

rectiva del Partido Demócratacristiano.

Cuando volví a la casa, el doctor quiso saber qué le habían preguntado a Tomic y qué había respondido. Se lo conté. Quedó bastante conforme porque dijo que esa actitud llevaba a una determinación: ellos no podían desautorizar ahora a quien había sido su abanderado.

Inmediatamente después nos reunimos en el escritorio de Allende. Nos daría instrucciones de qué había que hacer y cómo se iba a llevar adelante el trabajo. Ese día, fuera de las visitas previsibles, planificamos una conferencia de prensa en el local del comando.

Después discutimos las medidas de seguridad que se iban a tomar con Allende, tanto cuando saliera, como dentro de la casa y en los alrededores inmediatos. La noche anterior se habían producido en Guardia Vieja, tal como nosotros temíamos, algunas provocaciones de parte de la reacción. Habían pasado algunos autos tocando la bocina frente a la casa tratando de provocar a Allende. Esos eran los primeros síntomas de una tendencia que culminó más tarde con el asesinato del general Schneider.

Desde el primer momento, los sectores fascistas de Chile, la gente de Patria y Libertad y también algunos sectores del Partido Nacional, pasaron a una agresividad que ya habíamos conocido anteriormente. Los días previos a la elección, jóvenes reaccionarios ya habían organizado unas demostraciones en los sectores aledaños de Guardia Vieja. En una oportunidad en que el compañero Allende venía llegando a la casa, sólo acompañado por Fernando Gómez, un grupo de jóvenes rodeó el auto del doctor. Allende, con mucha audacia, se bajó del auto y los enfrentó. Les dijo que si querían agredirlo, lo hicieran, pero no en grupo, sino que de a uno. El compañero Fernando Gómez, sin recurrir a las armas, se puso al lado de Allende. La actitud firme de Allende impresionó tanto a los jóvenes reaccionarios que abrieron camino e hicieron pasar el coche.

Un día en que Myriam fue a buscarme a Guardia Vieja, por llevar en su auto un letrero que decía "Allende", también fue atacada por un grupo de jóvenes. Intentaron volcar el coche. Pero ella mantuvo la presencia del ánimo y aceleró fuerte. Todo esto nos daba una visión de los problemas que nos esperaban todavía hasta la toma del gobierno.

La casa de Allende era extraordinariamente vulnerable desde el punto de vista de la seguridad. Las ventanas de un edificio vecino daban a la casa de Allende. Era posible ver desde ahí, la terraza, el living y el comedor, y hacer fácilmente un atentado desde las ventanas de la escala de este edificio. Mientras discutíamos las medidas de seguridad, planificamos a la vez cómo íbamos a distribuir el trabajo.

Con placer notamos que la actitud de los carabineros que cuidaban la casa había cambiado por completo. Durante 15 años, siempre hubo carabineros vigilando la casa de Allende. Y siempre había sido gente pasiva. Allende les había hecho colocar una silla y una cortina contra el sol,

en el verano, y en invierno los había autorizado a ingresar a la casa, para que se calentaran un poco. Pero nunca se había establecido una relación con nosotros. Ese 5 de septiembre, lo primero que notamos fue que, al sacar los autos, el carabinero se apresuró a salir a la calle para detener el tránsito y trató con deferencia a las personas que habitualmente estaban alrededor de Allende. Se preocupó de abrir camino y de pedirle a la gente que había en la cercanía que se retirara. Primero, esto nos llamó la atención, después nos provocó cierta hilaridad, ya que las fuerzas policíacas hasta este momento habían actuado siempre como fuerzas represivas en contra nuestra. Empezaban ahora a considerarnos autoridades. Sacamos dos o tres veces los autos, dábamos una vuelta y volvíamos, nada más que para ver la reacción del carabinero.

Pocos momentos antes de partir a una conferencia de prensa, llegaron el mayor Concha con el teniente Dondero, el jefe de la comisaría del sector y un teniente de carabineros que, luego, quedó en la escolta presidencial hasta el día 11 de septiembre. Tenían instrucciones de ponerse a las órdenes de Allende. Deben haber sido las 11,30 hrs. de la mañana. Les ofrecí un trago de whisky. El teniente era un hombre delgado, alto; aparentemente muy tímido. Mucha más seguridad mostró el mayor. Dijo que tenía instrucción de dejar un pequeño pelotón de carabineros a disposición nuestra que cuidarían la casa y todo el sector. Además, que tenían orden de seguir a Allende a donde fuera. El doctor les agradeció. Nunca olvidaré la imagen: el teniente Dondero sentado en la punta de una silla, con la gorra en una mano y con el vaso de whisky en la otra, temblando nerviosamente y haciendo sonar de esa manera un poco el hielo.

Al salir, el mayor me explicó por qué el teniente había estado tan nervioso. El día anterior se le había dado la instrucción de ponerse a las órdenes del Presidente electo. Y él había supuesto que iba a ser mal tratado, por el hecho de que las relaciones entre la izquierda y carabineros durante generaciones habían sido bastante malas. Ellos salieron altamente impresionados de la recepción y veían venir con tranquilidad las futuras relaciones entre ellos y nosotros.

Al poco rato de la despedida de esta visita, llamó el prefecto: le agradecía a Allende la amabilidad con que había recibido a los carabineros. Había entre ellos un fuerte sector que estaba de acuerdo con los planteamientos del compañero Allende. También el prefecto nos había cooperado muchas veces durante la campaña. Este general me contó que había estado conversando con un grupo de carabineros, de oficiales de alta graduación. Entre ellos se encontraba el hombre que seguramente nosotros iríamos a designar —según lo que ellos pensaban— Director General de carabineros, porque era el más cercano a la posición de Allende: César Mendoza.

Casi simultáneamente llegó una patrullera de investigaciones a cargo del inspector Ceoanes, que también se ponía a nuestra disposición. El compañero Ceoanes combatió junto a nosotros el día 11 de septiembre en La Moneda. Tenía órdenes de preocuparse de la protección de Allende. Actualmente está asilado en Cuba.

A todo esto, se había ido llenando de periodistas la calle. Además, empezaron a llegar los dirigentes de los partidos que habían participado en la campaña. El primero que llegó a saludar al compañero Allende fue Tarud. Después se hicieron presentes las comisiones políticas de los partidos, del Partido Socialista, del Partido Comunista, la Secretaría Ejecutiva del Partido Radical, la dirección del MAPU.

Cuando llegaron todos, Allende salió por primera vez a la calle, como candidato triunfante. Temíamos algunas provocaciones. En ese tiempo, tanto investigaciones como carabineros se mantenía atrás. Posteriormente fueron siempre adelante de la columna encabezada por un auto, que manejaba normalmente Rodolfo Ortega, yo, o Paredes. Ese día fuimos los tres con Tohá en ese auto. Seguía el coche de Enrique Huerta con Salvador Allende. El compañero Huerta lo había puesto otra vez a disposición de Allende en esa oportunidad. Era uno de los taxis que hacían el trayecto Pudahuel-Santiago. Era el auto en que Allende había viajado los últimos tiempos de la campaña. Y atrás iba entonces el station wagon con la escolta, el GAP. El compañero Bruno, que ese mismo día se había integrado al GAP, quedó, junto con otros compañeros, a cargo de la protección de la casa, mientras nosotros salíamos en columna hacia el comando.

No teníamos radio en los coches, llevamos solamente un walkie-talkie. Un aparato lo llevábamos en el primer coche; el otro, debería tenerlo Ariel. Empecé a informar lo que iba ocurriendo en el camino, sin recibir ningún tipo de respuesta. Cuando llegamos al comando, descubrimos que, por el apuro al salir, a Ariel se le había quedado el segundo aparato en la casa. ¡Nuestras medidas de seguridad eran todavía bastante infantiles! Ninguno de nosotros tenía muy claro lo que tenía que hacer para proteger al compañero Allende, a un Presidente.

En el comando en la calle San Martín, se había congregado una cantidad de periodista tan grande que era imposible que cupieran todos en una pieza. Por esto, les pedimos que pasaran al patio. Primero, el compañero Allende pasó a la sala de la dirección de la campaña a agradecer a toda la gente que había trabajado en favor de él y a felicitarlos por el triunfo obtenido. Dirigió rápidamente la palabra a los compañeros. Después salió con ellos al patio, a la conferencia de prensa.

La prensa internacional quería saber qué era lo primero que haría al llegar al gobierno . . . Si era marxista . . . Allende contestó tajantemente que sí. Subrayó que su gobierno era inspirado en la teoría del marxismo,

y que era un gobierno de tránsito hacia el socialismo. Las preguntas se referían a las relaciones con diferentes países del mundo, a las relaciones de Chile con Estados Unidos. Allende fue cortante al decir que agudizaría la reforma agraria, que nacionalizaría el cobre, el salitre, el yodo y que estatizaría los bancos. Las declaraciones de Allende llevaron a una actividad febril de la derecha. Empezó la corrida de los bancos. Empezaron a comprar dólares a precios del mercado negro para crear pánico y utilizarlo políticamente.

La prensa, la radio y la televisión del interior y del exterior querían entrevistar a Allende. Se dió cuenta desde el primer día, que el eco que podía tener su imagen en el extranjero era de enorme importancia en el interior. En la medida en que se hacía conciencia en el mundo que Allende había ganado la elección, sería mucho más difícil que le robaran el triunfo electoral. Por eso recibió a periodistas de todo el mundo. Por otra parte, nos vimos abocados al problemas de que cientos de chilenos querían saludar a Allende. Por esta razón teníamos que distribuir el tiempo del día lo más exactamente posible para que Allende pudiese recibir en el menor tiempo la mayor cantidad de personas: con esto lográbamos respaldo en el interior del país. Nosotros empezamos a hablar inmediatamente de "Presidente electo". La reacción, los diarios reaccionarios y la oposición hablaron del "Presidente presuntamente electo".

Los sindicatos, las más diversas agrupaciones de trabajadores, instituciones deportivas, agrupaciones culturales, en una palabra, la sociedad chilena, sobre todo los partidarios de la Unidad Popular, pedían una audiencia con Allende. El trabajo era duro, tanto para nosotros como para el doctor. Los visitantes acudían en masa a Guardia Vieja. Llegaron los presidentes de las federaciones de estudiantes, de la Federación de la Universidad de Chile, de la Universidad de Valparaíso, de Concepción, del Norte, de Temuco. Era un permanente vaivén. Cuando se llenaba el patio, tenían otros que esperar en la calle. Muchos tenían que aguardar horas y horas. De la calle pasaban al patio, y de ahí, al living o al escritorio de Allende. Mientras estaban esperando en el patio los presidentes de las federaciones de estudiantes oí un comentario pintoresco. El presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción era un compañero del MIR, a quien denominaban el "Trozco Fuentes". El muchacho era muy opositor a la vía electoral y a la candidatura del compañero Allende. La consideraba una candidatura revisionista, socialdemócrata, como decían ellos. El estaba ciento por ciento en la posición del MIR. Decía ahora:

"— ¡Ya no entiendo nada! Primero, un marxista gana las elecciones. Después la reacción y un representante del gobierno burgués y reaccionario, este señor Tomic, viene a reconocer el triunfo. Y de hecho el mun-

do entero reconoce esta victoria lograda por la vía democrático-burguesa. Y ahora veo que este socialdemócrata revisionista, que gana la elección en estas condiciones, y que dice ser marxista, tiene una escolta compuesta de compañeros que son militantes de mi partido. Mientras yo hablaba contra la elección, el MIR estaba a cargo de la seguridad del candidato socialdemócrata, que triunfa y aparece como marxista. ¡Parece que he vivido en la luna y tengo que tomar ahora un pasaje de vuelta!—”

Lo que se dijo ahí, en broma, era una realidad para mucha gente. A algunos se les había quebrado el esquema de que no era posible triunfar por la vía electoral. El compañero Allende siempre había planteado que el proletariado chileno tenía la madurez política que le permitía, en un momento determinado, llegar al poder por la vía electoral. Se veía ya, en los primeros indicios, que la burguesía estaba obligada a entregar el gobierno. Hombres que habían estado mucho tiempo junto a nosotros, pero que el año 1970 estaban en contra de la candidatura de Allende, empezaron a colocarse a disposición de Allende. Esto no expresaba oportunismo político, sino reconocimiento de Allende.

Por otra parte ya se veía la presión de la gran burguesía hacia los sectores demócratacristianos.

Varios políticos se acercaron y sostuvieron que si Allende bajaba el tono, si suavizaba los planteamientos de su programa, sería mucho más fácil designarlo como Presidente. A los dos o tres días de elegido Allende, vino un amigo mío con un recado de un parlamentario del Partido Nacional: ellos estarían dispuestos a votar en el Congreso Pleno por Allende y a terminar la campaña contra él, si no insistía en la agudización de la reforma agraria; que ellos estaban de acuerdo con la nacionalización del cobre, pero que había que entrar a discutir si la nacionalización sería con retribución o no. Asimismo, tendría que hablarse sobre la creación del área social y la estatización de los bancos. Dicho con otras palabras: si nosotros pasábamos de nuestra actitud revolucionaria a una actitud ligeramente reformista y si manteníamos una línea más parecida a la de los demócratacristianos, ellos estarían de acuerdo con que nosotros agudizáramos un poco el sistema. El interlocutor le dio al compañero Allende la seguridad de que ellos no sólo se abstendrían, sino que incluso votarían por él.

A partir del 4 de septiembre de 1970 nos preocupamos de hacer dormir al compañero Allende cada noche en un lugar distinto. Por razones de seguridad, ya no se quedó en Guardia Vieja. Algunas noches pasó en la casa de Eduardo Paredes, en mi casa y en las de otros compañeros. Posteriormente arrendamos algunas, que se utilizaron después para las delegaciones que vinieron a la transmisión del mando. Esta fue una tarea de Myriam, quien empezó a preocuparse desde el principio de este problema.

Además, se encargó de vestir a la escolta. Se compraron chaquetas y pantalones. Myriam salió con Eduardo Paredes a recorrer diferentes amigos para que nos regalaran camisas, calzoncillos, zapatos y calcetines. Al que más explotamos fue a un compañero que tenía una fábrica de camisas. De él recibimos ropa interior y pañuelos. Quedamos en pagar todo esto más tarde, lo que realmente nunca hicimos.

Los primeros días, siempre hubo un grupo de compañeros alrededor de Allende hasta altas horas de la noche. Poco después del triunfo, el 5 o 6 de septiembre, Rodolfo Ortega y yo organizamos una reunión con la escolta. Yo les planteé a los compañeros que esa tarea debía quedar en manos de otra gente. Que nosotros teníamos que dedicarnos a labores políticas y administrativas para cooperarle al compañero Allende.

Después había que buscar un lugar donde ubicar unas oficinas. Ya no podíamos utilizar el Comando, porque estaba ubicado en el local del Partido. Y no queríamos mezclar las actividades partidarias con el trabajo del Presidente electo. Entonces surgió la idea de buscar un recinto para instalar una “Moneda chica”. La Casa de Maestro, el local del sindicato de profesores de Chile, nos pareció idóneo. Estaba ubicado en la calle Bulnes esquina de Catedral, a unas 10 o 12 cuadras de la Moneda en dirección al Poniente. Era un edificio nuevo, de tres pisos, que los compañeros ponían a nuestra disposición. Humberto del Canto, José Tohá y yo fuimos para ver la distribución de las oficinas. Además, teníamos que montar la oficina del compañero Allende. En general, las oficinas eran apropiadas para nuestros objetivos, sin grandes arreglos. Sólo trasladamos desde el comando algunos muebles, máquinas de escribir eléctricas y grabadoras. Se instaló también una oficina grande de prensa. En el segundo piso, quedó la oficina de Allende. Compartimos una oficina inmediatamente al lado, José Tohá y yo. En una sala al frente, Allende recibía a todas las delegaciones.

Llegó el 18 de septiembre, nuestro Día Nacional. Ese día, el Presidente Frei participó por última vez en el desfile militar. Nosotros nos fuimos con el compañero Allende a la casa que se llamaba “El Cañaveral” (20). Está ubicada en el cajón del Mapocho en el camino hacia Farellones, a pocos kilómetros de Santiago. Es un lugar muy bonito, con un bosque y una hermosa casa a las orillas del río. Llevamos una estufa, porque en septiembre las tardes suelen ser heladas aún, sobre todo en esa zona bastante alta. Nuestro grupo se componía de Allende, Rodolfo Ortega, Coco Paredes y yo, la escolta y los compañeros Fernando Gómez y Mario Melo.

Llegamos allá el 17. Queríamos quedarnos hasta el 20 de septiembre, para que Allende descansara un poco antes de lanzarse nuevamente al tra-

(20) “El Cañaveral”: quinta que pertenecía a una familia amiga de Allende.

bajo. El primer día conversamos un rato y jugamos uno o dos partidos de ajedrez. Después, Allende se fue a acostar. Esto debe haber sido a las nueve de la noche. Rodolfo Ortega y yo dormíamos en una pieza que quedaba inmediatamente al lado. Como a las 11 de la noche, Allende nos golpeó la puerta, me despertó y me pidió que tomara un papel y un lápiz y que anotara. Le dije que descansara, que podíamos hacerlo el día siguiente. Pero él insistió, porque no quería que se le olvidara.

Nosotros habíamos dejado en Santiago, en el comando, a un compañero que debía informarnos en caso de que pasara algo importante. En Cañaveral no había teléfono. El teléfono más cercano, más o menos a seis kilómetros, estaba en un restaurante, que se llamaba "El Peñón". Ahí habíamos pedido que recibieran cualquier llamada que hubiera y que mandaran a avisarnos. Los empleados eran los únicos que sabían de nuestra permanencia allá. Habíamos desaparecido de Santiago un poco misteriosamente, para que nadie supiera dónde se encontraba el compañero Allende. Pero, esa misma noche descubrimos que en el camino, arriba, estaba estacionado un furgón de carabineros. Mandamos a unos compañeros a que les dijeran que bajaran, porque llamaba la atención verlos ahí instalados.

Los compañeros del GAP habían inventado un sistema de alarma para evitar que alguien se acercara sin control. Colocar unos cordeles y unos alambres. Al tocarlos, se encendían luces y sonaban timbres. Además, habían instalado unos pequeños aparatos explosivos, tipo fuego artificial. Después de la conversación con Allende, Rodolfo Ortega salió hacia el "Peñón" a hablar por teléfono con Tohá, para darle algunas instrucciones para el día siguiente. Resultó que él no tenía conocimiento de que los compañeros del equipo de seguridad habían tomado medidas especiales. Evidentemente, se enredó en los cordeles y cables. Sonaron todas las alarmas a la vez. Los compañeros del GAP saltaron de la cama para captar al agresor. También los carabineros sintieron las explosiones, vieron los destellos de luces y bajaron de inmediato, con lo cual casi se produjo un incidente trágico. Pero en este momento, la cosa fue más bien tragicómica. A la mañana llegó José Tohá. Nos encontró a nosotros en traje de baño a la orilla del río. En Santiago hacía en esa época bastante calor. Cuando nos vio dijo:

"—¡Mírenlos! ¡Uds. aquí, en Castelgandolfo, mientras yo me estoy asando en Roma!" (Hizo una referencia al palacio de descanso del Papa). Desde entonces quedó El Cañaveral con el sobrenombre de "Castelgandolfo".

Ese 18 de septiembre ocurrió algo que posteriormente habría de adquirir mucha importancia. Allende le había pedido a Orlando Letelier, de paso por Santiago, que fuera a verlo allí. Orlando era funcionario del Banco Interamericano de Desarrollo. Allende y yo almorzamos con él

y yo fui testigo de cuando Allende le pidió que fuese su embajador en los Estados Unidos. Lo hizo en una forma muy directa:

"—Orlando, necesito en Estados Unidos un embajador que domine muy bien el inglés, que tenga buenas relaciones con los políticos norteamericanos y que, por lo tanto, conozca la política norteamericana; que goce de gran prestigio y que sea de mi más absoluta confianza. Esa persona es Ud.—"

Orlando, en el momento, no le dijo que no; pero le planteó que a él le habría gustado trabajar en la cosa de economía y hacienda. Allende le replicó que uno de los puestos claves de la economía chilena era justamente la Embajada de Estados Unidos. Que no sólo era un puesto político sino que un puesto muy importante para la economía. Que esa era la razón por la cual lo había elegido a él, por el hecho de que él era un buen economista.

Orlando quería contestarle:

"—Mire Presidente, mire compañero Allende, mire Salvador, yo . . .—"

El doctor se levantó.

"—Ud sabe qué pretendo hacer y cómo pienso actuar. Ud. sabe que no le estoy ofreciendo nada, sino que le estoy pidiendo algo. Sé que esto significa un sacrificio muy grande en lo económico, y sobre todo, en lo humano. El cargo de embajador en Estados Unidos no va a ser sencillo en mi gobierno. Por otra parte, sé que Ud va a sufrir un deterioro económico al aceptar. Quiero decir, que le estoy pidiendo un sacrificio a un camarada. Se lo pido como amigo y se lo exijo como camarada—"

Orlando se quedó un rato callado. Entonces, Allende tomó un vaso:

"—Bueno, conversemos ahora de otras cosas—"

Con otras palabras, como diciéndole, este tema está terminado, y que no se podía decirle que no. O dándole una pequeña pausa para reflexionar. Nos tomamos un trago y buscamos otro tema. De repente Orlando interrumpió la conversación y dijo:

"—Salvador, ¡conforme!—"

Entonces, Allende señaló que sobre este punto tenía que consultar primero a los partidos que lo apoyaban, pero que no creía que hubiera inconvenientes. Después agregó que era un cargo en que le podría ir el pellejo. Orlando se rio: ¡que la escalera de la embajada era extraordinariamente peligrosa y podía caerse y matarse! Orlando quiso insinuar que no le tenía temor a esta tarea. Más tarde, cuando fui a dejarlo al auto, me dijo otra vez que a él le habría gustado más la subsecretaría de Economía, a pesar de que no dejaba de ser atractivo enfrentar directamente el monstruo. El sentía un gran respeto por Allende. El hecho de ser el representante directo de Allende allá, le causaba orgullo. Era además la primera persona a quien le ofrecían una cosa como ésta. Orlando empe-

zó a interesarse con la idea. Quería, como dijo Allende, luchar contra el imperialismo dentro de sus mismas fauces. En esa forma surgió Orlando como Embajador de Chile ante el gobierno de EE.UU. Y fue un excelente embajador. Terminó por costarle la vida, porque se había jugado por entero en contra del monstruo.

Mientras tanto, en Santiago, José Tohá había realizado conversaciones con su amigo y socio en el diario "Última Hora". Este hombre había trabajado en la candidatura de Alessandri, hasta había sido tesorero de su campaña. Pero lazos familiares lo unían con Tohá: Luis —o Lucho— Matte era codueño del diario "Última Hora", junto con Almeyda y Tohá. Lo vi por primera vez cuando llegó con Pepe a Cañaveral, mientras Allende estaba conversando todavía con Orlando Letelier. Después, en el campo de concentración, Lucho Matte me contó varias veces de esa conversación con Allende. Recordaba a un hombre bien inspirado y de gran calidad humana. Lucho quedó impresionado por el carácter de Allende. Le causó sorpresa que Allende no sintiera rencores, que quería construir y no destruir. Pero, para construir un Chile nuevo, tenía que destruir algunas viejas estructuras que impedían el desarrollo del país. Lucho Matte, de esa conversación con Allende, salió convencido de que lo mejor para Chile era apoyar a ese Presidente electo, para que llegara a la presidencia.

El día siguiente estábamos sentados en la terraza, descansando un poco. Yo pensé que el doctor dormía. Pero, de repente, me dijo:

"—Dígame, Osvaldo, ¿nombraría a Felipe Herrera ministro de Relaciones?—"

Ya tenía mis experiencias con este tipo de preguntas; lo más práctico era no responderlas, sino que esperar que Allende mismo las contestara. Entonces, me quedé callado y al poco rato dijo:

"—Si mi Partido, si la gente de la Unidad Popular fueran personas de imaginación, ¡yo nombraría ministro de Relaciones a Felipe Herrera!—"

Felipe Herrera era militante socialista desde el año 1950 y fue presidente del Banco Central, posiblemente uno de los presidentes más jóvenes que haya tenido el Banco Central, durante el gobierno de Ibáñez. En esa época se produjo la reunificación del Partido Socialista. Felipe no se reflichó. Felipe había sido uno de los militantes del Partido Socialista que se habían ido con los socialistas populares, que habían apoyado la candidatura de Ibáñez, y había jugado un buen papel en el gobierno de Ibáñez. Al unificarse los dos partidos, encontró una forma elegante de marginarse, al ser designado el primer Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, cuando este organismo fue fundado en 1960.

En la política chilena, Herrera tenía una posición controvertida. Había gente muy partidaria de él y otra que lo odiaba profundamente porque era muy proclive a los norteamericanos. No era marxista. Pero

este hombre actuó más de diez años como presidente del Banco Interamericano de Desarrollo. Esto era lo decisivo para Allende: "—¡Imagínese, Osvaldo, un ministro de Relaciones Exteriores que se trata de tú con casi todos los Presidentes latinoamericanos, que es amigo personal de ellos, que es amigo personal de muchos políticos influyentes en EE.UU.! ¡Nos podría posibilitar cosas que serían muy difíciles de conseguir con cualquier otro! ¡Pero para eso, los dirigentes de los partidos necesitarían tener mucha imaginación y mucha audacia! ¡Y sé que no me lo van a permitir!—"

Llegaron otras personas más a conversar con Allende. A pesar de esto, fue el único período de relativo descanso que tuvo Allende desde la época de la campaña electoral. Una tarde hicimos una especie de campeonato de tiro. Yo había llevado dos rifles de calibre 22 y algunas pistolas. Además teníamos la escopeta recortada, de la cual ya hablé. Más armas, no había. Pusimos dos botellas en la baranda de un puente y empezamos a dispararles. En esto llegó el compañero Allende, tomó una pistola, e hizo puntería —lo sé con exactitud porque estaba inmediatamente detrás de él— en la botella del lado derecho. Pero hizo volar la del lado izquierdo. Había más o menos un metro de distancia entre las dos botellas. Este acierto —era el primero que lograba— le permitió reírse bastante de nosotros. Se vanaglorió de su puntería y dijo que ahora ya no quería disparar más, que nos había dado una lección fuerte. Que practicáramos. Que la gente de su equipo de seguridad disparaba peor que él. Qué bonito equipo de seguridad tenía, si iba a tener defenderse por su propia cuenta. Hay una foto de este campeonato, en la que se ve a Allende, junto a Coco Paredes, disparando. La foto ha dado varias veces la vuelta al mundo. La reacción la ha presentado como una demostración de la violencia del gobierno de Allende. A Allende le gustaba mucho disparar, como deporte. ¡Jamás fue un hombre violento o agresivo!

Inmediatamente después del 18 de septiembre, surgieron varios problemas. Había que conversar con los demócratacristianos para que votaran por Allende. Había que combatir la tendencia a abstenerse de votar en el parlamento. Si eso sucedía saldría Allende electo por los votos de la Unidad Popular, pero nos dejaba en una situación política incómoda. Se trataba entonces de conseguir que el Partido Demócratacristiano y en lo posible, otras fuerzas en el parlamento, se decidieran en favor de Allende.

Otro problema, era la formación del futuro gobierno, la selección de la gente que iba a hacer realidad el programa de la Unidad Popular. Allende tenía que poder decir a aquéllos a los que quería convencer de que votaran por él, cuál iba a ser la estructura de su gobierno. Así empezó la búsqueda de los ministros. Conversaciones bilaterales de los partidos, alternaban con sesiones de la Unidad Popular y con Allende.

Allende fue consecuente desde el primer momento: de acuerdo con la Constitución, le correspondía a él designar los ministros. Es facultad del Presidente de la República elegir sus colaboradores más cercanos, los ministros. Por otra parte, Allende desde un principio gobernó con los partidos. Por primera vez se hizo participar a las directivas de los partidos en el gobierno. Durante los tres años de gobierno no hubo más de dos o tres consejos de gabinete, pero una o dos veces por semana se reunían los jefes de partidos con el Presidente de la República y con algunos ministros. Esto dependía del respectivo programa de trabajo. De acuerdo con los problemas a tratar asistían a estas reuniones los jefes de partidos y los ministros del ramo.

La búsqueda de los ministros no fue cosa fácil. El primero cuya designación como ministro era segura, y que teníamos muy claro que iba a ser, fue José Tohá. Allende quiso designarlo Secretario General de Gobierno. Luego lo nombró ministro del Interior. Esto se hizo a causa de algunas dificultades dentro del Partido Socialista, debido a que un sector, encabezado por Carlos Altamirano, quería designar ministro del Interior a Aniceto Rodríguez, lo que producía una vacante senatorial y por lo tanto una elección complementaria. A esto se opuso Allende, pues planteaba que no podíamos estar desgastándonos en los primeros meses de gobierno con este tipo de confrontaciones.

Un día me llamó Enrique Krauss para preguntarme si podía pasar por su oficina, porque tenía interés en conversar conmigo.

Naturalmente, sabíamos que el programa de la candidatura de Tomic y el programa de la candidatura de Allende mostraban grandes diferencias. Krauss y Saavedra, que estaba presente en esa conversación, plantearon concretamente que ellos, en ese momento, tenían problemas serios dentro de su Partido, porque había un sector de derecha que estaba presionando fuertemente para llegar a un entendimiento con Alessandri. Pero que la Juventud estaba en contra y presionaba con energía para conseguir un entendimiento con nosotros. Que no querían dividir el Partido y ni siquiera deseaban que su Partido ingresara a la Unidad Popular, pero pretendían un apoyo decidido y fuerte para Salvador Allende y el gobierno de la Unidad Popular, un compromiso de tipo estratégico, realizando algunos puntos de nuestro programa, con los cuales estaban conformes también los demócratacristianos.

Este no era el pensamiento de Frei y su grupo, pero sí el pensamiento de la mayoría, sobre todo de la juventud demócratacristiana. Como ejemplo mencionaron que los dirigentes de las Federaciones de Estudiantes demócratacristianos había ido juntos con los líderes de la Unidad Popular a felicitar a Allende. Ellos sostenían que esto debería mantenerse, que era una buena oportunidad para llegar a un entendimiento.

Informé a Allende y él me hizo citar a Krauss. En esa conversación,

Krauss sostuvo que el hombre más importante de ese sector dentro de la Democracia Cristiana era Valdés. Y así, hubo una entrevista entre Valdés, ministro de Relaciones Exteriores y "hombre fuerte" en el gobierno de Frei, y el compañero Allende. Una tarde, Allende me dijo que saliéramos los dos solos. Me dio una dirección y llegamos a una vieja casona, muy bonita, en medio de un hermoso parque. Yo no presencié la conversación, me quedé en un saloncito al lado. Conversaron largo, más de una hora. Allende quedó muy contento. Si las cosas seguían dándose como se estaban dando por el momento, dijo, no había ningún problema para que los demócratacristianos votara por él en el Congreso Pleno. Agregó que tenía que haber un fuerte sector dentro del partido que estaba luchando en favor de esta posición.

Pero en esos días surgieron también problemas con los militares. Debido al sistema político, la izquierda siempre había tenido poco contacto con las Fuerzas Armadas. Cualquier miembro de las Fuerzas Armadas que buscaba alguna relación con nosotros, tuvo dificultades. Por tradición, las Fuerzas Armadas fueron un instrumento represivo del poder de la burguesía. Por lo tanto, se había establecido una fuerte línea divisoria entre nosotros y los miembros de las Fuerzas Armadas. Esto fue creando ahora una situación extraña. Sucedió que tuvimos que entrar en contacto con algunos miembros de las FF.AA. para irnos formando una idea de cómo enfrentar el problema militar durante nuestro gobierno. Aunque parezca increíble, hasta ese momento no había una política militar de la izquierda.

Cuando por primera vez se reunió el grupo de los viejos allendistas para celebrar el triunfo electoral de Allende, llegamos con un poco de atraso, ya que el doctor había participado en una reunión con miembros de las FF.AA. Dos o tres días después, me llamó mi padre. Era entonces director de una organización que se llamaba "Círculo de generales y almirantes en retiro". Esa entidad le había pedido que le solicitara a Allende por mi intermedio que no cambiara a ninguno de los comandantes en jefe. (Dos de esos comandantes en jefe estuvieron posteriormente vinculados con el asesinato del general Schneider). Mi padre me dijo que el Consejo de Defensa —así se llamaba el grupo de generales en retiro— esperaba que le cooperara. Que los comandantes en jefe eran gente con buena calificación profesional, profesionales típicos y que por lo tanto, iban a estar con ese gobierno.

Le repliqué a mi padre que él sabía quiénes eran estos hombres. Yo conocía a todos estos generales y almirantes y sabía cómo llegaron a sus cargos. Por ejemplo don Diego Barros, que llegó a ser no sólo general sino que comandante en jefe de la Fuerza Aérea; había sido coronel y de repente pasó a comandante en jefe, durante el gobierno de Ibáñez. Para esto hubo que jubilar a otros generales. La mayoría de los miembros

de este círculo llegaron a ser generales después de echar a 5 ó 6 generales a la calle, con el cambio del gobierno de Ibáñez, con el cambio del gobierno de Alessandri o con el cambio del gobierno de Frei. ¿Con qué solvencia moral venían ahora a plantearle esto a Allende? Se lo conté a Allende. Aquí se desarrollaba una campaña destinada a crear en la población y en las Fuerzas Armadas un ambiente adverso a nosotros. A mí personalmente, conociendo bastante a las Fuerzas Armadas, esto me causó mala impresión. También a Allende le preocupaba este proceso. Comentó que era una maniobra muy desagradable y que él trataría de neutralizarla.

En estos días viajamos a Valparaíso. Ahí se le hizo a Allende una recepción impresionante y grandiosa. Ya no era la llegada de un candidato, sino la llegada de un Presidente. Habíamos programado una concentración en Valparaíso. Además, Allende iba a tener conversaciones con unos almirantes. Esto fue un día sábado. Alojamos en un motel en Concón. El día domingo, Rodolfo Ortega y yo salimos muy temprano a buscar a estos dos señores a Viña. Los dos señores eran los almirantes Montero y José Toribio Merino. El almirante Montero es un hombre profesionalmente muy bien calificado, de gran cultura, un hombre muy fino. Un marino al estilo británico, sin afición ninguna, sino culto, sencillo. El almirante Merino era un hombre que trataba de ser extrovertido. Buscaba una vinculación con nosotros.

Teníamos que recorrer un trayecto de una hora, y debíamos conversar de algo. Entonces, hablamos de salud, de deporte, de cualquier cosa, menos de política. El almirante Merino era en ese momento comandante en Jefe de la escuadra; el almirante Montero era segundo comandante y jefe del estado mayor, creo. Según la antigüedad, él era el segundo hombre y Merino el tercero, dentro de la Marina.

El compañero Allende estaba esperándonos. Merino, Montero, el doctor, el compañero Tohá y yo tuvimos una larga conversación. El compañero Allende buscaba a quien iba a designar comandante en jefe de la Armada. El almirante Montero planteó su punto de vista con seriedad. No así Merino, que trataba siempre de encubrir las cosas.

En el momento de salir, Merino me llevó a un rincón y me dijo:

“—Oswaldo, Ud. es un hombre. . .—” Más no pudo decir, porque en ese momento pasó Tohá al lado nuestro. Lo tomó de un brazo:

“—Uds. dos son hombres que están muy cerca del Presidente. Díganle que se cuide del almirante Montero. Es un hombre de los norteamericanos. ¡Con él, nunca vamos a llegar al socialismo!—”

No hice ningún comentario, Pepe tampoco. Después, fuimos a dejar a los almirantes. Posteriormente, Merino me invitó en repetidas oportunidades a salir a pescar con él. Y que lo llamara por teléfono, para mostrarme el barco insignia de la escuadra, el “Almirante Rivero” (El almi-

rante Rivero fue el bisabuelo de Myriam). Que era el colmo, me dijo, que, casado con la bisnieta del almirante, no conociera el barco que lleva su nombre. Posteriormente me tuteó, buscando un contacto más estrecho.

En ese viaje a Valparaíso, los servicios de inteligencia detectaron los planes de un atentado contra Allende. Lo iba a ejecutar un ex-oficial de aviación que vivía en Viña del Mar. Lo habían sorprendido llevando un fusil con mira telescópica. Estaba metido en el caso el mayor Marshall, vinculado a “Patria y Libertad” y quien había salido del ejército hacía poco por su posición de ultraderecha. En ese entonces, debe haber tenido unos 38 ó 40 años y estaba muy cerca de los norteamericanos en general, y de la CIA en especial. Estaba vinculado también con el caso del Tacnazo y el asesinato del general Schneider.

En la casa de su cuñado, se parapetó detrás de la cuna de un bebé, cuando quisieron tomarlo preso. ¡Es imposible dispararle a un hombre que se esconde detrás de una cuna! Usar gases también significaba poner en peligro al niño. La situación se mantuvo durante toda la noche, sin que se le pudiera rescatar de donde estaba. Después de mucho, la madre logró coger su guagua. Entonces se lanzaron gases, de modo que el hombre se entregó.

En relación con este hecho ocurrió algo muy desagradable para mí: Luis Hernández, un conocido comentarista político, dio a conocer que el jefe de una organización anti-CIA había descubierto el paradero de Marshall. Y que ese jefe era yo. Esto resultaba entonces desagradable, porque el gobierno demócratacristiano se preocupó bastante de que hubiera tal vez represalias de los partidarios de Viaux contra mí. Eran todos ultraderechistas fanáticos y por eso se me ofreció custodia policial. La rechacé, pero acepté, por consejo de Allende, que colocaran un carabnero en la puerta de mi casa. Recibí dos o tres cartas en las cuales se me amenazaba, por el hecho de haber delatado al héroe de la democracia, el mayor Marshall.

En la realidad, yo casi no intervine en eso, no era jefe de una anti-CIA, ni estaba trabajando en el aparato de seguridad del Presidente. Para Luis Hernández era fácil dar mi nombre, porque sabía que yo no iba a entrar en una polémica con él. Con esa irresponsabilidad periodística —un vicio de los periodistas que luchan por la noticia más reciente— este hombre jugaba posiblemente con mi vida. Luego, durante el gobierno nuestro, descubrimos que había estado metido en el asunto el que actualmente es general y jefe del servicio de inteligencia de la Fuerza Aérea, el coronel Jahn. Era compadre del oficial de aviación que iba a hacer el atentado. Incluso le había proporcionado una pequeña caja con municiones. Jahn explicó después que él no sabía qué quería hacer su amigo con la munición. Afirmó que no sabía absolutamente nada de un

atentado contra Allende. El general Ruiz Danyau, que en ese momento ya era comandante en jefe de la Fuerza Aérea, ratificó todas las declaraciones de Jahn, para que no fuese dado de baja como lo había propuesto la junta calificadora, los ministros y el gobierno.

Conozco a Jahn desde hace mucho tiempo, por relaciones familiares. Sé de qué es capaz. Su formación fascista, su anticomunismo, podían llevarlo a cualquier extremo (A propósito, se le vio en Europa poco tiempo después del atentado al demócratacristiano Bernardo Leighton (1976), y estaba también en EE.UU., durante aquellos días en los que fue asesinado Orlando Letelier, en el año 1977. Después, se ha jugado mucho en favor del régimen fascista en Chile, ¡y fue uno de los peores torturadores que participaron en lo que se dio en llamar posteriormente, el "juicio Bachelet"! (21).

El hombre que descubrió todo esto fue el comandante Silva, que trabajaba entonces en el servicio de inteligencia de la Fuerza Aérea. (Estuve con él en la cárcel. Lo habían condenado a 15 años de presidio y temía, con razón, que Jahn lo hiciera asesinar). Silva había salvado la vida de Allende.

La situación creó problemas dentro de las Fuerzas Armadas. Y nos dimos cuenta de que nuestra seguridad era bastante débil. En ese tiempo, realizamos el traslado de nuestra oficina al local del sindicato de profesores, a la llamada Moneda chica. Ahí teníamos muchas más comodidades para recibir gente que en Guardia Vieja. Había una gran sala de consejos, tenía Allende su propia oficina, no muy espaciosa y cómoda, pero suficiente para trabajar con más tranquilidad. Además, podíamos protegerlo mejor. En el piso donde se encontraba la oficina de Allende hicimos instalar una puerta para impedir el acceso indiscriminado de gente hacia ese piso. Nos dimos cuenta ahora, de los problemas de seguridad que íbamos a tener durante los años de gobierno. Nuestra gente no estaba acostumbrada a vivir con ese tipo de medidas de seguridad. ¡Y nos habíamos convertido ahora en un peligro concreto para la derecha! Estábamos a pocos días de entrar a la Moneda. Y entonces se iba a producir lo que nosotros habíamos anunciado. Todo lo que hasta entonces había sido solamente teoría entraría a ser una realidad. Por esta razón habíamos de preocuparnos más de nuestra seguridad. La reacción estaba tomando medidas de boicot en público, creó problemas en la producción y en el abastecimiento. El gobierno demócratacristiano, que aún es-

(21) Juicio de la Junta de Pinochet contra oficiales y suboficiales de la Fuerza Aérea, así como contra civiles que apoyaron a la UP. Cuatro de los acusados fueron condenados a la pena de muerte por traición a la patria. Gracias a la solidaridad internacional la sentencia no fue ejecutada y se transformó posteriormente en pena de extrañamiento.

taba en el poder, fue dejando cada vez más posibilidades de atentados y acciones en contra de la población, para atemorizarla ante la llegada nuestra al gobierno.

Un día vino a hablar conmigo un ingeniero de ejecución de la Compañía de Electricidad. Me trajo los planos de la planta que producía la corriente eléctrica para todo el sector céntrico de Santiago. En ese plano y en uno de una planta eléctrica que había en el Cerro Navia, en Mapocho, me mostró dos puntos. De ahí, con un rifle de calibre 22, se podía destruir elementos vitales para el funcionamiento de la planta, que además eran de difícil recambio, de modo que se dejaba a Santiago a oscuras por dos o tres días. El ingeniero tenía conocimiento que la compañía de electricidad ni siquiera contaba con suficientes piezas de repuesto. En caso de emergencia, había que traerlas de EE.UU. Allende llamó de inmediato al subdirector de investigaciones a su casa. Con los planos en la mano le explicó la situación en que nos encontrábamos. Le responsabilizó de cualquier incidente que ocurriera. La conversación fue muy violenta. El personal de investigaciones quedó sorprendido del grado de información que teníamos, y rápidamente se dieron cuenta de que las cosas no podían seguir con el mismo descuido con que se habían llevado hasta este momento. Tomaron inmediatas medidas de control interno y externo de las plantas eléctricas.

ASESINATO DE SCHNEIDER

De extraordinaria trascendencia en esos días fue el asesinato del general Schneider. El día del atentado, salí como a las 8 de la mañana de mi casa, es decir, me fui un poco antes de lo habitual a Guardia Vieja. En Providencia vi muchos vehículos e inusitado movimiento en las calles. Me llamó la atención.

Me informaron que habían atentado contra el comandante en jefe del ejército.

El general Schneider había declarado dos días antes lo que se dio en llamar "La Doctrina Schneider": el ejército era una entidad profesional y no política. Que tenía que respetar ahora la constitucionalidad, o sea el veredicto del pueblo en las urnas. El general Schneider no era un hombre de izquierda, ni mucho menos. Era de origen de clase media acomodada, de ascendencia alemana, criado en la tradición militar prusiana. El general había llegado a comandante en jefe sólo después del intento de golpe del general Viaux, en octubre de 1969. Ahora había expresado nada más que también el Ejército tenía que respetar el veredicto de los electores, es decir que tiene que ser leal frente a la constitución.

Nosotros tuvimos antecedentes de que se estaba planificando un atentado contra un alto miembro de las Fuerzas Armadas o un miem-

bro del gobierno, pero nuestras informaciones había sido muy vagas.

Como supimos después, a Schneider se le trasladó inmediatamente al hospital militar. El compañero Allende acudió ese mismo día a verlo. Cuando llegamos allá, encontramos a algunos dirigentes del Partido Demócratacristiano y miembros del gobierno. No fueron muy cordiales con nosotros.

Sólo en la noche hubo una conversación entre Allende y el doctor Oscar Gazmuri, uno de los médicos que estaban a cargo de la atención del general. Era vecino de Allende en Guardia Vieja. El doctor Gazmuri nos dijo que él no veía ninguna posibilidad de que el general pudiera sobrevivir al atentado. Le habían disparado a quemarropa y su hígado quedó absolutamente destrozado.

Allende participó en los funerales. Era un día de octubre bastante caluroso. No había protocolo para Allende; si bien era el Presidente electo, aún no había asumido. Entonces, él tomó el protocolo de hecho. En la fotos de los funerales del general Schneider, se puede ver que cargan la urna Frei y Allende.

Inmediatamente después de los funerales, Allende tuvo una entrevista con el Presidente Frei, en la Moneda. Hablaron entre otras cosas de la sucesión del comandante en jefe del Ejército y concluyeron en designar al general Prats. Según la antigüedad, le correspondía el cargo.

En otra entrevista entre Allende y Frei, éste último dijo —como el doctor me contó posteriormente— que el triunfo electoral de Allende era la peor derrota política de su vida. Que él no lo quería amenazar, pero que sí le advertía que él se iba a convertir en uno de los más tenaces opositores del gobierno de Allende.

Paralela a estas entrevistas, surgió una petición de los demócratacristianos: que Allende firmara un “documento de garantías constitucionales”. Mientras se discutía vivamente, quedó claro que la dirección de los demócratacristianos no estaba ciento por ciento de acuerdo con eso. Muchos se molestaron diciendo que jamás se le había exigido a un Presidente que se comprometiera a gobernar respetando la Constitución. En el fondo, se trataba de que el sector de izquierda de los demócratacristianos le pidió al compañero Allende esta garantía que les permitiría a ellos maniobrar dentro de su propio partido contra el sector reaccionario y para que ellos fortalecieran su posición, a fin de evitar el sabotaje de la política de Allende, que a ellos les parecía prudente.

En ese período hubo maniobras de tipo político parlamentario. Se dictaron disposiciones legales que dejaban la Televisión Nacional neutralizada como medio de información del gobierno. Después se decretó la inamovilidad funcionaria. De esa manera, muchos funcionarios demócratacristianos podían mantenerse en sus cargos, en parte, puestos claves. Todo con el objeto de crearle al nuevo gobierno de la Unidad Po-

pular el mayor número de dificultades, para que desde el primer día le fuese más difícil llevar adelante el programa que se había planteado.

Víctor Toro, dirigente de pobladores, era a la vez líder de la ultrazquierda. El día en que el Parlamento tenía que votar las garantías constitucionales, este hombre vino a Santiago. En la Plaza Italia, donde está el monumento del general Baquedano y la tumba del soldado desconocido, hizo una concentración con sus pobladores. Hizo colgar banderas e hizo que se subiese gente a la estatua del general: una provocación grosera y directa a las Fuerzas Armadas. Y una acción que sirvió a los sectores más reaccionarios. De inmediato, sostuvieron que toda la gente de izquierda despreciaba las tradiciones patrias y mancillaba los símbolos patrios. Se habló de profanación y cuando carabineros quiso desalojar a los manifestantes, éstos se refugiaron en la Universidad Católica.

Aún se respetaba la autonomía universitaria; las fuerzas policiales no ingresaban a los recintos universitarios. Era rector de la Universidad el Profesor Castillo Velasco, un hombre destacado, de posición progresista dentro del Partido Demócratacristiano. Llamó a Allende para pedirle que intercediera con el objeto de que los manifestantes abandonaran el recinto de la Universidad. (La dirección del MIR estaba aún en la ilegalidad, por lo cual sus dirigentes no podían acudir a la universidad a darle instrucciones a los manifestantes para que se retiraran). El rector Castillo había declarado su disposición de colocar buses para transportar de vuelta a la gente. Informó que tenía el compromiso del gobierno que los manifestantes no deberjan temer a su detención.

Pero los pobladores no deseaban abandonar la universidad. El compañero Allende nos mandó a Rodolfo Ortega, a Eduardo Paredes y a mí a conversar con ellos, a comunicarles que él, Allende, había entrado en contacto con los dirigentes del MIR y que éstos les ordenaban retirarse.

Golpeamos varias veces la puerta y nos preguntaron de quién se trataba. Al mencionar el nombre de Allende nos hicieron pasar al gimnasio donde la gente se había encerrado. Vi ahí uno de los espectáculos políticamente más curiosos que he visto en mi vida. Un grupo de pobladores, disfrazados de estudiantes y un grupo de estudiantes, disfrazados de pobladores. Una masa humana parecida a las representaciones de la revolución francesa.

Los dirigentes estaban sentados en una especie de escenario. Todos portaban fierros o trozos de cable de alta tensión forrados en goma, con alambres de cobre adentro. Algunos cantaban, otros bailaban. Sólo cuando estaba adentro, recordé que iba armado. Miré a Rodolfo que iba al lado mío. Debajo de su chaqueta, un poco apretada, se le notaba que también iba con un arma. Se dio cuenta de mi mirada y también del peligro que estábamos corriendo. Fácilmente nos podrían sorprender y atacar, si percibían las armas. Les explicamos a los dirigentes de qué se tra-

taba. Es natural, no reaccionaron de inmediato. Entonces, nos pusimos un poco más firmes: que la dirección del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria les mandaba a decir por intermedio nuestro que debían abandonar lo antes posible el recinto de la universidad. Y que lo dejaran en el mismo estado en que ellos lo habían encontrado. Los manifestantes se comprometieron a hacerlo, siempre y cuando no hubiera detenidos. Esto le comunicamos a Allende, y él llamó al rector. Este afirmó que los buses que se les iban a poner a la disposición imposibilitarían que la policía actuara en contra de algunos de los manifestantes. Así, hicieron abandono de la universidad.

Lo que me llamó la atención fue el hecho de que se movilizara a los pobladores precisamente en un momento en el cual necesitábamos una definición clara y precisa de la democracia cristiana y del Parlamento.

Antes de que el compañero Allende fuera a la votación de las garantías constitucionales, tomé algunas precauciones. En el Senado había un edecán. Normalmente era un oficial en retiro. Lo eligen los senadores o el presidente del Senado lo designa. En ese tiempo, un marino en retiro, reaccionario, ocupaba el cargo. Había venido a reemplazar al coronel Letelier, amigo de Allende desde los años de colegio.

Yo quería plantearle al edecán del Senado las normas de seguridad mínimas que nosotros consideramos necesarias para Allende. El hombre me dijo que no podía aceptar que entrara un guardaespaldas al Senado. Le contesté que no estaba hablando de un guardaespaldas, sino de nuestros compañeros que estaban a cargo de la seguridad de Allende.

Me replicó que de la seguridad del senador Allende respondía sólo él.

“—Muy bien —dije yo— entonces Ud tiene toda la responsabilidad—”.

“—Debo advertirle —dijo de repente en forma violenta— ¡en un día como éste ando armado!—”.

“—Eso me deja absolutamente tranquilo—” le contesté y me fui a hablar con el tesorero y el secretario del Senado, a quienes conocía bastante bien, porque habían desempeñado estas funciones ya en la época en que el doctor era presidente del Senado. Les expliqué la peligrosa situación y los responsabilicé de cualquier incidente que se produjera, agregando que si nosotros tomábamos las medidas de seguridad, ellos quedarían completamente exonerados de cualquier responsabilidad.

Llamaron al edecán y le dieron instrucciones de que permitiera que revisáramos la sala de sesiones y que tomáramos otras precauciones.

Después de la votación del Estatuto de Garantías Constitucionales en el Senado, el Congreso Pleno tenía que votar para elegir al Presidente de la República. Allende como senador votó a favor en la primera votación, ratificando así los planteamientos que había hecho como candi-

dato electo, pero no asistió a la votación en el Congreso Pleno.

Inmediatamente después de producida la votación aquí, había que comunicarle al compañero Allende, que había sido elegido Presidente de la República. De acuerdo con la Constitución, el secretario del Senado tenía que llevarle una nota al Presidente. Se había avisado que el secretario iba a entregarle la comunicación al Presidente en su casa-habitación. Llegó con una carpeta debajo del brazo, en la cual traía un oficio. Fue una verdadera ceremonia. Aparte del compañero Allende y del secretario del Senado, estuvimos presentes el compañero Tohá y yo.

El secretario abrió la carpeta:

“—Debo leerle a Su Excelencia, el siguiente documento:

Excelentísimo señor Salvador Allende Gossens. En la tarde de hoy el Congreso Pleno acordó designarlo a Ud. Presidente de la República de Chile—”.

Allende tomó el documento, lo miró, me lo pasó. Le dio las gracias a Pelayo Figueroa, el secretario:

“—Pelayo, yo le agradezco mucho, pero le ruego que nunca más vuelva a decirme “excelencia”. Soy y seré siempre el compañero Presidente. En ningún caso voy a ser ‘excelencia’. ¡Siempre seré el señor Presidente o el compañero Presidente!—”

Esa misma noche me llamó Carlos Jorquera para comunicarme que en su casa había una comida y que iba a asistir un hombre influyente de Investigaciones, que venía a entregarnos algunos antecedentes importantes; que fuera yo también.

A raíz del asesinato del general Schneider se había designado subdirector de Investigaciones al compañero Eduardo Paredes. El huésped anunciado era el comisario León. Había traído copias de las declaraciones de todas las personas que habían sido detenidas cuando se investigó el asesinato del general Schneider. En esos documentos se establecía con claridad la participación directa en el atentado del jefe de la guarnición de Santiago, general Valenzuela, y del comandante en jefe de la Armada.

Los conspiradores se habían reunido en un colegio, cuya copropietaria era Rosita Serrano (Esta en otros tiempos famosa cantante chilena, vivió en la época del nazismo en Alemania, se hizo famosa allá, y fue amante de Göring). En esta casa se organizó todo el complot contra el general Schneider. ¡Y en forma tan inpúdica, que el almirante incluso llegaba en su coche fiscal a las reuniones, para planificar un asesinato, el asesinato del comandante en jefe del Ejército! ¡Para preparar un golpe de estado que debía evitar el acceso de Allende al gobierno!

En unas 40 páginas estaban anotados los nombres y las vinculaciones. Las hice llegar a Allende. Había políticos de derecha, militares, marinos, gente de la Fuerza Aérea, la CIA y otros servicios de inteligencia del extranjero, y de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas.

Era una cantidad tan grande de gente que es sólo comparable con el número comprometido con el golpe del 11 de septiembre de 1973. En ese momento, en el año 1970, fracasaron, porque el movimiento popular se encontraba en un fuerte ascenso. Y no tenían claro hasta dónde podían llegar. A raíz de las declaraciones de Schneider, no sabían cuánta gente de las Fuerzas Armadas estaban con nosotros.

Pocos días antes de la elección de Allende como Presidente, nos llegó la noticia de que había algunos movimientos militares. El doctor me ordenó tomar contacto con el general Ruiz. Fui a la casa del coronel Valenzuela. No se encontraba allí, pero dijeron que estaba por llegar. Entonces, seguimos viaje a la casa del general Ruiz Danyau.

Llegamos a una, en la cual suponíamos que vivía. Rodolfo Ortega y yo nos bajamos del coche y tocamos el timbre. Después de mucho rato, apareció alguien. Le preguntamos por el general Ruiz Danyau. Que no estaba, se nos contestó, y que no iba a venir esta noche. Una respuesta extraña. Sentimos algún movimiento en la casa; nos quedamos esperando otro rato, hasta que decidimos averiguar dónde podíamos encontrar al general Ruiz Danyau. De nuevo salió alguien. Nos dijo que el general Ruiz Danyau se había cambiado de casa y que vivía ahora cerca del hospital de la Fuerza Aérea.

Quedaba bastante lejos. Realmente vivían allá muchos generales y oficiales. Pero, de todas maneras, el asunto era bastante raro. Preguntamos por el número de teléfono y nos dieron uno. Mientas la persona que había salido a la puerta pasó al interior de la casa para buscar el número, salió un muchacho de unos 15 años con un revólver en la mano. La primera reacción nuestra fue sacar también las armas. Por suerte, nos dimos cuenta rápidamente de que el muchacho llevaba sólo un revólver de plástico. El estado de tensión en el que nos encontrábamos en este momento pudo haber provocado fácilmente una tragedia. En el ínterin, volvió el empleado doméstico.

Nos dirigimos rápidamente a la población donde estaba el hospital de la Fuerza Aérea y encontramos al general esperando en la puerta de su casa. Nos dijo que esa noche no pasaría nada, que ellos tenían todo bajo control, que nos quedaríamos tranquilos. Nos informó en forma adicional que esa noche estaba de servicio en la guarnición de Santiago el coronel Brady, por si acaso queríamos hablar con él.

El coronel Brady era en ese tiempo comandante de la escuela de suboficiales del ejército. Teníamos que atravesar toda la ciudad para llegar a la Avenida Blanco Encalada. Al recibirnos, el coronel dijo:

“Señor Puccio y a Ud. mi general, también, les pido que le comuniquen al Presidente que puede dormir tranquilo. Que él se preocupe de llevarnos al socialismo. ¡Nosotros nos preocuparemos de la seguridad de él y de su gobierno!”

Todo ese período fue muy agitado. Casi siempre trabajábamos hasta la una o las dos de la mañana. Primero, llegábamos a Guardia Vieja para después trasladarnos a la Moneda chica, atendiendo público, en conferencias con diferentes personas, viendo el problema publicitario, solucionando el problema de organización, ya que era inminente la transmisión del mando. Se destacaron colaboradores en el ministerio de Relaciones Exteriores, para que tomaran desde ya las relaciones internacionales del nuevo gobierno. Había que invitar a países con los cuales Chile en ese momento aún no tenía relaciones diplomáticas: Vietnam, Corea, la República Democrática Alemana, Cuba y la República Popular de China. Casi la totalidad de los países socialistas tenían Embajadas, a excepción de los mencionados. Con ellos teníamos que establecer contacto.

Nos vimos abocados también a otras dificultades protocolares: las delegaciones de los países acreditados podían ubicarse en sus embajadas; las otras, en hoteles en los cuales había que acondicionar pisos completos. Para varias delegaciones de países con los cuales Chile hasta ese momento no había establecido relaciones, teníamos que arrendar casas. Además, teníamos contactos especiales con los movimientos de izquierda de algunos países, a pesar de que había relaciones diplomáticas a nivel de gobierno con esos países. También teníamos que invitar a los movimientos de liberación con los cuales la Unidad Popular mantenía relaciones políticas y fraternales. Por último, algunas personalidades.

Se designó una comisión que se preocupó de contratar casas y del arreglo necesario para recibir ahí a una delegación. En esa comisión trabajó Myriam, junto con dos o tres compañeros más. ¡Era una tarea sumamente fatigosa! Además, debíamos ubicar al doctor todas las noches en otra parte. ¡Ya había estado casi en todos los lugares posibles! Una noche hubo que trasladar a Allende de la casa donde estaba alojado, porque llegaron a saber su paradero. Fue en los días posteriores al asesinato del general Schneider.

Casi todas las casas que arrendamos pertenecían a la alta burguesía. A algunos no se les podía plantear que iba a vivir en su casa una delegación de Corea o Vietnam. Sencillamente, no hubieran arrendado su mansión. Por eso se dijo en muchos casos que una delegación francesa sería ubicada en su casa. La burguesía de Chile es muy afrancesada. Nuestras costumbres sociales son muy parecidas a las francesas, nuestro modo de comer, de vestir, nuestro protocolo, nuestras tradiciones. Si se les adelantaba a los dueños de casa que iban a alojar huéspedes franceses, casi siempre la arrendaban gustosamente.

En una oportunidad, Myriam fue a ver una casa en la calle Alcántara, firmó el contrato y le entregaron las llaves. El edificio era muy lujoso, quedaba muy cerca de la Avenida Las Condes. Tenía en la entrada un portón grande, por el cual podían pasar los autos. La dueña tenía un fun-

do en el sur. Esa noche, Allende durmió en esa casa, pues ubicarlo para alojar era parte de las tareas de Myriam y, a veces, se sabía sólo con algunas horas de anticipación dónde iba a dormir el doctor.

Esa noche, como a las dos de la mañana, uno de los hijos de la dueña de la casa se vino del fundo a Santiago, sin que su madre lo supiera, y el hijo no tenía noción de que su madre había arrendado la casa. Cuando abrió la puerta con las llaves y trató de entrar con su jeep, fue encañonado por los compañeros de seguridad que lo sacaron violentamente. El hombre se fue de inmediato a la comisaría más cercana a denunciar que en su casa había un hato de gángsteres armados.

Mandaron rápido a una patrullera y tocaron el timbre. Abrieron la puerta, entró un oficial. A él los compañeros le explicaron qué había pasado en la casa. El oficial quedó tranquilo, pero no aclaró nada al joven, porque no le podía revelar que ahí estaba durmiendo Allende. Por lo tanto, le dijo solamente que todo estaba en orden, que se fuera tranquilo.

Pero al hijo no le satisfizo esta respuesta. Se fue a la casa de su madre. Como a las 3 de la mañana, el sonido del teléfono nos hizo despertar. Una mujer exigió hablar con Myriam. Oí cómo preguntaba la señora sobre qué tipo de delinquentes se habían metido en la casa. Myriam le contestó que no podía darle explicaciones por teléfono, pero que iba a aclarar el asunto muy temprano, en la mañana. No necesitaba ir. A las 7 de la mañana apareció la señora con su hijo, en la casa nuestra. Ambos venían muy alterados y pidieron una aclaración. Como nunca más podíamos hacer dormir a Allende en esa casa, les contamos a los dos que el Presidente electo había alojado en su casa y que había sido gente del equipo de seguridad la que había tratado tan bruscamente al joven.

Me acuerdo de otra noche. A las tres de la mañana, Carlos Jorquera, volviendo de Guardia Vieja, venía a dejarme a la puerta de mi casa. Casi siempre veníamos cansados. Y esa noche se lamentó diciendo que la vida era muy dura. Que desde hacía 20 años este coche nos andaba trayendo de día y noche. Yo miraba las cosas ahora un poco diferentes: ahora podíamos prender la calefacción en el auto, fumarnos tranquilamente un cigarrillo, mientras que 20 años atrás, íbamos de noche, con un tarro de pintura en la mano corriendo por las calles; seguíamos luchando por la misma causa, a pesar de que habíamos ido cambiando de pelo, pero ya no teníamos que arrancar de los carabineros, sino que podíamos ir tranquilamente por nuestra casa.

Otra noche venía de Guardia Vieja, también muy cansado. Allende me había visto muy agotado en la tarde y me recomendó que me fuera temprano. Temprano eran las 10 ó las 11 de la noche. Cuando ya quería despedirme, me llamó para pedirme que fuera a hablar con fulano y zutano y que aclarara tales y cuales cosas. Esto significaba salir de inmedia-

to. Volví como a las 12 y media a Guardia Vieja. Seguimos viendo algunas cosas para el día siguiente y, rápido, dieron las dos de la mañana. A esta hora Allende me preguntó si estaba de humor para jugar un partido de ajedrez. El único humor que tenía yo era para acostarme. Pero él me animó:

“— ¡No se preocupe, le voy a dar un mate pastor!—”

Realmente me ganó muy rápido. Seguramente debo haberme dormido a la mitad del partido.

“— ¡Ud. no sirve para nada ahora, así es que mejor, váyase!—”.

Cuando salí de la casa del doctor deben haber sido las 2 y cuarto de la mañana. Tomé el auto y me fui por la Costanera, por Providencia, entré a la Avenida del Parque Forestal. Ahí me di cuenta de que me estaba quedando dormido en el volante. Frente al Museo de Bellas Artes detuve el auto y dije que me iba a dormir sólo algunos minutos. De repente sentí que me golpeaban el vidrio. Un policía. Me bajé del coche. El hombre pensó que yo era ebrio o que me había pasado algo grave. Entonces, le expliqué quién era yo, que había venido tan cansado que no quise seguir manejando.

El carabinero me dijo que me iba a poner una persona que me llevara en el coche a la casa. Yo rechacé el ofrecimiento, pero los carabineros insistieron. Con una patrullera llegué, a las 7 de la mañana, a mi casa. Hasta el día de hoy nadie me cree que me había quedado dormido en la calle. Ni Allende me lo creyó, ni Myriam, ni los niños. También todos mis amigos dijeron que era la más ingenua de todas las disculpas que puede buscar un marido que quiso pasar una noche afuera.

Nosotros teníamos a nuestra disposición una casa en una calle paralela a la Avenida Colón, donde Allende ya había pernoctado varias veces. Los vecinos habían advertido un ir y venir que no se podían explicar y denunciaron a la policía que entraban unos autos extraños a esta casa, y que salían poco después, de nuevo. La policía investigó el asunto y se quedó esperando en la casa vacía. Unos 20 minutos después llegó el primer vehículo de la comitiva de Allende. Los otros, dos o tres minutos más tarde, para que estuvieran abiertas las puertas, pues el coche de Allende no debía detenerse en la calle. Al notar Investigaciones que uno de nuestros acompañantes traía un arma, se desplegó de inmediato. Instó a todos a bajarse con las manos arriba, completamente convencidos ahora de que se trataba de delinquentes. En ese momento venían llegando los otros autos. El doctor iba en el primero. Los compañeros que venían en el asiento de adelante temieron un baleo. Allende hizo parar el coche, se bajó violentamente y gritó:

“— ¡Alto, no disparen!—”

Uno de los detectives se dio vuelta en el instante y encañonó al doctor. Cuando nuestros compañeros vieron esto, sacaron inmediata-

mente sus armas para defender a Allende. Pero Allende levantó la mano y nos paró. Después le dijo al detective que no se moviera. El hombre había entendido, mientras tanto, que estaba encañonando precisamente a aquella persona que debía proteger. Quedó paralizado. El incidente, que pudo haber costado la vida del Presidente, terminó en forma pacífica.

En la medida en que uno se acerca al poder, empiezan a aparecer personas con las que durante años no tuvo contacto, o gente que ni siquiera conoce. Vienen sólo para conseguir algo en favor de sí mismos o de sus amigos. El hecho de que muchos de nosotros fuéramos de la burguesía, que teníamos aún con ella muchas vinculaciones familiares, significó que estábamos en contacto con sectores que no sólo en la última campaña sino que jamás habían estado con nosotros. ¡En qué forma esta gente se nos empezaba a acercar con el afán de buscar nuestra amistad! ¡Era evidente que querían mantener sus privilegios y conseguir nuevos!

Una mañana me despertó la empleada a las 7, diciendo que me esperaba un señor abajo, que era muy amigo mío y que necesitaba hablar urgentemente conmigo. Había dado su nombre y yo pensé en vano quién podía ser. Finalmente caí en la cuenta de que podía tratarse de un amigo mío de la niñez. Habían transcurrido 30 años. Recibí a este señor que me demostró extraordinario cariño. Me dijo que él sabía que yo estaba muy ocupado, por lo que había venido a esa hora inusitada para invitarme a comer con motivo del matrimonio de su hija. ¡Que me quería pedir que yo fuese testigo del matrimonio!

Ser testigo de matrimonio en Chile, es un gran honor. De todos modos le dije que sabía valorar este honor, pero que desde nuestra amistad habían pasado tantos años y su invitación me extrañaba un poco. No quería decirle nada más. Le di las gracias y le aseguré que sentía mucho no poder ir. Tampoco quería ser muy cortante con él para no dar imagen de arrogancia. Pero por otra parte quería demostrarle que no era tan tonto como para no darme cuenta de sus verdaderas intenciones.

Se lo planteé a Allende y agregué:

“—Van a ocurrir muchas cosas de este tipo. En lo que respecta a mi persona, me voy a poner bastante bruto. ¡Se lo digo, por si en alguna oportunidad Ud. escucha que yo he ofendido a alguien! No aceptaré ninguna invitación de gente que no conozca desde antes que Ud. llegara a ser Presidente—”.

Allende me dio la razón y dijo que él como Presidente tampoco iba a ir a ninguna parte donde no hubiese sido bienvenido antes del 4 de septiembre.

Habían transcurrido los largos sesenta días desde la elección con tal

rapidez, que casi no tuvimos tiempo para pensar, y menos para tener contactos humanos. Durante largos años yo había arregiado las cosas financieras del doctor, había llevado sus cuentas corrientes. El día 2 de noviembre le pedí conversar con él. Al día siguiente Allende debía prestar el juramento como Presidente de Chile.

Cuando llegué, nos sentamos en su escritorio. Me recuerdo que nos quedamos mirando un rato en silencio. Prendió un cigarrillo y me preguntó qué era lo que quería hablar con él. Le dije:

“—Doctor, llevo, ahora, 20 años trabajando a su lado y quiero decirle: labor cumplida. Tan amigos como antes. Ud. es ahora Presidente de Chile. He gastado la mitad de mi vida para que Ud. lo fuera. Me alegro mucho de que sea así. Y creo haber cumplido con mi parte. Me quiero ir, quiero irme a mi casa, quiero irme a trabajar al partido. Creo, doctor, que si gasté 20 años trabajando a su lado, ayudando para que Ud. fuese Presidente de Chile, puedo gastar ahora algunos años trabajando en el partido—”.

La razón de este planteamiento era mi convicción de que valía la pena que alguien de nosotros se quedara fuera del gobierno. Además, quería un poco teparles la boca a aquéllos que durante todos estos años pudiesen haber pensado que me quedé al lado de Allende a fin de tener algún tipo de ventajas. Tercero, conocía al compañero Allende. Sabía que estaba en una situación difícil conmigo. ¿Qué se le podía ofrecer a un hombre que le había dado tantos años de su vida, con amistad, con lealtad y con dedicación absoluta? ¿Encomendarle un ministerio? ¿No podía! ¿Una embajada? Habría parecido un pago electoral. ¿Qué más? Yo sabía que él estaba en una situación engorrosa. Yo estaba cansado y extenuado.

El doctor me dijo que sentía mucho mi decisión. Pero si ésa era mi decisión, él no iba a ir en contra de ella.

Le contesté que en el futuro él podía también contar siempre conmigo, que mi casa iba a seguir siendo su casa, como lo había sido siempre. Pero que a mí me parecía más útil mantenerme marginado de la política del gobierno, porque iba a poder llamarme de vez en cuando para alguna cosa. Además, quería rehacerme económicamente, quería trabajar y dedicarme un poco más a mi familia, a la que había dejado abandonada tanto tiempo.

Allende dijo que poco podía objetar a mi deseo, pero que quería pedirme un servicio.

Cuando oí esto, supe que me iba a meter en una cosa de la cual me iba a ser difícil salir. Lo conocía bastante. Allende mantenía a la gente a su lado encargándole funciones. Quería que le solucionara el problema de buscar los edecanes. Para el día siguiente había que tenerlos. ¡Tres! ¡Y hasta este momento no se había designado ni uno!

La función del edecán del Presidente consiste en ayudantía protocolar. Para todo lo que tiene que ver con el protocolo son responsables los edecanes. No cumplen ni tareas políticas ni administrativas, sino que acompañan al Presidente a cócteles, recepciones, manifestaciones y en otras oportunidades. Esto es una tradición prusiana o francesa.

Entonces, yo tenía que preocuparme de seleccionar los edecanes. El primero con quien tomé contacto era un hombre de la marina: comandante Arturo Araya. Había sido jefe de relaciones públicas de la Armada y había sido designado el año 1970 subdirector de la escuela naval. El almirante Montero le tenía mucha estimación. Cuando yo conocí a Araya me dio la impresión de que no iba a durar mucho tiempo al lado de Allende. Tenía modales muy británicos. Después hablé con los otros.

Tenía que entregar los nombres de los tres hombres que iban a ser los edecanes a quien iba a ser el ministro de Defensa, para que ese mismo día los hiciera designar. Y entonces coexistían seis edecanes: dos de marina, dos de aviación y dos del ejército, pues estaban todavía en sus cargos los edecanes del Presidente que salía.

El Presidente ya estaba viviendo en Tomás Moro (22), a pesar de que oficialmente aún seguía residiendo en Guardia Vieja. Cité a los edecanes a Tomás Moro y se los presenté al compañero Allende: Comandante Juan José Mela, el edecán militar, recomendado por Erick Schnake; Comandante Arturo Araya, edecán naval. El Comandante Roberto Sánchez no podía venir a esa hora. Al día siguiente se lo presenté a Allende y esa misma noche los tres edecanes determinaron quién de ellos era el más antiguo y, con eso, jefe de la casa militar. Habitualmente, el jefe de la casa militar es un oficial de ejército. Pero entonces se designó a Arturo Araya. El más antiguo era Mela, pero Araya había ascendido al grado de teniente coronel un año antes que Mela. Por lo tanto le correspondió el cargo de jefe de la casa militar, que a su vez es el jefe de los edecanes. Arturo Araya fue asesinado el 27 de julio de 1973 por un grupo de fascistas.

Así terminó el día 2 de noviembre de 1970. El 3 de noviembre el doctor se trasladó a Guardia Vieja muy temprano y nos citó ahí. Yo llegué vistiendo traje de sport. Intencionadamente no me quise vestir con ropa oscura para ratificar lo acordado con Allende: la última gestión que haría era la selección de los edecanes. Allende tomó muy livianamente el hecho de que llegara de sport. El vestía un traje oscuro muy elegante, con el que iría a la ceremonia del Congreso Pleno. Me dijo con un tono festivo que, si no me alcanzaba para comprarme un terno

oscuro, él podía darme la plata.

Posteriormente me pidió:

“—Osvaldo, por favor preocúpese de la señora Tencha y de las niñas. Una vez terminada la ceremonia en el Congreso Pleno, voy a la Catedral. Encárguese Ud. de que mi señora llegue bien a la Moneda y preocúpese de todo lo que hay aquí—”.

Era el viejo sistema de Allende, ir encargando cosas poco a poco para mantenerlo a uno a su lado.

Llegó un viejo Cadillac de color azul que había en la Moneda, conocido como el DB 1, que era el número de su patente, un auto que habían usado varios presidentes. Se lo mandaron a Allende para que se fuera al Congreso. Salió desde Guardia Vieja acompañado por la escolta. Araya iba bastante nervioso, se acercó a mí y me preguntó cómo era la relación que él debía tener con Allende; estaba muy preocupado. Realmente era un poco difícil para él, porque no conocía a Allende, había estado unos pocos minutos con él el día anterior y debía acompañarlo ahora por primera vez. Le dije que no se preocupara, que el compañero Allende era un hombre muy llano y que no tenía por qué estar tan nervioso.

Cuando salimos hacia el auto, Ariel se acercó al comandante y le dijo:

“—Oiga comandante, le voy a pedir un servicio. Si se produce un atentado o cualquier cosa, Ud. bota al Presidente al suelo, y le pone la rodilla encima de la cabeza, para cubrirlo totalmente—”.

Araya me miró con ojos de espanto. En realidad, era algo bastante violento.

Cuando salieron, quedé esperando a las niñas para llevarlas. Fui con Carmen Paz e Isabel. Había bastante aglomeración de automóviles en el camino y ahí sentí por primera vez lo que es estar en la presidencia. No podíamos avanzar. En esto pasó un motorista de carabineros al lado nuestro. Lo llamé y le dije:

“—Llevo las dos hijas del senador Allende. Debemos llegar al Congreso y no hay posibilidad de hacerlo—”.

Inmediatamente él llamó a otro motorista, se colocaron frente a nosotros y empecé, por primera vez en mi vida, a sentir lo que es seguir guiado por una motocicleta de carabineros, que le abre el camino. Llegamos en pocos minutos.

En el Congreso me acerqué a Allende y estuve unos pocos minutos con él. Estaba con todos sus ministros. En esto llegó Frei. Me fui al palco presidencial. Ahí ocurría una cosa curiosa. Habían dos palcos, en el primero estaba la familia de Frei y en el segundo la familia de Allende. Las únicas personas que no eran de la familia Allende en ese palco, éramos Myriam y yo.

Noté, cuando entró Frei, que traía la banda presidencial bajo el frac,

(22) Tomás Moro —residencia del Presidente de Chile, bombardeada el 11 de septiembre de 1973.

lo que luego crearía un problema de protocolo bastante difícil, porque no tenía cómo sacarse la banda. Frei venía muy molesto, su familia estaba muy tensa. Bajé rápidamente y comuniqué a Allende lo que había visto. Allende, muy tranquilo, me dijo:

“—Bueno, tiene dos posibilidades: o se saca la chaqueta para sacarse la banda o yo le saco la chaqueta y la banda. No se preocupe, Osvaldo—”.

Subí de inmediato. En ese momento se había abierto la sesión y se mandaba a la comisión a buscar al Presidente electo. Al salir la comisión de la sala a buscar al compañero Allende, noté que en el palco de los Frei se agudizó la situación tensional. El Presidente Frei abandonó la testera, salió al pasillo y volvió con la banda puesta encima del frac. Este hecho provocó muchas especulaciones; entre las más claras, que Frei esperó siempre hasta el último minuto a que se produjera algo que lo obligara a no entregar el gobierno.

Se produjo la entrega, el Presidente del Senado colocó la banda a Salvador Allende. Frei se retiró de la sesión como simple ciudadano. También la familia de Frei se retiró de inmediato del palco presidencial.

Tomado el juramento de los nuevos ministros, se cerró la sesión del Congreso Pleno y el Presidente Allende salió con su ministerio a la calle. Ahí se marcó el primer cambio que introdujo el nuevo Gobierno. El Presidente Frei había llegado en carrozas. Las carrozas eran símbolo del Presidente: del siglo XIX, adornadas, tiradas por caballos, muy hermosas. Allende despachó las carrozas desde el Congreso Nacional al museo. Por primera vez un Presidente de Chile salió a pie del Congreso Pleno hasta la Catedral, donde se hacía el Tedeum de gracias que es tradicional. Cuando Allende caminaba hacia la Catedral, me fui hacia la Moneda. Lo que ahí encontré era realmente insólito. No había nadie más que el personal de servicio en el edificio. No quedó nadie para hacer entrega de la Moneda. Nos encontramos todos los escritorios vacíos, igual que los archivadores. Las cajas de fondo estaban abiertas, también absolutamente vacías, con las llaves puestas. No había nada, absolutamente nada en ningún cajón. Ni un solo archivo. Era una casa totalmente vacía. Habían roto o se habían llevado todo lo que era documentación, todo lo que podía tener alguna relación de gobierno. Lo único positivo: eso representaba que se acababa una etapa de Chile. Nosotros iniciábamos una nueva.

De los teléfonos podíamos llamar, pero nadie nos podía llamar a nosotros, porque no sabíamos los números, porque todos los teléfonos de la Presidencia de la República son privados, a excepción de un número, el de la secretaría privada, que figuraba en el guía telefónico. No dejaron anotación de los otros números en ninguna parte. Como los primeros dos días después de la transmisión del mando eran días feriados, no pudimos averiguarlos hasta el día lunes. Sólo llamando desde otros

aparatos logramos saber cuál era el teléfono que sonaba al marcar el número que aparecía en el guía.

Nos quedamos en la Moneda hasta que llegó el compañero Allende. Estaban ahí la familia Allende, algunos amigos y gente cercana a nosotros. Allende llegó en auto, en medio de una tremenda euforia popular. No estaba contemplado ningún acto, pero se vio obligado a aparecer varias veces en los balcones y pronunciar desde ahí algunas palabras. Recuerdo que dijo:

“—Es un hecho trascendente, el que hoy se abran las puertas de la historia para que todos juntos, con esfuerzo y sacrificio, construyamos el progreso de la patria. Nunca dejé de manifestar que los pueblos sólo progresan trabajando y produciendo más—”. Y después agregó:

“—Esta noche, el pueblo debe reunirse para festejar su triunfo y lo hará consciente de que no hubo palabras demagógicas o falsas promesas—”.

Esto lo improvisó desde los balcones de la Moneda esa mañana del 3 de noviembre.

Por la tarde hubo una fiesta en el patio de los Naranjos, en que se invitó a jefes de la campaña, a pobladores, a gente de las juntas de vecinos, a la CUT y a todas las agrupaciones de masas que nos habían llevado al gobierno. Llegaron por primera vez en la historia, pobladores a celebrar el triunfo del Presidente. Era hermoso ver con qué satisfacción se movían en la Moneda, con qué respeto trataron todo. Era gente que posiblemente nunca había soñado con algún día llegar a una recepción en la Presidencia de la República y ahora estaban ahí, estaban con su Presidente, estaban celebrando su victoria. No hubo un solo caso que desentonara y hubo cerca de 3.000 personas. Estaban llenos los salones de la Moneda, pero la gran masa estaba abajo, en el patio cerrado, y en el Patio de los Naranjos. Fue una hermosa fiesta. Acompañé a Allende a saludar. Era increíble la alegría de la gente, la confianza, lo realizados que estaban. Los garzones de la Moneda al principio estaban bastante huraños, como que nos les gustaba mucho la idea de tener que salir a atender al pueblo. Normalmente, este tipo de gente se desclasa con mucha facilidad y se acostumbran sólo a servir a cierta clase dominante. Se sienten como venidos a menos cuando tienen que atender a su propia clase social. Pero lentamente, a medida que fueron viendo que el pueblo sabía reaccionar, que estaba dando más de lo que estaba recibiendo, se mostraron mucho más amables que lo que habitualmente se portaban con las personas que atendían ahí. Vi pobladores, vestidos humildemente, pero muy limpios, muy afeitados y con un vaso en la mano, con el orgullo de quien está en lo propio.

Desgraciadamente, por problemas de espacio, no pudo invitarse a esta fiesta también, como quería el compañero Allende, a las delegaciones extranjeras que habían ido a la transmisión del mando. Simplemente

te no habríamos tenido cupo. Pero mientras recorríamos los patios y los salones, Allende me dijo dos veces:

“¿Se da cuenta, Osvaldo, que yo tenía razón, cuando quería traer a las delegaciones? ¿Que las delegaciones vieran y salieran a contar al mundo cuál es nuestro pueblo y cómo es nuestro pueblo, qué conciencia tiene y con qué orgullo siente este pueblo su victoria!”

Al día siguiente fue la parada militar y el cóctel a las delegaciones extranjeras. El día 5 hubo un gran acto de masas en el Estadio Nacional, en el que el doctor enunció su programa de gobierno.

El día lunes 6 de noviembre, después de todas estas festividades, pensaba quedarme en mi casa y volver a mis actividades privadas. Como a las 7 de la mañana, me llamó el compañero Allende por teléfono y me pidió que fuera a la Moneda, porque quería conversar conmigo. Me levanté y me fui a la Presidencia de la República. Esperé unos minutos hasta que llegó Allende. Cuando él llegó, me tomó por la espalda y me dijo:

“—Acompáñeme a dar una vuelta, para ver cómo está esto.—”

Fuimos a ver su comedor, el comedor de la señora Tencha, las oficinas del secretario de prensa y volvimos por el salón Toesca, pasamos por el salón rojo y entramos por la sala de los edecanes, que lo estaban esperando ahí. Finalmente, pasamos a su gabinete. Habló con los edecanes, conversó con dos o tres personas, sin preocuparse más de mí. Simplemente me tenía al lado suyo.

Al poco rato quedamos solos. Me quedó mirando fijo y dijo:

“—Osvaldo, quiero pedirle un servicio. Sé que es un sacrificio para Ud., pero no quiero que Ud. me diga que no—”

Vi venir lo que habría de ser mi destino y le contesté:

“—Doctor, dígame, en qué puedo servirle—”

“—Osvaldo, quiero que me organice la secretaría. Después, si quiere, se va. Pero quiero que me monte una buena secretaría, antes de irse—”

Cuando uno ha andado 20 años junto a un hombre tras un ideal, y llega el momento de realizarlo, no se puede negar, aunque haya varias razones que van en contra. El cargo que me ofrecía era mal pagado y significaba mucho trabajo. Era una tarea de una tremenda responsabilidad y de una enorme confianza.

En el transcurso de la conversación, Allende me dijo que quería conseguir que yo me quedara con él. A la vez agregó:

“—Le voy a decir cuáles son las reglas del juego. Aquí, todas las cosas buenas, las habré hecho yo; todas las que resulten mal, Ud. Necesito una persona de mi absoluta confianza, que abra mi correspondencia, que revise mis bolsillos, que firme por mi encargo. A Ud., Osvaldo, le voy a entregar todas estas facultades, pero si comete un error voy a ser implacable. Por eso, le pido esto a Ud., porque a nadie más puedo pedirle un

sacrificio como éste. Una persona que trabaja junto a mí necesita tener normas de conductas muy estrictas. Yo sé que Ud. no es aficionado ni a los bares, ni a los restaurantes, pero se acabaron las distracciones, Osvaldo. El secretario del compañero Presidente no puede estar ni en una boite, ni en un casino, ni en un restaurante de lujo. Se acabó cualquier cosa que le puedan criticar. El sueldo no es malo, es pésimo, pero eso es una cosa que vamos a arreglar los dos, hambre no va a pasar. El trabajo, Ud. sabe cuánto es. Empieza antes de que yo llegue y termina después que yo me vaya. Y lo que van a ser sus tareas, lo vamos a ir viendo por el camino. Por el momento, necesito contestar toda mi correspondencia, la correspondencia del Presidente de Chile no puede quedar sin respuesta. Nadie que recurra al Presidente, puede quedar sin respuesta. Hay que ver quién es la gente que me solicita audiencia. Ud. los conoce a casi todos. Ud. sabe con quiénes tengo compromiso y conoce a mis amigos. Yo le diré la gente que quiera ver. El resto lo tiene que atender Ud. Búsquese las mejores secretarías que haya en la administración pública y las trae, en comisión de servicio, a contrato, como sea. Pero, de aquí, Osvaldo, no puede salir ninguna indiscreción. Si esto ocurre, Ud. va a ser el responsable. Hay que tener cuidado, porque no se olvide que vamos a nacionalizar el cobre, el hierro, los bancos, que vamos a hacer la reforma agraria y a redistribuir la renta en este país. Vamos a tener enemigos hasta en los cajones de los escritorios: cualquier papel es peligroso. ¡Lo que yo le estoy pidiendo, piénselo bien; porque le pido un sacrificio muy grande!—”

Le dije:

“—¡Doctor, Ud. sólo me pidió que le organizara la secretaría!—”

“—Sí—”, me contestó, “—eso es lo que le pido. Pero éstas son las normas para organizarla—”.

“—Muy bien, doctor—” le dije, “—acepto sus condiciones—”.

No comenté nada; ni sí, ni no, ni gracias, ni otra cosa; sólo:

“—Vaya ahora y vea qué es lo que puede hacer—”.

Desde ese momento supe que de ahí ya no saldría y que todos mis planes me los había desbaratado el compañero Allende de una sola pulmada.

Creo que el cargo que cumplí, era uno de los más duros. Recibí reprimendas por cosas que nunca hice, por errores que nunca cometí. Porque hubo otra cosa que el doctor no me dijo: que todo lo que tenía que ver con los edecanes también pasaba por mí. Entonces, cada vez que quería llamar la atención a un edecán me la llamaba a mí.

No me arrepiento de haber cumplido este trabajo. Lo hice con gusto, porque como me dijo Allende en esa misma oportunidad:

“—Aquí vamos a hacer Historia y Ud. me va a ayudar a hacerla—”.

Y en broma agregó:

“—Quedándose firmemente a mi lado, lo voy a entrar en la Historia también—”.

Lo que aprendí al lado de él fueron cosas muy claras y concretas. Tengo la enorme sensación de haber hecho algo por mi país y de haber pasado tres años realmente peleando por la historia de Chile.

EPILOGO

Como epílogo de esta narración quiero agregar un breve relato de lo que a mi juicio fueron los acontecimientos más importantes que viví el 11 de septiembre de 1973 junto al compañero Salvador Allende en el Palacio de la Moneda.

Ese día recibí un llamado telefónico a las 7 de la mañana. Era la telefonista de la residencia presidencial. Me comunicó que el Presidente salía en ese momento hacia La Moneda. Era necesario que yo estuviese ahí de inmediato. Me vestí y llevé conmigo a mi hijo Osvaldo. Los otros niños se quedaban con Myriam. Tenía noticias de que en Valparaíso ocurría algo pero no sabía nada concreto. A pesar de que se trataba de una situación seria, llegué a pensar que sería algo parecido al llamado “tanquetazo” del 29 de junio de 1973.

Nos dirigimos rápidamente hacia La Moneda. En el camino encontramos dificultades de tránsito. Mucha gente abandonaba el centro de la ciudad. Algunas cuadras antes de llegar a La Moneda nos encontramos con patrullas de carabineros. Llegamos a la calle Santo Domingo con Teatinos y doblamos hacia el palacio presidencial. Pudimos hacerlo con relativa facilidad hasta Huérfanos con Teatinos, donde nos detuvo una patrulla. Después de comprobar mi identificación y mis funciones, nos dejaron pasar. En ese momento los carabineros que rodeaban el sector eran todavía, aparentemente, leales al gobierno.

Al llegar al Palacio de la Presidencia me di cuenta de que todo el Palacio estaba rodeado por la guardia de La Moneda y personal de la escuela de suboficiales de carabineros. Deben haber sido unos 300 o 400 hombres dispuestos a defenderlo. Además, vi cuatro o cinco tanquetas de carabineros con ametralladoras, que eran las mismas que habían acompañado al Presidente en su viaje desde su residencia en Tomás Moro hacia La Moneda. Cuando entré, el Presidente estaba en camino hacia su oficina. Eran pocos minutos antes de las 8 de la mañana. Allende me ordenó llamar al ministro de Defensa, Orlando Letelier. Telefoné a su casa. Me informaron que ya había salido. Traté entonces de ubicarlo por citófono directo en su oficina. Alguien me dijo que el ministro no estaba allí y cortó bruscamente la comunicación. Era imposible establecer un nuevo contacto. Tanto el citófono como el teléfono del ministro habían sido cortados. Después nos enteramos que Orlando Letelier a esa hora ya había sido tomado preso . . . ¡por los militares encargados de su seguridad personal!

Mientras tanto se había sintonizado una radio. Escuchamos el bando de la junta: decían que habían tomado el gobierno y que tenían el país bajo su control. Que se instaba al Presidente a renunciar. A los trabajadores se les llamó a regresar a sus casas. Los golpistas pretendían que

querían evitar la guerra civil.

Allende habló entonces por radio, para hacer claridad pública acerca de lo que estaba ocurriendo. Anunció que se habían sublevado algunos regimientos y unidades de la marina. Pero que él esperaba controlar la situación.

Luego de este discurso, nos dimos cuenta de que se estaba retirando la fuerza de carabineros que rodeaba La Moneda. Primero fueron los hombres, después las tanquetas. Aparentemente, las tanquetas permanecieron más tiempo ahí, en actitud de resguardar la retirada. El Presidente le ordenó al jefe de los carabineros, el General Sepúlveda, que estaba con él en La Moneda, que detuviera el retiro de sus subordinados. El General Sepúlveda salió al balcón y ordenó a los carabineros que se mantuvieran en sus puestos. En el primer momento obedecieron por algunos minutos. Después nuevamente iniciaron la retirada. El General Sepúlveda nos explicó que la radio de carabineros había sido tomada. Que ellos estaban cumpliendo las órdenes que recibían de allí. Que era difícil controlarlos. Aparentemente la oficialidad estaba obedeciendo al General Mendoza, que se había autodesignado Director General de Carabineros.

En ese momento escuchamos por la radio que La Moneda sería bombardeada y atacada por tanques y tropas. Pocos minutos después del abandono de carabineros del resguardo de La Moneda, los tres generales que estaban allí presentes le dieron garantías al Presidente que gran parte de sus hombres se mantendrían leales. Que ellos tenían absoluta seguridad de que la guardia del Palacio no abandonaría La Moneda.

Allende vio de pronto a través de la ventana de su despacho que un avión de bombardeo se acercaba. Hizo llamar al Almirante Carvajal, jefe del Estado Mayor conjunto de las Fuerzas Armadas, y que por lo tanto tenía la responsabilidad directa del mando de las Fuerzas Armadas conjuntas. El Almirante Carvajal recién había integrado la comitiva que asistió con el Presidente Allende a la toma del mando en Buenos Aires del Presidente Cámpora. Le pidió que se autorizara la salida de toda la gente que quisiera abandonar La Moneda. El doctor no quería que nadie quedara encerrado allí en contra de su voluntad. Se dieron 10 minutos de tregua.

El Presidente obligó a abandonar el Palacio a las mujeres que trabajaban allí. Eran sus dos hijas Isabel y Beatriz, dos secretarías mías y dos compañeras que trabajaban en la secretaría privada de la Presidencia. Y además, el personal de servicio, los mozos, el personal de cocina.

Cuando ellos abandonaron La Moneda vinieron al despacho los tres edecanes presidenciales. Querían hablar con el Presidente. Se produjo un cambio de opiniones entre los compañeros Olivares y Huerta y yo acerca de si podíamos dejarlos con Allende o no. Todos coincidimos en que

Allende no podía quedar sólo con los edecanes, ya que estaban sublevadas las tres ramas de las Fuerzas Armadas. Pero el propio Allende expresó que quería hablar a solas con los edecanes.

Abandonamos el escritorio. Me quedé detrás de la cortina, junto a la puerta que permaneció entreabierta, por si acaso ocurría algo imprevisto. No pude oír lo que se conversó porque la entrevista se produjo en el otro extremo de la habitación, que era muy grande. Al abandonar los edecanes el escritorio, no alcancé a salir de mi escondrijo lo suficientemente rápido. Ellos bajaron con violencia al primer piso. Desde arriba alcancé a preguntar a dónde iban. Uno de ellos contestó que iban a ver si quedaba alguien dispuesto a defender al gobierno.

Inmediatamente después, Allende quiso hablar por radio. Tenía en su escritorio una instalación a través de la cual podía disponer en cualquier momento de las radios de los Partidos de la Unidad Popular. Me pidió que ubicara una radio. Descubrimos que Radio Corporación y su antena ya habían sido destruidas. Radio Magallanes estaba en funciones todavía, pero a esa altura sólo era posible comunicarse con ella por teléfono. Así, el compañero Allende pronunció su último discurso por teléfono. Yo le sostuve el auricular. El Presidente estaba sentado en su escritorio, con un casco de acero en su cabeza y con un fusil AKA en la mano . . . Estaba absolutamente sereno y tranquilo. Consciente plenamente de lo que estaba haciendo, de lo que ocurría y con una firme decisión de lucha . . .

Terminado su discurso, nos trasladamos al salón Toesca. Ahí el Presidente nos reunió a los que quedábamos. Nos dio nuevamente la posibilidad de salir de La Moneda. Dijo que se fueran todas las personas que no estaban comprometidas a luchar, que no tuviesen armas, que no supiesen disparar, que padecieran de alguna enfermedad o defecto físico o algo que les impidiera combatir. Que él no les haría ningún cargo. Esa oportunidad, bastante honorable, dio el compañero Allende para que se fueran las personas que querían hacerlo. Al salir los últimos, el Presidente me pidió que viera cuántos quedábamos y quiénes éramos. Me recomendó comprobar si las puertas estaban bien cerradas. Permanecimos unas 40 personas en La Moneda. Entre ellos ocho médicos, un pequeño grupo de políticos y miembros de la guardia personal del compañero Allende.

Allende insistió en que mi hijo Osvaldo abandonara La Moneda. Lo exigió en dos ocasiones. Pero Osvaldo se negó. Quería quedarse a mi lado junto al Presidente. Cuando Allende supo esto, lo abrazó. Afirmó que había algo que ningún Presidente puede ordenar: que un hijo abandonara a su padre, y un hombre, sus ideales.

Se produjo entonces una conversación entre el General Sepúlveda y el Presidente. Todavía la guardia del Palacio permanecía allí. Allende

hizo servir a los generales de carabineros un trago de whisky. El sólo se mojó los labios. (El whisky del compañero Allende me lo tomé yo y el compañero Jorquera. El rumor que hicieron circular los fascistas de que Allende tenía alcohol en el estómago al hacerle la autopsia, no corresponde a la verdad).

Allende ordenó al General Sepúlveda que hiciera entrega de armas a todas las personas que podían defender La Moneda. Un oficial de carabineros nos trajo cascos de acero y metralletas.

Poco rato después alguien me llamó al salón rojo. Ahí me encontré con el ayudante del edecán aéreo, el suboficial Jorquera. Me dio un número telefónico y me pidió que llamara al Comandante Badiola.

Tomé el número y fui donde el Presidente. En ese momento me di cuenta que la guardia empezaba a abandonar el Palacio. El Presidente dijo que si la guardia quería irse, se retirara. Pero que lo hiciera sin armas. Que nadie saliera con armas de La Moneda. A mí me recomendó que llamara a Badiola.

Badiola quería transmitir un recado del General Pinochet para el Presidente. Decía: "Rendición inmediata". Que el Presidente fuera a hablar con Pinochet al ministerio de Defensa. Le pedí a Badiola que esperara en el fono e informé a Allende. El Presidente me encargó transmitir lo siguiente: "Un Presidente de Chile no se rinde. Y recibe en La Moneda. Si Pinochet quiere que vaya al ministerio de Defensa, que no sea maricón y que venga a buscarme personalmente".

Transmití este recado en forma textual. El Comandante Badiola opinó que sería mejor suprimir la última parte, puesto que con esto sólo íbamos a agravar nuestra situación. Yo le contesté que no tenía el derecho de modificar el texto que el Presidente me había dictado y no lo permití.

Cuando volví donde Allende, me ordenó que llamara al director de Investigaciones, compañero Alfredo Joignant, para saber en qué situación se encontraba Investigaciones. Contestó el teléfono el Prefecto de Santiago, señor Rada. El director general, me dijo, no estaba. Tampoco el subdirector. Al consultarle dónde estaban, me contestó que le habían hecho entrega del servicio a él. Que todos los profesionales de Investigaciones estaban esperando que llegaran las fuerzas militares para que les dijeran que debían hacer ellos. Le di cuenta a Allende de esta conversación. Su comentario fue tajante: "¡Cobardes de mierda!"

Inmediatamente después recibí un nuevo llamado telefónico del Comandante Badiola. Me pedía que hablara por teléfono con el General Baeza, que en ese momento se estaba desempeñando como secretario general del ejército. Con el General Baeza me unía una antigua aunque no muy estrecha relación. Durante los años 1948 a 1952 había sido ayudante de mi padre en la dirección general de deportes. Por eso lo conocía

más de un cuarto de siglo. Cuando mucho, era 10 años mayor que yo. Durante nuestro gobierno se mostró muy afectuoso conmigo. Yo le conté esto al Presidente. Me recomendó que llamara a Baeza.

El general me dijo que había que calmar los ánimos. Que no siguiéramos defendiéndonos y que no llegáramos a extremos, que eso sería muy duro para nosotros. Que habría muchas bajas. Que él quería hablar con el Presidente. Le contesté que no podía comunicarle con el Presidente sin consultarle a éste si quería atenderlo. "Te ruego que lo hagas", me dijo, como un hombre que está abatido.

Allende consintió en hablar telefónicamente con Baeza. Cuando el general estaba en el teléfono, le pasé el auricular a Allende: "Buenas noches, general". Eran las 10 de la mañana. Al decirle "buenas noches" quiso dar a entender que dominaba la situación. Le preguntó después al general cómo estaba su señora y creo que el general contestó que su señora estaba bien y que le agradecía la preocupación. Después Allende le inquirió cómo estaba su corazón porque había sufrido un infarto hacía poco tiempo. Le aconsejó cuidarse mucho y evitar cualquiera inquietud. Después parece que el general repitió el recado de Pinochet acerca de la rendición inmediata. Ofreció un avión para que Allende abandonara en el acto el país.

El Presidente lo rechazó: "La responsabilidad es de Uds. Asímanla y pasarán a la historia como los asesinos del Presidente de la República". Y agregó que ni a los procesos históricos ni a los pueblos se les detiene con balas. Después cortó la comunicación.

Algunos minutos después llamó el Comandante Badiola nuevamente. Dijo que se había decidido postergar el bombardeo de La Moneda. Antes nos habían amenazado con que sería a las 11 de la mañana. Que lo habían postergado hasta las 12 horas para saber qué decisión tomábamos nosotros. El Presidente estaba a mi lado y yo repetí en voz alta lo que me estaba diciendo Badiola sin demostrar que Allende lo escuchaba. El Presidente me dijo que le diera las gracias por esta noticia. Lo hice y corté.

A todo esto se había ido tomando posiciones en las ventanas del palacio de La Moneda que daban a la calle. Estábamos siendo fuertemente atacados con disparos de fusilería, tiros de artillería, y ráfagas de fusiles automáticos y ametralladoras. Los compañeros defensores del Presidente habían tomado su posición de combate. El mismo Allende se encargó de dirigir la colocación de la gente. Se acostó en una ventana y empezamos a contestar el fuego en forma graneada.

Entretanto, el ministro Flores había iniciado conversaciones por su cuenta con el Almirante Carvajal, del cual era muy amigo. Carvajal le solicitó que consiguiera autorización para estas negociaciones. Cuando Allende se enteró de esto, se molestó vivamente. Dijo que no quería conversar. El compañero Flores llamó nuevamente al Almirante y le dijo

al Presidente que tenía la posibilidad de hablar con él. Allende lo rechazó tajantemente.

Un grupo que encabezaba el Dr. Bartulín trató de organizar una posibilidad de fuga. Quería sacar a Allende desde La Moneda y llevarlo hasta el ministerio de Obras Públicas, ubicado al frente, edificio de concreto muy sólido y más fácil de defender que el Palacio Presidencial. Se pensó salir por los techos hacia el Banco del Estado. De ahí se podría haber llegado a Tomás Moro o a alguna fábrica, o algún lugar en el que el Presidente pudiera permanecer durante algunos días o algunas horas para organizar la resistencia. Cuando me enteré de esto, me pareció que el Presidente en ningún caso iba a aceptarlo. Pero los compañeros trataron de seguir con el proyecto adelante. Había que atravesar la calle y ya en esa operación era probable que se produjera una masacre. Además, un cambio de lugar hubiera sido equivalente a una salida simbólica de La Moneda. Allende rechazó el proyecto cuando ya estaba todo organizado para la evacuación. Dijo definitivamente que él no se movería de La Moneda.

Nos preparamos entonces para el bombardeo. Los compañeros del grupo de seguridad acondicionaron el subterráneo, una pieza de unos 12 metros por 4, para que nos metiéramos todos ahí. Yo tenía algunas experiencias en bombardeos y me opuse a esta solución. Cualquier bomba podía causar el derrumbamiento de una muralla y quedaríamos sepultados. En ese caso íbamos a morir como ratas. Propuse a Allende que nos instaláramos en el primer piso. Finalmente, nos quedamos en uno de los corredores, que debe haber tenido un metro de ancho y cinco metros de alto, con murallas bastante gruesas.

Intenté comunicarme con el comandante Sánchez, el edecán aéreo. Llamé a su casa. Su esposa me dio un número de teléfono pero no logré establecer la comunicación. Por el citófono de la Corporación de Reforma Agraria contestó un compañero y le pedí que marcara el número de Sánchez. De esa manera, colocando los teléfonos a la inversa, logré hablar con el comandante Sánchez. Me comunicó que en pocos minutos más caerían las bombas sobre La Moneda. Y cayeron, cuando estábamos conversando aún. Nos deseó buena suerte y logró decirme que estaban bombardeando las poblaciones.

El bombardeo fue intenso. La primera bomba cayó encima del techo del patio cerrado de la Presidencia, que era de vidrio y se derrumbó violentamente produciendo un ruido increíble. El segundo y tercer rocket cayeron, al parecer, en la Secretaría General de Gobierno y en la Presidencia de la República. En el lugar en que estábamos nosotros no dio ningún rocket directamente, el más cercano cayó a unos 25 metros, destrozando el salón rojo y el salón Toesca.

Inmediatamente después de los aviones bombarderos pasaron, pa-

rece, otros aparatos lanzando bombas incendiarias. En seguida empezó un gran incendio en el centro de La Moneda. Además, comenzaron a bombardearnos con bombas lacrimógenas. Llegó un momento en que tuvimos muchas dificultades para respirar, incluso con las máscaras antiguas. El compañero Allende tuvo serios problemas: sin anteojos veía difícilmente, y colocarle la máscara con los anteojos fue bastante complicado.

Los fascistas no calcularon, sin embargo, que el incendio quemó los gases lacrimógenos. Por eso no tuvimos que salir de La Moneda a pesar de los gases.

El compañero Flores volvió a insistirle al Presidente que quería hablar con el almirante Carvajal. El compañero Allende ya sabía que estaban bombardeando las poblaciones periféricas. En estas condiciones y para evitar una matanza autorizó una conversación de Flores con Carvajal. No se llegó a ningún resultado. Entonces, el compañero Allende me encargó a mí intentar conversar con la junta.

Llamé al General Baeza y pedí, por encargo del Presidente, una conversación con él para poner fin al bombardeo de las poblaciones. Me contestó que ya estaba en conocimiento, pues se encontraba en la misma sala que el Almirante Carvajal. Que no tenía ningún inconveniente. Que yo saliera de La Moneda con bandera blanca por la puerta de Morandé 80 y que caminara hacia el ministerio de Defensa. Me trajeron un palo de escoba y un mantel.

Terminábamos de confeccionar esta ridícula bandera blanca, cuando alguien gritó que habían herido a Olivares. Corrieron los médicos. Regresaron con la noticia de que el compañero Augusto Olivares estaba muerto.

Cuando salí con la bandera blanca, sentí dos disparos. La tela tenía dos agujeros.

En la esquina de Morandé con Moneda había un grupo de cinco obreros, sin ninguna arma. Corrían desde la esquina hacia un auto. Buscaron refugio detrás de él. En el momento en que me vieron salir con la bandera blanca, me gritaron: “¡Maricón de mierda! ¿Para donde vas? ¡No te rindas? ¡Entra, sigue peleando!”

Al responderles “No me estoy rindiendo, voy a cumplir una misión del compañero Allende”, me dijeron: “¡El compañero Allende no manda a nadie con bandera blanca!”

No sé si esos hombres lograron salir vivos de allí. No tenían con qué defenderse, ni siquiera una miserable pistola. Simplemente estaban en la calle alentando a la gente que estaba luchando en La Moneda. Esto demuestra el ánimo combativo que tenía y sigue manteniendo el pueblo chileno.

Volví y llamé por teléfono a Baeza, diciéndole que no podía salir.

Contestó que mandaría un vehículo. Allende propuso que me acompañaran Flores y Vergara.

Allende me llevó a su comedor. A causa del tiroteo tuvimos que meternos debajo de la mesa para hablar. Tenía su fusil consigo y cuando lo toqué, casi me quemé con el cañón ardiente. Tendidos así, Allende me dio el recado para la junta. Después me despidió: "Oswaldo, vaya tranquilo y sereno. Vaya con absoluta confianza". Y me acarició la mano, lo que era insólito en él.

Con el recado del compañero Allende salí del comedor. Al llegar abajo, vi al compañero Carlos Jorquera junto al cadáver de Augusto Olivares. Habían sido amigos por muchos años. Jorquera se mostraba muy afectado. Al enterarse Allende de la muerte de Augusto, bajó. En ese momento llegaba el vehículo militar a buscarnos. Al salir, Allende me hizo una seña desde el escalón: el puño cerrado con el pulgar arriba. "¡Buena suerte!" Fue la última vez que lo vi con vida. . .

Vergara, Flores y yo salimos. Mi hijo Oswaldo nos acompañó. Durante todo el camino, tal vez 4 ó 5 cuadras, nos llevaron parados en el vehículo. Todos iban mirando hacia arriba, como si hubiera en todos los techos franco-tiradores. Cuando llegábamos al ministerio de Defensa, hicieron varios disparos desde el edificio de enfrente. Cayó un soldado frente a la puerta. Nos hicieron bajar y levantar las manos. Todavía llevaba conmigo una máscara contra gases. El oficial de marina que nos recibió quiso saber de dónde había sacado esa máscara. Se lo dije. Me la quitó y dijo que la iba a guardar como trofeo de guerra. Al escuchar eso, me sonreí, a pesar de lo trágico de la situación. Me preguntó en forma violenta de qué me reía. "Los trofeos de guerra no se ganan aquí", le contesté, "sino allá". Y le indiqué La Moneda. Como respuesta me dio un golpe con la culata de su arma.

Fuimos allanados muy cuidadosamente y metidos después en un ascensor. Nos hicieron afirmar las manos contra el fondo y abrir las piernas. En esas condiciones nos llevaron hasta no sé que piso del ministerio de Defensa. Ahí nos hicieron salir. Escoltados por 15 o 20 soldados con ametralladoras nos condujeron hasta una pieza donde estaban el General Baeza, el General Nuño, del ejército; el General Díaz, de la aviación y el Almirante Carvajal. Pasamos a esta oficina Flores, Vergara y yo. Dejé a Oswaldo afuera. Nos hicieron sentar en unos sillones. Inmediatamente, el Almirante Carvajal empezó a increpar al compañero Flores. Que habíamos destruido el país, que lo habíamos llevado al borde del caos y que nos habíamos prostituido mentalmente, que habíamos vendido a Chile al comunismo. Que ellos iban a rescatar al país. Pero que nosotros debíamos pagar por eso hasta las últimas consecuencias. Que para nosotros no había excusa alguna: "Ud. es culpable de lo que ha pasado en este país, Ud. especialmente", dijo Carvajal, indicando a Flores. "Ud. es uno de los

grandes culpables".

El General Díaz siguió insultándonos, trató muy mal a Flores. El compañero Vergara estaba muy sereno. Miraba con cara de desprecio. Esto le molestó al general. Así transcurrían los minutos. Nos injuriaban, pero no pasaba nada más.

Me dirigí al Almirante Carvajal: "Almirante, hemos venido como parlamentarios a hablar con Uds., enviados por el Presidente de la República. Uds. nos fueron a buscar, porque tenían interés en conversar con nosotros. Me parece absurdo que nos hayan injuriado y aún no nos escuchan. Si Uds. no nos quieren escuchar, entonces nos vamos al lugar de donde salimos".

Intervino el general Nuño: "Está bien, Oswaldo. Perdone y denos el recado".

Le contesté que ese recado no lo iba a dar yo, sino el señor ministro Flores que era quien tenía mayor jerarquía entre los tres. El transmitió el recado del Presidente. Luego, los señores se retiraron de la sala dejándonos solos.

Pocos minutos después, regresó el General Baeza y dijo que Flores y Vergara quedarían detenidos ahí. Que sólo yo iba a volver con la respuesta de la junta. El General Nuño, el Almirante Carvajal, el General Díaz y el General Baeza me transmitieron la respuesta de la junta. Decía lo siguiente: "Rendición incondicional. Presidente Allende y su familia salen inmediatamente del país, igual que el ministro Briones y el ministro Letelier y Puccio. La junta decidirá qué hacer con el resto de la gente".

Pedí una hoja de papel para anotar la comunicación y hacerla firmar por los generales ahí presentes. En vista que iba a volver solo, no quería entregar una información tan importante sin que tuviera firma. Por último, por la tensión hubiera podido olvidarme de alguna parte esencial. Me puse a escribir. Cuando estaba a punto de terminar mi escritura, entró el General Baeza y declaró que ya no era necesario que volviera. Que se le había comunicado que el Presidente se rendía y que estaría saliendo de La Moneda. Lo de la rendición de Allende me pareció extraño. Salí de la pieza y el General Nuño me dijo: "No te preocupes por tu hijo. En cuanto termine la balacera, lo voy a enviar a dejar a tu casa en mi coche".

Tenían a los compañeros Flores y Vergara fuertemente custodiados en el pasillo, con las manos arriba. Me coloqué detrás de ellos. Y alguien me dijo: "¡Manos arriba!" El General Nuño se acercó y me las bajó.

En el trayecto hacia abajo, Vergara fue insultado por los militares. Le recordaban los comunicados que entregaba a nombre del gobierno en los que muchas veces había declarado que la situación en el país estaba tranquila. Ahora, los militares lo denominaban Barnabás, haciendo referencia a un personaje de la televisión, y decían: "Barnabás, diga ahora que la situación está tranquila y no pasa nada". Luego le empujaban y le

daban puntapiés.

Así llegamos a los subterráneos del ministerio, los compañeros Flores, Vergara y yo. Me sujetaron violentamente y me encerraron en una pieza en la que quedé sólo. Mucho tiempo después, dos soldados trajeron a mi hijo Osvaldo. Me contó que el capitán que me había quitado la máscara contra gases, había aparecido: "¿Y éste, quién es?" Osvaldo le respondió que era hijo del secretario del Presidente Allende. "¿Y de dónde vienes?"—"De La Moneda". "¿Y por qué estás aquí?"

Alguien había contestado que el general Nuño lo iba a enviar a su casa. "¿Pero cómo lo van a mandar a la casa, cuando este chico es un peligroso mirista!"

Así, Osvaldo llegó al subterráneo en el que yo estaba. Al poco rato lo llevaron para un interrogatorio. Posteriormente, un oficial me comunicó que lo trasladarían a otra parte.

Todavía no tomaba el peso real de todo lo que estaba ocurriendo. De pronto llegó el compañero Carlos Jorquera que había estado en La Moneda. Estaba físicamente destrozado y arrastraba una pierna. A pesar de que estaba escoltado por soldados y dos oficiales, le pregunté a Jorquera: "¿Negro! ¿Y cómo está el Chicho?" (Allende). Carlos quiso contestarme. Lo empujaron violentamente hacia la otra punta de la pieza.

El oficial dijo: "Su Chicho se está pudriendo. Se lo están comiendo los gusanos. Dos metros bajo tierra".

De esta manera brutal supe de la muerte de Salvador Allende. Por casi un cuarto de siglo lo había acompañado, había compartido con él tristezas y alegrías. Habíamos recorrido Chile metro a metro, en la dura lucha contra el imperialismo y la reacción, y por la liberación y el socialismo. Con su muerte terminaba una gran etapa de la historia de mi pueblo. Su memoria sigue viviendo en nuestros corazones. Nos dará fuerza para superar la noche del fascismo.

ANEXOS

ALLENDE

Mi pueblo ha sido el más traicionado de este tiempo. De los desiertos del salitre, de las minas submarinas del carbón, de las alturas terribles donde yace el cobre y lo extraen con trabajos inhumanos las manos de mi pueblo, surgió un movimiento liberador de magnitud grandiosa. Ese movimiento llevó a la presidencia de Chile a un hombre llamado Salvador Allende para que realizara reformas y medidas de justicia inaplazables, para que rescatara nuestras riquezas nacionales de las garras extranjeras.

Donde estuvo, en los países más lejanos, los pueblos admiraron al presidente Allende y elogiaron el extraordinario pluralismo de nuestro gobierno. Jamás en la historia de la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, se escuchó una ovación como la que le brindaron al presidente de Chile los delegados de todo el mundo. Aquí, en Chile, se estaba construyendo, entre inmensas dificultades, una sociedad verdaderamente justa, elevada sobre la base de nuestra soberanía, de nuestro orgullo nacional, del heroísmo de los mejores habitantes de Chile. De nuestro lado, del lado de la revolución chilena, estaban la constitución y la ley, la democracia y la esperanza.

Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende. Es curioso que los dos provinieran del mismo medio, de la burguesía adinerada, que aquí se hace llamar aristocracia. Como hombres de principios, empeñados en engrandecer un país empequeñecido por la mediocre oligarquía, los dos fueron conducidos a la muerte de la misma manera. Balmaceda fue llevado al suicidio por resistirse a entregar la riqueza salitrera a las compañías extranjeras.

Allende fue asesinado por haber nacionalizado la otra riqueza del subsuelo chileno, el cobre. En ambos casos la oligar-

quía chilena organizó revoluciones sangrientas. En ambos casos los militares hicieron de jauría. Las compañías inglesas en la ocasión de Balmaceda, las norteamericanas en la ocasión de Allende, fomentaron y sufragaron estos movimientos militares.

En ambos casos las casas de los presidentes fueron desvalijadas por órdenes de nuestros distinguidos "aristócratas". Los salones de Balmaceda fueron destruidos a hachazos. La casa de Allende, gracias al progreso del mundo, fue bombardeada desde el aire por nuestros heroicos aviadores.

Las obras y los hechos de Allende, de imborrable valor nacional, enfurecieron a los enemigos de nuestra liberación. El simbolismo trágico de esta crisis se revela en el bombardeo del palacio de gobierno; uno evoca la Blitz Kreig de la aviación nazi contra indefensas ciudades extranjeras, españolas, inglesas, rusas; ahora sucedía el mismo crimen en Chile; pilotos chilenos atacaban en picada el palacio que durante dos siglos fue el centro de la vida civil del país.

Escribo estas rápidas líneas para mis memorias a sólo tres días de los hechos incalificables que llevaron a la muerte a mi gran compañero el presidente Allende. Su asesinato se mantuvo en silencio; fue enterrado secretamente; sólo a su viuda le fue permitido acompañar aquel inmortal cadáver. La versión de los agresores es que hallaron su cuerpo inerte, con muestras visibles de suicidio. La versión que ha sido publicada en el extranjero es diferente. A renglón seguido del bombardeo aéreo entraron en acción los tanques, muchos tanques, a luchar intrépidamente contra un solo hombre: el Presidente de la República de Chile, Salvador Allende, que los esperaba en su gabinete, sin más compañía que su gran corazón, envuelto en humo y llamas.

Tenían que aprovechar una ocasión tan bella. Había que ametrallarlo porque jamás renunciaría a su cargo. Aquel cuerpo fue enterrado secretamente en un sitio cualquiera. Aquel cadáver que marchó a la sepultura acompañado por una sola mujer que llevaba en sí misma todo el dolor del mundo, aque-

lla gloriosa figura muerta iba acribillada y despedazada por las balas de las ametralladoras de los soldados de Chile, que otra vez habían traicionado a Chile.

*De: Pablo Neruda, obras escogidas
"Confieso que he vivido", memorias*

DATOS BIOGRAFICOS

- 1908** El 26 de junio nace Salvador Allende Gossens, hijo de Salvador Allende Castro y Laura Gossens Uribe. Su abuelo paterno, Ramón Allende Padín, médico, miembro del Partido Radical, senador suplente, es llamado el "Rojo Allende". Casado con doña María Eugenia Castro. Muy joven ingresa a la Francmasonería, llegando a ser el Serenísimo Gran Maestro más joven de la historia de esta orden en Chile. Funda en Valparaíso la escuela Blas Cuevas, primera escuela laica de Chile. La recia personalidad y clara posición progresista de su abuelo, influyen mucho en la formación del joven Allende. Después de la muerte del abuelo, vive en varias épocas de su vida junto a su abuela por la que guarda gran cariño y respeto. Su abuelo materno, un belga de origen alemán, llamado Arsenio Gossens, se casa con doña María Uribe. Ambos mueren muy jóvenes, dejando a Laura huérfana a muy corta edad.
- El padre de Allende, don Salvador Allende Castro, de profesión abogado, casa con doña Laura Gossens Uribe en 1898. Tienen seis hijos. Los dos mayores, Laura y Salvador, mueren a los 11 y a los 3 años, respectivamente. En 1903 nace Alfredo y en 1905 Inés. Salvador nace en 1908 y recibe su nombre en homenaje a su padre y recuerdo de su hermano fallecido y finalmente, pocos meses después de la muerte de la mayor de los hijos, nace Laura.
- Don Salvador Allende Castro es un hombre de ideas progresistas que se destacó por su gran ingenio, fue abogado fiscal y terminó su carrera como notario-conservador de Valparaíso.
- 1910 - 1916** De acuerdo con los diferentes cargos del padre, la familia vive en Tacna (ciudad que pertenece hoy al Perú).
- 1916 - 1918** En Iquique
- 1918** En Santiago
- 1918 - 1920** En Valdivia
- 1920 - 1925** En Valparaíso. Ahí el joven Salvador ingresa al Liceo Eduardo de la Barra. En esos años conoce a un zapatero remendón de ideas anarquistas. Pasa largas horas escuchando las historias de la lucha proletaria. A fines de 1925 el joven Salvador termina la secundaria. La familia se traslada a Viña del Mar.
- 1926** Salvador Allende hace su servicio militar en el Regimiento Coraceros de Viña del Mar.

1927 Ingres a la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y se traslada, en compa \tilde{n} ia de su hermano Alfredo, que est \acute{a} por recibirse de abogado, a vivir a Santiago. Salvador Allende es elegido Presidente del Centro de Alumnos de la Facultad de Medicina. Con un grupo de estudiantes empieza a leer los cl \acute{a} sicos del marxismo.

1928 Se traslada a una pensi \acute{o} n en la calle Recoleta. Est \acute{a} en su apogeo la dictadura de Carlos Ib \acute{a} ñez. Allende encabeza grupos de estudiantes que luchan por la vuelta a la normalidad democr \acute{a} tica.

1929 Allende ingresa a la Francmasoner \acute{a} , la que juega un destacado papel en la lucha contra Ib \acute{a} ñez. Junto con otros estudiantes funda el grupo "Avance".

1930 Salvador Allende es designado Vicepresidente de la Federaci \acute{o} n de Estudiantes. El joven Allende es tomado preso y relegado al Norte Chico. Durante su detenci \acute{o} n muere su padre y \acute{e} l jura frente a su tumba dedicar su vida a la lucha por la libertad pol \acute{i} tica, econ \acute{o} mica y social de su patria.

1931 El grupo "Avance" propone crear los soviets de obreros, campesinos y soldados de Chile. Allende dice que eso es una irrealidad pol \acute{i} tica y es expulsado a raíz de eso. Lucha como Vicepresidente de la Federaci \acute{o} n de Estudiantes contra la dictadura hasta que \acute{e} sta cae. Poco antes es expulsado de la Universidad, pero vuelve pocos meses despu \acute{e} s para reiniciar los estudios. Hace su pr \acute{a} ctica en el Hospicio de Santiago. La miseria y el abandono de los enfermos, quedar \acute{a} n grabados para siempre en su memoria.

1932 Se recibe de m \acute{e} dico y se traslada a Valpara \acute{i} so. Los intentos de conseguir trabajo fracasan. Su cu \tilde{n} iado Eduardo Grove, casado con In \acute{e} s, le proporciona una oficina en su estudio. Ah $\acute{ı}$ empieza a atender pacientes. No les cobra y las m \acute{a} s de las veces les proporciona dinero para los remedios. Posteriormente consigue una plaza de anatomop \acute{a} tologo. Participa en la Rep \acute{u} blica Socialista de los 12 d $\acute{ı}$ as que dirige Marmaduke Grove, Eugenio Matte y otros. Durante su Presidencia, el doctor Allende utiliza un decreto de esa \acute{e} poca que nunca fue derogado y que permite la expropiaci \acute{o} n legal de las industrias monop \acute{o} licas.

1933 El 19 de abril participa en la fundaci \acute{o} n del Partido Socialista de Chile. Se convierte en su primer secretario regional en Valpara \acute{i} so.

1934 Allende inicia una fuerte oposici \acute{o} n al gobierno reaccionario

de Arturo Alessandri Palma.

1935 En julio es relegado a Caldera, donde permanece hasta el mes de diciembre. Es para \acute{e} l una gran experiencia el poder ejercer la medicina y compartir con los mineros y pescadores de la zona.

1936 El doctor Allende participa activamente en la fundaci \acute{o} n del Frente Popular, coalici \acute{o} n de los Partidos Radical, que la hegemoniza, Socialista, Comunista y el Partido Democr \acute{a} tico. Allende es designado su presidente provincial.

1937 Es designado subsecretario general del Partido Socialista de Chile y elegido diputado por la provincia de Valpara \acute{i} so.

1938 En el parlamento presenta el proyecto de ley de protecci \acute{o} n a la Madre y el Ni \tilde{n} o y una ley de modificaci \acute{o} n del Seguro Obrero, tratando de ampliar la seguridad social de los trabajadores. Salvador Allende es jefe de camp \acute{a} nia electoral del candidato del Frente Popular, el maestro Pedro Aguirre Cerda, militante del Partido Radical. El 24 de octubre triunfa Aguirre Cerda por el escaso margen de 4.000 votos. Allende, por orden de su partido, renuncia al Parlamento y es designado ministro de Salud, a los 30 a \acute{o} os.

1939 En enero se produce uno de los terremotos m \acute{a} s grandes de la historia de Chile. Allende organiza varios hospitales de emergencia en la zona afectada y dirige personalmente la atenci \acute{o} n m \acute{e} dica y social de las v $\acute{ı}$ ctimas. Lleva adelante la reforma del Seguro Obrero obligatorio y de accidentes del trabajo. Es autor de la ley de creaci \acute{o} n del Colegio M \acute{e} dico de Chile y hace realidad las leyes de la asignaci \acute{o} n familiar y de protecci \acute{o} n a la madre y al ni \tilde{n} o.

1940 Allende organiza la "exposici \acute{o} n de la vivienda", en la cual muestra la dura realidad habitacional chilena. Instala la exposici \acute{o} n en la Alameda Bernardo O'Higgins, frente al "Club de la Uni \acute{o} n", lugar de reuni \acute{o} n de los sectores m \acute{a} s aristocr \acute{a} ticos y reaccionarios de Chile. Casa con Hortensia Bussi Soto. Se publica su libro "La realidad m \acute{e} dico-social de Chile".

1941 Acusada su direcci \acute{o} n de "colaboracionismo de clase" el Partido Socialista de Chile termina por abandonar el gobierno. Poco tiempo despu \acute{e} s muere don Pedro Aguirre.

1942 Es elegido Presidente de Chile don Juan Antonio R \acute{i} os.

1943 Allende es elegido Secretario General del Partido Socialista de Chile. Inicia una camp \acute{a} nia para limpiar el partido y plantea los primeros acercamientos al Partido Comunista de

Chile. Participa en los movimientos antifascistas que solicitan el rompimiento con el eje.

1945 Salvador Allende se presenta como candidato a senador por la 9ª circunscripción (Osorno, Valdivia, Llanquihue, Chiloé, Aisén y Magallanes). Después de una dura campaña, es elegido senador.

1946 Es elegido Presidente Gabriel González Videla. Allende se niega a apoyarlo.

1947 Se divide el Partido Socialista de Chile y se crea el Partido Socialista Popular. Allende se va con la fracción que abandona el partido por considerar que éste ha tomado una posición oportunista y claudicante. Allende vota en contra de la "Ley de Defensa de la Democracia".

1948 Creado el campo de concentración de Pisagua, Allende va a visitar a los compañeros allí detenidos, imponiéndose contra el teniente a cargo del campo, Augusto Pinochet Ugarte.

1949 Allende da una fuerte batalla en el congreso contra el gobierno de Gabriel González Videla. Colabora y ayuda al Partido Comunista de Chile que está en la ilegalidad y en especial a algunos compañeros perseguidos, como Pablo Neruda.

1950 - 1951 Al producirse el planteamiento de apoyo a la candidatura de Carlos Ibáñez en el Partido Socialista Popular, Allende rompe con él y junto con un grupo de jóvenes vuelve al Partido Socialista de Chile. Junto al ilegal Partido Comunista funda el Frente del Pueblo.

1952 El Frente del Pueblo levanta la candidatura presidencial de Salvador Allende. Obtiene sólo 51.000 votos.

1953 Allende es elegido senador por la 1ª circunscripción (Tara-pacá y Antofagasta) con el apoyo del Partido Comunista que está en la ilegalidad.

1954 El doctor Allende es elegido Vicepresidente del Senado y realiza su primera visita a la URSS y la República Popular China.

1955 Dictación de la ley de pago de asignación familiar desde el quinto mes de embarazo. Promulgación de las leyes presentadas por Allende que crean el Servicio Nacional de Salud y el Servicio de Seguro Social.

1956 Salvador Allende es designado primer presidente del Frente de Acción Popular (FRAP).

1957 Unificación del Partido Socialista de Chile con el Partido Socialista Popular y convención presidencial del pueblo,

1958 que levanta la candidatura de Salvador Allende. En septiembre Allende pierde las elecciones presidenciales frente al candidato de la reacción Jorge Alessandri, por 30.000 votos.

1959 Allende presenta en el Parlamento un proyecto de ley llamado "Nuevo Trato de los trabajadores". Es una réplica a la ley del "Nuevo trato al cobre" promulgada por el reaccionario gobierno de Alessandri. El doctor Allende hace su primer viaje a la Cuba revolucionaria.

1960 Salvador Allende apoya la huelga de los mineros del carbón. Recorre toda la zona sur de Chile, nuevamente afectada por un terremoto, y presenta varios proyectos para aliviar la situación de los damnificados.

1961 Allende es elegido senador por la 3ª circunscripción (Valparaíso y Aconcagua). Asiste como invitado de la Universidad de Montevideo cuando se realiza la conferencia de Punta del Este y denuncia la condición reaccionaria de la "Alianza para el Progreso".

1962 Allende defiende los derechos de los trabajadores y desmascara en el senado la política de los "chiribonos", intento de cancelar parte de los salarios obreros con bonos de capitalización.

1963 Una convención del FRAP designa a Allende nuevamente candidato presidencial.

1964 En la elección presidencial es derrotado por el demócrata-cristiano Eduardo Frei, pero logra obtener casi un millón de votos.

1965 El doctor Allende viaja a Cuba y Europa, donde visita los países socialistas. Es designado por los periodistas políticos como el mejor parlamentario.

1967 Participa en la conferencia tricontinental de La Habana y es designado Presidente de OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). División del Partido Socialista de Chile: Allende recorre Chile haciendo claridad a las bases. Asiste al 50º aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre en la Unión Soviética. De vuelta visita Cuba y México.

1968 A pesar de ser Presidente del Senado viaja de Chile a Tahiti con el objeto de proteger a cuatro guerrilleros cubanos.

1969 Salvador Allende recorre Chile y en especial la 10ª circunscripción (Aisén, Chiloé y Magallanes). Es reelegido Sena-

dor y derrota duramente al candidato de la Unión Socialista Popular, Raúl Ampuero.

Allende visita Cuba, la República Popular Democrática de Corea, Camboya y la República Democrática de Vietnam, donde tiene una larga entrevista con Ho Chi Minh, pocos días antes de su muerte.

Se crea la Unidad Popular.

1970 Es designado candidato presidencial de las fuerzas de izquierda por cuarta vez. Gana con mayoría relativa y es ratificado por el Congreso. Asume la presidencia el 3 de noviembre.

Chile establece relaciones diplomáticas con Cuba y la República Popular de China.

1971 Traslado del gobierno a Valparaíso por el plazo de tres meses. Primera vez en la historia de Chile que el gobierno se desplaza a provincias.

Nacionalización de la gran minería del cobre, salitre y hierro. Aprobación por unanimidad del Parlamento de la ley de nacionalización y de la "Doctrina Allende", que consiste en descontar a las compañías las utilidades excesivas, con lo cual se permite la nacionalización sin indemnización.

Redistribución de la renta mediante una política de salarios más justa. Instauración de relaciones diplomáticas con la República Democrática Alemana, la República Popular Democrática de Corea y la República Democrática de Vietnam. Visita a Punta Arenas y el territorio del Beagle.

Profundización del proceso de reforma agraria.

Pasa al área de propiedad social la gran y mediana industria. Participación obrera efectiva en la conducción de las empresas.

Visita a Argentina, donde se reúne con el Presidente Lanusse en la ciudad de Salta.

Viaje a Perú, Ecuador y Colombia.

Visita de Fidel Castro a Chile.

1972 Agudización del proceso de reforma agraria, se llega a la expropiación de más de 5.000 latifundios. La tierra pasa a poder de los campesinos.

Se inicia la estatización de los bancos. Los primeros en pasar a poder del Estado son los bancos extranjeros. Visita de Allende a México, Naciones Unidas, Cuba y la Unión Soviética.

El gobierno se traslada a Antofagasta y Concepción.

La reacción apoyada por el imperialismo inicia una ofensi-

va contrarrevolucionaria.

La restricción de los créditos y la política de agresión económica del imperialismo crean los primeros problemas al Presidente.

Paro de los camioneros.

Total escolaridad infantil y reforma de la educación.

Duplicación de la capacidad universitaria.

Disminución de la cesantía a la tasa más baja en la historia de Chile.

Chile marcha hacia la solución del problema habitacional; el gobierno estimula la construcción prefabricada y la auto-construcción.

1973 En la elección parlamentaria el gobierno obtiene el 45 por ciento de la votación y aumenta con esto considerablemente la cantidad de sus parlamentarios. La reacción pasa a la violencia terrorista. El leal edecán naval de Allende, comandante Araya, es asesinado.

El 11 de septiembre, golpe organizado y financiado por la CIA encabezado por cuatro generales. La gran mayoría de los 40 hombres que acompañan al doctor Salvador Allende en la lucha en el Palacio de La Moneda cae junto a él.

NOMINA DE PERSONAJES

- Agnic, Osren:** Militante del Partido Socialista, economista, funcionario de secretaría del Senado, en la oficina de Allende.
- Aguayo, Carmen Gloria:** Militante de la Izquierda Cristiana, jefa del departamento femenino de la campaña presidencial del compañero Allende en 1970.
- Aguirre Cerda, Pedro †:** (1879 - 1941), primer Presidente del Frente Popular de Chile (1933 - 1941), hizo algunas reformas y creó la CORFO, político del Partido Radical, murió antes del término de su mandato; Allende era ministro de Salud de su gobierno.
- Aguirre, Santiago:** Militante del Partido Comunista, arquitecto.
- Ahumada Trigo, Juan:** Diputado por el Partido Comunista.
- Alessandri Palma, Arturo †:** (1868 - 1950), Presidente de Chile de 1920 hasta 1924, y de 1932 a 1938; realizó los primeros cambios sociales (Ley de escolaridad obligatoria, Ley de protección de los trabajadores, primera Ley de trabajo, creación de una constitución democrático-burguesa). Derribado en 1924 por un golpe de estado de derecha.
- Alessandri, Jorge:** nacido en 1896, Ingeniero, hijo de Arturo Alessandri Palma, independiente de derecha, diputado y senador, ministro de Hacienda de Gabriel González Videla, Presidente de Chile de 1958 hasta 1964, aplicó una política económica muy dura para los trabajadores; uno de los grandes apoyos del régimen fascista, ha sido Presidente del Consejo de Estado.
- Alfonso, Pedro Enrique †:** Militante del Partido Radical, senador, candidato a la Presidencia en 1952.
- Allende, Beatriz †:** Segunda hija de Allende, llamada Tati, médico, militante del Partido Socialista, trabajó durante los tres años de gobierno en la secretaría de Allende en La Moneda, murió en 1977 en el exilio.
- Allende, Carmen Paz:** Hija mayor de Allende, parvularia.
- Allende, Isabel:** Hija menor de Allende, llamada Chabela, socióloga.
- Allende, Inés †:** Hermana mayor de Allende.
- Allende, Laura †:** Hermana menor de Allende, diputada del Partido Socialista.
- Almeyda, Clodomiro:** abogado, diputado, ministro y vicepresidente de la República durante el gobierno de la UP, era ministro de Relaciones Exteriores largos años, miembro del Comité Central y actualmente Secretario General del Partido Socialista.
- Altamirano, Carlos:** Ex-Secretario General del Partido Socialista de Chile, posteriormente expulsado.
- Alvarez, Graciela:** Llamada Chela, militante del Partido Comunista de Chile, abogada.

Ampuero, Raúl: Secretario General de la Juventud Socialista, diputado, senador y Secretario General del Partido Socialista. Dividió el partido en 1967, creando la Unión Socialista Popular.

Amunátegui, Gregorio: Militante del Partido Nacional, senador liberal de larga figuración política en Chile. En 1964, por odiosidades con la Democracia Cristiana, apoyó la candidatura de Allende, pero después de la elección volvió a su partido. Pertenece a una de las familias más aristocráticas de Chile.

Aranda, Sergio: Economista, trabajó en Cuba varios años.

Araneda, Iván: Miembro de la Juventud Radical que en 1958 junto a otros jóvenes se vino a la campaña de Allende y formó la IRA.

Aravena †: Militante del Partido Socialista, candidato a diputado por el tercer distrito en una complementaria durante la campaña de 1958.

Araya, Arturo (comandante) †: Edecán naval del Presidente Allende. Asesinado por la reacción el 26 de julio de 1973.

Araya, Gabriel: Militante del Partido Comunista, conocido cómico chileno que era presidente del sindicato de actores.

Bachelet, Alberto (general de aviación) †: General leal al gobierno de la UP. Después del golpe fue torturado y enjuiciado. Murió en la cárcel de Santiago el 20 de marzo de 1974.

Badiola, Sergio (comandante): Edecán militar del Presidente Allende. Después del golpe siguió como edecán de Pinochet. Actualmente general y secretario general del gobierno de la junta fascista con rango de ministro.

Baeza, Ernesto (general): Actual director de la Policía Criminal en Chile.

Balmaceda, José Manuel †: (1838 - 1891) Presidente de Chile de 1886 hasta 1891, quiso realizar durante su gobierno algunas reformas así como la nacionalización del salitre. En 1891 la reacción desató la guerra civil que terminó con derribar al Presidente. Obtuvo asilo en la Embajada Argentina donde se suicidó.

Baltra Cortés, Alberto: Profesor, militante del Partido Radical, mantuvo una posición de izquierda hasta que vio que el gobierno del compañero Allende iba realmente hacia el socialismo. Ahí tomó una posición reaccionaria y apoya ahora a la junta fascista.

Baquedano, José Manuel (general) †: Dirigió las tropas chilenas en la guerra contra Perú y Bolivia en 1879.

Barberis, Dr. Víctor: Militante del Partido Socialista, en 1958. Presidente de la Federación de Estudiantes en representación del Partido Radical, se vino al movimiento popular con la IRA.

Barrios, Jaime †: economista que trabajó varios años en Cuba, hombre cercano a Allende, durante el gobierno de la UP director del Banco Central, fue asesinado el 11 de septiembre de 1973 en La Moneda.

Barros, Diego (general de aviación): Poeta y actual miembro del Consejo

de Estado de la junta fascista.

Barros Pérez-Cotapos, Jaime: Senador comunista (médico).

Bartulín, Danilo: Médico del personal subalterno de La Moneda.

Baytelman, David: Militante del Partido comunista, ingeniero agrónomo, jefe de la Corporación de Reforma Agraria durante el gobierno de la UP, lanzado al exilio por la junta.

Benedicto, Antonio: Militante del Partido Comunista, antiguo amigo de Allende. Al instaurarse el gobierno de la UP se le designó jefe de difusión de la Presidencia.

Benítez, Julio: Militante del Partido Socialista, subsecretario y ministro del Trabajo del gobierno de la UP.

Berlendis, Aristóteles †: Ex-Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile.

Betancourt, Rómulo: Ex-Presidente de Venezuela (1945 - 1948; 1958 - 1964), Fundador de ADECO.

Bossay, Luis: Senador radical, candidato de ese partido a la Presidencia en 1958.

Brady, Hermann (general): apoyó la candidatura de Allende y se mostró durante el gobierno como un hombre leal. Después del golpe ha apoyado a la junta fascista y ha quedado al descubierto que fue uno de sus propugnadores.

Briones, Carlos: Militante del Partido Socialista, ministro del Interior del gobierno de Allende al momento del golpe.

Bruno †: Nombre político del jefe de la escolta de Allende, asesinado brutalmente después del golpe.

Bussi de Allende, Hortensia: Esposa del compañero Allende, conocida como Tencha, vive en el exilio en México.

Bustos, Maglio: Oficial de ejército en retiro, fundador del Frente Cívico.

Cademártori, José: economista, diputado y miembro del Comité Central del Partido Comunista, ministro de Economía del gobierno de la UP; después del golpe prisionero en Dawson.

California Spiro †: Rey de los gitanos en Chile.

Cámpora, Héctor: Presidente de Argentina en 1973, el mismo año renunció para dar paso a la elección de Juan Domingo Perón.

Campusano, Julieta: Senadora y miembro de la Comisión Política del Comité Central del Partido Comunista.

Del Canto, Hernán: Dirigente sindical y Vicepresidente de la CUT, ministro del Interior del gobierno de la UP y miembro del Comité Central del Partido Socialista de Chile.

Del Canto, Humberto: Militante del Partido Radical, antiguo dirigente de ese partido y su tesorero; tesorero de la campaña presidencial de Allende en 1970.

Cantuarias, Orlando: Militante del Partido Radical, ministro de Minería

del gobierno de la UP, después del golpe fue llevado al campo de concentración de Dawson.

Carmona, Juan de Dios: Miembro del Partido Demócratacristiano, senador y ministro de Defensa del gobierno de Frel. Actualmente marginado del partido por su incondicional apoyo a la junta fascista.

Caro Rodríguez, José María (cardenal) †: Primer cardenal chileno. Fallecido en 1958.

Carrera, María Elena: Militante del Partido Socialista, médico, senadora y viuda de Salomón Corbalán.

Carvajal (almirante): Jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas durante el gobierno de la UP. Ministro de Relaciones Exteriores y de Defensa de la junta fascista.

Casanova, Cristián: periodista.

Castillo Velasco, Fernando: Arquitecto, rector de la Universidad Católica, miembro del consejo directivo del Partido Demócratacristiano. Después del golpe tomó una fuerte posición antifascista.

Castro, Fidel: Secretario General del Partido Comunista de Cuba y Presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros.

Castro, Juana: Hermana de Fidel Castro, ha hecho una gran campaña contra la revolución cubana, dirigida por los EE. UU.

Castro, Raúl: Hermano de Fidel Castro.

Catalán, Elmo †: Militante del Partido Socialista, periodista, murió en combate junto a Inti Peredo en Bolivia.

Ceoanes: Detective jefe de la Guardia Civil de la Moneda, luchó lealmente junto al Gobierno de Allende y salió al exilio a Cuba.

Chadwick, Tomás: Militante del Partido Socialista, senador.

Che Guevara, Ernesto †: (1928 - 1967), compañero de lucha de Fidel Castro en la Sierra Maestra, ministro de Economía de Cuba después de la revolución, asesinado en la guerrilla en Bolivia el año 1967.

Concha: Mayor de carabineros, encargado de la escolta de carabineros del Presidente.

Concha, Juan Carlos: Miembro del MAPU OC, médico, ministro de Salud del Gobierno de la UP.

Contreras Labarca, Carlos: Ex-Secretario General del Partido Comunista de Chile, ex-senador, Embajador de Chile en la RDA durante el gobierno de la UP.

Corbalán, Salomón †: Ex-Secretario General del Partido Socialista, diputado, senador, Secretario General de las campañas presidenciales de Allende de 1958 y 1964, falleció en un accidente automovilístico.

Corvalán, Luis: Secretario General del Partido Comunista de Chile, después del golpe prisionero en el campo de concentración de Dawson.

Costa Canales †: Miembro del PADENA, candidato a senador por Valparaíso en 1961 en la lista del FRAP.

Cruz Coke, Eduardo †: médico de fama, senador y candidato a la Presidencia en 1946 del Partido Conservador, creador del movimiento social-cristiano.

De la Cruz, María: Ibañista, primera senadora chilena, fue como un meteoro en la política chilena, apareció, llegó a las más altas posiciones y en 2 años era sólo un recuerdo. Tuvo siempre una posición anticomunista.

Cueto, José: Militante del Partido Comunista, diputado.

Cuevas Mackenna, Francisco: Independiente de izquierda, Presidente de la sociedad Nacional de Minería.

Curti, Enrique: Senador del Partido Nacional por Concepción.

Díaz, Nicanor (general): Ministro del Trabajo de la junta fascista.

Dondero (teniente): Teniente de carabineros de la escolta presidencial.

Duhalde, Walter: pintor.

Durán, Julio: Senador ultrarreaccionario que se marginó del Partido Radical en la época de Gabriel González Videla para apoyar la derecha, fue candidato de la derecha en 1964, milita en la Democracia Radical, apoya a la junta.

Edwards: Diputado del Partido Nacional, íntimamente vinculado con Jorge Alessandri.

Elgueta, Humberto: Miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Radical y Presidente de la Sociedad Nacional de Profesores.

Enríquez Fróden, Humberto: Miembro del Partido Radical, senador.

Enríquez, Miguel †: Médico, Secretario General del MIR, asesinado por la junta.

Estibil, Carlos: Detective.

Fáivovich, Jaime: Militante del Partido Socialista, Vicepresidente de CODELCO, subsecretario de Transportes e Intendente de Santiago durante el gobierno de la UP.

Fernández ("Fernandito") †: ex campeón de boxeo.

Ferreira, Raquelita: cantante.

Figueroa Parot, Mamerto †: Alcalde de Santiago durante el gobierno de Ibáñez. Como Presidente de la Alianza Nacional de Trabajadores ingresa en 1957 con ésta al FRAP. Es pre-candidato presidencial en 1958. Se mantiene leal al pueblo hasta su muerte en 1974.

Figueroa, Pelayo: Secretario del Senado de Chile.

Floody, Nilo (general):

Flores, Enrique: Allendista en Galvarino. (Provincia de Cautín).

Flores, Fernando: Ingeniero, miembro del MAPU OC, ministro de Hacienda en el gobierno de la UP, después del golpe fue llevado prisionero a Dawson.

Flores, Roberto: Militante del Partido Socialista, ex-diputado y poeta popular.

- Foncea, Pedro: Abogado, ministro del gobierno de Ibáñez, después senador D.C.
- Don Francisco: Seudónimo de Mario Kreutzberger, conocido showman chileno.
- Frei, Eduardo: nacido en 1911, abogado, diputado, senador y Presidente de Chile de 1964 a 1970. Miembro del Partido Demócratacristiano. En 1973 es elegido nuevamente senador por Santiago. Como jefe del ala derecha de su partido, impulsa el golpe, posteriormente toma una posición de dura crítica a la junta. Político muy cercano a los americanos y al CDU (RFA).
- de Frei, María: esposa de Eduardo Frei, llamada Maruja.
- Fuentes, El Trozco: Militante del MIR, Presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción.
- Fuenzalida, Joaquín †: Profesor de religión de Puccllo, secretario privado del cardenal José María Caro Rodríguez.
- García Burr, Guillermo †: Independiente de izquierda, de gran influencia en la masonería.
- Garibaldi, José †: (1807 - 1882) Patriota italiano que combatió por la liberación de América entre 1836 y 1845, y más tarde por la unificación de Italia contra Austria, luego contra el reino de Napoleón y contra el papado.
- Gazmuri, Dr., Oscar: Médico militar, que vivía vecino al Doctor Allende, hombre de derecha.
- Giesen, Enrique (coronel): Primo hermano del autor y hombre de confianza de Pinochet, cofundador de la DINA.
- Gómez, Fernando: Militante del Partido Socialista.
- González, José †: Subsecretario general del Partido Comunista, murió en un accidente aéreo en las cercanías de Praga, cuando volvía de un congreso del Partido Comunista de Bulgaria.
- González Martens, Víctor: Miembro del Partido Demócratacristiano, diputado que en 1958 era del Partido Democrático y apoyó a Allende.
- González Videla, Gabriel: nacido en 1898, abogado, diputado y senador del Partido Radical, varias veces embajador de Chile, lo fue también ante el gobierno de Vichy de Francia. Presidente de la República en 1946 con el apoyo del Partido Comunista y de casi todas las fuerzas de izquierda; durante su gobierno dictó la "Ley de Defensa de la Democracia" que dejó al Partido Comunista fuera de la ley; llevó a cabo una política reaccionaria y represiva. Actualmente apoya a la junta fascista.
- González von Marés †: Jefe del Partido Nacional Socialista, filial Chile.
- Gossens de Allende, Laura: Madre de Allende.
- Gevert, Lucía: Periodista, ex embajadora de la junta fascista en la RFA.
- Grove, Marmaduke †: Comodoro de Aviación, cofundador del Partido Socialista de Chile.
- Guevara Calderón, Matilde: Escritora.
- Gumuclo, Rafael Agustín: Senador de la Democracia Cristiana, que rompió con su partido y fundó el MAPU, uno de los partidos de la UP.
- Hernández Parker, Luis †: Comentarista político de gran prestigio.
- Herrera, Ariosto (general) †: Encabezaba un intento de golpe reaccionario en 1939 contra el gobierno de Aguirre Cerda.
- Herrera, Felipe: Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo. Fue militante del Partido Socialista.
- Ho Chi Minh †: (1890 - 1969), Presidente de la República Democrática de Vietnam y Presidente del Partido de los Trabajadores de Vietnam durante largos años.
- Huerta, Enrique †: Militante del Partido Socialista, durante el gobierno de la Unidad Popular Intendente de Palacio, cayó el 11 de septiembre de 1973 combatiendo en la Moneda.
- Ibáñez, Pedro: Senador del Partido Nacional por Valparaíso.
- Ibáñez del Campo, Carlos †: (1877 - 1960) General, Presidente de la República de 1927 a 1931, a partir de 1928 gobernó como dictador y llevó adelante una política represiva; fue derrocado por un movimiento encabezado principalmente por los estudiantes. Allende cayó preso dos veces durante este período. En 1938 participa desde las sombras en el putsch fascista del 5 de septiembre de 1938. En 1941 es candidato presidencial de la derecha y es derrotado por Juan Antonio Ríos. En 1949 fue senador por Santiago. En 1952 elegido nuevamente Presidente, manteniéndose en el cargo hasta 1958.
- Jahn, Mario (coronel de aviación): Jefe del servicio de inteligencia de la Fuerza Aérea, cofundador de la DINA después del golpe fascista en 1973.
- Jerez, Luis: Militante del Partido Socialista y miembro de su Comité Central. En 1979 expulsado del partido junto a Carlos Altamirano.
- Jilberto, Alejandro: Ex-miembro del Comité Central del Partido Socialista, abogado, diputado durante el gobierno de la Unidad Popular; después del golpe prisionero en Dawson.
- Jirón Lataplat, Arturo †: profesor, Dr., senador radical durante la dictación de la ley de la defensa de la democracia, contra la cual votó; junto con Rudecindo Ortega creó el Partido Radical Doctrinario.
- Joignant, Alfredo: Militante del Partido Socialista, intendente de Santiago durante el gobierno de la UP y director general de Investigaciones.
- Jorquera (suboficial): Ayudante del edecán militar Badiola.
- Jorquera, Carlos: periodista, hombre cercano a Allende, durante el gobierno de la Unidad Popular secretario de prensa, uno de los defensores de la Moneda, después del golpe prisionero en Dawson, lanzado al exilio.

- Julio, Homero:** Miembro del Comité Central del Partido Socialista, durante el gobierno de la Unidad Popular embajador en Rumania.
- Kirschhoff, Werner:** Candidato del Comité Central del PSUA, Vicepresidente del Consejo Nacional del Frente Nacional de la República Democrática Alemana.
- Krauss, Enrique:** Demócratacristiano, abogado, subsecretario del Interior y ministro de Economía del gobierno de Frei, durante la campaña presidencial de 1970 fue jefe de la campaña electoral de Tomic, en las elecciones generales de 1973 salió elegido diputado.
- Kreutzberger, Mario:** ver Don Francisco.
- Labarca, Amanda †:** Militante del Partido Radical, profesora, esposa de Guillermo Labarca, que fue ministro del gobierno de Pedro Aguirre Cerda.
- Labarca, Eduardo:** Militante del Partido Comunista, periodista, trabaja actualmente en Radio Moscú.
- Labarca, Miguel:** Viejo amigo del Presidente Allende, trabajó un tiempo en la secretaría del Senado junto a él, como uno de sus colaboradores cercanos; durante el gobierno de la Unidad Popular fue Vicepresidente de la Sociedad Química y Minera Nacional SOQUIMICH.
- Lafferte, Elías †:** (1889 - 1961), Fundador del Partido Comunista y su Presidente, senador comunista.
- Lagos, "El Chico":** Militante del Partido Comunista, fotógrafo, acompañó al compañero Allende en todas sus campañas electorales.
- Largo, María Cristina †:** Independiente, Folklorista.
- Leighton, Bernardo:** Político democrático cristiano de larga tradición, fue ministro de Arturo Alessandri Palma en su segunda presidencia de 1937 en representación del Partido Conservador, fundador de la Falange, Presidente del Partido Demócratacristiano, diputado en repetidas oportunidades, después del golpe fascista se exilió en Italia, donde sufrió un atentado.
- León:** Comisario de investigación.
- León, Sergio:** Militante del Partido Socialista.
- Letelier, Hernán †:** Coronel en retiro, edecán del Presidente del Senado.
- Letelier, Orlando †:** Militante del Partido Socialista, economista, Jefe del Banco Interamericano de Desarrollo, durante el gobierno de la Unidad Popular fue embajador en los EE. UU., ministro de Relaciones Exteriores y ministro de Defensa, después del golpe fue detenido y prisionero en Dawson, asesinado por la DINA en el exilio en Washington.
- Lira Massi, Eugenio †:** Periodista muy conocido, fundador del diario "Puro Chile", murió en el exilio en París.
- López (capitán):** Oficial de caballería.
- Mandujano, Manuel:** Cofundador del Partido Socialista, amigo de muchos años de Allende que se mantuvo a su lado para la división del Partido Socialista Popular, hombre de extraordinaria cultura, de gran capacidad y calidad humana.
- Marambio (general) †:** Ministro de Defensa del Gobierno de Frei al momento del intento de golpe que dió Viaux.
- Marambio, Joel †:** Diputado del Partido Socialista.
- Marambio, Max:** Militante del MIR, hijo del diputado Marambio; fue jefe de la escolta del Presidente Allende desde el 4 de septiembre de 1970 hasta mediados de 1972.
- Marín, Gladys:** Secretaria General de la Juventud Comunista.
- Marshall, Arturo (mayor):** Oficial de ejército, fascista extremo.
- Martínez, Carlos Alberto †:** Cofundador del Partido Socialista, senador por Valparaíso.
- Martínez, Humberto:** Independiente de izquierda, dirigente deportivo, apoyó la campaña del compañero Allende.
- Martones, Humberto:** Político de larga tradición en Chile. Dirigente sindical, posteriormente diputado y senador por el Partido Democrático, siendo senador abandonó el Partido Democrático e ingresó al Partido Socialista (1947).
- Matte, Arturo:** Miembro del Partido Nacional, fue candidato presidencial de la derecha en 1952, cuñado de Jorge Alessandri.
- Matte, Luis:** Ministro del gobierno de Allende y después del golpe preso en Dawson.
- Matus Benavente, Manuel †:** Militante del Partido Socialista, profesor universitario, apoyó a Allende durante la campaña presidencial de 1952, tesorero de la campaña de 1958, se suicidó en 1960.
- Mela, Juan José (comandante):** Primer edecán militar del Presidente Allende.
- Melgoza (hermanos):** Personajes siniestros que participaron en el asesinato del general Schneider.
- Melo, Mario †:** Ex-oficial del ejército, militante del MIR, durante el período de la campaña presidencial ayudó algún tiempo en la custodia y en el resguardo de Allende.
- Mendoza, César:** General de carabineros, miembro de la junta militar de gobierno fascista.
- Merino Benítez, Arturo (general de aviación) †:** Fundador de la LAN, a partir de 1964, como general en retiro, apoyó la candidatura de Allende.
- Merino, José Toribio (almirante):** Miembro de la junta militar fascista.
- Meza, Sergio:** ex-yerno de Allende, era casado con Isabel.
- Mewes, Humberto †:** Pre-candidato de la convención presidencial de 1958, Presidente del Partido del Trabajo y posteriormente de la Vanguardia Nacional del Pueblo.

Millas, Oriando: Miembro de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile, diputado, durante el gobierno de la Unidad Popular fue ministro de Hacienda.

Montero, Raúl (almirante): Comandante en jefe de la Armada durante el gobierno de la Unidad Popular, de gran lealtad al gobierno de la UP. Quedó en arresto domiciliario durante largo tiempo después del golpe fascista.

Moreno, Rafael: Demócratacristiano, senador, ex-Vicepresidente de CORA.

Murillo, Fernando: Periodista de izquierda.

Naranjo, Oscar (padre e hijo): Médicos, padre e hijo fueron diputados por Curicó. La muerte de Oscar Naranjo padre suscitó una elección complementaria el año 1964 que dio la elección de su hijo, que en ese momento era regidor por Curicó. Posteriormente, la campaña se dio en llamar el "Naranjazo", porque el triunfo electoral del Dr. Naranjo cambió totalmente la situación política que había en ese momento.

Neruda, Pablo † : Miembro del Comité Central del Partido Comunista, poeta, Premio Nobel de literatura.

Nolff, Max: Independiente de izquierda, economista, hombre muy cercano a Allende, de gran figuración; durante el gobierno de la Unidad Popular fue Vicepresidente de la Corporación del Cobre que nacionalizó el metal.

Núñez, Reinaldo: Militante del Partido Comunista.

Nuño: General de ejército, uno de los interlocutores de la junta que tuvimos cuando salimos a parlamentar el 11 de septiembre de 1973; después del golpe fascista, embajador de la junta en diferentes países.

O'Higgins: Bernardo (general) †: (1778 - 1842), libertador de Chile, héroe de la lucha de liberación contra España en 1813 - 1818.

Ojeda Lautaro: Miembro del Partido Democrático, posteriormente pasó al Partido Socialdemócrata e ingresó finalmente al Partido Radical, estuvo siempre muy lealmente al lado de la izquierda, el 11 de septiembre de 1973 luchó en La Moneda.

Olvarría Bravo, Arturo †: Militante del Partido Radical, fue ministro durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerca; en 1952 apoyó a Ibáñez, en 1958 fue pre-candidato presidencial y tuvo una posición de izquierda hasta 1970 en que apoyó la candidatura de Jorge Alessandri.

Olivares, Augusto † : Periodista independiente de izquierda, conocido como el "Perro" Olivares, hombre cercano a la posición de Cuba, a su vez cercano a Allende en los últimos años, durante el gobierno de la Unidad Popular fue uno de los principales asesores del compañero Allende, murió en la Moneda el 11 de septiembre de 1973.

Ortega, Rodolfo: Militante del Partido Socialista, hombre muy cercano a Allende, durante el gobierno de la Unidad Popular fue Vicepresidente de la LAN.

Ortega, Sergio: Militante del Partido Comunista, compositor, autor de la música de "Venceremos" y de otras canciones.

Ortega Masson, Rudecindo †: Junto con el profesor Jirón fueron los dos senadores radicales que no apoyaron la ley de la defensa de la democracia y fundaron el Partido Radical Doctrinario.

Ortigoza, José † : Militante del Partido Socialista, fue fusilado posteriormente al golpe fascista.

Ortúzar, Enrique: Abogado, hombre de extrema derecha, ministro de Justicia de Jorge Alessandri, actualmente es Presidente de una Comisión que elabora una Constitución que va a implantar la junta fascista en Chile.

Oyarce, José: Diputado por el Partido Comunista.

Palacios, Galvarino: Senador del Partido Socialista por la provincia de Cautín.

Palestro, Julio † , Tito y Mario: Los tres hermanos fueron alcaldes de San Miguel. Mario Palestro fue diputado socialista. Los Palestros tenían una fuerte posición en la comuna de San Miguel.

Panicuchi, Nelda: Militante del Partido Socialista, alcaldesa de Punta Arenas.

Paredes, Eduardo: Militante del Partido Socialista, ingeniero, director de Obras Públicas durante el gobierno de la Unidad Popular.

Paredes Dr., Eduardo † : Llamado "Coco" Paredes, miembro del Comité Central del Partido Socialista, fue director de Investigaciones durante el gobierno de la Unidad Popular, asesinado el 11 de septiembre de 1973 en La Moneda.

Parra, Bosco: Diputado demócratacristiano, posteriormente fundó la Izquierda Cristiana y apoyó al gobierno de la Unidad Popular.

Parra, Ramona: Militante de la Juventud Comunista, asesinada en 1946; en homenaje a ella lleva su nombre la brigada de propaganda del Partido Comunista.

Parra Cifuentes, Abdón (general) † : Apoyó a Ibáñez en la candidatura de 1952, fue ministro del Interior del gobierno de Ibáñez y en 1958 pre-candidato presidencial.

Pascal, Andrés: Sobrino de Allende, hijo de su hermana Laura, miembro de la dirección y actualmente secretario general del MIR.

Pascal, Gastón: Cuñado de Allende, casado con Laura Allende.

Paya: Miria Contreras, llamada Payita, persona muy cercana al compañero Allende, durante el gobierno de la Unidad Popular se desempeñó como su secretaria privada a cargo de las cosas personales de Allende.

Del Pedregal, Guillermo: Independiente, economista, durante el gobierno de la Unidad Popular, embajador en la Unión Soviética.

Peredo, Inti † : Revolucionario boliviano, cayó poco después del Che Guevara en una guerrilla en Bolivia.

Picasso, Pablo † : Pintor español.

Pinochet, Augusto (general); Jefe de la junta militar fascista que dio el golpe de 1973.

Piwonka, Gonzalo: Militante del Partido Socialista, profesor universitario; durante un período, muy cercano al compañero Allende.

Piwonka, Víctor: Hermano de Gonzalo Piwonka.

Pontigo, Cipriano † : Miembro del Comité Central del Partido Comunista, diputado, subsecretario general de la campaña presidencial del pueblo el año 1958.

Prado, Benjamín: Miembro del Partido Demócratacristiano, senador, Presidente del Partido Demócratacristiano durante la campaña presidencial de 1970.

Prat, Jorge † : Ministro del gobierno de Ibáñez, pre-candidato presidencial en 1970.

Prats, Carlos (general) † : Comandante en jefe del Ejército durante el gobierno de la Unidad Popular, ministro del Interior del gobierno del compañero Allende, asesinado por la junta fascista en Buenos Aires en septiembre de 1975.

de Puccio, Myriam: esposa y compañera de lucha de Osvaldo Puccio.

Puebla, Carlos: Cantante folclorista cubano.

Quinteros Tricott, Luis † : Militante del Partido Socialista, senador.

Rada (comisario): Durante el último período del gobierno de la Unidad Popular, funcionario de Investigaciones de carrera de más alta graduación.

Radic: Abogado en Punta Arenas, que colaboró después del golpe con los fascistas.

Recabarren, Luis Emilio † (1876 - 1924), Cofundador del Partido Obrero Socialista de Chile en 1912, fundador del Partido Comunista en 1922.

Reyes Meza, Alfonso † : Periodista, hombre progresista, pero a pesar de eso fue durante el gobierno de Jorge Alessandri director de la oficina de informaciones de la presidencia.

Ríos, Juan Antonio † : (1888 - 1946), diputado, senador y Presidente de Chile (de 1942 a 1945), miembro del Partido Radical, durante su gobierno rompió relaciones diplomáticas con Alemania Nazi, gobernó sin represión, murió durante su período.

Riveros, Galvarino (almirante) † : Comandante de Escuadra durante la Guerra del Pacífico en 1879, abuelo de Myriam Puccio.

Robeson, Paul † : Cantante norteamericano, comunista.

Rodríguez, Anceto: Senador por el Partido Socialista, secretario general del partido durante las elecciones presidenciales de 1970.

Rodríguez, Luis: Periodista, hombre muy cercano a Rafael Tarud.

Rodríguez, Manuel: Presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción, diputado socialista.

Rojas, Alejandro: Miembro del Comité Central de la Juventud Comunista, diputado, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, actualmente en el exilio.

Mama Rosa † : Ama de Allende.

De Rosa Ventura, Juan: Apoyó la candidatura de Ibáñez en 1952, la de Allende en 1958 y 1964 y la de Alessandri en 1970.

Rubilar, Sergio: Militante del Partido Socialista.

Ruiz Danyau, César (general): Comandante en jefe de la Fuerza Aérea durante el período del gobierno de la UP, después del golpe fue rector de la Universidad de Chile y embajador.

Ruiz Díez, Teodoro † : General en retiro de la FACH, políticamente independiente, de tendencia socialista, trabajó siempre al lado de la izquierda, tío de César Ruiz Danyau.

Russel, Bertrand † : Matemático y filósofo inglés.

Saavedra: Político demócratacristiano.

Saint Marie, Darío: Periodista, dueño de los diarios "Clarín" y "La Gaceta".

Sánchez, Roberto (comandante): Edecán aéreo del Presidente Allende.

Schnake, Erik: Miembro del Comité Central del Partido Socialista, senador.

Schneider, René (general) † : Comandante en Jefe del Ejército. Al resultar elegido Allende en 1970, declaró que el Ejército respetaría la constitución y la voluntad popular; fue asesinado en un intento de provocar una reacción en las Fuerzas Armadas.

Schostakowich, Dmitri † : Músico soviético.

Sepúlveda Dr., Enrique: Dirigente de izquierda de tendencia trotskista, fue secretario general de la Alianza de Trabajadores.

Sepúlveda, José María (general): Director general de carabineros y ministro de Tierras durante el gobierno de la Unidad Popular hasta el 11 de septiembre de 1973, en que se autodesignó en este cargo César Mendoza.

Serrano, Rosita: Cantante chilena que vivió muchos años en Alemania.

Silsky, Damián † : Diplomático, fue durante mucho tiempo Encargado de Negocios de la República Popular de Polonia en Chile.

Silva, Jorge (comandante): Comandante de la Fuerza Aérea, fue funcionario del Servicio de Inteligencia de la FACH y descubrió el atentado contra el compañero Allende, posteriormente al golpe fue encarcelado y lanzado al exilio.

Silva Ulloa, Ramón: Senador por el Partido Socialista.

Simián, Eduardo: Demócratacristiano, Ingeniero, descubrió el petróleo en Chile.

Del Río Sótero, Dr. † : Ministro del Interior del gobierno de Jorge Alessandri.

Soto, Helvio: Cineasta chileno.

Soto Dr., Oscar: Médico personal del compañero Allende, fue tomado preso el día 11 de septiembre de 1973 en La Moneda; militante del Partido Socialista.

Spindler, Harry: Durante muchos años jefe de la representación comercial de la RDA en Chile, gran amigo del Presidente Allende, fue el primer embajador de la RDA en Chile.

Squella, Oscar: Comandante de aviación en retiro.

Stuardo, Julio: Militante del Partido Socialista (era antes miembro del Partido Radical).

Superby, Mario †: Militante del MIR, hijo de un general de aviación.

Sutil, Diego † : Militante del Partido Comunista.

Tarud, Rafael: Ministro del gobierno de Ibáñez, posteriormente senador durante varios períodos, fundador de la API (Alianza Popular Independiente), pre-candidato presidencial en 1970, estuvo siempre en una posición de izquierda.

Teitelboim, Miguel †: Militante del Partido Comunista, trabajó en finanzas.

Teitelboim, Sergio: Militante del Partido Comunista, abogado.

Teitelboim, Volodia: Miembro de la Comisión Política del Comité Central del Partido Comunista, senador, escritor, hermano mayor de los dos anteriores.

Tohá, José: Militante del Partido Socialista, de gran trayectoria dentro de la izquierda, fue Presidente de la Federación de Estudiantes, cercano al compañero Allende y de gran lealtad a él, fue su primer ministro del Interior, fue además ministro de Defensa y Vicepresidente de la República durante el gobierno de la Unidad Popular. Murió asesinado el 10 de marzo de 1974, estando en prisión, en el hospital militar de Santiago.

Tomic, Radomiro: Abogado, político demócratacristiano, senador, embajador en EE.UU. durante el gobierno de Frei, candidato a la presidencia por el Partido Demócratacristiano en 1970.

Toro, Víctor: Militante del MIR, dirigente de pobladores.

Trappen Dr., Friedel: Embajador de la República Democrática Alemana en Chile.

Tuma, Juan † : Diputado democrático por la provincia de Cautín.

Ubilla, Pítica: Hija de un compañero del Partido Socialista de una familia de artistas de bodevil de larga tradición y a su vez artista de bodevil.

Valdés, José: Independiente, especialista en cálculos electorales, durante el gobierno de la Unidad Popular fue embajador en Paraguay.

Valente Rossi, Luis: Militante del Partido Comunista, senador, gran amigo de Allende. Vive en el exilio.

Valenzuela (general): Jefe de la plaza durante el período electoral de 1970.

Valenzuela, Rafael † : Coronel en retiro, hombre muy cercano a la izquierda, durante el gobierno de la Unidad Popular subsecretario de Defensa.

Valladares Prof. Dr., Héctor: Neurocirujano de fama nacional e internacional, militante del Partido Socialista, vive actualmente en el exilio en Cuba.

Vargas Puebla, Juan: Miembro del Comité Central del Partido Comunista, diputado.

Vasallo, Carlos: Militante del Partido Socialista, hombre de vieja amistad con el compañero Allende, durante el gobierno de la Unidad Popular fue embajador en Italia.

Vega, Luis: Regidor comunista por Valparaíso, durante el gobierno de la Unidad Popular fue abogado de la intendencia de Valparaíso, preso en Dawson después del golpe de 1973, actualmente en el exilio en Israel.

Vergara, Daniel † : Abogado, miembro del Comité Central del Partido Comunista, durante los tres años del gobierno de la Unidad Popular fue subsecretario del Interior, el 11 de septiembre de 1973 fue tomado prisionero en La Moneda y durante el traslado a Dawson el 15 de septiembre fue herido a bala, herida que a la postre le causó la muerte en el exilio.

Vergara, Elba: Militante del Partido Socialista.

Vergara, Roberto † : Economista de derecha, hombre de mucho poder durante el gobierno de Alessandri, llegó a ser tri-ministro.

Vlax, Roberto (general): Tendencia fascista, intentó dar un golpe a Frei en octubre de 1969, posteriormente participó en el asesinato del general Schneider, fue condenado a 5 años de relegación que cumplió en Paraguay, actualmente vive en buena situación económica como general en retiro en Chile.

Vío, Víctor: Periodista, jefe de prensa durante la campaña presidencial del compañero Allende de 1970.

Vuskovic, Pedro: Militante del Partido Socialista, ministro de Economía durante el gobierno de la Unidad Popular.

Zanzi, Carlos: Militante del Partido Socialista, antiguo amigo del compañero Allende, Presidente de la Corporación de Magallanes durante los tres años del gobierno de la Unidad Popular.